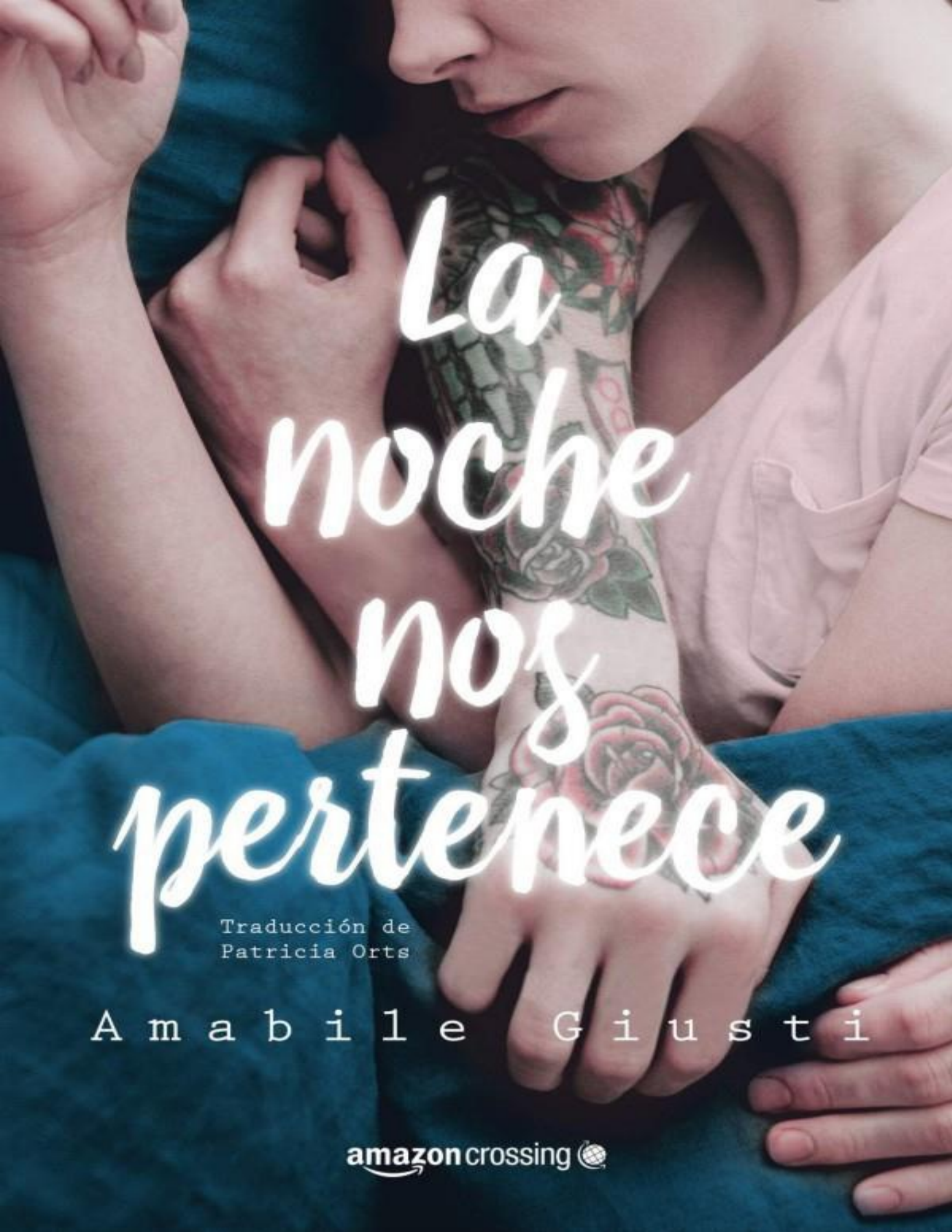

La noche nos pertenece
Traducción de Patricia Orts
Amabile Giusti
amazon crossing

La noche nos pertenece

Amabile Giusti

La noche nos pertenece

Traducción de Patricia Orts

amazon crossing

Título original: *Perché la notte appartiene a noi*
Publicado originalmente por Amazon Publishing, Luxemburgo, 2018

Edición en español publicada por:
Amazon Crossing, Amazon Media EU Sàrl
38, avenue John F. Kennedy, L-1855, Luxembourg
Agosto, 2019

Copyright © Edición original 2018 por Amabile Giusti
Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2019 traducida por Patricia Orts García
Adaptación de cubierta por PEPE *nymi*, Milano
Imagen de cubierta © Willie B. Thomas / Getty Images

Primera edición digital 2019

ISBN Edición tapa blanda: 9782919805228
www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Amabile Giusti es calabresa. Trabajaba como abogada, pero ahora se dedica por completo a la escritura. Su vida consiste en escribir novelas y sueña con vivir en una casa de campo donde poder inventar sus historias rodeada de plantas y muchos animales.

Si queréis darle una alegría, regaladle un ensayo sobre Jane Austen, un juguete de cerámica azul, un manga japonés o una planta crasa llena de espinas. Amabile espera envejecer lentamente (por lo visto es la única manera de vivir muchos años), pero confía en conservar la juventud interior hasta el último día. Escucha mucho y habla poco, pero, cuando escribe, no hay quien la pare.

Desde 2009 ha publicado numerosas novelas: *Non c'è niente che fa male così*, *Cuore nero*, la serie Odyssea (*Oltre il varco incantato*, *Oltre le catene dell'orgoglio*, *Oltre i confini del tempo*, *Oltre il coraggio del sacrificio*), *L'orgoglio dei Richmond*, *Solo non si vedono i due licorni* y con Mondadori *Trent'anni e li dimostro* y *La donna perfetta*. Para Amazon Crossing ha escrito *Si me quieres, no me dejes ir*, *Hay algo en tus ojos* y *Un día maravilloso*.

ÍNDICE

COMENZAR A LEER
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS

Que yo siempre amé
yo te traigo la prueba
que hasta que amé
yo nunca viví —bastante—.

EMILY DICKINSON[1]

1 *Poemas*, Emily Dickinson, versión de Silvina Ocampo, Austral, 2015 (*N. de la T.*).

CAPÍTULO 1

No era la primera vez que lo veía, pero sí la primera que podía observarlo sin fingir que miraba hacia otro lado. El estante atestado de las conservas caseras de la señora Barrington, un derroche barroco de lazos y pompones, le fue de gran ayuda. Mira agradeció la pasión que la anciana sentía por unos envases que más bien parecían vestidos típicos del siglo XVII, pues sus volantes le permitían curiosear sin que nadie se diera cuenta de lo que hacía: pincelar con los ojos al joven que estaba comprando provisiones. *Pincelar* era el verbo correcto, pensó, mientras lo contemplaba a hurtadillas de pies a cabeza.

Vio que sacaba varios billetes sueltos de un bolsillo. No, no llevaba cartera, ni siquiera los sujetaba con una miserable goma: dinero puro y duro, arrugado entre dos manos enormes. A continuación lo vio levantar una caja grande de madera, que, además de voluminosa, no debía de pesar poco, ya que estaba llena de latas y botellas, pero, bajo su brazo parecía un juguete infantil, como la maqueta de plástico de un camión. Quizá porque su brazo parecía un camión. Por último, el hombre se dirigió hacia la salida en silencio, igual que había entrado, con la mirada en apariencia distraída y sin la menor intención de responder al melindroso saludo de su amiga Charlize, que estaba sentada en un taburete detrás del mostrador.

Mira siguió contemplándolo sin inmutarse: melena castaña, barba tupida, una nariz que parecía haber recibido más de un puñetazo y dos labios prodigiosamente carnosos. No se podía decir que su boca suavizara su belleza: la palabra *delicadeza* no debía de haberse siquiera inventado en su mundo o quizá se hubiera extinguido cuando era niño… en caso de que aquel hombre hubiera tenido infancia. No conseguía imaginar algo que recordara menos la infancia que esa figura poderosa, más animalesca que humana. Puede que por eso le llamara tanto la atención: no porque fuera guapo, sino porque parecía desalmado.

La barba, el pelo y la ropa invernal no acababan de cubrir del todo la cicatriz que tenía en la mejilla izquierda y la colección de tatuajes que asomaban por todas partes como brotes de semillas secretas. Observándolo atentamente, Mira había entrevisto signos similares a puntas de llama en el cuello y en las muñecas y letras en los dedos, quizá fueran números o símbolos. Al lado de una sien tenía una calavera minúscula y en el dorso de la mano izquierda destacaba el ojo de Horus.

Como poco, daba miedo. Tenía aire amenazador, pero, quién sabe por qué razón malsana, esa sensación, en lugar de ahuyentarla e inducirla a considerarlo no mucho más digno de interés que un fuego o un veneno, la incitaba sin remedio a escudriñarlo y a imaginar historias extrañas sobre él.

En ciertas ocasiones, tenía incluso la impresión de que estaba triste, como si dentro de él, más allá de sus ojos, de su piel o de su apariencia semejante a un muro de piedra, hubiera algo

roto.

Además de mirarlo con curiosidad y avidez, quizá necesitara que alguien le sonriera.

Mira nunca le había sonreído ni había intentado acercarse a él: aún no estaba tan loca. Por el momento, se había limitado a mirarlo y a pensar en él con más asiduidad de lo que se suele pensar en un desconocido.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Cómo se había hecho esa cicatriz? ¿Qué representaba la calavera? Pero, por encima de todo, ¿qué hacía en Noweetna?

No conseguía dar con una sola razón sensata por la que un hombre pudiera querer aislarse en un lugar tan inhóspito. Era una Alaska cruel y tiránica. No era la Alaska de las tarjetas postales, de los barcos pesqueros o de los cielos de color lago reflejados en lagos de color cielo. No era la soledad verde que, de cuando en cuando, anhelaban aquellas personas deseosas de huir de la civilización: la soledad de esos lugares era blanca como el hielo. Noweetna estaba lejos de cualquier asentamiento humano que recordase a una auténtica ciudad, lejos de cualquier vía de escape. Ningún turista se dejaba caer por allí y eran más numerosas las personas que se marchaban que las que se quedaban. No era una meta ideal ni siquiera para los aspirantes a eremitas: a pesar de contar tan solo con trescientos habitantes, Noweetna estaba demasiado poblada para ellos. Noweetna era demasiado grande o demasiado pequeña.

Siendo así, ¿por qué se había instalado allí hacía un mes?

Mira deslizó la mirada entre un tarro de mermelada de arándanos rojos y una lata de sardinas. El gigante malhumorado —así lo había bautizado en su corazón, porque medía más de un metro noventa de estatura y nunca sonreía— abrió la puerta de la tienda. Qué espalda tenía, qué hombros, qué…

Las reflexiones de Mira sobre las *cualidades* del joven murieron como el hielo al entrar en contacto con la sal. Y no porque su conciencia le hubiera recordado que no era propio de ella detenerse en ciertos detalles, sino porque, de repente, mientras abría la puerta de cristal y hacía sonar aquel atrapasueños de conchas tan fuera de lugar que estaba colgado junto a ella, el hombre se volvió y dos ojos extrañísimos, uno negro y otro verde, le lanzaron unas imaginarias flechas ardientes. La miró como si hubiera comprendido que lo había espiado y quisiera manifestarle su opinión al respecto. Una opinión pésima, dada la expresión mordaz y el odio que, por un instante, la ahogó como si hubiera caído en la trampa de un cazador furtivo. Pero la mirada enseguida recuperó su aire indiferente, dio la impresión de que se había vuelto por casualidad, sin una intención concreta, como si persiguiera el vago pensamiento de una compra que había olvidado hacer y que, a fin de cuentas, no era tan importante, y se marchó dejando a sus espaldas el delicado tintineo de las conchas y a Mira sin aliento.

¿Cómo la había visto?

Permaneció inmóvil detrás de la cortina, asustada y atraída a la vez por una especie de rastro de sangre en la nieve. Recordó la fuerza de sus ojos, su extraña disonancia y su manera de fruncir el ceño y apretar los labios formando una cremallera inextricable.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Charlize sacándola de su ensimismamiento—. Estás roja como un tomate. ¿Tienes fiebre o también le has mirado el culo a Kade? Nos impresiona a todas. No puede decirse que sea guapo, pero tiene algo que remueve las partes bajas. Lástima que no haga buenas migas con nadie o, con casi nadie, por lo visto.

Mira habría querido cortar en seco aquella conversación, decirle que le importaba un comino, pero al notar la mirada pícara de su amiga, la curiosidad pudo con el sentido práctico.

—¿Qué quieres decir?

Charlize se acercó a ella con aire circunspecto. Era una veinteañera morena y atractiva, con la

tez olivácea, los ojos almendrados y el pelo liso de una *squaw*. Viéndola y oyéndola parlotear con su vocecita quejumbrosa, nadie habría pensado que era un pequeño genio. Lo cierto era que estaba a punto de licenciarse en Derecho y quería ser abogado. Había acabado el bachillerato adelantando un curso y, después, había vivido tres años en Anchorage, donde había asistido a la universidad. Hacía unos meses había regresado al pueblo para escribir la tesis. Adoraba el delicioso chismorreo local, estaba hambrienta de palabras y se prodigaba en datos sobre las pocas cosas que sucedían en Noweetna. La llegada de aquel extraño forastero había agitado los ánimos y alentado los deseos de una comunidad cerrada y aburrida de tanta monotonía. Desde hacía cinco años, cuando el padre de Mira desapareció como un bandido en primavera, la gente no había vuelto a perderse tanto en conjeturas.

—La *mantis* le ha echado el ojo —comentó su amiga bajando la voz.

La mantis era la mujer del alcalde, una cuarentona que cuando era joven había participado en el concurso de Miss Alaska y que ahora, para olvidar el paso del tiempo, que redobla la crueldad con quienes han conocido la belleza, se dedicaba a otro tipo de concursos: por ejemplo, llevarse a la cama a toda la población masculina del pueblo, salvo a su marido.

—Así que ellos… —aventuró Mira, ridículamente irritada al pensar en la escultural exrubia de bote, ahora más de bote que nunca, que se movía como un gato satisfecho, embutida perennemente en vestidos de color rosa. Poco importaba que fuera un anorak, un abrigo de pieles o unos vaqueros, la señora Grandall siempre parecía una flor de rododendro.

—Lo han visto salir de su casa. Dudo que lo invitara para enseñarle su colección de sellos, lo más probable es que el sello fuera ella.

—Quizá fue para arreglarle algo: ¿no hace también pequeños trabajos de carpintería?

Charlize se rio en tono sarcástico.

—Creo que, más que arreglar algo, ¡lo rompió!

Mira se encogió de hombros, como si esos comentarios le dieran igual. Sin embargo, se preguntó por qué motivo el listón de su interés superaba con mucho la normal curiosidad. La respuesta habitual parpadeó en su mente, haciéndole sentirse aún más tonta. Si antes solo era una chismosa, ahora era verdaderamente ridícula.

Desde hacía varias semanas en su mente solo hormigueaba una verdad vergonzosa: ese hombre, del que apenas sí sabía nada —que se llamaba Kade Taylor, que trabajaba en la serrería del pueblo, que de vez en cuando hacía reparaciones a domicilio, que solía comprar cangrejo en lata, chocolate a la menta, cigarrillos Winston Blue y cerveza Smoked Porter y que a veces parecía ser muy infeliz— era la encarnación de sus fantasías novelescas.

A pesar de que el significado de su nombre debería haberle procurado un destino «maravilloso», la vida de Mira era aburrida y repetitiva, de manera que, para compensar la falta de emociones reales, se las inventaba. Por suerte, no le faltaba fantasía y, valiéndose de la imaginación, que alimentaba con sus lecturas preferidas —las novelas románticas ambientadas en el siglo XVII que compraba en internet y que se hacía enviar a la tienda sin que se enterara su madre—, lograba ser protagonista absoluta de un sinfín de historias increíbles. Los protagonistas masculinos de dichas historias eran muy parecidos: nobles decadentes y libertinos, viriles y huraños, dotados de algún pequeño defecto físico que los hacía más interesantes sin afearlos, que, después de haber encontrado el amor —una dama o una gitana que siempre guardaban alguna similitud con ella—, escapaban con su amada a un destino sugerente en carroza, en barca, a lomos de caballo o camello e incluso subidos a un elefante.

El forastero Kade, con su cicatriz, la calavera diminuta tatuada en una sien, la melena larga y aquella barba, que parecía querer ocultar algo más que una simple herida, era perfecto para ese

papel, como si uno de sus personajes se hubiera materializado ante sus ojos. Claro que vestía vaqueros ásperos al tacto y cazadoras, en lugar de redingotes y botas de montar, pero tenía madera de viejo canalla. Incluso sus ojos de diferente color encajaban a la perfección con ese papel.

A Mira la irritaba que su protagonista ideal, que debería haber preferido a la heroína fea pero rica en otros recursos, tonteara con la célebre mujer del alcalde. No se puede soñar todas las noches con un hombre sin perder la capacidad de distinguir la realidad de la fantasía y no ofenderse al comprobar que sus gustos son un tanto banales.

—Me importa un comino —aseguró mientras alineaba unos tarros—. ¡Tengo otras cosas en que pensar!

Charlize la miró con aire perplejo. Eran amigas desde la infancia y, a pesar de no estar al tanto de las tramas que Mira tejía ni de las películas mentales que ocupaban su cabeza como si esta fuera un cine multisala permanentemente abierto, conocía sus gustos literarios, su pasión por los brutos antihéroes destinados a ser presas de los más intensos sentimientos, de manera que no podía habérsele pasado por alto hasta qué punto Kade recordaba a uno de los hombretones, por lo general medio desnudos, que aparecían inmortalizados en las portadas de esas novelas.

—A mí no me engañas —le dijo riéndose en tono provocador—. Es muy sexi y misterioso, ¡parece el duque pirata de *Una tentación para Daisy*! ¿No crees que podría aspirarte con un beso y hacerte arder con una de sus caricias? No soy tu madre, Mira, no finjas que los hombres te dan asco para que no me enfade. La verdad es que me pregunto cómo es posible que aún no te haya pillado todos esos libros. Si sospechara que no eres lesbiana, como desea con todas sus fuerzas, tu madre sería capaz de esposarte a un radiador.

A Mira se le escapó una sonrisa, aunque con una punta de acritud. Charlize exageraba, pero debía reconocer que, en efecto, su madre tenía un carácter endemoniado. Si descubría el montón de libros que guardaba bajo la cama, se pondría echa una furia. Claro que para hacerlo debía interesarse por algo que no fuera su rabiosa infelicidad y la misma era un obstáculo insuperable. Mira estaba bastante segura de que su tesoro estaba a buen recaudo en la caja lacada de color blanco, pero mentir era extenuante: cada vez que cruzaba el umbral de su casa y, aún más dramático, la puerta del dormitorio de su madre, tenía que dejar fuera a la verdadera Mira. Algunos días, los peores, debía secundar su rencor, el desprecio que sentía por el padre de la joven, por los hombres en general, incluso por el mundo entero.

Como si ese resentimiento no bastara para convertir la vida de Mira en un pequeño infierno, su madre padecía también una fobia extraña, de la que la joven jamás había oído hablar antes de vivirla bien de cerca: el miedo al color blanco. Cuando el médico, tan desconcertado como ella, se la había descrito, Mira había pensado que se trataba de una broma. Sin embargo, por lo visto, la patología existía de verdad. Era extraña, pero posible. Incluso tenía un nombre científico: leucofobia. Y, de todas las personas que habitaban en el mundo, las había elegido justo a ellas para instalarse en sus vidas y destrozar lo poco que aún quedaba en pie.

No era, desde luego, una coincidencia que ese insólito terror se hubiera manifestado justo después de la desaparición del padre de Mira. De repente, como por efecto de una inquietante sincronía, Adele había empezado a tener fuertes ataques de pánico al contemplar la nieve. Al verse rodeada del blanco absoluto había sentido que se ahogaba, que se desmayaba, que moría, y solo se había tranquilizado en casa, tras haberse refugiado en su habitación y haber bajado las persianas. Había rechazado categóricamente la sugerencia de visitar un especialista en Anchorage, de forma que tomaba unos calmantes tan suaves que no lograban serenarla y vivía encerrada la mayor parte del tiempo.

Solo salía al jardín en pleno verano, cuando el verde dominaba la guerra de colores, pero en invierno, mientras el color que ella denominaba «el demonio cándido» se extendía por todas partes, se recluía y masticaba cólera y ansiedad.

En cualquier caso, antes de todo aquello, su madre tampoco había sido una mujer afable: siempre se había mostrado muy retraída en las manifestaciones afectivas e incluso demasiado propensa a dar consejos que nadie le pedía. No emanaba ternura, jamás le había leído un cuento ni le había preparado una sorpresa, una tarta o un café. Lo único que regalaba a manos llenas eran listas de reglas, cosas que debían hacerse, cosas en que había que pensar y cosas en que no había que pensar en absoluto por ser tonterías o pecados.

Mira podía trabajar en la tienda familiar, estudiar —pero solo un poco, que no soñara con ir a la universidad— y tenía prohibido salir con chicos, porque todos querían lo mismo. Su hija había desobedecido el *diktat* y había tenido una relación, que había terminado hecha trizas y le había causado unas cuantas lágrimas: ese precedente, unido a la fuga del padre poco tiempo después, había reforzado la creencia materna de que el amor era un engaño urdido por los hombres.

Ese *suceso* podría haber resquebrajado la férrea voluntad de la madre y haber suavizado su intransigencia, pero no había sido así. Daba la impresión de que el dolor había transformado su corteza en un metal. La fobia no la había vuelto más maleable ni propensa a unirse más a su hija para compensar la ausencia de su marido. Al contrario, la había endurecido más y la había aprisionado en un espacio aún más reducido, en cuyo interior parecía haberse multiplicado ocupando aún más espacio.

Antes de la desaparición de Willem, Adele Kendall era una mujer activa, enérgica, una de esas mujeres que parten leña, quitan la nieve con una pala, cazan y después despellejan a sus presas ellas solas. Después, su energía se había concentrado en despellejar viva el alma de su hija. Ejercía desde su habitación un poder afilado, hecho de frases cargadas de puntos finales, como mucho signos exclamativos, pero jamás comas ni puntos suspensivos. Los signos interrogativos no los consideraba siquiera: ella afirmaba, no preguntaba ni vacilaba. Si Mira intentaba contradecirla por cualquier motivo, Adele sufría uno de sus ataques: le faltaba el aire, sentía una taquicardia aguda, se agitaba como una mariposa ciega al lado de una llama y en una ocasión hasta se desmayó y se dio un golpe en la cabeza. Cinco puntos de sutura y la rendición. No la suya.

De esta forma, Mira había aprendido a ocultar su verdadero temperamento. Pese a ser impetuosa y soñadora, en casa se mostraba dócil, fingía que no estaba manchada con la culpa de vivir cargada de deseos y esperanzas que fueran más allá de los estrechos límites de Noweetna y evitaba cualquier alusión a su padre.

Luego, fuera de casa, se conectaba a internet en un *pub* y tecleaba su nombre: Willem Kendall. Lo había buscado por todas partes, en todas las redes sociales, pero su búsqueda había sido en vano.

A pesar de que estaba enfadada con él, no lo odiaba. Lo echaba terriblemente de menos, como si al marcharse hubiese enrarecido el aire. Echaba de menos sus enseñanzas, su dulzura, la manera en que le hablaba del mundo, de la naturaleza, de los animales y de la esperanza.

Entre una búsqueda en la red y un ataque de nostalgia, Mira soñaba con el amor o, al menos, con un poco de pasión… o de deseo. Y el misterioso Kade Taylor le despertaba esos sueños.

Su madre se habría horrorizado si hubiera sabido que se sentía atraída por un tipo con una calavera tatuada en la cara. Un hombre que al parecer se acostaba con una mujer casada.

En ese preciso momento, dicha mujer casada entró en la tienda. Vestía un abrigo largo de piel de cordero de color melocotón. ¿Dónde demonios compraba esas cosas?

Era raro que apareciera por la tienda, pues solía enviar a Aka, una muchachita inuit que trabajaba para ella como criada. El hecho de que hubiera ido, cardada y perfumada, pero, por encima de todo, hecha un manojo de nervios, solo significaba una cosa: suponía o le habían informado de que Kade estaba allí.

Fingió que le interesaba un estante donde se exhibían unos guantes de lana, una prenda que ella no habría cogido ni con pinzas, y luego se acercó a las jóvenes. Sonrió como sonríe alguien que nunca sonríe, con tanto esfuerzo que parecía arrancarle los labios.

Charlize, en cambio, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja cargada de una impertinente provocación.

—¡Qué ven mis ojos, nuestra *first lady*! ¿Necesita algo? —Mientras hablaba le señaló una estantería de latas—. ¿Quiere un pedazo de carne?

Mira abrió desmesuradamente los ojos ante el evidente doble sentido de su pregunta y contuvo la risa. La señora Grandall, que se llamaba Mary, a pesar de que ella prefería que la llamaran Marilyn, torció la nariz, que se había operado hacía dos años en Anchorage, regalo de su marido, al que ella solía regalar unos bonitos cuernos.

—Kade Taylor ha estado aquí, ¿verdad? Quería encargarle un trabajo y…

—Si tienes algún agujero, supongo que él sabrá llenarlo —replicó Charlize con un descaro increíble.

—¿Qué?

—Quiero decir, que si Aka, que es una torpe, ha roto o hecho algún agujero a alguna cosa en casa, Kade sabrá cómo reparar el daño con un poco de masilla —añadió su amiga.

Las aletas de la nariz de la mujer, ya de por sí sutiles, se pegaron tanto al tabique, que al final parecía que tenía un triangulito en la cara.

—¿Sabéis adónde ha ido?

—No —contestó Mira, que empezaba a cansarse de aquella pantomima—. Además de la masilla para tapar el agujero, ¿necesitas algo más?

Mary la fulminó con la mirada.

—No presumas tanto, Mira Kendall. No encontrarías masilla para tus agujeros ni aunque la pagaras a precio de oro. Ya te dejaron tirada una vez como un zapato viejo. Acabarás igual que esa loca furiosa de tu madre.

Mira recorrió la tienda con la mirada como si estuviera buscando un arma para golpearla. Vio unas tijeras robustas y un punzón para el hielo, pero se dijo que no valía la pena ensuciarlos y replicó en tono irónico:

—Mejor loca furiosa que arpía. Si no necesitas nada más, ahí está la salida.

Esa misma noche, después de cenar, fue a la parte trasera de la casita que compartía con su madre. Una valla baja separaba la calle de un minúsculo patio. Reinaba el silencio propio de las cosas que aguardan quietas, del cielo calmo, de los árboles inmóviles bajo el peso de la nieve, de la tierra como cristal y de los animales guarecidos en rincones ocultos. El silencio que precede a una copiosa nevada y Mira esperaba los primeros copos sentada en un tronco cortado, entre un árbol y un cobertizo de pizarra. A su lado estaba su instrumental de caza. No se había apostado para acechar a los animales y hacerlos caer en una trampa: esa mera idea le producía náuseas. Mira se limitaba a coleccionar copos de nieve.

Moviéndose con lentitud, dejó en el suelo un portaobjetos helado. Se requería mucha destreza: cuando los primeros copos se posaban en él debía echar enseguida un poco de

pegamento transparente, taparlos con otro portaobjetos y encerrarlos en esa especie de cáscara. El resultado no siempre estaba a la altura de sus expectativas: muchos copos acababan siendo inmolados durante sus experimentos, pero, cuando lo conseguía, la emoción era enorme.

Coleccionar copos de nieve podía parecer una locura a cualquier persona carente de imaginación, pero Mira tenía suficiente para esta vida y la próxima. Le fascinaba la idea de volver eterno algo tan efímero como un botón de nieve. Se decía que si conseguía capturar la nieve, sería capaz de hacer cualquier cosa.

Mientras esperaba, oyó un ruido de pasos en la calle. Era extraño que alguien paseara por allí a esa hora, sobre todo por detrás de las casas, donde la nieve se amontonaba y no era tan fácil pasar como por la calle principal, que se limpiaba periódicamente. Pero como estaba concentrada en elegir los copos más grandes, al principio no dio ninguna importancia a aquellos pasos y permaneció inclinada hacia el portaobjetos hasta que entrevió una figura en la oscuridad.

Aquella figura era inconfundible. Solo podía ser un oso marrón que, por alguna razón extraña, no estaba hibernando, un árbol de paseo o Kade Taylor.

¿Qué hacía fuera de casa tan tarde?

Mira se puso en pie de un salto y abandonó los copos a su destino fatal. Con el corazón acelerado, se asomó a la valla y lo divisó a cierta distancia, andando entre los montones de nieve con aire cauto, casi circunspecto.

Comprendió al vuelo. Dado que era improbable que hubiera salido de casa del coronel, una persona demasiado respetable como para atraer semejantes amistades, dedujo que se estaba escabullendo de casa del alcalde. Esa cabrona lo había encontrado y él había ido a tapar sus agujeros.

La excitación de hacía apenas unos segundos se transformó en una furia injustificada. Por el motivo que fuera, aquella reacción era tan loca como la locura de su madre, Mira estaba convencida de que Kade le pertenecía: había fantaseado mucho sobre él o sobre un hombre parecido y él había llegado. Le recordaba al príncipe canalla de sus sueños, lástima que fuera más canalla que príncipe. Por lo demás, todos los hombres de Noweetna habían pasado por la cama de Mary. Los inviernos eran muy fríos y no todos tenían sueños para calentarse.

Sin reflexionar si era sensato o no lo que se disponía a hacer, Mira saltó la valla y salió al callejón trasero. Kade se cubrió la cabeza con la capucha de su cazadora, metió las manos enguantadas en los bolsillos y enfiló la calle principal, atajando por un patio desierto; las puntas de su tupida melena castaña asomaban por los lados y se movían cada vez que daba una zancada, como si fueran unos tentáculos en el agua.

Lo más prudente era volver a casa, mejor dicho, esa era la única posibilidad entre muchas otras, pero la duda no estaba entre la seguridad del nido y el riesgo que suponía el viaje, sino entre el enésimo sermón de su madre y el estremecimiento que le producía seguir a Kade y poder imaginar de nuevo quién era de verdad, qué pensaba y cuándo pensaría solo en ella.

Mientras caminaba absorta en estas reflexiones, la suela de caucho de sus botas de nieve chirrió al rozar el suelo helado. Debía moverse con cuidado para que no la oyera.

Kade llegó al final de la calle principal y se desvió hacia el bosque. Sacó una linterna e iluminó el camino: en ese tramo, la oscuridad era absoluta, la luz del último farol quedaba muy lejos, de forma que no se podía andar sin la ayuda de la luna o las estrellas.

Sin sentir ni una pizca de temor por estar siguiendo a un extraño que, en el mejor de los casos, parecía un asesino a sueldo y, en el peor, un hombre lobo justo antes de transformarse en fiera, Mira continuó andando tras él. Como si estuviera jugando con la nieve y con el fuego al mismo tiempo, invadida por una agitación infantil y perversa, Mira era incapaz de parar. La

heroína de cualquiera de sus novelas habría hecho lo mismo: no se habría detenido por el frío, ni por temor a la oscuridad ni porque él le diera miedo. Sin duda alguna, Kade se dirigía hacia su casa, si a un viejo pesquero en dique seco se le podía llamar casa.

Vivía allí, bastante cerca del centro, en un barco varado, encadenado a un árbol como un gigantesco anfibio guardián, cerca del río helado.

De repente, la linterna se paró, como si Kade se hubiera detenido también.

¿Qué estaba haciendo?

A pocos metros se entreveía la franja brillante del río y, antes, el pesquero varado. La linterna yacía abandonada en el suelo , proyectando un círculo de luz en la quilla.

¿Dónde se había metido?

Sucedió todo tan rápido que Mira no tuvo siquiera tiempo de gritar. Alguien la agarró por los hombros, con tanta fuerza que le hizo daño. Después, una mano le tapó la boca mientras una voz ronca le susurraba al oído: «¿Qué coño quieres?».

El corazón de Mira corría como un tren.

A sus espaldas, Kade parecía dispuesto a triturarla. Inclinado hacia ella, le apretaba un brazo detrás de la espalda al mismo tiempo que le repetía la pregunta: «¿Qué quieres?».

Con la otra mano le tapaba la boca. Mira masculló algo en la palma de su mano.

—¿Qué coño dices? —preguntó en el mismo tono grave, ronco, casi feroz. Apartó la mano y volvió a preguntárselo.

—¿Cómo puedo decírtelo con la boca tapada? —farfulló ella.

Kade le soltó un poco los hombros, pero no lo suficiente como para que ella pudiera moverse, solo para dejarle sentir que su brazo aún formaba parte de su cuerpo y no era una rama cortada.

—Habla —le ordenó.

—Te he seguido —murmuró ella preguntándose por qué le decía la verdad, en lugar de inventarse una excusa razonable.

—Cuéntame algo que no sepa.

A pesar de que no esperaba que le hablara con ninguna amabilidad, su insolencia la irritó. Le respondió con sarcasmo:

—¿Quieres que te cuente la historia de mi vida?

Con un movimiento repentino, él la obligó a volverse. Se encontraron cara a cara o, mejor dicho, cara a tórax, por lo alto y lo ancho que era, en fin, por todo. La linterna iluminaba un punto a ras del suelo, entre el hielo y el barco; arriba predominaba una oscuridad pastosa, gris y negra, hecha de bosque, cielo cubierto y nieve resplandeciente. Y de Kade, que se cernía sobre ella con la capucha aún puesta, el pelo suelto, a su aire, y la mole de su cuerpo.

—¿Entonces? ¿Qué quieres?

En ese momento, cuando, de forma inesperada, un gruñido grave llegó a sus oídos acompañado del silbido del viento, Mira se vio obligada a desempolvar la teoría del hombre lobo.

¿Qué era eso? ¿Una novela rosa o una historia *fantasy*?

No tardó mucho en verse obligada a meter las dos ideas en el cajón de las ocurrencias demasiado excéntricas incluso para ella: Kade no había ladrado ni se estaba transformando en una bestia peor de la que ya parecía. La realidad era más banal: a pocos metros de ellos había un lobo en carne y hueso.

—¿Qué…? ¿Qué hacemos? —balbuceó Mira.

—O te marchas o subes al barco —respondió él en voz baja con tal indiferencia que a Mira le pareció la reacción de un loco. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?

Los lobos no solían acercarse al pueblo, pero no era momento para andar con filosofías. Si la memoria no le fallaba, los lobos jamás habían agredido a seres humanos, pero quizá hicieran una excepción con los seres humanos dementes que deambulaban de noche por los bosques siguiendo a un imbécil.

—Si tienes miedo, sube al barco —le repitió Kade, a todas luces irritado por el terror que la había dejado paralizada—. Muévete sin darle la espalda y no lo mires a los ojos para demostrar lo lista que eres. Si lo miraras, no serías lista, serías idiota.

Otro gruñido procedente de un punto indeterminado en la oscuridad hizo que Mira decidiese que, por el momento, responder a su prepotencia no era una prioridad. Volver a casa indemne era, en cambio, una necesidad primordial.

Así pues, dio un paso hacia detrás, dos pasos, tres, hasta entrever la escalera por la que se subía al barco, iluminada por el nítido ojo amarillo de la linterna, que seguía en el suelo, pegada al casco desconchado. Andando hacia detrás como un cangrejo, subió los escalones haciéndolos crujir, mientras Kade se movía en la misma dirección, tan alto y mastodóntico con su cazadora acolchada, el pelo y la barba, que cabía preguntarse si los lobos no lo habrían confundido con un oso pardo.

Si antes le había parecido que un tren ocupaba el lugar de su corazón, en ese momento sentía que un avión atravesaba su pecho. Vaciló mientras franqueaba una veranda panorámica destinada al timón y desde allí se sumergió literalmente debajo de la cubierta a través de la escotilla. Kade la siguió y, como un gigante entrando en una ratonera, ocupó el mismo espacio que ella. Su cuerpo cayó sobre Mira, en sentido nada metafórico: la aplastó contra una pared con la espalda pegada a su pecho. Los latidos de ambos eran tan impetuosos que habrían ensordecido a todos los lobos del mundo.

Por un instante, todo fue oscuridad. No vio nada, no oyó nada, solo a Kade, quien, a su lado, se movía, respiraba y refunfuñaba en voz baja. Debía de contar con un sistema eléctrico alimentado por una batería, porque una bombilla iluminó de manera tenue el espacio.

Mira vio que se encontraba en una estancia pequeña y que esa estancia era toda la casa: una cocina de juguete, una cama casi pegada a la misma, quizá un baño detrás de una puerta pintada de color azul lapislázuli. De un panel de color verde botella que estaba pegado a una pared le llegó una repentina y agradable sensación de calor. La joven se acercó a él tan asustada y aterida que aún no se había dado cuenta de que estaba al lado de la cama de un desconocido cuyo aspecto turbio no prometía nada bueno.

Cuando su conciencia comprendió con claridad las circunstancias en que se hallaba, se alejó como si el colchón quemara y, como si le hubieran arrojado con violencia un cubo de nieve, de repente entendió el lío en que se había metido por seguir a Kade en plena noche.

¿Qué demonios hacía en ese barco? ¿Tan falta de emociones estaba su existencia que debía arriesgar la vida para sentir alguna?

Sintiendo el rubor de sus mejillas, lo miraba como si él la hubiera secuestrado y forzado a dejarse arrastrar por la depravación. El espacio en aquella casa-cabina tan pobremente iluminada era tan exiguo que parecía imposible moverse por ella sin tropezar. A través de un ojo de buey vio el candor característico de una nevada abundante. Pensó en cuántos copos se estaba perdiendo y después tembló al pensar en lo que iba a perder con ese hombre, que parecía un oso.

Y, además, un oso de los menos pacíficos.

Kade se plantó en medio de la habitación, se quitó la capucha y cruzó los brazos en el pecho. Sus ojos de diferente color, uno bañado por la luz y el otro en penumbra, la examinaron sin apreciar ni detestar nada en concreto, al menos en apariencia: eran, sin más, dos piedras gemelas apuntando hacia ella.

—Me marcho —dijo con dureza.

—Que quede clara una cosa —dijo él. Su voz la arañó y la acarició al mismo tiempo, como si fuera de zarzamora y terciopelo. Mira pensó en lo tonta que era por detenerse a sentir el efecto piel de gallina y corazón dinamita que le había producido en lugar de abrir la escotilla y salir. Allí dentro no se sentía segura. No más que en las garras de un auténtico lobo en la nieve—. No me mires como si te hubiera secuestrado. Yo no te pedí que me siguieras. Si quieres marcharte, ahí tienes la puerta. —Le señaló la escotilla, por la que les llegó un aullido prolongado y siniestro—. Pero antes dime qué quieres.

—¡Nada!

—¿Por qué me has seguido?

«¿Porque te pareces al protagonista de mis fantasías?»

«¿Porque quiero saber quién eres?»

«¿Porque soy una imbécil?»

—No lo sé —le contestó—. ¿Cómo puedo salir de aquí?

—Muy sencillo: subes la escalera hasta la escotilla, abres y te esfumas.

—¿Y el lobo?

—No es mi problema. ¿Desde cuándo vives en este agujero? ¿Qué pensabas, que de noche salían los ponis?

—Claro que no, pero…

—Pero tenías demasiada hambre.

—¿Hambre? ¿Qué hambre?

—He notado cómo me miras desde que llegué. ¿Me espías por cuenta de alguien o solo quieres que follemos?

—¡No te espío por cuenta de nadie!

—Entonces quieres que follemos.

—¡No! —gritó Mira dando un paso hacia detrás y cayendo en el colchón. Aquella escena era casi grotesca: al negar que lo hubiera seguido por lujuria, se había caído en su cama con las mejillas ardiendo.

Él le dedicó una sonrisita, la primera que Mira veía en aquella cara impasible. A pesar de la barba y las sombras, su sonrisa parecía una herida oblicua. Esa sonrisa era un claro desafío, como si no la creyera y la compadeciese por el esfuerzo que estaba haciendo para mentir.

—Como quieras —le concedió sin perder la expresión burlona.

—No es como quiera yo, es así y basta. Y ahora ayúdame a volver a casa.

—Si piensas que me voy a dedicar a entretener al lobo mientras tú te largas, te equivocas. Suele dar vueltas por aquí toda la noche y se marcha al amanecer. Siempre y cuando amanezca en esta oscuridad perenne.

Mira se sintió ofendida por la arrogancia de aquel comentario.

—¿Tú también eres como esos turistas cretinos que piensan que en Alaska nunca sale el sol? Menuda gilipollez. Sale, pero más tarde, y el día dura pocas horas. Por desgracia, cuando está muy nublado, como en esta época, parece que estemos siempre a oscuras, pero no es así. Es una oscuridad con matices, negra y blanca, con una pizca de amarillo y morado, también puede ser negra y azul y también negra negrísima. En cualquier caso, el negro nunca es igual. Con el

tiempo, te darás cuenta y percibirás la luz en la oscuridad.

—Hablas demasiado para mi gusto. No tengo ganas de oír tus memeces.

—Ni yo tampoco de oír las tuyas. Ayúdame a volver a casa —repitió Mira.

—Ya te he indicado el camino. Escalera, escotilla, fuera. No te retengo.

—¡No puedo ir a pie! ¿No tienes un coche o, qué se yo, una moto de nieve?

—Deberías saberlo, dado que hace un mes que me espías.

—¡No te he espiado! Noweetna es un pueblo pequeño, es inevitable cruzarse con la gente. Solo es la curiosidad normal por un recién llegado. Por aquí no suele haber muchas novedades, la verdad.

—Ya me he dado cuenta. Sea como sea, no tengo ni coche ni moto de nieve y si los tuviera, no te los prestaría.

—Y, entonces, ¿qué hago?

Kade la miro de pies a cabeza con aire taimado.

—Si te acuestas conmigo, puede que después te acompañe.

—¡Estás loco! —protestó Mira, a pesar de la larga secuencia de imágenes aún más enloquecidas, indignas de su reputación de muchacha juiciosa, en la que se veía entre sus brazos, con la lengua en su boca y en muchas otras partes, por todas partes.

—No sabes mentir —aseguró él, como si hubiera visto sus pensamientos y hubiera asistido a las mismas escenas pecaminosas—. No me extraña: por lo que he visto, en este sitio de mierda hay pocos hombres decentes. En fin, si no quieres follar, siéntate en una silla y espera tu jodido amanecer sin decir una palabra.

Dicho esto, se tumbó vestido en la cama, que crujió bajo el peso de su enorme cuerpo. Mira lo observó rabiosa. Tenía los labios entrecerrados, los ojos muy abiertos, los puños apretados, un frío espantoso y las mejillas rojas. Se acercó a la pequeña estufa. A pesar de estar encendida, apenas lograba calentar aquellos metros cuadrados y ni de lejos transformaba el frío ártico en una tibieza aceptable. Los dientes le castañeteaban al ritmo de los insultos que se le iban ocurriendo.

¿Debía esperar allí con ese cabrón?

¿Qué sucedería si su madre la llamaba y no la encontraba?

La idea de pasar el alba entre reproches, lamentos y, con toda probabilidad, un ataque de pánico, tanto si era verdadero como fingido, debido a su desobediencia, desencadenó en ella una furia superior a la que habían provocado las propuestas vulgares de Kade. De esta forma, tras mandar a tomar por culo a la figura que yacía en la penumbra, agarró la linterna que había quedado abandonada encima de una mesa y se dirigió hacia la salida como alma que lleva el diablo.

Se asomó por la escotilla y miró a su alrededor haciendo girar la linterna, como si se tratara del foco de un teatro. Nevaba y ya no se oían aullidos. No podía descartar que, en alguna parte de aquella negrísima oscuridad, hubiera una manada al acecho, esperando una presa tan estúpida como ella, pero la rabia que sentía hacia Kade y el miedo a su madre y por su madre, prevalecieron sobre la prudencia. Debía volver a casa como fuera.

De esta forma, saltó al suelo helado repitiendo mentalmente un mantra casi hipnótico.

«El lobo se ha marchado, el lobo se ha marchado, el lobo se ha marchado.»

Se movió con relativa rapidez y, como si presintiera el dolor de una mordedura fatal, sintió una fuerte punzada en la nuca mientras apuntaba la linterna al camino flanqueado de árboles, que se cernían sobre ella como monstruos de nieve, en el silencio que no era un auténtico silencio, porque su corazón tronaba.

Al ver el refugio, se preguntó si estaba soñando.

¿Ya había llegado? ¿Ya estaba a salvo? Tenía la impresión de que había transcurrido un siglo, un siglo de pánico y sudor que casi la reconcilió con su madre, al pensar que, cuando no exasperaba sus sensaciones, quizá se sintiera como se sentía ella en ese momento.

No hacía tanto que había salido de su casa. Era muy probable que Adele no se hubiera dado cuenta, quizá pensara que se había quedado en la parte trasera contemplando el cielo, como hacía siempre, aunque, en opinión de su madre, no hubiera nada que ver.

En cualquier caso, aquella locura había servido para algo: Mira había comprendido que Kade no tenía nada que ver con el hombre de sus sueños. La arrogancia de sus héroes románticos y novelescos era superficial. Eran huraños y en apariencia brutales, pero jamás la habrían dejado marcharse así, sin escolta, acechada por los lobos. En las fantasías de Mira, el héroe de turno quizá habría refunfuñado, pero al final le habría ofrecido su protección y habría arriesgado incluso su vida por ella.

Quizá le conviniera empezar a distinguir la realidad de la imaginación. Kade Taylor podía irse al infierno y, entretanto, tirarse a todas las Mary del planeta: en caso de que lo hiciera, a ella le resbalaría y su imagen se desharía como la nieve sobre hierro candente.

CAPÍTULO 2

KADE

—No sé si es mejor entablar amistad con los lugareños o seguir despreciándolos como haces ya —masculla el coronel girando el coñac en un vaso tan grande como su cabeza.

—Me resulta más fácil despreciarlos —respondo. He rechazado el licor y estoy pegado a una pared con los brazos cruzados en el pecho, al lado de la chimenea encendida de una casa que no imaginaba así.

A decir verdad, no ha sucedido nada de lo que me esperaba.

Por ejemplo, estaba convencido de que en este agujero del mundo habría pasado desapercibido. Son cuatro almas, hundidas en la nieve hasta el cuello, de manera que suponía que saldrían poco de casa o que estarían deseando volver a ella, pero no dejan de observarme como si fuera una atracción de circo. A pesar de lo poco que me muevo, vaya donde vaya, decenas de ojos me siguen como las miras láser de un CornerShot.

En otra época habría roto alguna que otra rótula a patadas por mucho menos. En este momento, en cambio, debo comportarme y fingir que no noto la curiosidad que despierto. Casi no hablo con estos imbéciles, pero sé que se preguntan quién soy, qué hago aquí y por qué he elegido Noweetna y su maldita nada, en lugar de decidirme por un lugar menos hostil. Sus hipótesis son ridículas y me darían risa si no fuera porque me sacan de quicio.

En cierto sentido, sin embargo, los entiendo: no solo soy un tipo nuevo, aparecido de la nada y sin historia, además soy *el tipo nuevo que parece un oso pardo*. No puedes medir un metro noventa y seis de estatura, tener cuerpo de gorila y cara de púgil, los ojos que parecen dibujados por el demonio, una cicatriz en la cara y tatuajes extraños en sitios extraños y pretender que nadie te mire y se pregunte quién eres.

No, no tengo pinta de eremita, tampoco de artista en búsqueda de inspiración ni de moribundo, ni de loco.

Aunque puede que sea un loco. Un loco y un criminal. No me avergüenza llamar a las cosas por su nombre. A pesar de haber dado un nuevo rumbo a mi vida, ciertas tormentas continúan estallando en mi interior y los recuerdos no se borran.

Pero no me esperaba tanta intromisión ni que el coronel, el único que conoce mi verdadera identidad, pareciera un maldito dandi. Me imaginaba un tipo más salvaje, un leñador empuñando el fusil, siempre listo para disparar, y ha resultado ser un hombre alto y delgado, casi desgarbado, con una melena larga y entrecana, más parecido a un profesor universitario que a un soldado retirado que ahora se dedica a escribir historias de viajes. Nadie se imaginaría nunca que su pasado no es mucho más inmaculado que el mío y que, después de haber dado también un viraje

a su vida, ahora coopera con el FBI.

—Deberías hacer algo para mimetizarte más con el paisaje —prosigue—. No dejan de preguntarse quién eres, qué haces aquí, qué quieres. Debemos inventar una historia plausible que les haga callar.

—Si solo se trata de hacerles callar… —susurro con mordacidad.

—Nada de matanzas —objeta con una sonrisa carente de reproche, como si también él, en otra vida, no hubiera rechazado una matanza de vez en cuando—. No digo que debas integrarte, dado que dentro de seis meses, como mucho, estarás lejos de aquí, pero al menos intenta ser más sociable, así dejarán de chismorrear a tus espaldas cada vez que te ven y de hablar de ti cuando no te ven. ¿Sabes que en Ethan han apostado sobre ti? Quien se acerque más a la verdad, cuando tengas la bondad de revelársela a alguien, ganará cien dólares y un mes entero de cerveza gratis. ¿Por qué no te gusta la historia que ha inventado el departamento?

—No me veo como un viudo inconsolable, no digamos como un padre inconsolable.

—Lástima, porque sería perfecto. Un hombre desesperado por la pérdida de su mujer y de su hijo recién nacido, que elige un pueblo remoto para buscarse a sí mismo, justificaría tu pretensión de estar solo y tus maneras ariscas. Nadie te preguntaría nada para no turbar tu delicado equilibrio emocional. Y a ello habría que añadir una ventaja.

—¿Un mes de cerveza gratis?

—Un mes de coño gratis —responde—. Las mujeres se mueren por confortar a los viudos inconsolables. —Se ríe y en ese momento tengo la impresión de entrever al auténtico coronel que hay detrás de la falsa fachada de bebedor de coñac ataviado con una bata de seda.

No puedo evitar reírme también.

—La verdad es que un poco de coño me vendría bien. La mujer del alcalde no sabía qué tubería quería que le arreglase y, entre una tubería y otra, me hizo una mamada en el cuarto de baño de su casa mientras su marido hablaba por teléfono en el dormitorio.

—Me pregunto a quién no se la habrá hecho.

—¿A ti también?

—Hace unos años, cuando acababa de llegar aquí, con la excusa de la pasión por los relatos de viajes, su marido y ella me visitaban a menudo. No hace falta que te diga lo que sucedía cada vez que la señora se ofrecía para ayudarme a llevar las tazas de té a la cocina mientras el idiota de su marido se quedaba en el salón hojeando álbumes de fotografías. Tíratela, si te gusta, pero ten cuidado y, sobre todo, que no dure mucho. No debes llamar demasiado la atención.

—¿Por qué no me mandaron a Las Vegas?

—Porque Las Vegas habría despertado lo peor de ti. A pesar de lo que le dijiste al fiscal, no eres ni serás jamás un santo. Tu fantasía necesita un lugar donde hibernar. Aquí, salvo acostarse con la mujer del alcalde, hay pocas tentaciones. Da tiempo a que la gente deje de considerarte un recién llegado, a que te vea como un elemento más del paisaje y entonces verás como dejan de observarte. A fin de cuentas, tú insististe en que querías trabajar, así que es inevitable que te vean por ahí.

—Seis meses mano sobre mano habrían acabado con mi paciencia. Estoy acostumbrado a la acción y me gusta la madera. Siempre me ha gustado tallarla y… —Callo, lamentando que se me haya escapado un comentario en apariencia inocuo, pero fundamental para mí. Detesto abrirme. Dentro no hay nada que ver. Cierro la sala de los recuerdos con un golpe de hombro y vuelvo a mostrar mi expresión inexpresiva. Me apresuro a cambiar de tema.

—¿La tipa de la tienda es tonta o una salida?

Me llamó la atención el primer día. Una cosa baja, tan seca como un clavo, con el pelo tan

negro que parece hecho de la misma oscuridad que estrangula las noches aquí, en Alaska, a menudo recogido en dos trenzas bastante ridículas. Todos me miran con diferentes intenciones, pero saben fingir. Hasta la mujer del alcalde se inventó la historia de las tuberías, a pesar de que solo le interesaba una determinada *tubería* con voracidad. En cambio, la tipa de la tienda se queda embobada. Cree que no me doy cuenta y me observa como si estuviera hipnotizada. O quiere hacerme también una mamada o es mema.

—¿Mira? —pregunta el coronel.

—No sé cómo se llama, solo sé que me observa como una muerta de hambre.

—Mira es una delicia —vuelve a replicar él.

—¿Te la has tirado?

Me escruta alarmado, como si hubiera blasfemado en una iglesia. De repente, parece el delincuente que siempre he imaginado que era. Su mirada es un kaláshnikov que me apunta. Cuando se dedicaba a ello, con esa mirada destrozaba cráneos.

—Ni se te ocurra tocarla. Es una joven extraordinaria y no se merece un cabrón como tú. Olvídala.

Suelto una risita sarcástica, pero también de disgusto. ¿De verdad piensa que quiero acostarme con ese engendro?

—Ni la miro. No la habría notado si no fuera porque tengo siempre sus ojos clavados en el culo. Me mira sin decir una palabra, por eso te he preguntado si es tonta.

—No tiene un pelo de tonta, pero prefiero que creas eso y la ignores. En cualquier caso, ahora es mejor que vuelvas a casa. No dejo de preguntarme por qué quisiste vivir en ese barco. ¿No hace un frío del demonio?

—Estoy acostumbrado a sitios de mierda, así que me siento como en casa. Sería incapaz de fingir como tú, con la bata, el coñac, las paredes color crema y a saber cuántas gilipolleces más que prefiero ignorar.

—No finjo, soy así. Tú también eres más polifacético de lo que piensas, muchacho. Crees que solo eres un jodido canalla que está colaborando con la justicia a su pesar, pero he vivido lo suficiente como para saber que ocultas algo bastante complejo. No obstante, procura no descubrirlo ahora. Invéntate una historia para aplacar la curiosidad de la gente, diviértete con la mujer del alcalde y, en la medida de lo posible, trata de pasar inadvertido.

Me encamino hacia la puerta y, ya con la cazadora con la capucha y los guantes, poco antes de salir, esbozo mi peor sonrisa mordaz.

—Todos aquellos que pensaban que dentro de mí había algo más, algo mejor, acabaron tirados en el suelo en medio de un charco de sangre. Te aconsejo que no te hagas ilusiones y que te conformes con la teoría del jodido canalla. Yo, por mi parte, solo tengo un objetivo: sobrevivir hasta la primavera. No me apetece encontrar otro yo ni follar con retrasadas mentales, pero te pido que le sugieras lo mismo a tu *delicia*. Porque tengo la impresión de que está deseando meterse en mis calzoncillos y, como aún no estoy muerto y sostengo la extraña teoría de que un coño siempre es un coño, podría no estar a la altura de tus advertencias.

Me llamaban Dragón. En un ambiente en el que pocos conocen tu verdadero nombre, y quien lo conoce evita usarlo, Dragón era mi apodo. Era un dragón porque nunca me reía, porque era grande y siempre estaba cabreado y, a mi manera, cubierto de escamas, pero no escamas de verdad, en la piel: las escamas las tenía en el alma. He hecho cosas que, a menos que las tengas, acabas con el estómago destrozado por el sentimiento de culpa. Después lo dejé, pero aún

conservo alguna que otra escama.

No he mentido al coronel. No hay nada bueno en mí y quien se hace ilusiones termina muerto. Un dragón siempre será dragón. Incluso si cambia de vida y sus manos dejan de estar ensangrentadas, el dragón subsiste, en letargo, sí, pero vivo.

No estoy colaborando con el FBI por bondad, porque me he convertido y he comprendido el sentido de la justicia. Estoy colaborando por venganza y porque hice una promesa.

No era la primera que hacía, pero si tu hermano muere ante tus ojos y te tiende la trampa de hacerle juramento, no puedes negarte.

Mi conciencia siempre ha sido una cosa metida en un baúl, una cosa por estrenar, un trasto olvidado. Después de la muerte de Josiah tuve que abrir el condenado sarcófago y sacarla. Cómo dolía, hostia. No estoy acostumbrado a sentir remordimientos ni angustia, pero el recuerdo de mi hermano agonizante, un hombre que en ese momento podría haber mandado al mundo a tomar por culo y que, en cambio rogó a Dios y *te* rogó, no es nada agradable. Habría preferido arrancar la cabeza a los capullos que lo transformaron en una isla en un mar de sangre. Pero una promesa es una promesa, sobre todo si se ha hecho a alguien que cree en el paraíso y en el infierno, que ha pasado la vida predicando gilipolleces bíblicas y que te ha implorado con su último hilo de voz.

No sé cómo pudimos llegar a ser tan diferentes, él un ángel y yo un matón, a pesar de haber vivido los dos la misma mierda, la misma asquerosa pobreza en un barrio miserable, el mismo padre borracho y violento que no duraba más de dos días en un trabajo y la misma madre débil y temerosa, que murió de tristeza de repente, como si se hubiera ido a dormir y luego hubiera decidido dar un paso más. Solo sé que, yo elegí la calle, los atracos, las peleas, la droga, las cuchilladas y las lágrimas ajenas y él se dejó engañar por las promesas divinas. Josiah siempre trató de enjugar las lágrimas de aquellos a los que yo hacía llorar y se ordenó sacerdote. Uno de esos raros ejemplares que creen en la misión, en la vocación o en como coño se diga. Luchaba en primera línea contra las bandas, confiaba en una vida mejor para todos aquellos que la deseaban lo suficiente y no perdía ocasión para tratar de redimirme.

Al final, en cierto sentido, ganó él. No porque me haya convertido en un hombre decente: el hierro no puede transformarse en algodón. Un dragón no puede convertirse en un gatito. Un jodido canalla sigue siendo un jodido canalla, aunque haya cerrado una puerta. No siento nada por el mundo, nadie me importa y, si volviera atrás, volvería a romper los huesos que rompí, empezando por los de mi padre. En fin, que no me he transformado en el ángel que Josiah deseaba.

Solo desembuché con los federales y ahora vivo en un pueblucho del fin del mundo. Muchos me buscan para dejarme tieso y debo seguir vivo, al menos hasta que se celebre el juicio, para cantar la lista de sus fechorías al juez.

Después, no sé qué será de mí ni me preocupa. Puede que desaparezca en el atardecer, como el vaquero de un viejo *western.* Puede que me metan una bala en la nuca. Si sucediera, el mundo no perdería nada. Un cabrón menos.

Mi hermano, en cambio, no debería haber muerto.

Él era una flor, agua de manantial, cielo azul.

Yo solo soy una mancha de barro en la cara del mundo.

La *delicia* del coronel está como una cabra. No porque me haya seguido, sino porque se ha marchado. Sola. En medio de la oscuridad y con el lobo ahí fuera. Sí, olvidé decirle que el lobo en cuestión es un ejemplar viejo y desgraciado, que quizá haya sido expulsado por la manada, y

que, en el mes que llevo viéndolo y oyéndolo aullar todas las noches, jamás me ha atacado y se limita a dar vueltas al barco buscando comida y pequeños roedores. Pero ella no lo sabía y se marchó de todas formas sin pedir ayuda. Reconozco que me intriga saber si aún está viva. Además, suelen atraerme las mermeladas prohibidas: basta con que me digas que no he de tocar un tarro para que me entren ganas de vaciarlo con los dedos. Aunque nunca me ha sucedido con las mujeres: las mujeres suelen ser tarros abiertos, llenos de pulpa cremosa que se ofrecen sin muchos rodeos. Pero en muchas otras cosas han sido justo las prohibiciones las que me han azuzado: siempre me ha gustado hacer lo que no se debía hacer.

Nieva copiosamente cuando, al día siguiente de nuestro encuentro, voy a comprar cigarrillos.

La tipa está detrás del mostrador. Vivita y coleando. Subida a una escalera, está ordenando un estante alto. Viste unos vaqueros rojos y calza unas botas Ugg con lazos. No veo a esa amiga suya que habla por los codos, así que está sola, dándome la espalda, y pienso sin poder evitarlo que, a fin de cuentas, su culo no está nada mal.

Al oír el tintineo de las absurdas conchas que hay colgadas junto a la puerta, se gira un poco, suelta un grito de rabia y me mira como si fuera un caimán con restos de un cadáver entre los dientes, se tambalea, pierde el equilibrio y caen de golpe ella y la escalera.

Contengo la risa. Me asomo un instante por el mostrador: está tirada en el suelo, con la escalera de mano sobre ella, masajeándose una rodilla y la cabeza.

—Te lo ruego, no te molestes en ayudarme —comenta fulminándome con la mirada.

—Tranquila, no pienso hacerlo —digo.

Se levanta al cabo de unos segundos. Tiene varios mechones en la cara y una mueca que podría ser de dolor, pero también de deseo de lijarme los huevos con el rascador de nieve que empuña.

—¿Qué quieres? —me pregunta enfurruñada, roja como un tomate.

Le pido los consabidos Winston Blu y me los da con un ademán brusco.

—¡Menudo cabrón eres! —exclama de repente.

—No me quejo —replico sacando un cigarrillo. Lo enciendo con dos gestos rápidos, doy una buena calada y la observo a través del humo ascendente.

—¡Los lobos podrían haberme descuartizado! —sigue ella.

—Quizá, pero, por desgracia, sigues entera y no has dejado de hablar.

Frunce más el ceño y los labios y por un instante pienso que, viendo la expresión que tiene ahora, con el pelo en la cara y el aire guerrero, no me importaría que me lamiera un poco.

—Gracias a ti no, desde luego —vuelve a replicar—. ¿Lo haces adrede? Me refiero a ser tan antipático.

—Me cuesta mucho fingir. Soy antipático por naturaleza.

—Bueno, pues deja que te diga que tienes una naturaleza de mierda.

—No me dices nada nuevo.

Me desafía de nuevo con los ojos. Es temeraria esta niñata. Se enfrenta a los lobos y al dragón sin bajar la mirada.

—Fuma fuera.

—El próximo, cuando acabe este.

—Sé que lo estás haciendo adrede. ¿Te divierte sacarme de mis casillas?

—Bastante. Además, te estoy haciendo un favor. Sueles mirarme por detrás. Tengo tus ojos clavados en las nalgas desde que llegué. Mira también delante. Te aseguro que hay *mucho* que observar.

—Eres un… eres un… —Mientras busca la palabra adecuada para describirme, su mirada se

posa en mis hombros—. ¡Debe de valer mucho la pena! —prosigue esbozando una sonrisita mordaz.

—Te aseguro que sí. ¿Quieres que me quite la cazadora y algo más?

—¡Quiero que te pongas una escafandra, imbécil! Y no me refería a ti con esa frase, tengo angustia desde que entraste.

—Déjame *entrar* de verdad y se te pasará la angustia.

—¿Qué…?

—Eres tú la que me sigue a todas partes. No te hagas la tonta. No solo quieres saber quién soy, además te intriga mi…

El tintineo de las conchas, que chocan como dientes de madera en la entrada, me interrumpe antes de que lo haga ella. Sigue asiendo el rascador y solo ahora veo que debe de haberse caído encima de él, porque le sangra la palma de la mano, pero eso no es lo único que noto: con esa caída torpe no solo se ha despeinado y se ha herido, sino que además se le ha movido el suéter y por el escote entreveo una clavícula tan sutil como una rama de almendro y un colgante de oro atado al cuello con una cinta.

Me quedo sin aliento por un instante y una garra invisible me hace retroceder a un día que aún me duele. Instintivamente, mi mano busca el colgante que llevo también puesto. Sé que hay montones de medallitas como esta y que todas son casi iguales. Lo sé. Sin embargo, siento el estremecimiento que no debería sentir.

—¡Así que estás aquí, Kade! —exclama de repente la mujer del alcalde. Su llegada quiebra ese instante de extravío y los recuerdos escapan a toda velocidad.

La señora *cualquiera* luce un abrigo de piel rosa y chilla como una gallina. Qué voz tan desagradable. No me había dado cuenta, quizá porque cuando nos vimos tenía la boca ocupada. Tomo nota mentalmente: obligarla a estar callada mientras follamos.

—¡Debes venir a mi casa! —insiste—. Mi marido ha ido un par de días a Anchorage y tengo un grifo que no deja de gotear. ¡Tengo todo el suelo mojado! ¿Crees que podrás repararlo?

La observo: no está mal, de joven debía de estar muy buena. Es bastante alta, rubia, a todas luces maciza y, aún más evidente, está deseando abrirse de piernas.

—Siempre estoy disponible cuando hay algo mojado —comento con una indirecta tan explícita que su mirada se enciende. Se ríe como una hiena que experimenta una agradable sensación de saciedad frente a un cadáver caído del cielo y en mi segunda nota mental escribo con mayúsculas: «No debo hacerla reír o se me ablandará por un cuarto de siglo».

—Sabes dónde vivo, ¿verdad? ¿Vendrás?

—Por supuesto que iré, más de una vez.

Las conchas vuelven a ondear cuando abre la puerta y un remolino de la nieve la aspira cuando sale sin dejar de reírse excitada. Me vuelvo hacia la joven que, comparada con la diosa madura que acaba de dejarnos, es poco más que un juguete con un culo discreto, pero el mostrador está vacío.

¿Adónde ha ido?

En lugar de salir hacia la casa del alcalde, franqueo una cortina hecha de tiras de tela. Detrás hay una especie de trastero y la tipa está delante de un lavabo, con las manos bajo el chorro de agua.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Se vuelve de golpe, con la rapidez de una peonza. No solo arde, además está furiosa.

—¡Vete enseguida! —exclama, mejor dicho, grita—. ¡No puedes estar aquí! —Recula sin perder el descaro en la mirada, pero también está aterrada. Siento con toda claridad que a la idea

que se había hecho de mí se ha añadido una nueva certeza: soy un cabrón, un asqueroso, un misterioso canalla y podría ser más peligroso de lo que ella había imaginado.

No se equivoca, soy todo lo que piensa, todo lo que teme, y quizá quiere y teme aún más. Suelo gustar a las mujeres porque soy así: un sinvergüenza con el que es posible desahogarse de forma salvaje. A pesar de estar destinada a la derrota, su hostilidad es algo nuevo para mí. No recuerdo una sola mujer que me haya dicho que no cuando estaba deseando que sí. Siempre ha sido querer y tomar al instante, ya, y, después, una nada infinita. En toda mi vida, no recuerdo una sola vez que haya sentido algo más arduo que un combate de sudor seguido de un orgasmo animal.

Por primera vez, una tipa que me desea se niega a mostrármelo y se oculta detrás de una máscara de falso disgusto. A mi pesar, la representación me intriga y no estoy seguro de que el claro ofrecimiento de la Juno rubia que me está esperando en su casa tengan nada que ver con ello. Tengo la impresión de que esta escaramuza es más provocadora que cualquier suelo mojado.

—No te voy a comer, idiota. ¿Te has hecho daño?

—¿Eh?

—En la mano, antes. He visto que sangrabas.

Me observa con los ojos muy abiertos, incrédula, como si tuviera delante un extraterrestre.

—Eso no es asunto tuyo.

—Por supuesto que no, pero de todas formas te lo pregunto.

—Y yo te contesto: vete. Sí, tienes razón, te he… observado un poco. Me intrigabas, igual que intrigabas al cien por cien de los habitantes de este pueblo. Qué quieres, nuestra vida es monótona y nos basta con ver una cara nueva para que se nos vayan los ojos. Quería averiguar quién eras, pero ahora… ahora ya no quiero saber nada más. Desaparece o te muelo a patadas.

—Si quisieras hacerme daño, cretina, tus patadas me harían cosquillas. ¿Cuánto mides, un metro y una polla?

—No lo sé, ¿qué unidad de medida es una polla? Si tomamos la tuya como referencia, unos seis centímetros.

Debería cabrearme, pero me echo a reír. Me río tan poco, que el sonido de mi voz me sorprende.

—Me has herido en el honor. Siento el deber de demostrarte que te equivocas, *cuánto* te equivocas. —Finjo que trato de bajarme la cremallera de los pantalones. Me mira aterrorizada y se me escapa la risa de nuevo. Me paro, sacudo la cabeza y le levanto la barbilla con un dedo—. Cuando llegue el momento, podrás constatar *lo grande que ha sido tu error*. Pero, dime, ¿qué es esto? —le pregunto apretando entre los dedos el colgante que lleva al cuello.

Me da una bofetada en el dorso de la mano.

—No la toques. Es mi medalla de san Cristóbal.

—Sé lo que es. ¿Por qué la llevas? ¿No es el protector de los viajeros? ¿Has salido alguna vez de aquí?

Sus ojos brillan, se siente ofendida, casi insultada.

—Hay muchas maneras de viajar —sentencia.

Esta vez soy yo el que la mira como si fuera una extraterrestre. Como poco, estoy aturdido, también loco, porque, en lugar de marcharme, me quedo parado con la medalla entre los dedos y su clavícula a un milímetro de la yema de uno de mis dedos, sin decir nada y sin que ella diga nada.

Cuando éramos niños, Josiah y yo soñábamos con viajar: mientras nuestro padre, en algún

lugar que quedaba fuera del mundo imaginario que habíamos creado en el armario que había bajo una escalera, desahogaba su rabia con la mujer que era culpable de haberse casado con él y de quererlo a pesar de todo, él me hablaba de nosotros, de aquello en lo que nos convertiríamos, de los lugares que veríamos, de los sabores, los olores y la luz. Y del silencio, diferente al estruendo que se filtraba por las malditas paredes de papel.

En una ocasión, años más tarde, antes de que embocara definitivamente el camino que me llevó a ser lo que soy, le dije que nada de todo eso era verdad, que jamás viajaríamos, que nos quedaríamos clavados a esa vida de mierda. Él, entonces, me regaló este colgante y me dijo: «Hay muchas maneras de viajar».

No se equivocaba. Una de las maneras fue pegar a mi padre hasta hacerlo sangrar. Con trece años, yo era ya más alto y robusto que él. Después de zurrarlo hasta casi matarlo, pero lo suficientemente vivo como para que se cagara de miedo, me sentí como si hubiera dado la vuelta al mundo. Bastante eufórico y cargado de experiencias.

No creo que Josiah se refiriera a eso. No obstante, a pesar de que nunca he viajado mucho, ni en el sentido que entendía yo de niño ni en el que imaginaba él de adulto, a partir de ese momento empecé a sentirme más libre, dueño de mí mismo, consciente de mi fuerza, de todo aquello que podía hacer o deshacer.

Ahora, el hecho de que esta niñata rebelde tenga la misma medalla que yo y me diga palabras que ya he oído, me turba de una manera inexplicable. Además, huele bien. Huele a flores y a miel y a algo que recuerda el aroma del sol. Quién sabe si sabe también como él.

—¿Molesto? —La voz de su amiga, que se asoma por la cortina, me hace sentir como si tuviera diez años y me hubieran pillado robando. Ni siquiera cuando me tiré a tres puertorriqueñas a la vez y la policía tiró abajo la puerta y me pilló en el centro de una maraña increíble, sentí vergüenza ni fastidio.

En este momento, en cambio, me siento inesperadamente incómodo. Puede que el coronel tenga razón: debo olvidarme de las crías, de esta en particular. Mejor tirarme a la mujer del alcalde. La abstinencia es mala compañera: desencadena recuerdos, te hace notar los aromas y te lleva a pensar que te apetece meter la lengua en la boca de una tipa que ni siquiera te gusta.

—Molestarías si me estuviera divirtiendo —comento disgustado—. Me debes una linterna. La otra noche te llevaste una del barco. Debes devolvérmela.

Después, sin añadir palabra, salgo de la tienda y me sumerjo en la nevada.

CAPÍTULO 3

—¿Te estaba besando? ¿Qué es esa historia de la linterna que dejaste en su barco de noche? ¿Te has acostado con él? —Charlize era todo curiosidad y excitación.

—¡Por supuesto que no! —protestó Mira. A decir verdad, se sentía confusa, como si en su cuerpo los órganos internos estuvieran jugando a perseguirse poniéndose la zancadilla. Por un instante, había tenido la impresión de que Kade iba a besarla en el trastero.

Que lo hubiera pensado era una tontería, que lo hubiera deseado era una auténtica tragedia.

—Bueno, no sé, parecía que te estaba tocando —insistió Charlize.

—Pero ¡qué dices! —protestó ella odiándose porque sin embargo había deseado… esperado… *algo*. Había estado tan cerca de él… Con ese aire extraño, repentinamente extraviado, como si detrás de la pantalla hubiera algo más, ocultase secretos más dulces. Tan cerca que había percibido su olor. Tabaco y café, virutas de madera, nieve y un toque de chocolate.

—Yo en tu lugar probaría. A saber cómo besa. Parece uno de esos tipos que te hacen sangrar la boca.

—Una razón de más para no besarlo nunca.

—¿Estuviste en el barco?

—¡No! Bueno, sí… pero solo un rato y… —Calló y se puso a ordenar el mostrador de la tienda. Fuera, la nieve era una cortina, los copos eran tan grandes como palomitas. Mira pensó en su madre, que debía de estar temblando en un rincón oscuro. Tenía que cerrar antes la tienda y volver a casa.

—Veo que te enroscas como un erizo —dijo Charlize, envuelta en su anorak de pelo con lunares blancos—. ¿Me prometes que si te acuestas con él me lo contarás?

—Nunca lo haré. Además, nuestra *querida* Mary Grandall sabrá cómo dejarlo agotado.

—¿Y eso te molesta? ¿Te gustaría agotarlo tú? —Charlize ladeó la cabeza con expresión maliciosa.

—¡No! —Mira la escrutó iracunda. No, no quería seguir hablando de Kade Taylor. Fuera de sus pensamientos, de sus tentaciones, de sus sueños y también de sus juegos: que se fuera al infierno con sus maneras de bárbaro—. ¿Qué haces aquí hoy, Charlize? ¿No tenías que estudiar?

—Sí, pero quería contarte la novedad.

—Veamos qué cosa extraordinaria ha sucedido que ha sido capaz de sacarte de casa a pesar del tiempo.

—¡Henry volverá a Noweetna en Navidad!

Charlize logró por fin atraer toda su atención.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Su madre fue a la clínica de mi padre y se lo comentó, así que seguro que regresa por Navidad. El pobre necesita un poco de paz. La vida en Hollywood puede ser muy estresante o quizá sea estresante que su última película haya sido un auténtico fracaso.

Mira guardó silencio unos segundos. A pesar de no ser necesario, se puso a alinear de nuevo los tarros de forma mecánica. Henry Mayor había sido su primer y único novio, ella tenía dieciséis años y él diecisiete. En una comunidad tan pequeña, de costumbres inamovibles, donde las grandes bellezas escaseaban, él destacaba por su belleza, además de por su testarudez y por sus deseos cambiar de vida. De hecho, al cabo de unos meses, al cumplir los dieciocho años —como si hubiera estado esperando el último repique de la medianoche para abandonar el castillo —, su belleza y su terquedad lo habían empujado a huir. No puedes ser tan bello como un ángel de un fresco, cultivar sueños tenaces y no hacer lo que sea para hacerlos realidad.

Desde niño había sentido pasión por el arte y la comunicación: le encantaba recitar poemas y trabajaba como locutor en la radio local. Adoraba la poesía y la primera vez que habían hecho el amor había declamado una a Mira: el soneto 116 de Shakespeare. Pero, por encima de todo, quería marcharse. Amaba el futuro mucho más que el presente. Un día, de buenas a primeras, le había anunciado que pensaba viajar a Santa Mónica, donde vivía uno de sus tíos maternos. Lo más humillante y triste había sido su decisión de romper con todo. No había pensado ni por un momento en mantener una relación a distancia con ella. Ningún poema le había hecho cambiar de idea; el verso que tantas veces había declamado —«No es el amor, que enseguida se altera, cuando descubre cambios o tiende a separarse de aquel que se separa»—[2] había dejado de ser el sello de una promesa en la boca y había acabado siendo tan romántico como una lista de la compra.

Hacía casi seis años que no se veían ni hablaban. Mira había seguido su carrera de lejos. En muy poco tiempo, después de haber hecho varios anuncios publicitarios y pequeños papeles en series policiacas, Henry había participado en dos producciones que habían obtenido un gran éxito de taquilla. Después, había aceptado un papel importante, pero la película de época, inspirada en *Cumbres borrascosas*, en la que interpretaba al joven Heathcliff, había sido un fiasco. Los críticos habían considerado su interpretación aburrida y carente de pasión y habían predicho para el joven actor un destino de películas comerciales sin hondura alguna.

—¿Sigues pensando en él? —le preguntó Charlize sonriendo. No solían hablar del tema, por la misma razón por la que no se habla de un muerto con el que aún tiene el corazón de luto, por la misma razón por la que nadie mencionaba a Adele su marido: uno no debe ir recordando a los demás sus fracasos.

Mira pensaba que comprendía a su madre más de lo que esta se imaginaba. A ella también la habían abandonado, pero Henry, al menos, se lo había dicho a la cara, a diferencia de su padre, que no le había dedicado siquiera dos líneas a su madre para despedirse. Además, Henry no había desaparecido del todo, la prensa sensacionalista solía hablar de él y en internet las noticias sobre su vida rebosaban como granos de uva en un cálido septiembre dorado en el sur de Francia. A Willem Kendal, en cambio, se lo había tragado la nada.

—No de la manera que crees —contestó Mira—. Han pasado seis años.

—No has salido con otros chicos.

—En Noweetna no hay mucho donde elegir. En cualquier caso, no quiero tener historias mediocres. Quiero un amor absoluto o nada.

—Yo, por el momento, me conformaría con una noche de sexo ardiente con Kade Taylor.

—¡Pues díselo! —dijo Mira casi gritando—. ¿Por qué hemos de acabar siempre hablando de él? Me estabas hablando de Henry y de repente vuelve a aparecer ese oso arrogante.

—Porque llama al sexo incluso a los muertos, mi querida amiga. Además, creo que tienes posibilidades de tirártelo. Antes me ha parecido interesado. Pruébalo, así te sentirás más fuerte cuando vuelva Henry. Seguro que terminarás acostándote con Henry, así que, al menos, que note que tienes más experiencia y no crea que lo has esperado seis años soñando con duques y piratas.

—No lo he esperado seis años. No estoy esperándolo. No espero a nadie en concreto: espero un sueño. Además, ¿desde cuándo te obsesiona tanto el sexo?

—¡Desde que Kade Taylor apareció en Noweetna! ¡Ya te he dicho que llama al sexo incluso a los muertos! Si no te interesa, haré lo que sea para que me devore. ¿Estás segura de que no te gusta? ¿Puedo intentarlo yo?

Mira vaciló unos segundos, demasiado poco como para que nadie pudiera notarlo, sobre todo Charlize, cuya mente en ese instante estaba llena de imágenes no recomendadas para menores. Al final, dijo con firmeza:

—Tienes mi bendición, pero ten cuidado. Me temo que, más que hacerte sangrar la boca, un tipo así podría darte un navajazo. No digas luego que no te lo he advertido.

Cuando nevaba el aire era menos frío que cuando helaba. Cuando la nieve caía copiosamente casi parecía que emanase calor. Mira recorría el breve trayecto que había entre la tienda y su casa a paso deliberadamente lento, hundiéndose en el blanco, que crujía como papel desgarrado, y observando el pueblo. Aquel pueblo era un microcosmos diminuto. Poco más de trescientos habitantes encerrados en una única calle con casitas construidas con troncos alineadas a ambos lados, una iglesia, un *pub*, una clínica, una escuela, una oficina de correos que hacía las veces de banco, la serrería, la sede de la radio local, la farmacia y poco más.

El odioso Kade Taylor había acertado en una cosa: a pesar de la medalla que llevaba en el corazón, Mira nunca había viajado. Antes de que su padre desapareciera, solían fantasear juntos con recorrer el mundo y Willem le había regalado un extraño mapa: cada país estaba cubierto por una capa de tinta plateada, como la de los billetes de rasca y gana. Cada vez que visitaran uno, rascarían la capa plateada correspondiente con una moneda. Diez años más tarde, el mapamundi estaba intacto. Ni siquiera Alaska merecía ser arañada con una moneda de un cuarto de dólar, porque Mira nunca había salido de Noweetna. Su padre, en cambio, se había marchado y la había dejado allí con una medallita que había terminado simbolizando la frustración.

«Espero que, al menos, se esté divirtiendo.»

Ella no se divertía nada, salvo cuando vivía en los libros. Y más si leía mientras caía una fuerte nevada. A pesar de no asomarse a la ventana jamás, su madre percibía su presencia. La nieve la oprimía y la hacía ser intratable.

—¿Mamá? —la llamó Mira al entrar en casa.

La encontró donde esperaba encontrarla a esa hora. En su habitación, sentada en una mecedora en el rincón más alejado de la ventana, cuya totalidad, de todas formas, estaba tapada por una gruesa cortina. Al fondo se oía la radio sintonizada en su canal favorito, que en ese momento transmitía la banda sonora del musical *Los miserables.* Tenía los ojos cerrados, pero Mira sabía que aquella aparente quietud no era serenidad, al contrario: la mandíbula apretada y las manos clavadas en los brazos de la silla hablaban por sí solas.

A pesar de ello, Mira le preguntó:

—¿Todo bien?

Adele abrió los ojos y la observó con sus iris de color chocolate, que, en ese instante, parecían carmesíes. A pesar de la dureza de sus facciones antiguas, de joven había sido guapa,

pero, con la tez tan pálida como esa nieve que tanto la asustaba y los cien kilos de peso, su madre aparentaba muchos más años que los treinta y cinco que había cumplido. Pasaba los días nutriendo un rencor inamovible, regañando a su hija y comiendo. Si algo ligeramente blanco interfería en su jornada, sufría una crisis y, cuando la superaba, se transformaba en una mujer irascible e insoportable.

—¿Por qué me lo preguntas siempre? Sabes que estoy fatal. ¿Dónde estabas?

—En la tienda, mamá. ¿Dónde quieres que vaya?

—Cada vez vuelves más tarde, lo haces adrede. No creo que hubiera cola con este tiempo.

—Vivimos en Alaska, en noviembre el tiempo es así. La gente no se asusta por unos cuantos copos de nieve.

La mirada de Adele era cada vez menos conciliadora.

—¿Te burlas de mis problemas?

—No, claro que no. ¿Has comido?

—Si me cuesta ir de la cama a la silla, cómo pretendes que cocine. Es muy propio de ti dar por descontado que yo soy quien debe hacerlo todo.

—Entonces, voy a preparar algo.

En la media hora siguiente, mientras Fantine cantaba *I dreamed a dream*, Mira pensó sin poder evitarlo en los tiempos en que ella también soñaba que el amor jamás moriría. Se le escapó una lágrima. Solo una. Estaba casi segura de que Henry le daba igual: no había visto una sola de sus películas, había dejado de soñar con él y su ideal de hombre había cambiado mucho. Se parecía más a…

«Maldito Kade Taylor. No puedes ser el ideal de nadie. Solo eres un gorila con la polla pequeña, seguro.»

En el pasado le habían gustado los chicos esbeltos, con el pelo rubio y aire de elfos noruegos, pero, con el pasar del tiempo, había madurado una predilección por los gigantes morenos. ¿Sería una reacción natural a la desilusión que le había causado Henry? ¿Había decidido que le gustaban los piratas porque su primer novio, que parecía un príncipe azul, le había hecho mucho daño?

Recordó su primera vez: no había sido, lo que se dice, memorable y, la verdad, las siguientes no se habían parecido en nada a aquello que describían sus novelas, pero por aquel entonces le bastaba, por aquel entonces solo quería sentir el corazón de Henry pegado al suyo, le daba igual que su cuerpo no se quedara agotado por placeres lujuriosos. Por aquel entonces, las mariposas en el estómago y las poesías le eran suficientes.

Ahora, sin embargo, ya no estaba dispuesta a contentarse con la simple imitación de nada: del amor, del sexo o de la felicidad. Ahora pretendía volar como las heroínas de las novelas. Quería todo: un amor ardiente que transformase su cuerpo en un rosal. Quería sentir la miel en su interior y el fuego sobre ella.

La cara de Kade Taylor volvió a colarse en sus pensamientos. Le sacó la lengua, que se reflejó deformada en la superficie de acero de una olla. Mejor pensar en otra cosa, quizá en Henry. No, mejor no pensar en nada.

La voz imperiosa de su madre la devolvió a la realidad.

—Cuidado con los tigres —le gritó desde el dormitorio.

—¿Qué tigres?

—Los de la canción.

Mira siguió el canto desesperado de Fantine.

Pero los tigres vienen de noche
con sus voces suaves como el trueno
y destrozan tus esperanzas
y transforman tu sueño en vergüenza.

Por enésima vez ese día de pensamientos indeseados, no logró apartar la imagen de dos dedos rozándole la clavícula mientas aferraban la medalla que colgaba de su cuello. Por suerte, Charlize había interrumpido aquello que pudiera haber sucedido a continuación, fuera lo que fuera.

Con todo, a pesar de que hablaba de forma vaga y de que no aludía de forma explícita a Kade Taylor ni a su extraño y pecaminoso influjo, su madre tenía razón. Solía impartirle lecciones sobre la vida, sobre los hombres y sobre el terrible daño que se infligiría a sí misma si se fiaba de cualquiera de ellos, incluso del hombre de apariencia más inocente. Sus sermones acababan siempre con el ejemplo de su padre: "¿Acaso no parecía el marido más fiable del mundo?". Y si aquel hombre había hecho lo que había hecho, cualquiera podría hacerlo.

«No te fíes.»

«No te fíes.»

«No te fíes.»

«Como si pensara fiarme de él. Quién lo ve, quién habla con él, quién lo quiere. Quién hace caso a ese imbécil. Figúrate si dejo que se convierta en un tigre»

Mira se mordió un labio delante de la puerta mientras se quitaba la nieve del pelo. Antes de cruzar el callejón y de llegar allí estaba segura de que no era tarde, pero en ese momento tenía la impresión de que iba a cometer una impertinencia. Eran más de las diez y, bien mirado, no era la hora más adecuada para una visita.

El coronel siempre había sido muy amable con ella, le hablaba de sus viajes y de sus libros y en una ocasión incluso habían cocinado juntos. Hacía tres años que vivía en Noweetna y era un hombre interesante. El hecho de que tuviera la edad de su padre había impedido cualquier chisme del pequeño círculo de entrometidos que la rodeaba: se habían limitado a comentar que Mira buscaba una figura paternal y eso, quizá, fuera cierto.

Sin duda, en su presencia Mira se sentía alegre y libre, como si ella emprendiera los viajes que él le contaba. Como eran vecinos, pues sus casas solo estaban separadas por una franja de grava, la joven iba a visitarlo siempre que podía, es decir, cuando su madre dormía o estaba lo suficientemente tranquila como para no pretender que ella se quedara a su lado y ahuyentara los blancos espectros que entraban por las ventanas los días en que nevaba mucho.

Esa noche, además del placer de su compañía, Mira necesitaba que el coronel le hiciera un favor. Quién sabe si la tacharía de insolente.

Lanzando un suspiro, que le supo a hielo, llamó a la puerta.

Cosa extraña, aquel hombre que, por lo general, se alegraba de verla, esbozó una sonrisa forzada al verla.

—¿Puedo entrar? —le preguntó Mira.

Casi tuvo la impresión de que el coronel contestaría que no y su corazón se encogió como una miga de pan, pero al instante una voz inesperada desencadenó en su interior algo similar a

una sacudida eléctrica, seguida de una incomprensible invasión de criaturas aladas —¿mariposas o buitres? — en su estómago.

—Vaya, vaya, mira quién está aquí —dijo Kade Taylor asomándose desde el salón.

El coronel lo miró iracundo e, instintivamente, Mira retrocedió un paso.

—Como ves, estoy ocupado, querida —comentó el dueño de la casa—. ¿Puedes pasarte otro día?

Kade avanzó por el pequeño recibidor de madera clara, decorado con unas magníficas fotografías de lugares reales que parecían surgidos de un mundo de fantasía, llenándolo con su mole atroz. No dijo nada, se limitó a apoyarse en un pilar de madera con los brazos cruzados en el pecho y una mirada cínica de matón.

Mira tragó un pedazo de comida invisible, pero tan voluminoso como un calcetín lleno de piedras. Jamás lo había visto sin cazadora y, vestido solo con el suéter, le pareció aún más robusto. Sin las capas de ropa que falseaban las proporciones, su cuerpo seguía siendo imponente.

Era realmente… realmente… intimidatorio.

Se esforzó por ignorar los tatuajes que asomaban por las mangas remangadas hasta los antebrazos, unos tatuajes que parecían llamas sinuosas y entrelazadas, de un color rojo semejante al de la sangre oxidada, mientras que el ojo egipcio que tenía en el dorso de la mano parecía escrutarla con el mismo aire amenazador que transmitían sus ojos.

Por la razón que fuera, una razón que Charlize habría definido usando una sola palabra y que Mira prefería no definir de ninguna manera, ese hombre le llenaba la cabeza de algodón en rama, de forma que su inteligencia se transformaba en la cortedad de una gallina. Y todo eso no guardaba ninguna relación con emociones respetables: aquello era el resultado de una atracción innoble, obscenamente física, que debía refrenar por todos los medios. Reculó otro paso y salió de aquella casa, decidida a marcharse y a volver en otro momento.

Pero entonces Kade dijo algo que no debería haber dicho:

—¿Te doy miedo?

Mira sintió la chispa de un arrebato de orgullo.

—No tengo miedo de nadie y menos de ti —contestó con brusquedad.

Después cruzó el recibidor. Al hacerlo, el cuerpo de Kade la rozó y la joven detestó la manera en que sus pulmones reaccionaron a ese roce insignificante: se contrajeron como si estuvieran sumergidos en el agua, como si buscaran aire.

«Qué mal debes de estar si te basta tan poco para sentirte como si te hubiera arrancado la ropa.»

Entró en la sala preguntándose por qué se habían reunido aquellos dos hombres. Además de la evidente diferencia de edad —al menos veinte años—, parecían tan distintos en todo que costaba creer que tuvieran algo en común, pero la copa de vino y el vaso de cerveza que había en el salón y los restos de comida que se veían al otro lado del arco por el que se accedía a la cocina, demostraban que los unía una inesperada familiaridad.

—Kade estaba a punto de marcharse —se apresuró a explicarle el coronel—. ¿Necesitas algo, querida?

—¿Puedo usar tu lector de deuvedé? —le preguntó Mira.

—¿Mi lector de deuvedé? —El coronel frunció el ceño, a todas luces sorprendido—. Si quieres, puedes llevártelo a casa y quedártelo todo el tiempo que quieras.

—Mi madre no lo aprobaría. ¿Puedo ver una cosa aquí?

Sin esperar una respuesta o que le diera permiso, sacó el deuvedé de *Cumbres borrascosas,*

donde Henry interpretaba el papel de Heathcliff. Metió el disco plateado en el aparato y encendió la televisión. Después se quitó el abrigo y se sentó en el sofá que había delante de la pantalla.

«Eso es, muéstrate segura, así no entenderán lo que estás pensando de verdad, qué quieres de verdad y qué te avergüenzas de querer de verdad. Confunde al enemigo con la mejor de tus interpretaciones.»

—Seguid con lo vuestro. Saltaré varias escenas, no os molestaré mucho tiempo.

El sofá de dos plazas vibró cuando Kade se sentó a su lado, casi aplastándola contra un lado.

—Veamos de qué se trata —dijo riéndose entre dientes.

—¿No estabas a punto de marcharte? —dijo Mira refunfuñando—. En cualquier caso, no creo que te interese. Es una historia de amor. Además, ¿qué haces aquí? ¿No has sabido reparar las tuberías de Mary?

—Las he reparado de maravilla —le respondió en tono malicioso—. Enciende ese rollo, a ver cómo es.

—Kade, ahora está nevando mucho. Si sigue así, quizá no puedas volver al barco: será mejor que te vayas —insistió el coronel, que, a todas luces, quería que se marchase.

—Si continúa nevando, pasaré la noche aquí… o iré a casa de Mira. ¿Tienes una cama para mí? —Le sonrió con aire burlón y Mira tuvo que desviar la mirada hacia el televisor para que no notara hasta qué punto le había turbado comprobar que él sabía su nombre.

«¿Sabe cómo me llamo?»

No le contestó, ni siquiera para replicar a su provocación. No estaba segura de cómo habría sonado su voz: temerosa de que pareciera un estertor o, peor aún, un suspiro, prefirió guardar silencio.

Dejó que la película empezara y encadenó sus ojos a las imágenes que pasaban por la pantalla. El coronel se sentó en un sillón, con aire pensativo, mientras Mira veía la película.

La rodilla de Kade, su brazo a un milímetro del suyo, su perfil de animal salvaje, el pelo, la barba y las heridas… No entendía por qué absurdo motivo se sentía como si estuviera desnuda en una cama de fuego.

Esperaba que Kade hiciera algún comentario sarcástico y fuera de lugar mientras veían la película o que quizá se durmiera, pero su actitud la sorprendió, porque permaneció despierto y en silencio todo el tiempo. Tampoco le pidió que acelerara durante las escenas donde casi no había acción.

Cuando terminó, Mira pensó que había vivido esa hora y media larga experimentando una doble realidad: por un lado, la de la película y la interpretación de Henry; por otro, la del sofá y la proximidad de Kade Taylor, que olía a chocolate.

No tardó en comprender dos certezas desconcertantes: Henry, como Heathcliff, no le había suscitado la menor emoción, en tanto que Kade, en el papel de sí mismo, le había suscitado demasiadas. A pesar de tratarse de una historia de pasión y venganza, las casi dos horas de película habían resbalado por su corazón tan ligeras como unas plumas invisibles y, al contrario, las casi dos horas que había pasado en el sillón con un bruto con la nariz rota la habían agitado como una de esas grandes producciones cinematográficas que te dejan con un nudo en la garganta y la necesidad de salir del cine para vivir algo similar.

Había llegado el momento de marcharse, poco importaba cómo se sintiera. Hizo ademán de levantarse del sofá, pero Kade le agarró un brazo.

—¿Te gustan esas cosas? ¿Amor, locura, venganza y rencor? Bueno, quitando el amor,

puedes contar conmigo para todo el resto.

—Ni aunque tu polla de apenas seis centímetros fuera la única del mundo —le respondió con desdén en voz baja, confiando en que el coronel no la oyera.

Kade se inclinó hacia ella y le habló al oído:

—Toda esa agresividad demuestra justo lo contrario. No estás combatiendo contra mí, sino contra ti misma. Cuánto esfuerzo tirado por la borda.

Mira lo empujó como si fuera un montón repugnante de sobras podridas. Se desasió de él, se levantó y se dirigió hacia el coronel. Tras darle fugazmente las gracias escapó, demasiado necesitada de huir como para notar la manera en que el dueño de la casa los observaba, a ella y a Kade, con mirada alarmada.

Cayó en la cuenta poco después.

El coronel la acompañó a la puerta y en ese momento Mira comprendió que estaba tan nervioso como ella.

—Se marchará dentro de seis meses, querida. Para siempre —le dijo en el tono dulce, pero también firme, con el que se advierte a un niño que preste atención mientras cruza la calle y que no hable con desconocidos. Sobre todo, que no hable con desconocidos—. No confíes demasiado en él, Kade no te conviene.

Estaba tan encendido que Mira tuvo la impresión de que su cara chisporroteaba al entrar en contacto con el frío.

¿Acaso todos sabían que Kade le gustaba?

¿Tan evidente era su deseo?

—Nunca he creído que me conviniera —comentó, esta vez con sinceridad—. En cualquier caso, no sabía que eran amigos.

—En este pueblo es imposible no conocer a todos y yo soy una persona muy hospitalaria. Sea como sea, niña mía, eres un libro abierto y eso es peligroso. No te conviene, te lo repito.

—¿Qué es lo que me conviene, entonces?

—Un hombre diferente. Uno que no juegue, como hace él. Una persona fiable.

—La fiabilidad es un concepto sobrevalorado.

—Hazme caso, Mira, sé de qué hablo.

La joven resopló y su respiración se condensó en una nube de humo.

—Puedes estar tranquilo, no me interesa nada.

—Ojalá sea cierto, porque, de no ser así, sufrirás. Te aseguro que se marchará en primavera y que no hay ninguna esperanza de que vuelvas a verlo.

—Yo no me preocuparía por eso. Estoy acostumbrada. Sí, estoy acostumbrada a ser la última rueda de todos los carros y a sufrir. Al menos, esta vez no me haré ilusiones desde el principio. —Se encogió de hombros y se arrepintió de haber hecho ese comentario porque aquellas palabras dejaban al descubierto su deseo de gustarle a Kade como fuera—. Bueno… Me intriga mucho, eso es todo. En Noweetna no hay mucha gente, tú mismo lo has dicho. Buenas noches y gracias por haberme dejado ver la película. La próxima vez igual te mando antes un sms para preguntarte si estás solo.

Tras decir esas palabras, se sumergió en el viento nevoso, confusa ante la idea de que en primavera Kade, quienquiera que fuese y hubiera hecho lo que hubiera hecho, que debía ser terrible, pues el coronel se había visto obligado a advertirle de forma tan drástica, se marcharía para siempre.

---

2 Versión de Ramón García González en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (2003).

CAPÍTULO 4

KADE

El coronel me echa un sermón interminable, me dice que es fundamental que deje de mirar a Mira como si quisiera acostarme con ella. Y eso no es nada fácil, la verdad, porque, en efecto, quiero acostarme con ella. En parte es culpa suya: menudo psicólogo de mierda. Cuanto más prohíbes hacer algo a alguien, más estimulas en él el deseo de hacer ese algo.

Además, nunca he comido carne tierna y fresca. La manera en que enrojece e intenta hacerme frente me excita. Mientras veíamos ese coñazo de película, la miré más a ella que al televisor y mi *amigo* estaba extrañamente agitado. Una reacción extraña en un *tipo* acostumbrado a despertarse en situaciones muy diferentes, pero, al menos, lo extraño no es aburrido.

Detesto el aburrimiento. Busco siempre el estremecimiento, sea cual sea.

Tirarme a la mujer del alcalde, cuyo nombre sigo sin saber y no trato de averiguar, es un desahogo agradable, pero no me divierte ni antes ni después. Y entretanto es lo de siempre.

En cambio, la idea de acostarme con esa capulla, que no debe de haberse abierto mucho de piernas, dada la vergüenza que le da todo, estimula mi imaginación. Será que aquí no hay mucho que hacer ni que ver, será que la primavera queda lejos, que el tiempo parece infinito y que las alternativas son muy escasas.

Sea lo que sea, deseo a Mira Kendall y no tardaré en hacer otra muesca en la pared de mi vida. Me muero de ganas de abrirla como una granada. Me muero de ganas de contaminarla. Y en ese deseo hay algo de rabia y de venganza. ¿Venganza por qué? ¿Porque lleva la misma medalla que yo y se ha permitido usar las palabras de mi hermano? ¿Porque, aunque sea sin darse cuenta, se ha colado en mi vida?

Hoy hay un vago asomo de luz, siempre y cuando un cielo perlado en lugar de negro pueda considerarse luz. No nieva y el hielo parece de plástico. En la tienda, la insoportable amiga de Mira no para de hablarme y de sonreírme. La parálisis de mi polla me hace comprender que, a fin de cuentas, no todos los agujeros son un tesoro. No pensaba que «Su Excelencia» de ahí abajo tuviera sus preferencias. No me imaginaba que fuera tan esnob.

Al otro lado el mostrador, Mira finge leer un libro. Se ha recogido el pelo en esas ridículas trenzas y juguetea con ellas distraídamente. No soy tan imbécil como para no darme cuenta de que es una manera de dar a entender que le importo un carajo. No me mira o, al menos, no me mira con los ojos. Su cuerpo tenso, en alerta, y su expresión enfurruñada cuando no se ve obligada a sonreír a algún cliente, evidencian que para ella mi presencia es un escollo que

desbarajusta su mar.

«Aún no has visto cuánto te puedo desbarajustar, niñata.»

No sé de qué habla esta idiota, creo que es su cumpleaños y que me está pidiendo si quiero ir a una fiesta. Me estremezco. Parece una invitación de los tiempos de la guardería, aunque, a decir verdad, nunca he estado en ninguna.

De repente, le suena el móvil y se aleja para responder a la llamada.

—¿No debes volver al trabajo? —me pregunta Mira como si, en realidad, le diera igual—. Ya has causado bastantes daños por hoy.

—De eso nada, aún no he causado ningún daño. Si fuera así, verías la sangre.

—No eres normal.

—Por supuesto que no.

—¿Cómo… cómo es que eres amigo del coronel?

—Descubrimos que tenemos un conocido en común.

—Um… qué raro.

—¿Tienes otra explicación?

—Aún no.

—No te molestes en buscarla, te lo digo por tu bien. —Meto la mano en un bolsillo y saco el deuvedé de aquella película espantosa—. La olvidaste ayer, tenías demasiada prisa por marcharte. ¿De verdad te gusta esta mierda?

—¡No es mierda! ¡Es una historia de amor preciosa!

—A mí me parece más bien una historia de odio.

—Siendo así, ¿por qué no te gustó? ¿Acaso no te revuelcas en el odio?

—Por culpa del memo del protagonista.

Me mira como si la hubiera insultado. Agarra el disco y lo deja encima del mostrador.

—¿Qué más quieres? —dice en tono perentorio.

—Muchas cosas, pero, por el momento, me conformaré con mi linterna. Si no me la devuelves iré a buscarla a tu casa, quizá me haga amigo de tu madre. Creo que le encanta recibir visitas, ¿no?

Leo el pánico en sus ojos. Se muerde los labios y por un instante me parece indefensa, como si la alusión a su madre hubiera aniquilado todo su valor. No sé por qué, pero me recuerda a mí cuando era niño y esperaba a que los asistentes sociales se olvidaran de mí y de mi hermano. Prefería que ninguno supiera lo que sucedía. Me digo que la madre de Mira no le dará palizas ni le hará cosas por el estilo, pero su mirada se parece a la mía. Es la mirada de quien desea que nadie entre en su casa, porque el asco da menos asco si tú eres el único que lo conoce.

Para contener el deseo de acariciarle una mejilla, tengo que imaginarme que le meto un dedo en la boca y le pido que me lo chupe. Eso es, así va mejor, estos pensamientos sí que me corresponden. Al infierno con las tentaciones de tres al cuarto.

Su amiga, la chismosa, vuelve en este momento y lanza un grito agudo, no sé lo que daría por cortarle la lengua. Cosa que, por cierto, ya hice en una ocasión. Y el tipo al que se la corté de un solo tajo con unos alicates había cometido el error de largar ciertos detalles a la policía. Si dieran conmigo, no solo me cortarían la lengua… A mí me arrojarían un jabalí para que me destrozara los huevos, me colgarían de un gancho de carnicero y luego me dejarían morir gota a gota, presa de unos dolores atroces.

Por desgracia, no tengo alicates, así que no puedo hacer callar a la plasta que se entromete en la vida de todos.

—¡Así que es mentira que no la has visto! —exclama blandiendo el deuvedé como una

bandera—. ¿Te gustó? —Después se dirige a mí—. ¡El protagonista ha sido el gran amor de su vida!

—Para ya, Charlize —protesta Mira.

—¿Te gustó? —insiste la garrapata.

Arqueo una ceja y escruto a Mira, que parece molesta. No digo una palabra, pero mi cara no sabe callar. Expresa burla.

«¿Estuvo con ese memo que parece hablar con la boca llena de algodón y que tiene la expresividad de una mesilla de noche?»

Mira me observa como si me estuviera desafiando a que diese mi opinión.

—Muchísimo —comenta, por fin— y, cuando vuelva, se lo diré en persona.

Salgo riéndome y mandándola mentalmente a tomar por culo.

Por la razón que sea, mi única opinión al respecto es una palabra malsonante.

El estruendo de la serrería me produce el mismo efecto que el silencio. Es curioso que dos contrarios puedan producir el mismo resultado: ese ruido constante me transmite una sensación de paz. Pero hay un ruido que prefiero a todos los silencios del mundo: el ruido lento, repetitivo, meticuloso, similar al romper de una minúscula ola, que produce el cincel cuando trabaja la madera.

Siempre me ha gustado tallarla, pero solo Josiah conocía esta extravagante pasión. Extravagante porque no tiene mucho que ver con mi vida de matón que ha estado en la cárcel por delitos menores y que siente pasión por los delitos mayores. Fui chico para todo de un traficante y mano derecha de un jefe del hampa y resolví varios problemas por cuenta de una banda poco dada a la diplomacia. He visto más sangre que la nieve que veo ahora en Alaska, que no es poca.

Tallar la madera siempre me ha ayudado a abstraerme de todo. Al principio no era muy bueno: mis primeras creaciones parecían objetos prehistóricos esculpidos por un ser apenas un poco más evolucionado que un mono. Después, con el pasar de los años, comprendí que la perfección de las formas me ayudaba a no enloquecer. Al menos, me ayudaba a no terminar loco de remate.

El trabajo en la serrería es muy sencillo. Debo cortar tablas a determinadas medidas y a veces montar muebles. Creo que trabajo bien. Y no porque quiera demostrar nada, pues, en el fondo, dentro de seis meses tendré que marcharme de aquí, así que podría dedicarme a hacer lo mínimo indispensable y pasar el resto del tiempo rascándome los huevos. Pero la madera me gusta. Me gustan su olor, su consistencia, siempre diferente, sus colores y las vetas que forma el paso del tiempo. Me gusta tocarla, pulirla y transformarla.

La madera es mi paraíso. Una habitación impregnada con su aroma resinoso, llena de virutas y esquirlas, es para mí como la habitación de juegos de un niño. Por eso trabajar en la serrería no lo considero un sacrificio, sino un placer.

No obstante, esta vez, al volver a la serrería, estoy furibundo. Dos obreros están apilando tablas y vigas. Buena parte de este material sale de Noweetna. Los ayudo un rato a trabajar, usando las máquinas y la fuerza de los brazos. Estoy tan nervioso que podría mover un tronco con las manos.

De repente, corre un murmullo. Lo percibo después que mis compañeros, cuando uno de ellos me da un codazo. Arqueo una ceja y me vuelvo.

La mujer del alcalde —¿cómo demonios se llama?—, embutida en unos pantalones de color rosa tan ceñidos que le marcan el coño y una cazadora que no le llega ni al ombligo, avanza

subida a unos tacones altísimos, tan altos que no puedo entender cómo es que no se cae de culo en el hielo. Su fama la precede, debe de haberse tirado a todos los hombres que estamos aquí dentro, incluida alguna que otra rama de árbol. Me llama. Sé lo que quiere. Me quito los auriculares y me acerco a ella.

El imbécil de su marido aún está de viaje y me invitó a pasar por su casa, pero yo, no sé por qué, fui a la tienda.

Un error que no volveré a cometer jamás.

Antes de que se invente otra historia de falsas averías, me dirijo hacia la salida. Me sigue sin hacer ningún ademán. Llegamos a la parte posterior de la nave y nos detenemos entre las montañas de tablas de madera cubiertas por lonas de plástico. Sigo sin decir esta boca es mía. Me limito a meterme en un rincón y a bajarme la cremallera de los pantalones.

Medio minuto después se arrodilla entre mis muslos, mientras yo echo la cabeza hacia atrás y dejo que mi polla se divierta. No la miro, prefiero el cielo y las copas de los árboles que veo a lo lejos. Cuando estoy a punto de correrme miro su pelo pajizo y, quizá por algún extraño juego luminoso, me parece que lo tiene más oscuro y que lo lleva recogido en dos trenzas.

Maldita alucinación. Cierro los ojos un segundo y, cuando vuelvo a abrirlos, la luz ha dejado de molestarme. Estoy llenando la boca de la puta rubia de siempre.

Si espera que le devuelva el favor, se equivoca de medio a medio. Me vuelvo a vestir, impasible, y la dejo allí, doblada como una furcia.

Entro de nuevo en el taller y me pongo a trabajar, haciendo caso omiso a las miradas de los demás. Cuando termina la jornada, uno de los jefes se acerca a mí.

—No tengo nada que decir sobre Mary. —Va enseguida al grano, muy práctico—. Nadie se escandaliza por tan poco. Pero la chica… Ella no. Yo en tu lugar la olvidaría.

—¿A qué te refieres?

—Las chicas de aquí no ven a muchos jóvenes, así que es comprensible que uno nuevo suscite curiosidad. La mayoría sabe cuidar de sí mismas o tienen padres, hermanos y novios que podrían partirte la cara, a pesar de lo grande que eres y de que das un poco de miedo.

—¿Adónde quieres ir a parar? —digo irritado.

—Mira Kendall. No tiene a nadie. Mi hija y ella son de la misma edad y tiene un montón de problemas con la loca de su madre. Procura no jugar con ella. Si no tienes intenciones serias, déjala en paz.

Me acerco a él con toda mi mole. Los del FBI me recomendaron que me mostrara dócil, que procurara no llamar la atención, que me mantuviera al margen y que dejara pasar el tiempo, pero no soy una persona conciliadora.

—Primero, no necesito el permiso de nadie para tirarme a quien me parezca. Segundo, ¿de qué estás hablando? ¿Quién le hace caso a esa niñata?

El hombre sonríe de repente.

—Me alegro de que nos hayamos equivocado. Ya sabes cómo es, cuando puso esa cara pensamos, qué sé yo, que se había ofendido, porque hay algo entre vosotros o porque tú le has hecho creer que es así.

Otra sorpresa más, me estoy poniendo realmente nervioso.

—¿Mira ha estado aquí?

—Vino a traerte esto. —Me tiende la linterna—. Luego, el gilipollas de Emmet, sabes que es un imbécil, ¿no?, le dijo que estabas fuera haciendo la «pausa para comer» con Mary y que la comida eras tú. Y ella… bueno, pues se molestó. Por eso pensamos que…

La furia que se apodera de mí me marca la cara como un tatuaje con dos tibias cruzadas.

Peligro de muerte. Lo miro con la expresión de un dragón. No es la reacción más sensata, teniendo en cuenta que debería mantener relaciones superficiales y amables con todos. Tengo que dominarme, a tal punto que es un milagro que no le salte a la garganta. Me canonizarán, Josiah se sentirá orgulloso de mí.

—¿Os han dicho alguna vez que meter la nariz donde no se debe es peligroso para la salud? —le pregunto antes de marcharme sin desmentir sus suposiciones.

Necesito dormir bien y mucho. A pesar de los paneles térmicos y de las mantas, en el barco hace frío y el frío me desvela. Una ducha caliente, por lo demás, es casi un espejismo. Me estoy transformando en un hombre de hielo.

«Como si no lo fuera ya.»

A pesar de que tengo mucho sueño, deambulo por la calle como un animal salvaje y hambriento. Caminar me calienta y me calma.

El silencio sería una bonita invención de dios. Si dios existiera, quiero decir. En cualquier caso, el silencio es agradable. Yo solo con mis botas y con la nieve, porque está nevando otra vez.

De repente, oigo un ruido.

No sé si es casual o si algo me ha traído hasta aquí sin ser consciente de ello. Mira está detrás de una valla baja. Envuelta en una trenca de color rojo, con las estúpidas trenzas asomando por una capucha de lana, observa cómo cae la nieve.

¿Qué hace aquí fuera con este frío? Además, ¿con quién demonios está hablando?

En un primer momento, tengo la impresión de que está hablando por teléfono, pero no… Mira está hablando con la nieve. Está como un cencerro. Aunque no está mucho más loca que Josiah. Él hablaba con alguien que no existe, al menos Mira habla con algo real. Sea como sea, no sé qué es peor.

De repente, la nevada arrecia y ella se para en el centro del diminuto patio. Alza los ojos al cielo con los párpados cerrados.

Está oscuro, la única luz es la luz de las farolas de la calle.

Está oscuro, pero puedo verlas. Veo sus lágrimas.

Llora en silencio, con las mejillas cubiertas de nieve.

No soy buena persona, al contrario. Una buena persona pensaría en acercarse a ella, consolarla, decirle que todo irá bien y contarle otras historias por el estilo.

Yo, en cambio, solo quiero marcharme. Doy un paso y piso una rama. El silencio es bonito, pero transforma en una explosión hasta el menor de los ruidos. Mira baja la cara y mira alarmada en dirección a mí.

Me ve. Me odia con todas sus fuerzas. Nos observamos en silencio por un instante que parece eterno, aunque estoy seguro de que apenas son unos segundos.

No obstante, si espero que me hable, me equivoco de medio a medio. Recoge algo del suelo, a toda prisa, como si estuviera reagrupando niños para impedir que el hombre del saco se los coma para cenar. Después me fulmina otra vez con la mirada, vuelve a su casa y me cierra la puerta en las narices con una violencia casi teatral.

CAPÍTULO 5

El duque había hecho una propuesta de matrimonio a la joven ladrona, pero dicha joven era una noble a la que habían sacado de su cuna para cambiarla por otra niña. Y todos serían felices y comerían perdices.

Mira cerró el libro.

Quizá le viniera bien leer otras cosas durante un tiempo o no leer en absoluto. A fin de cuentas, eran solo historias que no existían en la realidad.

Ningún duque iba a pedir su mano y, sin duda, nadie la había sacado de su cuna para meter en ella a otra niña.

Suspiró, se odiaba porque su estado de ánimo melancólico se debía a él.

Miró por la ventana y se dijo que no tardaría en volver a nevar. Sacó sus portaobjetos y el pegamento y salió a buscar el copo de nieve perfecto.

Mientras estaba allí, la tristeza la invadió de nuevo, aunque quizá nunca la había abandonado. Recordó un sinfín de cosas, de las que el comportamiento de Kade Taylor solo era la punta de la cola de una cometa.

Se detestaba porque le había parecido atractivo y porque se lo seguía pareciendo, pero lo que la turbaba no era la atracción en sí, sino la idiotez del amor, de la espera, de los sueños, de los duques que se casaban con mujeres nobles que parecían ladronas, sin saber su verdadera identidad. Era el engaño de la esperanza, del «tarde o temprano todo irá bien, tu alma gemela está en alguna parte, bajo tu mismo cielo, y un día la encontrarás y volverás a tener los brazos, las piernas y un corazón entero». Era que, mientras miraba a Kade Taylor y se lo imaginaba dentro de ella, no solo deseaba hacer feliz a la parte de su cuerpo que estaba bajo el ombligo, sino también a la que estaba encima, anidada en el lado izquierdo.

«Estoy como una cabra.»

Deseaba todas esas estupideces desde que era niña: una bonita síntesis de gilipolleces. Por desgracia, la vida le había dado la espalda y la había premiado con una madre fría y fóbica, con un padre que había preferido largarse a estar con ella, con un primer amor tan falso como una moneda de arena, con un trabajo odioso y aburrido y, en ese momento, con un cabrón que se divertía mofándose de ella.

Cuando el cabrón en cuestión había aparecido en la oscuridad, la había mirado con inquietud, como si pensara que estaba loca.

«Quizá porque sí estoy loca.»

Tal vez hubiera llegado el momento de cambiar, de abandonar las fantasías y de buscar cuentos hechos de realidad. El destino le había mandado signos y ya era hora de interpretarlos como correspondía.

Debía adaptarse a la realidad, seguir sus pliegues y sus curvas y dejar de ver flores y promesas donde solo había invierno y mentira.

Tal vez debiera dejar de oponerse a la fuerza del hielo.

En el Fat Halibut, el *pub* de Ethan, hacía un calor agradable y había buen ambiente. Aquel *pub* era el local más grande del pueblo —a decir verdad, el único— y contaba con todo: una cervecería, un restaurante, un *internet point* y un rincón con una mesa de billar cubierta por un paño azul, pero, por encima de todo, estaba él, Ethan, un hombretón alto y robusto, que había sido pescador en el mar de Bering.

Ethan no habría sido más feliz si hubiera vivido en una gran ciudad ni si su clientela hubiera sido más numerosa que las pocas decenas de personas con las que tenía que contentarse en Noweetna. Esas decenas le gustaban y le bastaban. Adoraba todo de esos lugares y la joven lo envidiaba un poco, porque ella, en cambio, a pesar de adorarlos también, quería escapar de ellos o, al menos, escapar de vez en cuando.

Al entrar en el local, más lleno de lo habitual por ser la víspera de la fiesta anual del hielo, una celebración que atraía a los vecinos más valientes de toda la región, Mira vio enseguida a Charlize sentada a la mesa de siempre. Estaba con un grupo de amigas, a las que había invitado para festejar sus veintiún años. Vio a Cara, que tenía ya marido y dos hijos y que siempre estaba deseando salir sin ninguno de ellos, aunque solo fuera a echar la basura. También estaba Lorna, auxiliar de enfermería en la clínica donde trabajaba el padre de Charlize y tan devoradora de novela negra como Mira de novela romántica. Por último, estaba Cecily, la hija del propietario de la serrería, que se había prometido hacía poco con Wyatt, el *sheriff* de la policía local.

Mira las saludó y se sentó con ellas.

Hablaron un rato de sí mismas y de sus cosas: Charlize iba a beber la primera cerveza de su vida y deseaba que el momento fuera lo más solemne posible; los niños de Cara eran muy traviesos; Lorna sospechaba que el alcalde compraba material para el ayuntamiento y luego lo revendía en internet, y Cecily, que iba a casarse en primavera, quería como fuera un arco nupcial.

Luego, de repente, ocho ojos apuntaron a Mira, la única que aún no había contado nada. ¿Qué podía decir, que su madre le había montado una escena trágica cuando le había dicho que salía esa noche, que ese día había vendido siete pares de guantes, tres docenas de huevos, dos bacalaos y tres bidones de gasolina?

—Mi padre dice que fuiste a ver a Kade Taylor a la serrería —comentó enseguida Cecily—. ¿Acaso estás decidida a dar un escándalo?

Mira enrojeció como si fuera culpable de algo gravísimo.

—Sí, todo un escándalo. Le devolví una linterna que me había… esto… prestado.

Charlize se agitó como si tuviera brasas bajo las nalgas.

—¿Seguro que solo te… esto… prestó una *linterna*? —preguntó en tono malicioso.

—Creo que ese tipo esconde algo —comentó Lorna distraídamente.

—Desde luego que esconde algo —continuó Charlize, cada vez más maliciosa—. ¡Algo enorme!

Cara lanzó un suspiro, exhausta.

—Si te acuestas con él, usa un preservativo, la píldora, el dispositivo intrauterino y el escudo del Capitán América si es necesario o acabarás con una buena barriga. —A continuación, le levantó las trenzas con aire dubitativo—. No parece un tipo al que le gusten estos peinados. Si no quieres cortártelo, bastaría con que te soltases el pelo.

Mira las escrutó una a una, como si se hubieran vuelto locas al mismo tiempo.

—¿Ya os habéis emborrachado?

—No finjas que no tienes ganas de quitarte las bragas encima de la mesa de billar, vamos —la regañó Charlize haciéndose la listilla.

—Como no habla con nadie y como no presta nada a nadie, yo averiguaría por qué te dio algo a ti. Es muy raro —constató Lorna—. Quizá le gustes. Sea como sea, ese tipo no cuenta la verdad.

—No cuenta nada a nadie —especificó Charlize—, pero contigo habla, Mira. El otro día estuvisteis charlando en la tienda, ¿no? Fuiste al barco donde vive y…

El resto del grupo preguntó a coro en tono agudo:

—¿Has estado en su barco?

—¡Solo un instante! —se defendió Mira como si la hubieran acusado de un delito terrible.

—¿Tan poco? —preguntó Cara curiosa—. Me lo imaginaba más resistente. Hazme caso, no vale la pena arriesgar tus óvulos por un instante.

—¡No hicimos nada! —dijo Mira casi gritando, pero enseguida miró alrededor y bajó la voz, cada vez más roja.

—Y, evidentemente, eso te pone nerviosa —observó Charlize casi con compasión, acariciándole un brazo—. Deberías haberme dicho que te interesaba. Menos mal que no he intentado ligármelo, aunque lo he invitado a venir esta noche.

—¿Qué?

—Es mi fiesta, puedo invitar a quien me dé la gana, ¿no?

—Pero debía ser una fiesta… ¡solo entre nosotras!

—¡Menudo rollo! ¿Quieres privarte de la diversión de tener ese árbol humano aquí en medio? Será como el *stripper* vestido de policía, seguro que no se os ha ocurrido contratarme uno. —Miró a sus amigas con aire de reproche—. Supongo que no se quitará los pantalones con un movimiento acrobático, pero me conformo con tocarle un muslo. ¿Creéis que será tan duro como parece? ¿Tú qué dices, Mira?

—¿Podemos dejar de hablar de Kade? —dijo Mira casi implorando—. ¡No me interesa nada, no sé si tiene nada duro y no quiero descubrirlo!

De repente, una voz irónica la hundió en un abismo de vergüenza.

—Te aseguro que soy durísimo —susurró Kade Taylor a sus espaldas—. Lástima que no quieras descubrirlo.

Se sentó a la mesa con desenvoltura. El corazón de Mira —estúpido, estúpido, estúpido— dio un vuelco. Lo observó por un instante en apnea, preguntándose por qué demonios causaba ese efecto a sus torturadas hormonas.

—Pero no todas pensamos lo mismo, ¿verdad, chicas? —gorjeó Charlize—. ¿Qué quieres tomar? Pide lo que quieras, hoy es mi fiesta y la regla es ¡volver a casa como una cuba!

Kade no era un hombre de fácil compañía, jamás sería el alma de ninguna fiesta. Bebió con ellas mientras recibía una ráfaga de preguntas, pero no respondió a ninguna.

Aquel extraño grupo no tardó en suscitar la curiosidad de los presentes y pronto aumentó de número y acabó desafiándose en la mesa de billar.

En aquel ambiente de confusión y recelo, sobre todo del resto de hombres presentes, Mira fingió que miraba hacia otro lado —el vaso, la comida, el billar con la mesa de paño de color azul—, pero sus ojos se comportaban como niños rebeldes y volvían una y otra vez a él, a aquel

forastero escultural de melena larga, hermético, que jugaba como si no concibiera la idea de perder. Sus maneras delataban, incluso cuando empuñaba el palo de billar, la agresividad de quien no tiene la menor intención de ceder el primer puesto.

Después, su madre empezó a acribillarla a llamadas. Mira salió del local y respondió a la primera e inmediatamente después a la segunda, pero a la tercera silenció el móvil, un viejo aparato con el que no era posible conectarse a internet. Entonces, Adele le envió un sms tras otro ordenándole que volviera a casa si no quería encontrársela muerta, pero a su madre no le ocurría nada. Mira había aprendido a distinguir entre el miedo sincero y el falso. Aún no conseguía pasar de aquellas alarmas, pero sabía diferenciarlas.

Miró la calle, sumergida en una luz lechosa que hacía que el hielo pareciera opaco y luego el letrero del *pub*, una especie de lenguado obeso pintado en la madera.

Decidió ignorar las llamadas, entró de nuevo en el local y se dirigió hacia la barra.

—¿No te encuentras bien, niña? —le preguntó Ethan—. Pareces alterada. ¿No habrás bebido demasiado?

—Quizá me haya pasado un poco. Nunca me excedo en nada. Siempre me quedo corta. ¿Puedes darme algo más fuerte que una cerveza? Sabes que tengo edad para beber. Me conoces desde que nací.

—Tienes edad, pero debes beber por felicidad y no por tristeza o corres el riesgo de que el placer se convierta en vicio.

—Dame algo, te lo ruego.

Ethan le sirvió un vaso de crema de *whisky* y un platito de galletas de chocolate. Mira no era muy bebedora: en su casa lo único que contenía una pizca de alcohol era el jarabe para la tos y, fuera, bebía sobre todo chocolate caliente, al que añadía unas gotas de ron de vez en cuando, así que, después del primer sorbo de crema de *whisky*, empezó a darle vueltas la cabeza. Después del segundo sintió mucho calor y en el tercero imaginó que Kade se había acercado y le había dicho a Ethan:

—Sírveme lo mismo.

Mira lo miró por el rabillo del ojo. Sí, era él, ocupando un amplio espacio con su mole. Se había quitado la cazadora y la bufanda y se había quedado con un suéter de color azul oscuro que se ceñía a su cuerpo como un guante de seda. Por el cuello de pico asomaban unas llamas ardientes. La pequeña calavera que tenía tatuada al lado de la sien izquierda parecía mirarla con hostilidad.

Sin darse demasiada cuenta, con el descaro de quien ha perdido un poco la capacidad de entendimiento, pero desea algo con todas sus fuerzas, Mira le agarró una mano.

—¿Qué hay escrito aquí? —le preguntó, roja como un tomate, quizá por el alcohol, pero también por el contacto con aquella mano enorme, surcada de pequeñas cicatrices. En los dedos de la mano izquierda, del pulgar al meñique, con una letra por falange, tenía tatuada la palabra *death y,* en la derecha, *faith*—. Muerte y fe —masculló—. ¿Por qué?

Kade recuperó sus manos y dio un sorbo de su bebida.

—¿Y tú, por qué llevas esas trenzas?

Mira se encogió de hombros.

—No sé, supongo que porque, cuando era niña, le gustaban mucho a mi padre. Uno de estos días me cortaré el pelo a lo chico. ¿Por qué muerte y fe?

—¿No estás bebiendo demasiado?

—Sí, pero da igual. Veo que sabes hacerte el sueco.

—Es una de mis habilidades.

—¿Cuáles son las demás?

—Si te lo dijera, luego tendría que matarte.

—El coronel me ha dicho que te marcharás en primavera. ¿Qué has venido a hacer a Noweetna? Hay sitios más divertidos donde pasarlo bien y también más aislados si uno quiere estar solo. ¿Por qué has acabado aquí?

Kade le dirigió una larga mirada, que la hizo sentirse amenazada. Y desnuda.

—¿Lo haces para sentirte menos culpable?

—¿Qué?

—Fingir que te interesa conocerme. Sé de sobra que te importa un carajo, pero sigues esa extraña regla de que si te digo de qué signo soy, cómo fue mi infancia y cuál es mi dulce preferido, no te dará tanta vergüenza acostarte conmigo.

Sintió que la rabia fermentaba en su interior y advirtió la cercanía de un dolor de estómago. No tenía la mente muy clara, pero no soportaba su aire de profeta que pronuncia máximas destinadas a quedar esculpidas en la roca. Se levantó, tambaleándose un poco, y le habló al oído.

—Así, a primera vista, eres Escorpión, un cabrón redomado. Tu infancia debe de haber sido tan difícil como tu juventud. Creía que la diferencia de color de tus ojos era natural, pero, mirándolos bien, me he dado cuenta de que son como los de David Bowie. Cuando era niño, alguien le dio un puñetazo y uno de sus ojos, el negro, se quedó con la pupila dilatada. Para ello, no basta con una pelea infantil, alguien debió de darte una paliza. Lo mismo vale para la cicatriz, es muy vieja, se parece al corte que me hice en una rodilla cuando tenía tres años y me caí de la bicicleta, así que seguro que te la hiciste de pequeño, pero a mí me da que no te caíste de ninguna bicicleta, el corte es demasiado limpio. Un niño que ha recibido golpes y un corte en la cara no ha tenido una infancia maravillosa. Además, te gusta mucho el chocolate a la menta, lo compras a menudo en la tienda y a veces se te queda impregnado el aroma. —Se alisó dos mechones que le caían por las sienes, arrugó con nerviosismo una trenza y prosiguió—: Como ves, soy una persona muy observadora y no hago preguntas si no me interesan las respuestas. Quizá sí te las hagan las furcias con las que sueles verte. Por último, no estés tan seguro de que quiera acostarme contigo solo porque te miro. Miraría a cualquier recién llegado que se obstinase en no contar nada sobre él. Y, ahora, disculpa, creo que tengo que ir al servicio a vomitar.

Si los actos expresan la voluntad de una persona mucho más que las palabras, Kade expresó la suya saliendo del *pub* inmediatamente después de que Mira le confiara la suya. La joven vomitó el alma en el servicio del Fat Halibut, bebió el remedio para la borrachera que le preparó Ethan y volvió a casa tan nerviosa que Adele, tan sensible a la agresividad como todos aquellos que la ejercen, pospuso para el día siguiente el sermón que, sin duda, tenía preparado.

Mira soñó toda la noche con él. Fueron unos sueños extraños, como todos los sueños, sin pies ni cabeza, pero él estaba presente en todos y le pedía ayuda. El motivo por el que ella debía asistirlo era un misterio, pero a los sueños no les importa la lógica, solo se centran en la esperanza. Cuando sueñas con una persona, esta se queda pegada a ti y crees conocerla o, en caso de que no la conozcas, quieres averiguar más cosas sobre ella.

Por eso, cuando se despertó de madrugada, una idea se abrió paso en su mente y la oscuridad no logró ofuscarla.

Entretanto, preparó el desayuno para su madre y la ayudó a lavarse esperando el sermón, pero, cosa extraña, sin la ansiedad de siempre. Al final, no hubo sermón y, en su lugar, tuvo que hacer frente a un silencio oprimente que, sin duda, pretendía ser más ofensivo que las palabras.

Adele tenía dos maneras de expresar su reprobación y esas dos maneras estaban en los dos extremos de un sistema imaginario: entre los gritos y un silencio reprobador, no admitía matices intermedios. Mira siempre terminaba sintiéndose culpable, pero ese día tenía demasiadas cosas que hacer como para ocuparse también de la hostilidad de su madre y de su miedo.

Más tarde, a pesar de sentir un ligero dolor de cabeza, salió de casa.

Después de muchos preparativos, el concurso de esculturas se celebraría esa noche. Mira vio cubos de hielo por todas partes y a la gente afanándose a su alrededor con sierras y cinceles. A esas horas aquello parecía un caos, pero una vez se hiciera de noche la belleza triunfaría.

También el coronel estaba moldeando algo en su jardín. No parecía muy ducho en la tarea, pero saltaba a la vista que se divertía mucho. Mira pasó por delante de él sin detenerse en lo que parecía ser un ángel con el semblante rabioso.

Primero fue un momento a la tienda y luego al Fat Halibut. Allí preguntó si podía usar el ordenador. Ethan se habría sorprendido si hubiera descubierto que en esa ocasión no le interesaba Willem Kendall.

No encontró nada sobre Kade, pero descubrió que los cuatro tatuajes tenían un sentido preciso: esos símbolos era la marca de una organización criminal muy poderosa que actuaba en Nueva York, en las zonas del Bronx y de Staten Island. Sus miembros eran tan peligrosos que la policía los temía y los perseguía como si fueran de la mafia.

Según el periodista que había redactado el artículo sobre las bandas de la Gran Manzana, el tatuaje en la cara servía para mostrar la pertenencia al grupo con un símbolo que expresaba las pésimas intenciones que lo animaban. ¿Qué imagen podía transmitir mejor la intimidación que una calavera?

El ojo egipcio indicaba el control constante del grupo, una especie de manera figurativa de decir «No te pierdo de vista, no falles». Los puntos elegidos para las marcas, entre la sien y el cráneo y en el dorso de la mano, eran muy sensibles, de forma que el tatuaje era muy doloroso. Solo eran admitidos en el círculo de los más feroces aquellos que soportaban el proceso hasta el final. Los demás, los cobardes, acababan sus días disueltos en ácido o hundidos en el agua, atados a una piedra y devorados por los peces. Además, había otros tatuajes muy elementales, pero con un significado inquietante: por ejemplo, los puntos negros equivalían al número de personas asesinadas. Los afiliados más meritorios coleccionaban unos cuantos y por eso el grupo los temía y los respetaba. También esos puntos debían estar bien a la vista, para permitir que los amigos —pero, por encima de todo, los enemigos— supieran a quién se enfrentaban: por esta razón solían hacérselos en la mandíbula, otro punto sensible, solo para hombres fuertes que sabían aguantar el dolor.

Mira se detuvo, casi hipnotizada, delante de las palabras y de algunas imágenes. Sí, Kade pertenecía a esa banda: excluía que fuera una casualidad que se hubiera tatuado los mismos signos en las mismas partes del cuerpo. Se estremeció, preguntándose si tendría también uno en la mandíbula, debajo de la barba.

¿A cuántas personas habría matado?

Le escocían los ojos. Sintió una aguda sensación de náusea: por lo visto, tenía la cara del color de la bilis, porque Ethan le preguntó si aún tenía resaca y si no quería beber algo caliente y, por descontado, sin alcohol. Mira se apresuró a borrar del historial sus últimas búsquedas y le pidió una taza de café sin azúcar.

Mientras se la bebía, Ethan le preguntó:

—¿Qué piensas del recién llegado?

La joven casi se atraganta.

—¿Qué…? —balbuceó turbada—. ¿A quién te refieres?

—A Kade Taylor. Es el único nuevo, ¿no?

—Ah, bueno, sí —asintió Mira y luego se apresuró a añadir—: No lo sé, he hablado muy poco con él. Me parece un tipo solitario.

—Sí, suele venir a última hora de la tarde a beber algo y jamás lo he visto hablar con nadie. Contigo, en cambio, charló un poco. Anoche, cuando corriste a vomitar al servicio, me dio la receta de un brebaje para que se te pasara la borrachera antes de marcharse.

—¿La receta de la porquería que me hiciste beber te la dio él? —le preguntó Mira abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, se parece mucho a un mejunje que yo preparaba en el ejército. Solo que, en lugar de jengibre, yo le echaba pimentón. En cualquier caso, después te encontrabas mejor, ¿no? Eso significa que funcionó.

—¡Pura casualidad!

—Es evidente que eres la única persona del pueblo que le cae bien.

—¡No le caigo nada bien! —protestó Mira, como si Ethan la hubiera ofendido, pero enseguida se dio cuenta de que su voz delataba un excesivo fervor—. Quiero decir… no lo conozco, no puedo caerle bien, ni él tampoco a mí.

«Seguro que Mary Grandall le cae mejor.»

Ethan se rio con afecto paternal.

—Te conozco desde que eras niña, tesoro. Anoche no le quitaste ojo. Ni siquiera a Henry Mayor le prestabas tanta atención.

—Todas lo miramos con atención. No sé si lo has notado, pero es un hombre interesante. No soy especial, siento la misma curiosidad que las demás.

Ethan se inclinó hacia ella en la barra con mirada cómplice.

—Es verdad que a todos nos intriga y que no hay mujer en Noweetna a la que no haya llamado la atención. Con todo… en tu curiosidad hay algo más. Permíteme que lo afirme tajantemente. Lo mirabas como mirabas las campanillas de invierno cuando eras pequeña. Lo recuerdo perfectamente. Los demás niños jugaban a hacer muñecos de nieve, pero a ti te gustaban las flores que habían conseguido romper el hielo. Tus amigas lo miran como se mira un cofre engastado de piedras preciosas, con avidez. Tú lo miras como si, además de las piedras preciosas, que también te gustan, esperaras encontrar dentro un carrillón.

—No… No es verdad.

—Ten cuidado, pequeña, es lo único que quiero decirte.

La joven lo miró irritada.

—Para ese tipo de consejos ya tengo a mi madre, pero gracias de todas formas.

Tras decir estas palabras se levantó y salió del *pub*.

Se sentía aturdida y, a su manera, enfadada con Ethan. Detestaba que la consideraran una estúpida que pierde la cabeza por un desconocido después de haber hablado solo dos veces con él. Y más si el desconocido era un asesino.

Aún estaba oscuro, el sol solía salir a las diez. Deambuló como si se encontrara en la calle principal de una ciudad menos singular, sin nieve ni hielo, ni un frío que cortaba las venas, bañada por un sol cuya existencia no necesitara interpretaciones.

¿Kade Taylor era miembro de una banda peligrosa y había ido a Noweetna para matar a alguien?

«Debo dejar de atormentarme. Debo dejar de pensar en él.»

En cambio, demostrando que el deseo y la coherencia no hacen buenas migas, recorrió la

calle que salía del pueblo en dirección al río.

La razón le gritaba más que su madre, pero la atracción era irresistible. Tenía en la cabeza una información que debería haberla asustado, pero solo sentía una curiosidad malsana, quería conocerlo mejor. No puedes vivir en una oscuridad permanente, entrever de repente la luz de una llama y alejarte de ella porque quema. Quemarse forma parte de la aventura.

Así pues, sus piernas fueron adonde querían ir. Acababa de amanecer y el aire se iba iluminando. Aunque no lo hacía como el aire normal, donde el sol marca cada cosa, tratándose de Noweetna, esa claridad era casi un resplandor.

Mira llegó al río en unos minutos.

El barco estaba allí, ligeramente inclinado, tan blanco como el hielo que lo rodeaba. Todo estaba tan quieto y silencioso que parecía una acuarela.

Al llegar, sin embargo, su valor se tambaleó.

Empezó a retorcerse los dedos y a morderse los labios.

Dio vueltas alrededor del barco: el río estaba cubierto por una costra que aún era superficial, en la otra orilla se extendía un bosque de árboles ralos, con un sotobosque completamente blanco. La escasez de luz teñía todo de morado y lo volvía traslúcido, como si el mundo estuviera integrado por una extraña fusión de diamantes y amatistas.

Mira se dirigió hacia el bosque mientras reflexionaba sobre lo que debía hacer.

¿Esperar a que saliera?

¿Llamar a la puerta y pedirle que la dejara entrar en el barco?

¿Decirle que había averiguado algo más sobre él y que, a pesar de ello, una vez superada la primera impresión, ya no lo temía?

«¿Por qué no lo temo?»

De repente, oyó un ruido de pasos y una especie de suspiro ronco. Se volvió, convencida de que era Kade, pero, con medio cuerpo detrás de un árbol y medio cuerpo fuera, divisó al lobo.

Visto de día, parecía más bien un perro esquelético. Era menudo y delgado, tenía la piel tupida y tirando a amarillenta y dos ojos de color topacio. Al notar su presencia, el animal se detuvo. Bajó la cabeza y emitió un débil gruñido.

Mira se quedó paralizada, con la espalda apoyada en un tronco. Por un instante, las locuras que había decidido hacer esa mañana casi le arrancaron una carcajada.

Se encontraba en un bosque, vestida con una trenca de color rojo y un lobo la acechaba, pero ese lobo no trató de halagarla con zalamerías y piropos: el animal avanzó con franca impetuosidad, ligeramente encorvado, levantando el labio superior, que temblaba, dejando a la vista un largo canino puntiagudo.

A pesar del frío, Mira empezó a sudar. ¿Podía subir al árbol? ¿Los lobos sabían trepar? Echar a correr sería como invitarlo a que la persiguiera.

«¿Qué hago?»

En ese instante, sucedió algo inesperado.

El lobo dobló las patas posteriores, como si se dispusiera a dar un salto y, de hecho, lo dio, solo que, en lugar de abalanzarse sobre Mira, que había hecho ya amago de gritar, aferró algo al vuelo, algo que flotaba en el aire, antes de caer al suelo con las cuatro patas.

Al ver lo que había ocurrido, la joven contuvo el aliento que estaba a punto de expandirse en un grito: a pocos metros, Kade Taylor había lanzado comida al lobo. El animal había perdido todo aquel aire amenazador y en ese momento parecía un viejo perro callejero hambriento.

El hombre, envuelto en una bufanda y un anorak, había salido del tupido bosque y había sacado la comida de un bolsillo. ¿Solía llevar comida en los bolsillos? Mira recordó que de vez

en cuando compraba croquetas para perros, ¿serían para el lobo?

Lo miró con el mismo estupor con que mira quien imagina un devorador de abuelas y niñas y se topa con alguien que susurra a los lobos.

—Si no haces tonterías, no estás contenta, ¿verdad, Caperucita Roja? —le preguntó mientras lanzaba más comida al lobo.

Mira se dijo que Kade tenía razón, pero no estaba dispuesta a reconocerlo delante de él.

—¿Qué tonterías? —le preguntó en tono provocador.

—Seguirme a todas partes, por ejemplo.

—Noweetna no es tuya. Paseo por donde quiero.

—Eres muy libre de hacerlo. Siendo así, ¿quieres que te deje pasear por donde quieras?

Mira no pudo responderle enseguida. El lobo se acercó a Kade y se echó en el suelo mostrándole un costado. No era necesario ser un experto en comportamiento animal para comprender que se estaba sometiendo al que consideraba el jefe de la manada. Kade se arrodilló y lo acarició.

—¿Cómo… cómo es posible? —le preguntó.

Kade dijo casi en un susurro, en tono sombrío:

—Los animales nos entendemos.

Recordando lo que había descubierto hacía poco, Mira se estremeció bajo la trenca.

Kade se levantó. El lobo empezó a rascarse como si fuera un viejo saco de pulgas. Después, como si acabara de recordar que Mira estaba allí, empezó a gruñirle de nuevo.

—Te dejo sola con tu paseo. Que te diviertas —dijo Kade con irónico desdén.

Al ver que el único ser humano que respetaba se alejaba, el gruñido del lobo se hizo más agresivo.

—¡No, espera! —exclamó Mira—. Bueno… Tu amigo… si le das un poco más de comer quizá…

—¿No te comerá a ti? La verdad es que parece hambriento, pero…

—¿Pero qué?

—No me queda nada. Llevo comida en el bolsillo cuando salgo a dar una vuelta, pero se me ha acabado. Tendría que entrar en el barco. El problema es que, entretanto, el lobo podría tratar de probar cómo sabes. Estás en los huesos, pero eso siempre es mejor que nada.

Dadas las circunstancias, Mira se dominó para no responderle de mala manera,

—Te acompaño —dijo en tono enérgico.

Kade se acercó a ella y, con un ademán entre hostil y burlón, le dio un golpecito en un hombro.

—De eso nada. En el barco solo suben las mujeres que follan conmigo y ayer dijiste que yo no te interesaba, así que te quedas fuera.

—Eres un cabrón.

—No sabes hasta qué punto. Deberías tener más miedo de mí que de Lobo, ¿sabes?

—Sé más de lo que te imaginas. Si el lobo me descuartiza o me hiere o si me sucede algo por tu culpa, intervendrá la policía. Nuestro *sheriff* es mucho más diligente de lo que piensas. Es novio de una amiga mía, así que organizaría un buen revuelo. Quizá la noticia saliera en los periódicos, incluso en televisión, y, quién sabe, a lo mejor removería un poco las aguas tranquilas de Noweenta. Y apuesto a que no quieres que se remuevan nada. Entonces, ¿qué? ¿Vamos al barco?

CAPÍTULO 6

KADE

La niñata me observa como si supiera… «algo».

La dejo subir al barco, mientras Lobo se marcha.

Es un animal inofensivo, me refiero a Lobo. Ella no lo sé.

Lo encontré hace casi un mes durante uno de los paseos —mejor dicho, «una de las carreras cuesta arriba»— que doy apenas esta mierda de sol enfermizo hace como que sale y vomita una luz que parece pis manchado de sangre.

Estaba herido, esquelético y a todas luces hambriento. Comprendí al vuelo que iba solo: los animales se comportan así. Si uno de la manada es más débil, lo atacan hasta matarlo o lo muerden para expulsarlo.

Los entiendo: yo haría lo mismo que la manada. Si me frenas, si me expones al riesgo de que me descuarticen, si no sabes hacer nada y tienes miedo de todo, incluso del dolor de un jodido tatuaje, no mereces pertenecer al grupo.

Luego, sin embargo, pensé en lo que habría hecho Josiah. Maldito ángel. Él lo habría abrazado y hasta se habría dejado morder sabiendo que el mordisco era consecuencia del miedo. ¿Cuántas veces sucedió? ¿Cuántas cuchilladas y balas recibió ese idiota antes de terminar muerto?

Sí, tú ganas. Siempre ganas al final, hermano, maldito cabezota.

Así pues, le di de comer las sobras, le regalé una de mis mantas y seguí alimentándolo.

Ahora deambula por aquí a menudo. Nunca me ha gruñido, ni siquiera la primera vez que lo vi. No sabía que los lobos movieran la cola. Tiene los ojos amarillos y de cuando en cuando me regala un cadáver. A su manera, me hace compañía.

Seguro que más que esta entrometida.

Me planto delante de su cara y le pregunto:

—Veamos, ¿qué quieres? Esta vez no aceptaré respuestas evasivas.

Ella me sostiene la mirada y me pregunta a su vez:

—¿Lo adiviné? Me refiero al signo del zodiaco, a tu infancia y al chocolate.

—No debes tratar de averiguar quién soy ni cómo fue mi infancia. Nunca sabrás nada de mí.

—Ya sé algo.

—¿De qué coño hablas?

Se muerde los labios, aprieta los puños, baja unos segundos la mirada y luego susurra:

—Busqué en internet el significado de tus tatuajes. Sé que pertenecías o perteneces a una banda.

Siento que me invade una cólera que casi se puede oír. La oigo gruñir entre los pulmones y la garganta. Se expande por mi cerebro como el fuego.

—Sigues sin comprender que si bromeas con las armas, acabas con una bala en la boca.

—Eso es lo que sueles hacer, ¿no? ¿Disparas a la gente?

Mi paciencia ha llegado al límite. Le aferro el cuello con una mano, debajo del abrigo, de la bufanda y de las trenzas de niña idiota y la tiro contra una pared. Es fina y frágil, podría despedazarla con una leve presión. Oiría crujir sus huesos. Su corazón casi estalla dentro de mi palma, su piel está ardiendo. Ahora la mato. No, primero me la tiro y luego la mato.

—¿Eso es lo que quieres? —le pregunto—. ¿Cabrearme? ¿Tanto te repugna la vida?

—Me… haces… daño —dice jadeando.

—Si tocas los huevos a un animal salvaje, te morderá en la garganta —le susurro un instante después de haberle metido la lengua en la boca. Sabe a café, a miel y a ella. Me gusta, también le gusta a mi pene. Allí abajo, no parece molestarle esta guerra.

Que no es una guerra, para nada.

De hecho, la pequeña cabrona abre los labios como si quisiera devorarme.

«Putita con trenzas, ¿de manera que esto es lo que querías desde el primer día? Habría puesto la mano en el fuego.»

Me lame la lengua con el ardor de una mujer que hace años que no lame nada.

Le suelto un poco el cuello, pero ella, en lugar de revolverse y tratar de darme a entender que no quiere, deja bien claro que quiere mucho más que esto. En lugar de empujarme y golpearme, me toca, se abre paso debajo de la chaqueta, busca debajo del suéter. Roza la cintura de los pantalones y su corazón late aún más fuerte. Dentro de nada me estallará entre las manos, porque parece un caballo al galope.

Le devuelvo el favor. Mientras sus dedos me rastrean, me encuentran y me aprietan, hurgo en ella sin delicadeza, como un hambriento que busca frutos ocultos bajo la arena.

Pero ¿cuántas cosas lleva encima?

Debajo del suéter hay otro suéter y, luego, por fin, llego a la piel. Caliente y lisa. Una concha ardiente. La toco como si fuera de cera y debiera moldearla. No sé acariciar. Yo te excavo, te araño y te rompo.

Sus pantalones caen al suelo de golpe. Oigo el ruido metálico de la hebilla de un cinturón. Oigo su respiración entrecortada, parecida a un lamento. La miro un instante: no es un lamento, ¿verdad, niñata? ¿Te gusta?

Tiene los párpados cerrados, las mejillas encendidas, las trenzas desechas y las piernas abiertas como ventanas aguardando el sol.

Y yo te doy «el sol».

La cojo en brazos y la pego contra la pared. Los pantalones y las bragas yacen en el suelo. Lleva unos calcetines largos y negros, de lana, que le llegan a la rodilla. El contraste con los muslos, blanquísimos, me hace desear solo una cosa.

La penetro enseguida, al mismo tiempo que le muerdo la lengua. Todo a la vez. Lanza un grito débil. Después otro, otro y muchos más. Siento el sabor de su sangre en la boca, ella debe de sentirlo también, pero eso no la asusta ni le hace gritar piedad. No quiere piedad la putita, solo quiere que le haga daño y gozar, gozar al máximo. Si pudiera abrirse más, lo haría. Parece una mariposa con las alas claveteadas. Pronuncia mi nombre. A pesar de que la posición es precaria, se mueve como si intentara ofrecerme más espacio dentro de su cuerpo, un nuevo rincón, una oscuridad más húmeda y profunda.

No sé cuánto dura la refriega de jadeos. Sé que no entiendo una hostia y, a pesar de tener los

preservativos a dos metros, en un cajón, los dejo allí y sigo follándola piel a piel.

Mi cabeza está invadida por la niebla. Niebla, placer, su voz, su calor, su corazón, su lengua, su pecho, que hiero con mis dientes de lobo.

Me corro dentro de ella como un quinceañero.

Siento que palpita, juro que siento que palpita mientras la inundo.

«¿Te has corrido conmigo?»

Nos quedamos pegados a la pared unos segundos, justo el tiempo de comprender la solemne tontería que acabo de hacer. Es la primera vez que me pasa en treinta y un años.

—¡Hostia, hostia, hostia! —exclamo.

Cuando mis manos la sueltan, Mira se tambalea y casi se cae al suelo. Si no estuviera tan cabreado conmigo mismo, viéndola en ese estado, con el suéter levantado y el pecho al aire, marcado por mis mordeduras, los muslos desnudos y enrojecidos e imaginándome entre sus piernas, me la tiraría otra vez.

Pero estoy furibundo, porque soy un imbécil.

Me pongo los pantalones y empiezo a dar patadas a una mampara. El barco vibra y gime. Por un instante, pienso en los gemidos de Mira y corro el riesgo de volver a petrificarme.

¡Tengo que concentrarme en la idiotez que he cometido, por Dios! Vuelvo a patear la fina pared de madera. Uno de los armaritos se abre y vomita unos platos, que caen al suelo.

Cuando me vuelvo hacia ella, veo que se ha vestido también.

—¿Tomas la píldora? —le pregunto con brusquedad.

Niega lentamente con la cabeza.

Tiene una trenza medio deshecha, la boca túrgida por los besos y las mordeduras y me digo que es guapa. Cuando hace el amor es toda una belleza. Es una de esas chicas que no te llaman la atención, pero que cuando follan se hacen mujeres, de forma que luego no puedes quitártelas de la cabeza. Desnuda es más excitante que vestida y eso no se puede decir de todas las mujeres. Algunas parecen maravillosas, pero luego solo se te empina porque has esnifado algo bueno.

«¡Pensar en tus dientes clavados en su piel no es lo mejor que puedes hacer ahora!»

—¡Hostia! —repito.

—Tranquilízate —replica. Parece fría, aunque quizá solo esté triste. Ninguna de las dos emociones me concierne—.Tuve la menstruación hace unos días y soy regular, eso que tanto te aterroriza es *casi* imposible. —Me paso una mano por el pelo. Estoy sudado como si hubiera corrido una carrera—. Y debería ser yo la que se preocupara.

La miro como si me hubiera acusado de ser un imbécil. Por lo demás, acabo de demostrar que lo soy, no anda muy desencaminada.

—Siempre he usado el preservativo, siempre, sin excepciones. Me preocupa mi salud. ¿Y tú?

—¿Te parezco una de esas mujeres que va follando por ahí?

—Sí.

—¿Qué…?

—Me pareces una furcia como tantas otras. Decidiste que querías mi polla desde la primera vez que me viste y no has parado hasta que has conseguido que te la metiera. Por eso yo también quiero saber si no corro el riesgo de ponerme enfermo porque se te mojan las bragas en cuanto aparece un hombre nuevo por el pueblo. —Lo sé, soy un cabrón, pero nunca he negado que lo fuera y en este momento tengo la necesidad de serlo más que nunca.

La miro como si la odiara, como si el hecho de haberme corrido dentro fuera fruto de una mezquina estrategia urdida por ella, como si ella quisiera atraparme de una manera que aún no comprendo. Como si quisiera castigarla por el orgasmo devastador que me ha destrozado la

razón.

—No llega mucha gente nueva —replica con una sonrisa de desprecio—. De no ser así, quizá te diera la razón. En cualquier caso, también en eso puedes estar tranquilo. Como mucho, te contagiaré el resfriado, eso es todo.

Se abotona la trenca y se encamina hacia la salida.

—¿Por qué has dicho *casi* antes? —le pregunto.

Me mira con severidad mientras se vuelve a hacer la trenza.

—Porque en esta vida nunca se sabe. El cuerpo no es una máquina. Si, por el motivo que sea, algo altera el sistema, puede haber sorpresas. Te lo diré dentro de unos veinte días.

Antes de subir por la escalera que lleva a cubierta, ve la bolsa de comida para perros en un rincón. Mete una mano y saca un puñado de croquetas.

—Me las llevo para Lobo, por si me lo encuentro.

Se ríe ladeando la cabeza. Al ver su expresión burlona, me entran ganas de estrangularla. No sé por qué, pero preferiría que se marchara llorando.

—Tienes cara de haber visto un fantasma, además de un cabreo de mil demonios, pero no es para tanto. Estoy segura en un noventa por ciento de que tu precioso regalo no tendrá consecuencias. En un cien por cien, que no tengo ninguna enfermedad: solo me acosté con un chico, virgen como yo, hace seis años, luego eché el cerrojo. Me ha encantado, de manera que, si en el lodo que tienes por conciencia te queda la duda de haberme violado y eso te turba un poco, debes saber que hasta la última célula de mi cuerpo lo deseaba, porque soy una puta del montón, ¿no?

Después, abre la puerta y se va sin detenerse un instante.

CAPÍTULO 7

La sonrisa irónica de Mira resistió unos metros. Le bastó con dar unos pocos pasos en la nieve para que las lágrimas se le helaran en la boca.

Había obtenido lo que deseaba, pero se sentía infeliz.

El lobo no apareció, quizá anduviera escondido por allí cerca y su tristeza lo hubiera asustado. A ella también la asustaba, porque no tenía razón de ser.

Esa era la primera vez que hacía el amor sin estar enamorada. Su historial era cortísimo, pero a Henry lo había querido o, al menos, eso había creído mientras había estado con él. En cualquier caso, la cuestión no era esa.

La cuestión era que, mientras Kade la besaba y la tocaba y entraba en ella como un loco que quiere derribar un muro, en el desorden del famélico intercambio de humedades, había pensado por un instante en lo maravilloso que hubiera sido si, mientras penetraba su cuerpo, él hubiera vertido también sobre su piel palabras de amor.

¿Por qué su mente había concebido esa esperanza en lugar de gozar del placer sin más?

Sin duda, la culpa la tenían las estúpidas novelas que leía desde hacía tantos años. Debía olvidarse de ellas para siempre, no podía convertirse en una jovencita patética.

Mejor ser puta.

Sí, mejor que Kade pensara que era una puta y no una mema deseosa de viajar en carroza a países orientales con alguien que la considerara única en el mundo.

Se detuvo a pocos metros del pueblo, se peinó con los dedos pensando que le habría gustado tener un espejo para poder verse antes de volver a casa.

¿Intuiría su madre lo que había pasado? ¿Comprendería que había permitido que un tigre se acercara a ella y que, si se presentaba la ocasión, volvería a permitírselo? ¿Leería en sus ojos ese cambio?

Con todo, había sido un bonito cambio. Excitante. Había sido como sentir el calor del sol.

No se había detenido a mirarlo, pero lo había tocado. Y tenía muy buen tamaño. Era tan duro y fuerte como parecía. Vaya si era duro. Charlize se alegraría de saber de que todo en él era durísimo.

No, no le contaría nada a Charlize. Quería guardar el secreto, todos los secretos, incluso que pertenecía a una banda de asesinos. Quizá la hubiera dejado, ¿no? ¡A lo mejor se había refugiado en Alaska para cambiar de vida!

«¿Por qué tratas de tener una buena opinión de él a toda costa? ¿Para justificar que has follado con él sin intercambiar una sola caricia? ¿Acaso si piensas que es un malo redimido todo te parece menos sórdido?»

Se detuvo en el jardín. Se sentó en el tronco de siempre, su lugar favorito para recoger nieve,

leer, pensar o, simplemente, escapar de las reprimendas de su madre, prefería el frío exterior al espantoso frío de Adele. En el bolsillo llevaba chocolate con aroma a menta. Lo había cogido en la tienda antes de ir a casa de Kade, para regalárselo. Idiota.

Y había terminado dándole otro regalo.

«Idiota.»

Desenvolvió la barrita y dio un mordisco. Estaba bueno y olía igual que él.

«Cabrón.»

Mientras lo saboreaba, cayó en la cuenta de que no había pensado un solo instante en la posibilidad que debería haberle preocupado más: el posible embarazo. Pensaba que era poco probable. Su ciclo era tan preciso como un reloj y, pese a no ser matemática, la biología sí era una ciencia.

Más que en las posibles consecuencias, no podía dejar de pensar en lo sucedido. Se había corrido dentro de ella. Su calor casi le había hecho estallar el corazón.

¿Por qué había sido tan incauto?

Pensaba que, con su experiencia en encuentros sexuales sin futuro, en caso de que, por desgracia, fallaran los preservativos, habría sabido resolver el problema, pero…

«¿Te gusté tanto que olvidaste la prudencia? ¿O te gusté tan poco que pasaste del riesgo, porque, a fin de cuentas, una furcia no merece ninguna consideración y, en caso de que se quede embarazada, que se apañe sola, pues tú, de todas formas, te marchas en primavera?»

Se inclinaba por la segunda hipótesis.

Mordió otro pedazo de chocolate.

—Tu madre cree que has salido y dentro de nada se pondrá hecha una furia —afirmó Charlize, que había aparecido de repente en el umbral de la puerta acristalada—. Te estaba esperando. ¿No quieres que le diga que estás aquí? He de reconocer que es pesadita. Bueno, perdona si soy tan directa, pero… o se queja de lo mal que está o se queja de ti. ¿Cómo la soportas?

Mira se encogió de hombros y aguardó a que la pinta de furcia y las lágrimas hubieran desaparecido por completo.

—Bueno, es mi madre.

—También mi madre es mi madre, pero cuando me suelta una gilipollez la mando a tomar por culo.

—A lo mejor un día lo hago. Por el momento, así está bien.

—No está nada bien, amiga mía. —Charlize se sentó en el tronco—. Estás pálida y pareces aturdida. Además has llorado. ¿Por qué no te marchas?

—¿Marcharme? ¿Adónde?

—No lo sé, cierra los ojos, apunta un lugar cualquiera de un mapa con un dedo y ve adonde sea. Es saludable salir de vez en cuando de Noweetna, créeme. Adoro este sitio, pero lo adoro aún más porque no estoy obligada a vivir siempre aquí. Cuando termine la tesis haré la pasantía en Anchorage y sé que me gustará tanto marcharme como volver, para después marcharme otra vez.

—Cuando te vayas te echaré de menos, pero sé que, como siempre, me mandarás un montón de videomensajes llenos de caras divertidas, nada propias de un aspirante a abogado.

—El problema es que tendrás que verlos en el móvil de Lorna. Es absurdo que no tengas un *smartphone*. ¿No administras tú el dinero de la tienda? ¡Pues roba y cómprate uno! ¿Cómo quieres que lo descubra tu madre si no sale nunca de su habitación?

—No lo sé, me parecería un error, una traición.

«Hacer el amor con Kade es un error mayor que tener un móvil más moderno. Puede que haya llegado el momento de acumular traiciones.»

—Eres demasiado buena, caramba. Sería estupendo que tú también hicieras algo.

—¿Qué? ¿Ir a la universidad? Tengo casi veintitrés años y ningún talento especial. Nunca fui buena estudiante y mi madre no me dejaría marcharme aunque me aceptaran en Harvard. Tú, en cambio, a pesar del aire de bobalicona que tienes, serás una gran abogada. Mejor dicho, quizá los demás te subestimen por el aire de bobalicona y puedas engañarlos mejor.

—Tú también necesitas un abogado que denuncie a tu madre por maltrato psicológico. A veces tengo la impresión de que… pretende que pagues porque tu padre os abandonó. Pero, si antes era así, tan egoísta y molesta, permíteme que te diga que tu padre tenía motivos para largarse.

Mira se encogió de hombros por enésima vez. La brusca sinceridad de Charlize nunca la ofendía. Además, tenía razón. Pensaba a menudo en su padre sin el rencor propio de una hija abandonada: al contrario, lo admiraba por haber tenido el valor de poner pies en polvorosa. Estaba tan acostumbrada a considerar el amor como algo a lo que no tenía derecho que aceptaba que su padre la hubiera abandonado también. Ese era el precio que debía pagar. No hay conquista que no exija un dispendio de lágrimas y sangre.

—¿Vienes esta noche al concurso de estatuas de hielo? —le preguntó Charlize tras unos segundos de silencio.

—No lo sé. Si mi madre se duerme, sí. La he dejado sola toda la mañana y…

—¿Así que es cierto que has salido? ¿Adónde fuiste?

«A acostarme con Kade Taylor. Si no fuera una cobarde, aún estaría allí. Ah, no usamos preservativo, así que podría estar embarazada. Eso sin contar con la posibilidad de haber contraído una enfermedad venérea.»

—A dar un paseo.

—¿Se te ha pasado la borrachera de ayer? La verdad es que no bebiste mucho, pero como solo tomas café, como mucho un chocolate caliente con dos gotas de ron, cualquier cosa se te sube enseguida a la cabeza. Kade no te quitaba ojo, ¿eh?

Mira se sobresaltó mientras tragaba el enésimo bocado de chocolate, que comía más por tristeza que por alegría.

—¿Qué?

—No sé, creo que le gustas. No me preguntes por qué tengo esa impresión, digamos que siento que se acostaría contigo de buena gana.

«Ya lo ha hecho. Encantado».

—Se acuesta con todas. Me parece que su lema es «Basta con que respiren».

—Eso seguro, pero… Bah, ya veremos.

—No hay nada que ver, ¡créeme!

Charlize se echó a reír.

—Queda mucho por ver, pero por el momento nos damos por satisfechas. Ojalá pasemos a la fase de… ¡tocar!

«Ojalá pasemos a la fase de “tocar aún más”.»

La voz de su madre les llegó del interior de la casa en ese momento. Debía de haberlas oído hablar, sabía que su hija había vuelto y no pensaba concederle más evasiones.

Era mejor entrar y enfrentarse a ella que tratar de huir de nuevo con la esperanza de que, entretanto, le brotase un corazón afectuoso en el centro del pecho. Para Adele solo existía Adele y no era posible que en ese mundo, en ese lugar y en ese momento las cosas fueran diferentes.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su madre después de cenar con el tono de un inquisidor dispuesto a prender una hoguera de leña debajo de una bruja.

—Aproveché la luz para dar una vuelta.

A Adele, por lo visto, no le gustó la respuesta. Quizá no le gustara el tono defensivo, casi combativo con que la pronunció.

—Estás rara —sentenció con aire suspicaz.

—Siempre me dices lo mismo, mamá. En tu opinión, nací rara.

—Esta vez pareces más rara de lo habitual. ¿Qué te has hecho en el pelo? Pareces una fulana —dijo señalando la melena suelta de Mira, libre de trenzas y horquillas.

—Me he soltado el pelo.

—El pelo es lo primero que cambia una mujer cuando decide cambiar. —Lo dijo como si para ella cualquier cambio fuera sinónimo de culpa.

—Puede que tengas razón, puede que tenga ganas de cambiar.

—¿A qué te refieres?

—Aún no lo sé. Entretanto, me dejo el pelo suelto.

—Sé lo que estas rumiando, ¿qué te has creído?

—¿Qué… qué sabes?

—¿Lo ves? Te has puesto roja. Y eso significa que estás cargada de malos pensamientos. La señora Barrington ha estado aquí hoy y me ha hablado de ese joven.

—¿Qué joven?

—Henry Mayor, el joven que te dejó plantada como si fueras un zapato viejo. Toda Noweetna sabe que vuelve esta Navidad. Su madre lo va contando por ahí. ¿Te estás preparando para demostrarle que puede usarte otra vez?

—Yo… No, no quiero demostrar nada a nadie.

—Te prohíbo que lo veas.

El veto hizo saltar la rabia que Mira estaba tratando de contener.

—¡No puedes prohibirme nada!

—¿Quieres acabar como yo? ¡Todos los hombres son iguales, todos están hechos de una pasta podrida, fingen y luego se largan con la primera que pillan!

En un primer momento, Mira no comprendió a qué se refería. ¿De qué estaba hablando? ¿De quién?

—¿Quién se largó con la primera que pilló? ¿Te refieres a mi padre? ¿Así que sabes por qué se marchó?

—No, no sé nada. Solo es una suposición. Suelen largarse por otra mujer, ¿no?

—A veces solo quieren quitarse de encima a su esposa.

—¿Y eso te parece bien?

—No digo que esté bien, pero en ciertos casos escapar puede ser la única salvación.

—¿Salvación? ¿De qué? ¿Me estás diciendo que… bueno, que hizo bien en marcharse? ¿Justificarías también a Henry Mayor?

Mira lanzó un suspiro, desmoralizada.

—Cuánto te repites, mamá.

—Porque tú siempre te equivocas.

—¿En qué me equivoco?

—¡Siempre me dejas sola! ¡Cualquier ocasión es buena para dejar de cuidarme! ¡Estoy enferma, pero a ti eso te importa un comino!

—Primero, trabajo todo el día en la tienda, ¡no me paso la jornada desnuda en el hielo!

¿Quieres trabajar tú? ¡Bienvenida! A partir de mañana te levantarás pronto, estarás detrás del mostrador, harás el inventario y los pedidos, pagarás a los proveedores y, al terminar el día, limpiarás. En cuanto a lo demás, esta es la primera vez que reconoces que tienes un problema. ¿No te negaste a ver a un especialista porque asegurabas que estabas de maravilla? Decídete, mamá: o estás sana como una manzana y, en ese caso, puedes salir de casa, o estás enferma y, entonces, debes curarte. Imposible tenerlo todo.

Los ojos de Adele parecían inyectados en sangre.

—No me respetas a mí y no te respetas a ti misma. Eres una hija insolente e ingrata. Cuando ese gran actor te abandone de nuevo, no me vengas llorando.

—No lo haré.

—Hace seis años te pasaste varios días llorando, ¡te dejó hecha un trapo!

—No soy la misma persona de entonces. Todos cambiamos, solo tú sigues siendo igual: continúas convencida de que el mundo empieza y acaba donde empieza y acaba tu rencor. Pero, por grande que sea tu rencor, el mundo lo es mucho más. Si fueras a ver al médico y tratases de comprender cómo puedes curar tu fobia, podrías empezar a salir poco a poco, adelgazarías, tu vida sería más rica y…

—¿Debería adelgazar? ¿Para quién? ¿Para un hombre que luego se marchará?

—¡Hazlo por ti, hostia!

Su madre se sobresaltó como si la hubiera abofeteado.

—Hoy eres… ¡vulgar! ¡Entre el pelo y la lengua, tan suelta! ¡No quiero oírte ni verte más esta noche!

—Tranquila, no me verás. Voy a salir después de fregar los platos. Es la fiesta del hielo.

—Me lo dices para hacerme daño, ¿verdad?

—Que papá ganara el concurso varios años seguidos no me ha convertido en una gran escultora. Voy porque me divierte. Pero ahora, disculpa, debo acabar de recoger la cocina antes de arreglarme. Buenas noches, mamá.

Se sentía diferente, su madre tenía razón. Como si un polvo salvaje con un desconocido, que, casi seguro, era un asesino y que la había tratado como a la peor de las furcias, la hubiera llevado por un camino que conducía a un destino desconocido, pero, precisamente por eso, excitante.

Después de haber hecho lo que había hecho en el modo en que lo había hecho, podía hacer lo que fuera.

De esta forma, se soltó la larga melena negra, se pintó un poco, se puso un gorro de lana adornado con un gracioso pompón y la trenca de niña que tropieza con lobos en el bosque y salió a la noche eterna de Noweetna.

Una noche extrañamente iluminada.

Había estatuas de hielo por todas partes. En los jardines de las casas, en los senderos, delante del ayuntamiento. Hasta los vecinos que no solían celebrar nada estaban de fiesta. En los puestos que se habían instalado, los lugareños ofrecían sus creaciones: pasteles o baratijas. No se vendía nada, todo se regalaba o, simplemente, se exponía, como si se tratara de un pequeño museo de artesanía.

Mira había sentido la tentación de enseñar su colección de copos de nieve, pero no había cambiado tanto. Era uno de sus pequeños secretos, como la medallita de san Cristóbal, las novelas de amor escondidas bajo la cama y el encuentro, nada romántico, desde luego, que había tenido con Kade.

El frío se podía cortar como si fuera también hielo al que dar forma. Mira observó la escultura del coronel, un ángel con más apariencia de soldado que de espíritu celestial. El militar estaba dando los últimos toques a la chaqueta del personaje alado: a pesar de no estar perfectamente esculpida, pues la superficie no estaba del todo pulida, sí parecía flotar en el viento.

—¿Qué representa? —le preguntó al pasar, asomándose por la valla.

El coronel le sonrió y Mira confió en que no supiera nada de lo que había sucedido hacía apenas unas horas. Dudaba que Kade se lo contara, pero a veces tenía la impresión de que el coronel era omnisciente.

—La esencia de las mujeres —le contestó—. Yo os veo así. Se parece un poco a ti, pero con el pelo suelto, ¿no crees?

Mira admitió que, en efecto, el ángel iracundo le recordaba a ella cuando se había mirado al espejo, mientras se arreglaba para salir.

—Oh… Sí, es verdad.

—Estás muy guapa, ¿te has pintado? —El coronel le dirigió una mirada menos adusta que la de su madre, desde luego, pero crispada por una desconfianza similar—. Él no vendrá, pequeña. No lo esperes en vano.

—¿A quién te refieres? Además, ¿quién te autoriza a pensar que, si por una vez, llamo un poco la atención, es por alguien? Si no fuera porque la idea me parece absurda, pensaría que te has puesto de acuerdo con mi madre.

—¿Qué te he dicho? —dijo el coronel cambiando la expresión de suspicacia por una sincera carcajada—. Te pareces a mi ángel negro. Sea como sea, hablo en serio, Kade no aparecerá por aquí.

—Me trae sin cuidado —aseguró Mira. No era cierto. Confiaba en encontrarse con él o, al menos, en verlo—. Pero, por curiosidad, ¿cómo puedes estar tan seguro? ¿Te lo ha dicho él?

—Kade no me honra con muchas confidencias. No honra a nadie con ellas, diría yo. Pero estoy seguro de que no le gustan este tipo de fiestas. Para ser un sitio como Noweetna, hoy hay mucha gente y Kade es muy reservado. —Calló un instante, como si estuviera agrupando ideas —. No te enamores de él, mi niña.

—Yo no… No pienso hacer nada así —balbuceó Mira, ruborizándose a su pesar—. Eres mucho más sentimental que yo, ¿sabes? No me enamoro con tanta facilidad, pero, ahora discúlpame, voy a buscar a mis amigas.

Se dio media vuelta y cruzó la calle principal, toda tapizada de estatuas traslúcidas. Divisó a sus amigas delante del ayuntamiento, donde la concentración de esculturas era tan elevada que la amplia explanada parecía una galería de arte al aire libre. Como todos los años, se quedó embelesada al contemplar todo aquello.

Recordó la primera vez que había visto aquella escena tan sugerente, espectral y fabulosa a la vez: Mira estaba con su padre, que había esculpido para ella un magnífico unicornio. Entonces, igual que en ese momento, las luces artificiales de colores lo volvían todo iridiscente, como si el corazón del hielo emanara oscuros arcoíris. Había figuras de todo tipo, como un maravilloso carro tirado por dos caballos, un tablero de ajedrez con todas las piezas y un rosal. Entonces, igual que en ese momento, en realidad como siempre, Mira se conmovió. Todos los años se juraba a sí misma que era el último, que al año siguiente no lloraría, que reaccionaría como una adulta y no como una niña que ve por primera vez un unicornio de hielo, pero algo se le hinchaba en el pecho, se le ponía un nudo en la garganta y sus mejillas acababan surcadas de lágrimas, como si estuviera viendo el triste final de una película dramática.

Esta vez se conmovió aún más.

«¿Se puede ser tan idiota?»

Después se reunió con sus amigas y agradeció al cielo que ellas no fueran idiotas. Todas tenían los ojos secos y charlaban alegremente. Cara había llevado a los niños e intentaba evitar por todos los medios que patearan un alfil.

Las demás comentaban divertidas el comportamiento de Mary Grandall: a unos metros de ellas, aquella mujer deambulaba entre las esculturas en compañía de un joven periodista de Anchorage, que parecía aterrorizado por sus atenciones.

—La querida Mary lo ha elegido entre los reporteros que han venido porque es mono —comentó Charlize riéndose—, pero puede que, ¡además de ser mono, sea homosexual! ¡La mira horrorizado!

—¡Hace unos meses la muy cabrona se insinuó también a Wyatt! —comentó Cecily venenosa—. ¡Por suerte, aún no es un marido insatisfecho! Y, cuando lo sea, Mary será demasiado vieja para tentar a nadie, así que no me preocupo. ¡Por el momento, lo único que quiero es encontrar a alguien que me talle el maldito arco nupcial! No quiero una cosa hecha en serie, de Ikea, y ninguno de estos escultores de hielo sabe trabajar la madera. Lástima que Kade haya dicho que no.

—¿Qué tiene que ver Kade con el arco nupcial? —exclamó Charlize asombrada.

Su estupor era solo un poco menor a la perplejidad de Mira, que escrutó a Cecily como si su amiga hubiera pronunciado una clamorosa herejía.

—Sabéis que trabaja para mi padre, ¿no? —respondió—. A veces monta muebles y en un par de ocasiones, por propia iniciativa, los ha decorado también con detalles, pero mi padre ha dicho que, incluso en esos pequeños detalles, se ve que tiene mano con el cincel.

Charlize soltó una carcajada.

—¡Qué fácil me lo has puesto para decir una frase obscena! Estaba segura de que tenía buena mano con el *cincel*.

—¡Idiota! —dijo Cecily riéndose también—. ¡Me refiero a un cincel de verdad! Ha hecho unas tallas fabulosas, ¡dignas de un ebanista! Pero cuando mi padre le pidió que esculpiera el arco nupcial, diciéndole que se lo pagaría bien, él se negó en redondo.

Mira sintió un incomprensible desfallecimiento al enterarse de esa novedad. No dijo una palabra, pero se le encogió el estómago.

—Vaya, te has arreglado de forma diferente —observó Cara rodeando con un brazo los hombros de Mira—. Hacía bastante que no te pintabas los labios.

—¿Por qué te has arreglado tanto? Henry no vuelve hasta Navidad —comentó Charlize dando una vuelta alrededor de ella—. ¿O acaso Henry no es la presa?

—No tengo ninguna presa —masculló Mira—. ¿Por qué razonáis todas así? ¿Una chica no puede querer gustarse a sí misma?

Sus amigas se rieron al unísono, como si esa vez la herejía la hubiera soltado ella. Comentaron un poco su insólito *look*, que, a pesar de que le favorecía, no podía ser más sospechoso. Mira, temerosa de llevar la verdad impresa en la cara, agradeció al cielo que Mary Grandall atrajese la atención de los presentes anunciando por el micrófono el nombre de los ganadores.

Aprovechó la ocasión para perderse entre la gente. No quería enfrentarse a la sagacidad de sus amigas. Nadie debía saber que Kade y ella… ¿Por qué no debía saberlo nadie?

«¿Porque si un pecado es secreto, es más excitante? ¿Para evitar que la noticia llegue a oídos de tu madre y ese secreto la mate? ¿O porque, cuando Kade se marche, sufrirás menos si eres la

única que ve sangrar tu corazón destrozado?»

Para cualquiera que no hubiera nacido en esos parajes, habría sido extraño pasear comiendo un helado con aquel frío.

No era el caso de Mira, que pidió un polo de fresa y recibió como regalo una cinta rosa para el pelo.

Mientras se la ataba a un mechón de pelo en el jardín sumergido en la oscuridad, sintió que alguien le zarandeaba los hombros y la empujaba bajo el pino alto, cubierto de nieve, que su padre había plantado cuando ella había nacido.

Su aroma le llegó antes que su voz.

—¿Qué les has contado a tus amigas? —le preguntó Kade con brusquedad, susurrando, siempre y cuando gruñir al oído pudiera considerarse susurrar.

—¿A qué te refieres? —replicó ella. No era fácil dominar la tormenta que sentía en su interior. Si callaba era aún peor: los latidos de su corazón eran demasiado fuertes. Los habrían oído hasta en Canadá. Así que exclamó en tono irónico—: ¿A que follamos?

—Eso me importa un carajo —Kade volvió a gruñir—. Me refiero a lo que has averiguado sobre mis tatuajes. Si se lo dices a alguien, te cortaré la lengua.

—¿De manera que es verdad?

—No bromeo. ¿Se lo has dicho a alguien?

—No, claro que no, y no hace falta que me amenaces para mantenerme callada. Nunca he pensado anunciarlo públicamente.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no se lo has dicho a nadie?

—¿Qué más te da?

—Me importa mucho. Si el motivo es una idiotez, mañana podrías cambiar de idea y joderme.

—No lo haré, salvo si matas a alguien aquí, en Noweetna. ¿Vas a asesinar a alguien?

—Puede que a ti.

—Estás escapando, ¿verdad?

—¿Qué…?

—Siempre me he preguntado por qué viniste aquí. En Noweetna no hay nada que pueda atraer a un tipo como tú, así que no lo hiciste por voluntad propia. Si hubieras querido vivir como un eremita, habrías elegido un lugar aún más aislado que este pueblo tan pequeño y chismoso. Por otra parte, creo que, para cometer un delito, nadie habría mandado a un personaje tan… tan llamativo. Incluso en el caso de que el mandante fueras tú, habrías elegido un asesino que pasara más desapercibido. No pasas inadvertido, Kade, y menos en un pueblo de trescientos habitantes. Por eso supuse que… que estás huyendo de tu pasado, de tus errores y de algo que te entristece. Además de cabrón, eres infeliz.

¿Eran los dedos de Kade lo que sentía en la mejilla o un mechón de su melena suelta, a la que aún no se había acostumbrado? Fuera lo que fuera, sintió algo tibio, como la punta fugaz de un dedo. Entonces él le dijo, en voz aún más baja:

—Como siempre, hablas demasiado, creo que lo primero que voy a hacer es arrancarte la lengua.

Mira contuvo el aliento un segundo, después respiró en su boca. Kade la besó de esa forma

voraz que sabía a guerra y a huracán. Le apretó la cara con las manos, le quitó el gorro, dejando que cayera en la nieve, y metió los dedos en su pelo, que apretó en un puño. Como si ese gesto impetuoso, aunque inofensivo, hubiera desencadenado un efecto desproporcionado, Kade apoyó la espalda en el tronco del árbol, abrió las piernas y la rodeó con ellas ciñéndola con una fuerza carente de ternura. Era una fuerza ávida. Era una tempestad ardiente. Era sexo en un beso.

Devastada y desesperada, así se sintió Mira cuando se dio cuenta de que no podía, de que no debía permitirle que siguiera adelante, que diera un solo paso más. En el jardín de su casa no, su madre y el coronel estaban a escasos metros de allí, pero, por encima de todo, no debajo del árbol que le recordaba a su padre, su infancia, una época inocente. Si en ese beso hubiera habido amor, habría sido diferente. No se habría manchado ningún recuerdo. Pero así, sin corazón, debía parar.

Así pues, aferrando al vuelo una chispa de lucidez, mientras su lengua malvada y dulcísima le hacía desear cosas increíbles, Mira se retorció entre sus brazos y dio un paso hacia atrás. Tuvo la impresión de que hasta su boca lloraba por la separación.

—No —dijo—. No soy tan puta. Basta. —El mutismo de él fue más duro que cualquier respuesta—. Buenas noches —dijo encaminándose hacia su casa, con un tumulto demasiado fuerte en el pecho para ser una persona convencida de que su corazón no había participado en el banquete.

Sin embargo, poco antes de cerrar la puerta oyó su voz. Se volvió y él se acercó a ella en la oscuridad. Parecía hecho de lava fría.

—En cuanto al otro asunto, ¿no se puede hacer, qué sé yo, un test?

—Claro que sí, Kade, pero es un test de embarazo, no un hechizo. Tengo que esperar a que me venga la regla y, si se retrasa, lo haré. De todas maneras, no habrá ningún retraso, puedes dormir tranquilo. Dame tu número de móvil, así, en cuanto lo sepa, te mandaré un alegre mensaje. Te escribiré «¡Salvados!» y así entenderás que soy yo.

—No tengo móvil y, si lo tuviera, no te daría mi número. Lo usarías para mandarme una gilipollez tras otra. Seguro que te gustan las caritas de mierda. Me lo dirás en persona.

—Tú no tienes móvil y yo tengo uno usado. Tenemos más en común de lo que parece. Yo colecciono copos de nieve y tú… ¿qué haces? ¿Tallas la madera? Por lo que me han dicho, al señor Thorne le han gustado mucho tus trabajos.

Kade gruñó enfurruñado.

—A tomar por culo, no sé cómo se me ocurrió hacer esa jodida marquetería. Pero ¿en este pueblo es posible guardar un secreto o el deporte local es meter las narices en los asuntos de los demás?

—Después meter las narices en los asuntos de los demás, el deporte local es el *hockey*. Tallar la madera no tiene nada de malo. ¿Me dejas ver algo de lo que has hecho?

—Ni hablar. A propósito, no he entendido lo que acabas de decir, ¿qué es lo que coleccionas? ¿Copos de nieve? ¿Sabes que estás loca? ¿No es como recoger agua con un tenedor?

—Cada uno tiene su locura o, mejor dicho, su pasión, una pasión que lo mantiene a flote durante la tempestad. Mira, esto lo hice yo. —Con valor, consciente de que podía mofarse de ella, Mira alargó un brazo y le enseñó el cordón de cuero que llevaba en la muñeca: en el centro había un medallón de cristal con un copo de nieve inmutable en su interior. Con la misma audacia le explicó lo sencillo que era, al menos de palabra, inmortalizar algo tan efímero.

Kade soltó una extraña risita. Mira sintió de nuevo las manos de él en el pelo. Kade estaba a una distancia mínima, peligrosa para su cuerpo. El joven tiró de unos mechones con tanta fuerza

que le dobló la cabeza hacia detrás y le habló entre una oreja y los labios.

—No te hagas ilusiones.

—¿Ilusiones?

Él bajó de nuevo la voz, que le llegó suave, cálida y despiadada.

—Hay cosas efímeras que nunca dejan de serlo. Piensa que soy un copo de nieve grande y canalla, que nunca podrás meter en una baratija de plástico, de ninguna manera. No hagas planes ni tiendas trampas. Yo me largaré muy pronto. Mientras tanto, no te enamores de mí. Harías un mal negocio, créeme. —A continuación, se separó de ella para marcharse, dejándola libre y sola.

Apenas le volvió la espalda, Mira le dijo con idéntica firmeza:

—Podría recomendarte lo mismo. Cuidado con enamorarte tú de mí. No des por sentado que eres tan invulnerable. A lo mejor pierdes la cabeza por mí, ¿quién sabe?

Sin volverse siquiera, Kade le respondió alzando burlonamente el dedo corazón de la mano derecha.

CAPÍTULO 8

KADE

Es peligroso que me vean por ahí. Hay algunos periodistas y, a pesar de que les interesan otras cosas, no puedo correr el riesgo de aparecer al fondo de una fotografía que podría acabar en manos de alguien que quiere verme muerto.

Por eso me quedo al margen, en la sombra.

Pero, aun así, entreveo a mi pequeña niñata.

No, no es *mía*, es la pequeña niñata, eso es todo.

Tengo que preguntarle qué piensa decir sobre lo que ha averiguado sobre mí con demasiada facilidad.

Sé que ya no aparezco en la red, el FBI borró cualquier posible conexión conmigo, de manera que Kade Taylor solo es un fantasma, pero aún puede quedar algo en algún rincón oculto. Jamás habría imaginado que alguien se molestaría en documentarse sobre los tatuajes. Jamás habría imaginado que conocería a una entrometida semejante, que, por la razón que sea, no me teme.

¿Por qué no me teme?

Si cuenta algo, la estrangularé mientras me la tiro, lo juro. Será el último orgasmo de su vida.

Y entonces la veo.

¿Qué demonios se ha hecho en el pelo y en la cara?

Recuerdo sus labios heridos por mis dientes, que ahora están pintados de color rojo escarlata, similar a la sangre, y cometo una estupidez.

La sigo procurando no llamar la atención.

Parece realmente extraña, un poco loca. Se para a charlar unos minutos con sus amigas y luego pasea sola. Sonríe a las esculturas, devora el algodón de azúcar y un polo. Habla con todos y con nadie. Y el pelo, esa melena larga y suelta: la próxima vez que folle con ella quiero apretarlo en un puño y tirar de él para que los ojos se le llenen de lágrimas mientras goza.

Porque habrá una próxima vez, por descontado.

Durante unos días finjo que Mira Kendall no existe.

Me divierte entrar en la tienda, comprar cigarrillos y provisiones y no hacerle el menor caso, como si fuera una máquina expendedora y no una joven, en concreto una joven a la que quizá he hecho un *feo regalo.*

Me divierte comprobar que me mira, ver lo que pasa por sus ojos, la rabia y la decepción alternándose como olas oceánicas, y mostrarme frío e indiferente.

La verdad es que me gustaría cerrar con llave la puerta de la tienda, silenciar las malditas conchas y tirármela en el trastero.

Pero, justo por eso, hago lo contrario: más por desprecio hacia mí mismo que hacia ella. Es una especie de prueba de fuerza. No soporto que un polvo cualquiera me excite cuando lo recuerdo. Por lo general, pienso en el polvo siguiente, no en el anterior.

Una noche, mientras me enciendo un cigarrillo bajo un cielo extrañamente despejado y me dirijo hacia el barco, Mary Grandall me hace una señal desde el jardín de su casa. Su marido está poniendo unas espantosas luces navideñas en el tejado.

Este encuentro es providencial: si me desahogo dejaré de pensar en lo poco que pesaba esa niñata mientras bailaba encima de mí, abierta como una maldita orquídea. La mujer del alcalde tienes cualidades más llamativas: es mucho mejor que una golfa con dos tetas como dos granos de uva.

—Por favor —me dice—, ¿puedes montar las luces dentro?

El idiota del alcalde, casi colgando del canalón, me dirige un saludo aún más idiota que él.

Entramos en una habitación. No me cabe la menor duda sobre lo que quiere que monte de verdad. No obstante, por si acaso al marido le queda una pizca de inteligencia y después se pregunta por qué hemos pasado tanto tiempo dentro sin haber tratado siquiera de desenredar la maraña de bombillas que ha sacado pacientemente del semisótano, la zorra me pide que lo deshaga mientras mete las manos en mis pantalones.

Me entra la risa, lo reconozco: ocupado en una tarea propia de un buen padre de familia mientras sus manos, con las uñas pintadas, juegan con mi polla. Cuando, por fin, desenredo las luces, me tiende un preservativo. Lo tenía guardado en un cajón cualquiera, probablemente con los cigarros que ofrece a sus invitados a los que, de vez en cuando, debe ofrecer algo que no sea su coño.

De forma instintiva, sin acompañar a la mente en esa dirección, pienso en Mira y en cuando me corrí dentro de ella. No volveré a hacer una tontería así.

Mary se quita las medias y se levanta la falda. La ropa interior es insinuante, negra y roja, de puta puta.

—Me gustas mucho —me dice—. Te confieso que no he estado con más hombres desde que llegaste.

La confesión casi me hace vomitar.

—Puedes tirarte a quien te parezca, no quiero la exclusiva. Y ahora calla.

En ese momento, oigo unos ruidos. Alguien ha entrado en la casa.

—No pares —me implora Mary, que me ha visto vacilar—. Es Aka, ha vuelto con la compra, pero he cerrado con llave.

—Gracias por ayudarme —murmura la criada en el recibidor—, no habría podido traerlo todo sola.

—¿Dónde pongo las botellas?

«¿Mira?»

Por la razón que sea, su voz es como un cubo de agua helada en los huevos. De repente, me siento furioso, negro por dentro, como si tuviera alquitrán en las entrañas. Creo que odio con todas mis fuerzas a esa niñata aguafiestas.

—¿Qué haces? —me pregunta mientras abandono su cuerpo medio desnudo en el sofá y me pongo los pantalones.

Me pregunta por qué me preocupo por la criada y por la «fea, gafe y loca de Mira Kendall» y adónde voy.

Porque, de hecho, *me estoy marchando*. Me pongo la cazadora y salgo de la casa por la puerta acristalada que hay en la parte trasera para evitar encontronazos.

—¿Por qué te vas? —insiste Mary—. ¡No puedes dejarme así, eres un cabrón!

Doy la callada por respuesta.

Paso la noche en el local de Ethan. Decir que estoy nervioso sería como decir que esta noche infinita es oscura. Mucho más. Bebo grog y me gustaría romper algo. La cara de Mira Kendall, para empezar.

La odio tanto y estoy tan concentrado imaginando mil maneras de que me la chupe para luego apretarle el cuello con las manos, que, de repente, me parece verla.

No se puede decir que esté borracho: no soporto muchas cosas, tampoco a la gente, pero resisto bien el alcohol. Sin embargo, por un instante creo que es una ilusión.

Pero es ella.

Entra en el local y se dirige hacia el ordenador, que está en una zona separada por un biombo. Se quita la trenca roja y la cuelga en un gancho grueso que hay en la pared. Deja la voluminosa bolsa que lleva a la espalda en un rincón. Acto seguido, se sienta y desaparece detrás de unos ladrillos pintados.

¿Qué hace en el ordenador? Espero que no esté buscando más información sobre mí.

Sea lo que sea, me importa un carajo. Me concentro en el vaso y el ron caliente se convierte en mi mejor amigo. No obstante, de vez en cuando mi mirada aferra las puntas de su pelo, un pedazo de espalda y el movimiento lento de los brazos, que escriben palabras en el teclado.

Ethan no me hace caso, está mirando un partido de *hockey* en el pequeño televisor que está al lado de la barra. Hay poca gente: unos juegan al billar; otros, a juzgar por las porciones que veo en los platos, comen dinosaurio, y una mujer casi centenaria me mira preocupada.

Al otro lado del ventanal que da a la calle, la noche es negra y brillante. Casi apetece salir. Entre las pocas que puedo hacer en este agujero de color pizarra, podría hacer muchas cosas: seguir bebiendo, pedir dinosaurio para comer, caminar en este frío que corta las piernas, volver a casa de Mary e ir a ver al coronel y pedirle que se informe sobre el maldito juicio. Quiero saber si se puede fijar antes de lo previsto, porque no estoy acostumbrado a aburrirme y el aburrimiento es un vil consejero.

Pero no hago nada de todo eso y me dejo aconsejar por el aburrimiento. Cojo mi vaso, me mando a tomar por culo y me encamino hacia el biombo tras el que está sentada «Su Excelencia la cabrona». Cuando entró en el local me miró con aire distraído, tan distraído que me entraron ganas de obligarla a no distraerse nunca más.

La falsa despistada me ve enseguida. Tampoco puede ser de otra forma, ya que agarro una silla, la pongo a su lado y me siento con el respaldo pegado al pecho. La silla es pequeña, cruje y tiembla bajo mi peso. A pesar de que finge que piensa en todo salvo en mi presencia, Mira también tiembla un poco, me apuesto los huevos.

—¿Estás buscando más información sobre mí? —le pregunto, a pesar de que en la pantalla aparece un sitio de previsiones meteorológicas o algo por el estilo.

—No pienso solo en ti —responde sin dejar de escribir. De repente, sonríe. Sonríe, lo juro, como si estuviera leyendo algo, en lugar de una serie de datos incomprensibles.

A continuación, apaga el ordenador y se pone la trenca. Por último, agarra la bolsa. Intenta levantarla, pero pesa mucho y se le cae al suelo. El ruido es inconfundible para alguien acostumbrado a oír ruidos similares.

—¿Qué llevas dentro, un lanzagranadas?

—No, un fusil —me responde como si nada.

—¿Para qué?

—Espero que para nada. Adiós, Kade.

La detengo agarrándole un brazo.

—¿Vas a cazar?

—¡No! —me responde horrorizada—. Al menos, no la caza a la que te refieres.

—¿A qué caza te refieres tú? ¿Persigues a seres humanos en lugar de alces? Eso podría interesarme. —Me río, pero reconozco que esta tipa tan imprevisible cada vez me intriga más.

—No lo dudo, pero no persigo nada que pueda interesarte. Nada que sangre y cuya muerte pueda divertirte.

Se pone la bolsa en bandolera, da tres vueltas a una bufanda enorme, se pone unos guantes y un gorro de tejido técnico y vuelve a hacer ademán de marcharse.

—Creo que iré contigo.

—¡No!

—Cuanto más me dices que no, más me apetece.

—No puedes venir, Kade. Es asunto mío y es peligroso.

Río en tono aún más despectivo.

—Los asuntos peligrosos que incluyen el uso de fusiles son más míos de lo que te imaginas. Además, me estoy aburriendo como una mona. Hasta una partida de dardos podría tentarme.

Frunce el ceño.

—Me has ignorado toda la semana y esta noche, solo porque te aburres, ¿me impones tu compañía?

Me inclino hacia ella, mi pelo roza sus mejillas.

—Exactamente. Además, no estoy tan seguro de que mi presencia te moleste tanto. ¿No quieres estar conmigo, niñata?

Respira, no entiendo si es un suspiro o un gruñido. Recula un poco y me mira a los ojos. Parecen hechos del mismo cielo límpido de esta noche. Su aroma a jabón me provoca más que la sofisticada fragancia que usa Mary. Lucho contra el deseo de tocarla, en alguna parte, en cualquier parte en la que haya piel latiendo al ritmo de su corazón.

—De acuerdo, ven conmigo —dice, por fin, ignorando la pequeña pero violenta batalla que estoy combatiendo conmigo mismo—, pero harás todo lo que yo te diga. ¡Y deja de hacer bromas idiotas de doble sentido! No hay que desnudarse. Si piensas tenderme una trampa, debes saber que te apuntaré con el fusil sin vacilar. Nunca lo he usado de verdad, pero sé cómo se hace y podría ser una buena ocasión para practicar.

CAPÍTULO 9

Mira trataba de responder en vano a un enigma digno de Hamlet: cómo era posible despreciar mucho a alguien y, a la vez, sentirse infeliz por su indiferencia. Solo sabía que, la semana que Kade la había ignorado le habría gustado molerlo a patadas. Y patearse también por las ganas que tenía de echarse a llorar.

«¡Quizá esté embarazada! Bueno, estoy segura de que no lo estoy, pero él debería estar, al menos, un poco preocupado, desolado, arrepentido, ¡algo!, y, en cambio, pasa de todo.»

Por suerte, estaba muy ocupada con su pequeña investigación.

Hacía muchos años que no iba a Glass Lake.

La última vez había estado con su padre, cuando era niña, y después no había tenido valor para ir. El veto de su madre había contribuido a aniquilar la añoranza. Es difícil cultivar pasiones que exigen por definición el entusiasmo cuando tu deseo de vivir es idéntico al de sobrevivir. En ese momento, sin embargo, se sentía más valiente y determinada. Deseaba recuperar los recuerdos que había perdido, las emociones que había ahogado, los lugares que había descuidado.

Lo último que se imaginaba era que se encontraría con Kade y, menos aún, que él se brindaría a acompañarla.

Pero, por encima de todo, no imaginaba que, después de haberlo detestado durante días y de haberse prometido que no lo saludaría, habría ansiado su compañía.

Por desgracia, no lograba dominar las sensaciones que se revolvían en su interior y por las que lo deseaba desesperadamente. Su razón las consideraba injustas e incluso patéticas, pero no la obligaba a tirar de las riendas ni a echar el freno para detenerse, volverse y desviar la mirada.

En lugar de sumergida de un estado de eterno torpor, la presencia de Kade la hacía sentirse aún más viva, pero también más adulta, más resuelta, más libre y, sin duda, más loca.

No obstante, habían salido por separado del *pub*. Mira no quería distraer a Ethan del partido de *hockey*. Le habría echado un sermón sensato, cosa que, por lo visto, solían hacer un poco todos cuando comprobaban la absoluta imprudencia con la que se comportaba. Y ella estaba harta de las razones de los que, con toda probabilidad, tenían razón.

«¿Puedo hacer lo que quiero por una vez?»

Tanto ella como Kade llevaban una linterna y la apuntaban hacia delante, hacia el corazón de la oscuridad y del silencio. La ausencia de nubes no regalaba ninguna claridad, solo arrancaba una reverberación metálica a todo. Como la nieve era casi lo único que los rodeaba, se movían dentro de un mundo suspendido entre el ónix y la plata.

Kade caminaba a su lado sin preguntar adónde iban. Hacía años que Mira no recorría ese camino, pero lo conocía como la palma de su mano. Todo estaba casi igual: el tiempo parecía

haberse detenido para esperarla. El bosque, las orillas del lago, el lago helado y resplandeciente, rodeado de pinos.

—¿Hemos venido a patinar? —le preguntó Kade incrédulo.

—Aquí no se puede patinar: la profundidad del lago varía de un tramo a otro y el hielo no es igual de espeso en todas partes. Hay zonas muy sólidas, de, al menos, un metro de grosor, por las que se podría pasar con una camioneta, y otras que apenas tienen unos centímetros que se romperían con un taconazo. Te aconsejo que no te acerques sin mí.

—¿Por qué? ¿Qué más da?

—Conozco el lago.

—Conoces el lago —repitió él irónico.

—Sé cuáles son los puntos por donde se puede caminar y los que hay que evitar como la peste.

—¿Significa eso que hemos venido a retar al lago a un duelo a muerte?

—También. Ven por aquí, ¿ves el abeto que hay en la orilla? Se empieza por ahí. Dios mío, todo está igual.

—¿Igual?

—Igual a cuando venía con mi padre, hace muchos años. Era nuestro lugar secreto. La gente lo conoce, claro, pero es un lago traicionero al que, como has dicho, le divierten los desafíos a muerte, así que nadie ha vuelto por aquí después de que un pescador muriera ahogado hace veinte años. Él y yo estábamos un poco locos y veníamos de todas formas. Nunca sucedió nada. Tampoco nos sucederá nada a nosotros y ya verás cómo, al final, el premio será extraordinario.

—¿Qué premio?

—Un premio maravilloso. —Lo miró, en el límite del cono luminoso que dibujaba la linterna, y tuvo la impresión de que había esbozado una sonrisa mucho más que sarcástica, obscena—. Eres un pervertido —prosiguió odiándose, porque, a su pesar, su reacción le había divertido—. No es lo que piensas. Además, se te congelaría en tres segundos. Ahora dame la mano. No te pido nada romántico, lo único que quiero es que, además de la polla, no se te congele el culo si te caes en el hielo. Aquí mando yo, imbécil.

Kade se echó a reír con tanta vehemencia que su voz se expandió en el espacio resplandeciente y vacío y Mira sintió una especie de pequeño espasmo de placer y dolor al comprender que se estaba divirtiendo de verdad.

Los dos llevaban guantes, de forma que el contacto de sus palmas y sus dedos no les produjo sensación táctil alguna, pero el gesto fue suficiente para transformar su pecho en un amasijo blando y caliente.

Arcilla entre las costillas. Arcilla, ángeles, hadas y chocolate con sabor a menta.

«No me ha dicho que no. Me ha dado la mano.»

La joven iluminó el hielo con la linterna, contó los pasos mentalmente, reconoció los árboles, los arbustos y las señales. De una rama colgaba aún una cinta que había atado su padre. Hecha jirones, pero ahí estaba.

El lago tenía un color desigual, pero la oscuridad impedía distinguir el gris claro del hielo que está a punto de derretirse del azul claro transparente del estrato más denso y fuerte, así que siguió el instinto, la experiencia y los recuerdos. Los dos calzaban botas con tacos metálicos, similares a las cadenas que se montan en los neumáticos de los coches.

Se movieron con cautela. En el lago no se veían grietas y estaba limpio de nieve. Exceptuando el chirrido natural de sus pasos, ningún ruido sospechoso los alarmó. Todo era tan silencioso y perfecto que Mira se conmovió. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la

garganta, el corazón le latía en el guante que apretaba la mano de Kade.

—Podemos pararnos aquí, es una zona muy segura. En este punto el lago es poco profundo, la capa es muy resistente.

—¿Y cuál es el premio?

—Para eso debes tener paciencia.

—La paciencia no es mi punto fuerte.

—Siempre hay una primera vez.

Le soltó la mano y se estremeció de alegría: él no se la había soltado aún. Se inclinó y sacó algo de la bolsa: una manta de lana, un termo y el fusil. Se sentó en la manta, como si estuvieran de pícnic, solo que, en lugar de la hierba, se habían acomodado en el hielo. Se ajustó la bufanda en el cuello, se encasquetó el gorro y unió los dedos para ajustarse los guantes. Su respiración parecía estar interpretando una danza de humo. Kade la miraba desde arriba, pues aún estaba de pie, sombrío en la oscuridad. —¿A quién vamos a disparar? —preguntó al cabo de un rato, ya sentado en la manta. Echó un vistazo al fusil y comprobó que estaba cargado.

—A nadie, pero es mejor traerlo. Nunca se sabe. Una vez, cuando era niña, mi padre disparó al aire para espantar a un oso pardo que, cosa extraña, aún no estaba hibernando. Me explicó que era muy joven, que su madre habría muerto sin haberle enseñado a hacerlo. Los animales deben prepararse, ¿sabes? No se adormecen de repente y se despiden hasta la primavera. —Calló un momento—. Si tu padre no te enseña esas cosas, debes aprenderlas solo y puedes morir en el proceso.

—Depende de qué sea. A veces te arriesgas a morir justo porque te las enseña —afirmó Kade en tono indiferente.

Habían apagado una linterna, de forma que solo quedaba una encendida. Por el motivo que fuera, la oscuridad era aún más densa alrededor del débil haz de luz, como si, por contraste, se nutriera de las sombras.

Kade estaba inmóvil, de perfil, como si mirara algo a pesar de no poder ver nada. Quizá miraba un recuerdo en su interior. La melena y la barba le tapaban buena parte de la cara, pero aun así Mira notó que sus músculos faciales estaban tensos, tenía los ojos entornados y los labios cerrados y rígidos, como si estuviera apretando también los dientes.

Mira estaba en medio de la nada con un desconocido de quien lo poco que sabía no era nada tranquilizador, pero no lo temía. Habría podido matarla y enterrarla bajo la costra perlada, allí donde fuera más fina y fácil de romper, y luego esperar a que el agua volviera a helarse y formara una sutura en el hielo. Habría podido hacer cualquier cosa, arrancarle el fusil de las manos, sin duda él sabía usarlo mejor que ella. Pero Mira no lo temía.

Recordó su cicatriz y su extraña pupila y algo le dijo a voz en grito que Kade había tenido un padre violento. Viéndolo en ese momento, parecía imposible que otro ser humano hubiera podido hacerle un rasguño. Con todo, hacía mucho tiempo alguien casi lo había dejado ciego de un ojo.

Ya fuera por estupidez o por una extraordinaria prudencia, le preguntó:

—¿Tu padre te pegaba?

Suponía que recibiría una respuesta desabrida o incluso ninguna respuesta y entrecerró los párpados, como cuando uno espera recibir una bofetada.

—No, a mí no —le dijo su voz, fría, pero no desabrida—. Lo intentó una vez conmigo, pero luego dejó ese vicio. —Calló de inmediato, como si esas cuatro palabras equivalieran a una revelación completa de cosas que debían permanecer ocultas en el fondo del lago, y entonces su silencio sí fue desabrido.

Mira no le preguntó nada más, pero siguió imaginándoselo cuando era niño: habría dado lo que fuera por ver una fotografía, por saber si tenía hermanos o hermanas, por oírlo contar algo de su infancia, un tiempo tan salvaje como su presente.

—Mira. —Su voz la hizo temblar de repente.

—¿Qué?

—No te asustes.

—¿De qué?

Se oyó un gruñido en la oscuridad.

—Es Lobo, aún no se fía de ti.

A unos diez metros, el lobo amarillento y esquelético parecía indeciso entre enseñar los caninos o tumbarse. Deseaba acercarse a Kade, pero titubeaba.

—Debe de habernos seguido —comentó él. Rebuscó en sus bolsillos y sacó un puñado de galletas—. Dáselas tú.

Mira le lanzó una al animal, cuyos ojos de color topacio brillaban como los minúsculos faros de un coche. Lobo dejó caer la comida en el hielo y la observó con suspicacia. La olfateó sin perder de vista a Mira, con la cola entre las patas posteriores, expresión de una agresividad que, en realidad, era un miedo infinito. El aroma no pareció convencerlo y dio un paso hacia atrás.

Mira le lanzó otra y el lobo repitió la misma coreografía recelosa.

—También he traído esto —dijo radiante. En un folio de papel encerado había un bocadillo —. Puede que te guste más.

Abrió el envoltorio delante de la manta extendida.

El lobo parecía muy intrigado. Olfateó a distancia el bocadillo y se movió con tanta rapidez que, si hubiera querido, habría podido saltar a la garganta de Mira sin darle a la joven tiempo de empuñar el fusil. En cambio, se limitó a morder el bocadillo y reculó como un muelle, masticando con gusto.

Mira se echó a reír y le bastó con ver que el lobo había dejado de gruñir y se había acurrucado a unos metros apoyando la barriga en el hielo. Luego se volvió hacia Kade, que había guardado silencio durante aquel arriesgado juego.

Kade la miraba con aire excesivamente grave, casi irritado. Después, sin decir una palabra, se echó en la manta.

Guardaron silencio unos minutos. Mira seguía sentada, mirando al lobo tumbado y al lobo sentado como una esfinge a unos metros de ellos, cada vez menos circunspecto, cada vez menos lobo y más perro. Kade, que yacía con los brazos debajo de la nuca, mantenía la misma expresión de infelicidad, como si sus pensamientos estuvieran navegando por mares remotos y negros como la pez.

Por fin, sucedió algo en el cielo.

La aurora boreal.

Empezó poco a poco, como una pasión desenfrenada precedida de un beso castísimo. Una pincelada de verde invadiendo poco a poco la bóveda celeste. Poco después, el cielo parecía una placa de ópalo. No solo verde, también morado y azul, con rayos de color rosa y amarillo. Como si, escondido detrás del techo del mundo, un dios artista con dotes de mago fuera añadiendo colores brillantes, mezclándolos, creando un efecto palpitante. La vívida pintura se reflejaba en todo, en los árboles, en el hielo y en las caras. Mira estaba extasiada, pero, aun así, de cuando en cuando espiaba a Kade, que, como cualquiera que asiste a un milagro similar por primera vez, parecía hechizado como un niño. Lo escrutó unos instantes, fascinada por la turbación que se leía en su mirada. Era tan atractivo y parecía tan vulnerable. Le habría gustado acariciarlo y besarlo,

pero no hizo nada tan temerario: se limitó a observarlo como si la aurora fuera él.

Cuando la magia tocó a su fin, desvió la mirada y le preguntó con dulzura:

—¿Te ha gustado el premio?

—¡Guau! —respondió él sin más, pero en tono firme. Enseguida añadió—: ¿Cómo sabías que iba a ocurrir? Por lo que sé, se trata de un fenómeno bastante raro. Quiero decir, no sucede todas las noches, ¿verdad?

Si no hubiera sido imposible, porque estaba demasiado oscuro para poder ver algo tan minúsculo y porque esa noche ya habían vivido un momento mágico, Mira habría jurado que los dos iris de Kade eran verdes, como si la aurora les hubiera dejado dos retazos de su vestido.

—Es cierto. La aurora es una visitante a la que le gusta sorprender, no muestra su corazón todas las noches. Por eso me informé. Desde hace varios días he ido al bar de Ethan todas las noches para ver las previsiones meteorológicas, el ciclo del sol y la intensidad del viento solar. Hay varios sitios dedicados a la aurora boreal, que te indican cuál es el mejor momento para verla. Suponía que esta era la noche adecuada, pero, si me hubiera equivocado, habría vuelto mañana y pasado mañana, hasta pillarla. La duración, en cambio, siempre es una incógnita. ¡Hemos tenido mucha suerte! ¡Casi una hora de espectáculo! ¿Estás mejor?

—¿Por qué piensas que estaba mal? —le preguntó Kade con brusquedad.

—No sé. Me parecías triste.

—No trates de psicoanalizarme. Ya sabes que no me gusta. Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Terminar la noche de manera perfecta.

—¿Una mamada en el hielo?

—¡No! —exclamó ella desconcertada, porque la exagerada franqueza de él no la desconcertaba—. ¡Chocolate! Lo he traído para mí, pero podemos compartirlo. —Agarró una tableta de chocolate a la menta y la partió por la mitad—. La verdad es que lo he adivinado todo, solo queda que me confirmes que eres Escorpión.

Él agarró el chocolate y lo mordió.

—Soy Aries —dijo—, pero no sabrás nada más de mí. Ya te he contado demasiado. Y ahora movamos el trasero. Estoy congelado. Si sigo así, la polla se me va a congelar de verdad.

Sin decir nada, Mira volvió a cogerle la mano. Volvió a guiarlo por un sendero seguro. Volvió a sentir ángeles y hadas en el pecho.

Sin embargo, el contacto fue muy breve. A diferencia de lo que había sucedido antes, él le soltó la mano. Ese ademán apresurado y desgarbado le pareció más frío que el hielo.

Mira dejó el fusil en un armarito blindado del almacén de la tienda. Hacía cinco años, después que su padre se hubiera fugado, su madre le había prohibido guardarlo en casa. En cualquier caso, Adele no sabía nada de aquella expedición nocturna: mientras su madre dormía, Mira había salido, sigilosamente, como una ladrona. Y como una ladrona volvería a entrar.

Metió también en el armario los tacos y la bolsa. Colgó la manta en un gancho y la miró, recordando a Kade y ella tumbados en el áspero suelo bajo una cúpula verde, azul, morada y dorada. Después se miró en el pedazo de espejo, entre las estanterías llenas a rebosar y las cajas apiladas. La bombilla que colgaba del techo iluminó una imagen huesuda, con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y el pelo demasiado largo. No, no era una princesa.

Bueno, Kade también tenía el pelo demasiado largo para ser un príncipe o un caballero. Al volver del lago se había quedado en el barco, sin sucumbir a la tentación de acompañarla.

Lobo había sido más amable que él y la había escoltado hasta la entrada del pueblo, quizá

con la esperanza de recibir otro bocadillo de jamón, pero, bueno, eso siempre era mejor que nada.

Mira suspiró: debía dejar de darle tanta importancia. Solo era un tipo con el que se había acostado una vez. Eso era todo.

Lástima que no hiciera otra cosa que pensar en él y que, por desgracia, sus pensamientos estuvieran llenos de mariposas. No eran los pensamientos propios de quien desea repetir una agradable experiencia sexual, sino de quien tiene heridas ocultas que gotean una sangre invisible que termina manchando el suelo. Las heridas de quien desea algo más, de quien quiere conocer, descubrir, formar parte de algo, de alguien. De quien sabe ya que jamás conseguirá lo que quiere.

Kade la atraía de forma peligrosa y no solo porque ella era una joven de veintidós años con las hormonas revueltas. Tenía la impresión de haberlo conocido en otra vida, de haberlo querido con otro cuerpo y de haberse reencontrado con él.

En ese instante oyó el tintineo del atrapasueños de conchas y un ruido de pasos.

Alguien había entrado en la tienda. Mira nunca cerraba la puerta: Noweetna no era un pueblo peligroso, pero, por un instante, tuvo la sensación de que los peligros de los que debía defenderse eran muchos y de que estaba a punto de enfrentarse a uno imprevisto.

Antes de que pudiera preguntarse nada, una figura enorme se recortó en la cortina que separaba la tienda del almacén.

El corazón de Mira se detuvo.

—¿Kade?

Él dio un paso hacia delante y Mira lo vio con toda claridad, iluminado por la luz del cuarto.

—La aurora boreal no me basta —le dijo en voz baja con el tono férreo de quien afirma una verdad matemática.

—¿Qué?

Su abrazo fue tan impetuoso que tuvo la impresión de que jamás había vivido en otro lugar y de que no había conocido otros espacios. Por un instante se sintió como si hubiera nacido para estar allí, entre sus brazos, y luego sobre el suelo. Mejor dicho, sobre la manta, la misma que había extendido en el hielo, tendida de cualquier forma sobre las largas tablas de madera.

Cuánta confusión y cuántas certezas bullían en su cabeza. Quería hacerlo, no tenía miedo y al mismo tiempo estaba aterrorizada.

Cuando vio que él se desnudaba, se dijo que era la primera vez que lo veía así, desnudo. Lo había tocado, pero aún no había podido admirar su cuerpo. La realidad superaba cualquier fantasía que hubiera dibujado la mente y cualquier promesa de las manos. Parecía moldeado por el dios de la guerra: no solo por su aspecto viril, como si Marte hubiera pedido a un artista que esculpiera para él un mármol con líneas sólidas y firmes, sino también por los tatuajes y las cicatrices. Unas llamas escarlatas rodeaban un demonio salvaje y alado en su tórax. Similar a un dragón, pero más terrenal, más urbano, más semejante a un matón armado que a una criatura legendaria y heroica. Un demonio con dos ojos diferentes, como los suyos y, al igual que los suyos, tan violentos como infelices. Por todas partes, entre las llamas, las alas y los ojos asesinos y tristísimos, se entreveían marcas de heridas más o menos remotas, unas rosáceas y finas, otras tan duras como el cuero. Mira se imaginó un mundo brutal, lleno de sangre y venganza, dolor y muerte, y una soledad tan profunda como el más profundo de los pozos. No obstante, en lugar de sentir repulsión o miedo, lo deseó aún más.

«Yo también soy un animal.»

Luego, cerca del demonio, confundidos entre los colores negro, escarlata y dorado, vio dos elementos que desentonaban en el bárbaro conjunto: una pequeña tortuga, verde brillante, trazada

con unas líneas infantiles, tiernas y redondeadas, que parecía casi acurrucada entre las patas del ser alado y, colgada al cuello de Kade, una medallita como la suya. Más estropeada, un poco rota, pero, sin duda, idéntica. Mira la llevaba atada con una cinta de seda, Kade con un cordón de piel desgastada, pero, por lo demás, eran casi gemelas. Analizándola con la razón, se trataba de una coincidencia que no tenía nada de excepcional. Muchas personas llevaban símbolos similares, ya fuera por cuestiones de fe o de superstición. Sin embargo, verla en él, desnudo delante de ella, le produjo una intensa emoción. Quizá Kade creyera en algo, quizá tuviera sueños, quizá su pasado no fuese tan terrible y, si lo era, quizá confiara en dar una nueva forma a su presente. O quizá fuese ella la que buscaba una flor en el fango para que todo resultara menos desolador.

Mira se desnudó con el mismo ardor y, cuando él la ayudó a quitarse los pantalones, casi le dio las gracias. Casi le dio las gracias también por otro motivo: porque él la deseaba como si fuera de verdad atractiva, como si tocarla y tomarla fuera una necesidad tan impelente que corría el riesgo de morir si renunciaba a ella.

Cuando la besó, se lo agradeció con la lengua, sin decir una palabra, limitándose a devolverle el violento y sabroso ondear que sabía más que nunca a chocolate a la menta.

En ese intercambio de moléculas húmedas no había amor, pero no por eso dejaba de ser hermoso.

El preservativo, que Kade se apresuró a ponerse esta vez, no hizo que el placer fuera menos ultraterreno. Él la penetró como si quisiera herirla con un cuchillo. Sin ternura ni romanticismo, Kade solo era un cuerpo hambriento que se saciaba. Mira no cerró los ojos: lo miró mientras se movía con fuerza, como una estatua morena, herida y feroz. Si él hubiera abierto los ojos para mirarla y se hubiera alegrado de que fuera ella, todo habría sido perfecto.

Pero nada de todo eso sucedió y el orgasmo llegó sin nombres. Kade parecía un toro jadeante. Se desplomó sobre ella, pero no la abrazó. Después se hizo a un lado, mirando al techo.

Lo primero que dijo fue un auténtico navajazo. Mira sintió la hoja en las costillas.

—Esto solo es sexo. Que no se te ocurran extrañas ideas. Follamos genial, eso es todo.

Le habría gustado pegarle, pero, si lo hubiera hecho, le habría mostrado su debilidad. Él habría comprendido que no lograba dejar de soñar y que era una idiota que guardaba montones de novelas de amor bajo la cama. Que el sexo le parecía excitante, sí, pero que no le bastaba: el sexo era fantástico, pero luego se sentía sola como una puta triste.

Así pues, le contestó con una frase igualmente cortante.

—Puedes estar tranquilo. Me gustas, pero no tanto como para que se me ocurran las extrañas ideas que tú te imaginas.

—Me alegro de que estemos de acuerdo.

—Sí. Y apuesto a que, además, estamos de acuerdo sobre otra cosa.

—¿Cuál?

—Te apetece repetir.

—No hace falta ser un genio para adivinarlo. Tengo ganas de repetir hasta que salga esa mierda aguada que llamas sol. Creo que esta noche te voy a enseñar la verdadera aurora boreal.

CAPÍTULO 10

KADE

No es la primera vez que follo varias horas seguidas, no perdí la virginidad anteayer, pero así no: sobrio, sin haberme drogado, sin la adrenalina de una pelea con derramamiento de sangre, sin la excitación de la violencia y con una sola mujer. Suelo dar lo mejor de mí mismo cuando las mujeres son, como poco, dos. Al mismo tiempo.

¿Y ahora?

Hace siglos que casi no bebo, ni siquiera me he fumado un canuto, no he pateado la cara de nadie ni me apetecen las orgías.

Me apetece esa niñata. Me produce el efecto de una pastilla azul. La miro, pienso en su boca y en sus muslos y mi razón se ofusca.

El efecto no me desagrada, al contrario: eso es lo que me inquieta.

Sí, debo tranquilizarme. No ha sucedido nada sobre lo que valga la pena indagar. Solo soy un hombre joven y sano. Hasta hace dos meses tenía un montón de mujeres. Desde que estoy en Alaska, me he apañado yo solo. La mujer del alcalde me vale como una muñeca de plástico, pero, al final, hace falta una mujer de verdad y, como en este mundo minúsculo no hay mucho donde elegir, pues unas están casadas o tienen novio y no las puedo rozar sin que el coronel me eche la bronca, y otras son demasiado jóvenes, cosa que nunca me ha atraído, o viejas, a las que no tocaría ni muerto, Mira es casi la única posibilidad de follar con una hembra que no parezca un juguete sexual.

Bueno, no niego que el sexo con ella es mucho más que decente.

Tiene cara de inocente, pero engaña.

Jamás te imaginarías que pudiera llegar a tanto.

El recuerdo de su respiración lenta, de su cuerpo, abierto y húmedo para acogerme, de su aroma, también la imagen de los preservativos usados y muertos a nuestro lado, usados y vivos, me excita incluso cuando no estamos juntos.

Varias noches seguidas, aprovechando que su madre duerme, me reúno con Mira en la tienda y me transformo en un clandestino que entra a hurtadillas en un lugar y lo invade. El tintineo de las conchas acompaña mi entrada en escena. Las detengo con una mano. Cierro la puerta con llave. Follo con ella como un animal y ella yace en la manta, desnuda, esperándome. No hablamos, solo nos devoramos, muchas veces en sentido literal.

Una vez, después de comernos a nosotros mismos, comimos algo más. Mientras nos besábamos, Mira se levantó de nuestro áspero lecho y entró desnuda en la tienda. La miré, miré su culo pequeño, en forma de corazón, su columna vertebral, hecha de cristal fino, los omóplatos,

agudos como alas cortadas. Es la mujer más delgada con la que me he acostado, pero me atrae más que cualquiera de ellas. Mientras se alejaba, ofreciéndome el panorama de su piel blanquísima, una espada se irguió de entre mis piernas.

Volvió con una tarta de chocolate.

—¿Quieres que hagamos un jueguecito erótico? —le pregunté.

—Es mi cumpleaños. No he querido celebrar ninguna fiesta, tampoco regalos, pero he hecho esta tarta para nosotros.

Se sentó con las piernas cruzadas y no pude mirar la tarta: mi mirada estaba fija en la rosa que tiene entre los muslos.

—¿No me preguntas cuántos años cumplo?

—Si te lo pregunto, ¿podemos ir al grano y luego dedicarnos a algo más interesante?

—Quizá.

Sacudí la cabeza, exasperado y resignado a la vez.

—¿Cuántos años cumples?

—Veintitrés. ¿Quieres un poco?

—Solo si te la pones en la…

Por toda respuesta, cogió un pedazo y me lo tendió.

—Cómetela como corresponde, pervertido —dijo riéndose. Me metió los dedos en la boca y se los mordí, al mismo tiempo que la tarta. Muy buena, pero ella está mejor—. Hacía un montón de tiempo que no preparaba una tarta de cumpleaños, ¿sabes? Mi madre no es muy dada a las fiestas, dudo incluso que recuerde el día en que nací, y mis amigas saben que, por lo general, no me gusta celebrar nada.

—¿Y esta vez sí?

—Muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque estás desnudo delante de mí.

—Podría estar desnudo dentro de ti si dejaras de parlotear.

—No, antes hablemos un poco.

—No tengo ganas de hablar, Mira. Tengo ganas de hacer.

—Lo sé, pero solo será hoy, como regalo de cumpleaños.

—Puedo hacerte un regalo mejor que charlar.

—Hazme los dos, pero ahora habla conmigo.

—Um… ¿Qué quieres que te diga? No sé hacer discursos de felicitación.

—Nada de discursos, te propongo un juego. Yo te haré preguntas y tú me responderás brevemente. Por ejemplo, ¿qué estación del año prefieres? o ¿cómo se llamaba tu primer amor?

—¿Qué es, el precio que debo pagar por acostarme contigo?

—Algo así. Un peaje de cumpleaños.

—Ahora mismo te tapo la boca y follamos de todas formas.

—No, por favor, dame ese gusto, solo será esta vez. Luego te prometo que seguiremos gozando sin más, ignorándonos.

La miré y gruñí irritado.

—Me gusta el sol y el calor, así que diría que el verano.

—En ese caso, ¿por qué viniste a Alaska? Y, por si fuera poco, en invierno.

—¿Acaso crees que fui yo quien eligió esta cárcel de hielo? La decisión no fue mía, me enviaron aquí —suelto sin querer, pero enseguida añado, exasperado—: ¿Cuál era la otra pregunta? ¿Mi primer amor? Fácil, nunca me he enamorado.

—¿Ni siquiera cuando eras más joven, cuando las emociones están a flor de piel?

—En mi vida había poco espacio para las emociones. Emocionarse significaba arriesgar el pellejo.

—Así que, cuando lo hiciste por primera vez, ¿no estabas enamorado?

—¿Por qué, tú sí estabas enamorada?

Se puso roja hasta la garganta. Sí, lo quiso. Una mujer que se engaña pensando que tengo un alma para acostarse conmigo sin sentirse demasiado puta no se habría dejado desvirgar sin oír las campanas, los jodidos pajaritos y todas esas gilipolleces que oyen los enamorados.

Miré su piel y sus clavículas, la cinta con la medalla de oro balanceándose en su espalda, movida por la furia de mis dientes, de mis labios, de mis manos, de mi cuerpo saqueador, y la frágil curva del pecho… y, sin saber por qué, me entraron ganas de romper algo.

¿Su primer y único novio fue «Su Alteza soy un actordemierda»? Dejadlo en mis manos y lo convertiré en un puzle sangriento.

—Creo que sí —me respondió—. ¿Cómo la viviste tú?

Imaginarla a ella y a esa cosa rubia haciendo el amor me hizo pensar en algo perverso, más perverso de lo habitual. Quise herirla, ofenderla, disgustarla. Quise manchar de barro su maravilloso recuerdo.

No fue muy difícil. La verdad da asco por sí sola, sin que tenga que inventarme nada para resultar aún más desagradable.

—Estaba en un local en el que no debería haber estado a los quince años, aquel tugurio apestaba a marihuana y la más virtuosa de las mujeres presentes estaba haciendo una mamada a un gordo encima de una mesa de billar. Estaba con un grupo de amigos más cabrones que yo, querían ponerme a prueba para ver si era lo bastante hombre. Me hicieron beber y una tipa de la que no recuerdo nada, salvo que era mucho más mayor que yo, me llevó a un retrete, metió las manos en mis pantalones, se alegró al ver que no tenía la polla de un quinceañero, me puso un preservativo y se la metió. Al cabo de unos minutos salí y me hice uno de los primeros tatuajes. El verdadero orgasmo lo tuve en ese momento, cuando la máquina empezó a grabar la primera de las cinco letras que tengo en los dedos de las manos. En ese momento, sí que alcancé el éxtasis. Con la tipa me había corrido enseguida y se me quedó pegada la peste a meado que salía de la taza del váter.

No le dije que, desde entonces, para mí esa peste era el olor del sexo. Incluso cuando follaba en lugares normales, limpios, con tipas más jóvenes que olían a jabón, la peste a meado estaba siempre ahí, en mi nariz, en mi cerebro.

Pero, por encima de todo, no le digo que, desde que follo con ella, huelo a miel. No se lo digo, porque no quiero que se le ocurran extrañas ideas.

—Lo siento —susurró.

—¿Por qué? Fui porque quise, sabía de sobra lo que iba a suceder, antes, durante y después. Y ahora ven aquí.

Guardó silencio, seria, como si aún estuviera pensando en mí y en la vieja furcia en el apestoso retrete de local donde perdí la virginidad. Yo ya no lo recuerdo, idiota, no trates de recordarlo tú.

—Espera —insistió al cabo de un rato—. Otra pregunta. Tienes varios tatuajes debajo de la barba. Me parece ver unos signos en la mandíbula. ¿Cuántos… cuántos son?

La miré con recelo, entonces entendí el porqué de esa puesta en escena.

—¿Tan importante es eso?

—Solo quiero saber…

—Como conoces el significado de los tatuajes, quieres saber cuántos cabritos he dejado secos en mi vida. Mejor dicho, crees que lo quieres saber, pero te aseguro que no es así.

—¿Tantos son?

—Te lo repito: ¿qué más da, Mira? ¿Qué más da si he matado a una persona o a diez? Ya tienes una opinión pésima de mí, ¿me equivoco?

—¡No tengo una opinión pésima de ti! Si fuera así, no…

—¿No follarías conmigo?

—Claro que no. Creo que tú… Creo que tuviste una infancia terrible y una juventud nada ejemplar, pero… estoy segura de que lo has dejado todo atrás. Nadie viene a vivir a Alaska de buenas a primeras, a una cárcel de hielo, como la llamas tú, si no es para expiar algo.

—Si prefieres pensar eso para poder acostarte conmigo sin sentirte culpable, piénsalo. Sí, soy un malvado arrepentido, muy arrepentido, que decidió mudarse a Alaska para olvidar el pasado e iniciar una vida tan pura como la nieve y lo conseguiré gracias a ti: tu inocencia y tu amor me salvarán. ¿Qué te parece?

Me escrutó, no solo no me creía, sino que cada vez estaba más triste.

—¿No te arrepientes ni siquiera un poco? —me preguntó.

—¿Acaso rezarás una oración por el alma de los cabrones que he matado? ¿O acaso rezarás por la mía? Ya lo intentó otra persona. Todas tus oraciones no bastarán para evitar que vaya al infierno. Pillaré un buen sitio, en el infierno, claro, ni pasaré por el purgatorio.

—¿No tenías elección? ¿No te quedaba más remedio que hacer daño a esa gente? ¿Te… te obligaron?

—Si no ves algo positivo en toda esta mierda, te va a dar algo, ¿verdad? ¿Tan insoportable es sentirte atraída por un asesino y ver que a él le importa todo un carajo?

—No es insoportable para mí, sino… para ti.

—Yo lo soporto de maravilla.

Apretó los puños, combativa.

—Si… si tu padre era tan violento, tú… bueno, tuviste un pésimo ejemplo. No sé qué viste, qué oíste ni qué sufriste, pero tuvo que ser una carga pesada si a los quince años te inmolaste por propia voluntad. Viviste tanto dolor, tanto horror y tanto miedo que al final decidiste dejar de padecerlos. Por eso entraste en esa banda, para sentirte fuerte. Además, caer es más fácil que levantarse.

«Esa es otra ilusión que te haces para no oler a meado mientras follamos.»

—Te equivocas. Alguien con el mismo pasado y con más miedo que yo tuvo fuerza para levantarse en lugar de dejarse caer. Si, de dos personas con la misma historia, una se convierte en un ángel y la otra en un demonio, no puedes echar la culpa a la vida. Son simples decisiones. Yo tomé el camino más cómodo, porque era el que más le iba a mi manera de ser, jamás cambiaré. Y ahora, si quieres marcharte, hazlo. Me gusta el sexo duro, sin cursilerías, pero no me gusta meterme a la fuerza en una mujer a la que le repugno. Quiero que su coño me devore, no que me deje entrar con desgana.

Me volvió a mirar en silencio. Luego me sonrió de repente.

—Dame tu segundo regalo —me dijo y su voz baja, insinuante, me transformó en un pilar de cemento armado. Me quedé sin respiración por un instante, como si fuera la mujer más guapa del mundo, pese a estar muy lejos de serlo. No es la más guapa, es una chiquilla cualquiera que he conocido por casualidad, que me calienta la cama mientras llega el momento de marcharme, y que no recibirá más regalos de mí que este. Solo carne, ningún pedazo de corazón.

Y aun así volví a oler a miel.

Por desgracia, a pesar de que hacemos todo lo posible para pasar desapercibidos —cosa fácil, dado que, salvo en las horas de sexo mudo y salvaje, la ignoro por completo—, alguien se entera siempre de todo antes que los demás. Una tarde, al salir de la serrería, veo que el coronel me está esperando junto a un Land Rover equipado con neumáticos para la nieve y unas robustas cadenas.

—Ven conmigo —me dice en un tono que no admite objeciones—. Tengo que ir a retirar una mercancía a media milla de aquí. Otto Bryan la trae con su avioneta. Si quieres recibir algo sin tener que esperar una eternidad, es sencillo. Un par de brazos más me vendrán bien para cargar las cajas.

Aunque quisiera, no podría decirle que no, pero sé de antemano cuál va a ser el tema de conversación.

No voy muy desencaminado. El tema principal es el silencio. Un silencio cargado, en caso de que yo le diera importancia al significado de esas cosas. No digo nada, miro fuera, fumo y tiro el humo por la ventanilla. El frío me hiela la piel, el viento querría apagarme el cigarrillo y el coronel me toca los huevos con su actitud amenazadora, que se intuye incluso en la manera de cambiar de marcha, pero no pienso ser yo quien rompa el silencio. Por mí podemos estar callados hasta la muerte. De repente, sin embargo, decide afrontar el verdadero tema, que le oscurece los ojos.

—¿Qué estás haciendo con Mira Kendall? La he visto salir varias veces de noche y estoy seguro de que iba a reunirse contigo —me pregunta sin rodeos.

—¿Quieres que te haga un esquema? —le respondo con la misma belicosa sinceridad.

—Te dije que la dejaras en paz.

—No deberías habérmelo dicho. Suelo hacer justo lo contrario de lo que se me dice.

—¿Sabes que eres un hijo de puta, Jared?

—Soy Kade, te has confundido con otro. En cualquier caso, se puede decir de todo de mi madre, que era una víctima, una alcohólica e incluso una cobarde, todo menos puta.

—Sabes de sobra a qué me refiero. ¡Si necesitas desahogarte, ve a ver a Mary Grandall!

—Lo hice, pero no me divertí mucho. No hago ascos a las cosas de segunda mano, pero si algo ya ha pasado por trescientas manos, me repugnan bastante.

—Estás haciendo daño a esa chica.

—Te aseguro que le estoy haciendo un gran bien. Pero ¿por qué te preocupa tanto? Ya no era virgen. ¿Acaso querías tirártela antes que yo? —Me doy asco mientras lo digo, me doy tanto asco que siento que mis oídos silban y que un borbotón ácido sube por mi garganta. Me doy tanto asco que no me doy cuenta de que los frenos chirrían y las ruedas resbalan por el hielo antes de sentir un golpe en la cara.

Podría destrozar al coronel: el hombre es alto, de acuerdo, pero también es más bajo, más delgado y viejo que yo y, aunque está cabreado, yo lo estoy más. El problema es que yo estoy cabreado sobre todo conmigo mismo, así que no reacciono, soporto el puñetazo y me limito a maldecir.

—¡Es una buena chica, mierda! —prosigue—. Una chica especial, llena de sueños, ingenua y un poco extraña. No se merece que un cabrón la utilice y luego la abandone.

—¿Y tú qué sabes? Quizá quiera casarme con ella —replico en tono sarcástico.

El coronel me fulmina con la mirada.

—¿Sientes algo por ella?

—Muchas cosas, pero, si te las enumero, me darás otro puñetazo y tendré que romperte la nariz.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Estás enamorado de ella?

—¡Claro que no, hostia! —exclamo como quien se ha visto obligado a comerse un ratón crudo aliñado con salsa de cucarachas—. Pero tranquilízate, ella tampoco está enamorada de mí. Somos dos adultos que se divierten y ella no es Blancanieves, así que cálmate y deja de darme el coñazo con sermones paternales. Cuando me echan ese tipo de sermones, termino con los nudillos ensangrentados y con el padre de turno en el suelo, con cuatro costillas rotas y el bazo hecho papilla.

No parece tomarse en serio mi amenaza. Sigue mirándome con aire sombrío y preocupado.

—No lo sé, Jared. Un par de veces, en la tienda o en la calle, he tenido la impresión de que te mira de una manera… no como una adulta que se divierte contigo. Si hubiera visto eso no habría dicho ni mu, pero sospecho que está chiflada por ti. Si se enamorara de ti, sufrirá más y no se lo merece.

—¡Deja de llamarme Jared! Detesto ese nombre, ya no soy Jared. Murió el mismo día que Josiah. Y ella… no me mira de ninguna manera. Mejor dicho, me mira como las demás. Soy alguien interesante con quien follar, pero no digno de ser amado. ¡Mi madre no me quería, imagínate si me puede querer una tipa a la que solo le doy la polla!

—Prométeme que no te meterás en ningún lío con ella —insiste él.

Pienso de forma instintiva en la vez en que lo hicimos sin preservativo y en la posibilidad, por remota que sea, de que esté embarazada. ¿Será eso un lío? No se lo cuento: esta vez le correspondería a él dejarme medio muerto en el hielo, con las costillas rotas y el bazo hecho papilla. Y quizá yo le dejara atacarme. A fin de cuentas, ese podría ser una manera de resolver los embrollos de mi vida de matón.

—No me meteré en ningún lío, jefe —contesto irónicamente—. Pero ahora, ¿puedes dejar de darme el coñazo? ¿Vamos a por esas cajas? ¿Qué has comprado, bombas de mano, fusiles de precisión, catanas de doble hoja?

Respira hondo antes de arrancar de nuevo la máquina. Al final, dice, con la resignación de quien, además de matarme, sabe que no puede hacer nada para convencerme:

—Trufas. Me gusta cuidarme, las hice llegar a Anchorage directamente de Italia. Una noche de estas os invitaré a cenar a Mira y a ti, así podré comprobar qué está sucediendo de verdad. Me bastará con veros juntos para comprender si me equivocaba o si eres el peor cabrón del mundo.

Me río mientras nos dirigimos hacia el avión de *bush flying* que está aterrizando después de haber hecho un viraje casi acrobático. El aeropuerto, si así puede llamarse a una pista helada en lo alto de un pico que culmina en una grieta de un metro de anchura y varios de longitud, está en perfecta sintonía con la dura naturaleza que lo rodea. Ser piloto en este lugar es como nadar entre tiburones blancos o vivir entre los camellos de Staten Island y conservar el pellejo. Además de ser idiota, se necesita estar bastante loco. Por eso replico con firmeza:

—No malgastes tus trufas con nosotros. Te confirmo que soy el peor cabrón del mundo.

Al volver, paso por completo de las recomendaciones del coronel y voy a la tienda. Después de varios días de cielo raso, ha vuelto a empezar a nevar. Me enciendo un cigarrillo y pienso en Mira, la coleccionista de copos de nieve.

Si he de ser franco, pienso en ella demasiado.

Es pronto para preocuparse, pero esa certeza me pone bastante nervioso. Aun así, no logro ordenar a mis piernas que me lleven a otra parte.

Cuando llego a la tienda veo una extraña multitud.

Enseguida veo que casi todas son mujeres, mejor dicho, mujeres jóvenes. Gritan como las gallinas cuando se reparte el pienso.

Como soy el más alto, logro echar un vistazo dentro, a través de la puerta acristalada, más allá del absurdo atrapasueños que en mi cabeza se ha convertido en la señal que anticipa una noche salvaje.

No tardo mucho en comprender: ahí está la razón de aquel revuelo. El cigarrillo resbala literalmente de mi mano y cae en la nieve.

En la tienda está el tipo de la película, el exnovio de Mira, el actor de tres al cuarto que tiene la boca llena de algodón. Lo reconozco enseguida: un rubito insípido, uno de esos que les gustan a las jovencitas imbéciles que tienen el algodón en la cabeza. El pelo tan tieso como los espaguetis, un mechón sobre un ojo, un abrigo de tres mil dólares y una sonrisita tan ladeada como su maldito cuello de papagayo.

Lo rodea una docena de dementes que tratan de llamar su atención, pero él está ahí por Mira. Le habla, la mira, le sonríe, se dirige a las otras chicas, después la vuelve a mirar con complicidad.

Al otro lado del mostrador, ella parece alterada.

Está roja como un tomate, apurada, quizá feliz.

Quizá aún esté enamorada de esa cosa, que parece escupida de un cuadro lleno de ángeles maricones.

Quizá le rompa el cuello.

Quizá dé patadas a alguien, no solo a él, no solo a ella: a alguien, a algo o a mí mismo.

Me quedo parado unos minutos.

Al final, doy media vuelta y me marcho y dejo de sentirme así, porque sentirme así no tiene sentido.

Camino hacia al barco haciendo remolinos en la nieve. Lobo me está esperando, pero ni siquiera lo miro. Tengo la impresión de haber estado fuera un siglo: durante el día estoy en la serrería y por la noche en la tienda, de forma que aquí paso muy poco tiempo.

Me siento enjaulado. Jamás me había parecido tan pequeño el espacio. Podría dormir, pero no tengo sueño. Estoy furibundo, aunque no entiendo por qué.

Después, lo comprendo: estoy nervioso porque, probablemente, esta noche no me comeré una rosca. La muy cabrona estará entretenida con su cita romántica, en la tienda parecía que Mira estuviera viendo una visión.

Aprieto los dientes hasta hacer ruido. El chirrido me retumba en los oídos. Voy y vengo como un ciego que busca a tientas la salida.

Luego, sin embargo, comprendo que es inútil estar aquí, que puedo ir al *pub*, comer algo, beber un poco y regresar tarde. Puede que pille una putita dispuesta a abrirse de piernas. Juro que me daré por satisfecho por una vez.

Subo la escalera y, al abrir la puerta, veo a Mira en el espacio cuadrado.

—¿Has dado de comer a Lobo? —me pregunta—. Parece hambriento.

No sé por qué, pero el corazón me salta a la boca por un instante.

Si le preguntara qué hace aquí y por qué no está con el lechuguino, le demostraría que la vi, que su ausencia me hería tanto que mis dientes rechinaban. Así pues, me limito a preguntarle qué demonios quiere.

—Te esperé en la tienda, pero, como no viniste, pensé que…

—No estamos obligados a fichar.

Sus labios se curvan hacia abajo, se retuerce un mechón.

—¿Puedo entrar?

—Iba a salir.

—¿Adónde vas?

—Adonde quiera.

Sin esperar a que le dé permiso, entra por la escotilla. Cae sobre mí, como una hoja pegada a un cristal. La aparto, manifestando así mi fastidio, como si fuera un pequeño extraterrestre viscoso que hubiera entrado por un resquicio. En sus ojos brilla un rayo de inseguridad. Me mira como quien siente que la tierra se abre bajo sus pies.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —pregunta cohibida, como si quisiera conversar sobre cosas banales, pero tuviera miedo de algo—. Hace frío y cuesta entrar. Pero, bueno, es por poco tiempo, ¿verdad?

—Poquísimo.

—¿Estás enfadado conmigo?

Río cínicamente.

—¿Por qué debería estar enfadado?

Se encoge de hombros.

—¿Damos de comer a Lobo? ¿Tienes algo para él? Creo que se está muriendo de hambre.

Se mueve por la cocina, abre la despensa, trajina con los pocos objetos que hay en esta ratonera, mientras yo siento un deseo furioso de arrastrarla a la cama y fichar.

¿Qué más da si le gusta ese tipo? Antes, fuera de la tienda, solo experimenté un instante de estúpida turbación. Salvo cuando se trata de darle la vuelta como un bolsillo para gozar como un loco, Mira me da igual.

Entretanto, Mira encuentra la carne enlatada. Echa una cantidad enorme en un plato de plástico y añade unas croquetas para perros, formando una especie de cuadro abstracto.

—Quizá sea mejor que se lo lleves tú. A pesar de que ya no me gruñe, aún no se fía del todo de mí y, como tiene mucha hambre, podría parecerle antipática.

Me sonríe con una expresión divertida en la que hay todavía una punta de absurda timidez.

«¿No te parece fuera de lugar? Nos pasamos la vida follando: tu timidez es tan sensata como un vestido de novia en una mujer que se ha tirado hasta al cura.»

Agarro el plato y, después de dirigirle una mirada más fría que el hielo, subo a la cubierta y me sorprendo al ver a Lobo en el barco, al lado del timón.

—Sí, ahora come, después puedes dormir en ese rincón, pero no des el coñazo o te despedazaré.

Le tiendo el plato y regreso.

Nada más entrar, estallo.

Mira ha abierto un cajón y tiene una fotografía en una mano. La mira atónita.

—¡¿Qué haces con la foto?! —exclamo antes de arrancársela con violencia de los dedos.

—¿Tienes un hermano gemelo? —murmura.

—Vete enseguida —le ordeno. Debería haber escondido mejor las cosas que no deseo compartir con los demás, como hago con los pensamientos, pero no pensaba que se entrometiera hasta el punto de encontrar la foto, la única que me queda, en la que aparezco con mi hermano. No debería ni tenerla, claro. Esta fotografía y la medallita son las únicas pruebas de mi vida anterior que he conservado. No por miedo a olvidarme de su cara, porque es imposible que eso suceda. Me bastaría mirarme al espejo. Josiah y yo nacimos el mismo día, el mismo año, apenas

con unos minutos de diferencia. Yo era el más grande, el más robusto y el más fuerte: yo soy quien debería haberlo protegido, pero no lo conseguí. En cualquier caso, ahora lo protegeré de la curiosidad de esta niñata.

La vuelvo a poner en su sitio, en el cajón del mueble que está al lado de la cama. Estoy furioso, me siento como si me hubiera quitado la coraza, el escudo y me hubiera despellejado para triturarme los huesos hasta convertirlos en polvo.

—Vete —repito—. Y desaparece.

—Perdona —me dice mientras dos malditas lágrimas surcan sus mejillas—. Perdóname, Kade. No quería meterme en tus asuntos Yo… buscaba… buscaba otra cosa. Perdóname, por favor.

Jamás he visto llorar a nadie sin que me entren ganas de hacerlo llorar más. Incluso mi madre me parecía irritante, con su victimismo, su manera de dejarse destrozar sin rebelarse, su total incapacidad de ocuparse de nosotros sin lloriquear. Prefería beber a hacer acopio de valor y coger una pala para partirle los dientes a esa mierda de hombre. Sufrir era más fácil, lamentarse era más cómodo. No supo reaccionar ni siquiera cuando él pegó a Josiah, que solo quería defenderla. También ese día lo dejó hacer. Pero yo no. No le partí los dientes y mucho más con una pala, sino con los puños y con un bate de béisbol. Más ligero, pero igualmente eficaz.

Sea como sea, siempre he detestado las lágrimas. Nunca me han transmitido el sufrimiento ni el arrepentimiento de otro, tampoco me han despertado compasión. Para mí las lágrimas significan apáñate solo, defiéndete solo, muere solo, porque yo estoy demasiado ocupado como para compadecerte.

—Vete, Mira —repito—. No tengo ganas de follar y, quitando eso, no tenemos nada que decirnos.

Me mira y sus ojos parecen más grandes.

—No es cierto —susurra—. No me refiero a que no tengas ganas de… Me refiero a que no tengamos nada que decirnos. Quizá… quizá tú no tengas nada que decirme, pero yo… yo, en cambio, quería decirte algo.

—Mira. —La voz me sale dura, seca. Pronuncio su nombre con el tono de una imprecación.

—Lo sé: vete, desaparece, muere. Sí, me marcharé enseguida, pero antes quiero decirte una cosa. Esta noche… he visto a mi ex por primera vez, después de seis años.

—No me interesa —afirmo, recordando la sonrisa cretina que dirigía a ese cretino.

—No lo dudo, pero, en cualquier caso, debo decirte algo. Lo hago por mí, ¿entiendes? Para demostrarme que tengo valor. En fin, Henry vino a verme. Es muy guapo, ¿sabes? Siempre lo ha sido y ahora lo es más. Apenas llegó a Noweetna saludó a su madre y luego fue a verme. —Oigo de nuevo el chirrido que hacen mis dientes. Aprieto los puños dentro de las mangas. Imagino la huella de mi mano en su garganta y la fuerza con la que la aprieto para obligarla a callarse—. Hace tiempo nos queríamos —continua—. Fue mi primer novio, el único novio, y hoy fue a verme, me abrazó y…

—No me interesa la telenovela de tu vida. ¿Puedes ahorrarme el tormento de ese relato patético? ¡No tiene nada que ver conmigo!

—Sí que tiene que ver contigo, al menos en cierto sentido. ¿No hay nada entre nosotros, Kade? Entre tú y yo, quiero decir. Follamos como locos, pero… ¿seguro que no hay nada más?

—Por supuesto.

—He intentado hacerlo, convencerme. En estos días he intentado repetírmelo como si fuera el estribillo de una canción pegadiza. También hoy, mientras estaba en la tienda haciendo el inventario, pensaba en cuándo volveríamos a vernos y me decía que lo nuestro solo es sexo. ¡Me

decía que no me interesa verte por otro motivo! Después, Henry apareció por sorpresa. Sabía que vendría por Navidad, pero no imaginaba que lo haría tan pronto. Me guiñó el ojo mientras las demás chicas lo rodeaban pidiéndole autógrafos y besos y me pasó un mensaje con una de las poesías de Shakespeare que me recitaba hace tiempo, el soneto 116. Y yo… no veía la hora de que se marchase, de que se marcharan todos, porque… porque tú ibas a llegar. En ese momento comprendí que…comprendí que el sexo no lo es todo. Para mí no lo es todo. ¿Entiendes? Hacía años que no veía a Henry, él fue mi primer y único novio, sufrí mucho cuando se marchó e imaginaba que moriría cuando lo viera de nuevo, pero… solo quería que se esfumase porque te deseaba. ¿Y si te quisiera, Kade? ¿Sería tan espantoso que te quisiera? Porque no dejo de pensar en ti, ¿sabes?

La miro, apretando con una mano el respaldo de una silla. ¿El barco ondea y no logro estar en pie? ¿Se ha desencadenado un incendio o de repente hace calor en este tugurio flotante?

—¿Has bebido? —le pregunto con una perfidia tan sólida que casi corta la piel—. No puedes estar hablando en serio. Menuda sarta de gilipolleces. ¿Estás enamorada de mí? ¿De qué? Hasta yo sé que enamorarse de la polla de alguien no es amor. Y ahora márchate. Estoy harto de verte por aquí.

Sus labios entreabiertos están pálidos. Tiene los ojos tan brillantes que parecen hechos de agua. Me mira como si tuviera un puñal clavado en el centro del pecho, en medio de un río de sangre. Después, sin añadir una palabra, se marcha.

En cuanto me quedo solo, me tambaleo. Maldigo y mato una docena de dioses. Y no porque no crea en lo que he dicho. Amor. Qué putada. No puedes enamorarte de alguien solo por follar con él. No puedes enamorarte de alguien solo por follar con ella. A pesar de conocer el aroma de su piel, los movimientos que hace cuando quiere que la penetres hasta el fondo y lo que dice mientras goza, no puedes estar celoso de una persona de la que casi no sabes nada. No puedes sentir la tentación de hablarle de ti, de tu hermano, de quién eres de verdad, solo por ser buena en la cama. El sexo es sexo. Lo que parece sentimiento solo es un engaño fruto del aburrimiento, del frío, de la oscuridad.

Así que todo es un deslumbramiento.

No existe lo que crees que sientes, niñata.

Pero, por encima de todo, no existe eso que creo que siento.

Y a pesar de que ahora me siento un pedazo de mierda, mañana se me pasará, mañana me reiré de todo, mañana nadie pensará más en mí. Nada existe y lo que existe no dura.

Mejor hibernar y dejar que todo fluya.

Por suerte, con este frío, es muy sencillo hibernar.

CAPÍTULO 11

Sentada a los pies de la cama, ovillada, Mira se sentía tan frágil como una nuez vacía.

«Creía que habíamos hecho el amor, pero solo follábamos.»

No se arrepentía de haberle dicho lo que pensaba y sentía, no se arrepentía de ser una ingenua, no se arrepentía de haber construido castillos en una cueva. No se arrepentía. Solo se sentía amargada, dolida y desesperada. Y se decía que tampoco él parecía ya indiferente.

En ciertos momentos maravillosos había tenido incluso la impresión de que el sexo puro y brutal, sin emociones, había soltado la presa y había dejado paso a unos pequeños gestos que, en su estúpida mente, deseosa de interpretarlos a su manera, valían tanto como joyas. En cambio, solo eran baratijas. En ocasiones, él le acariciaba el pelo sin tirar de él, como sí solía hacer; en otras, mientras estaba dentro de ella, se paraba y la observaba con una luz misteriosa en los ojos; otras veces le daba besos fugaces en puntos en los que a la lujuria no le interesa besar: en las sienes, en la nariz, en la frente o en las palmas de las manos.

«Vi lo que quería ver. Sobre todo, lo que no existía.»

Cuando Henry había entrado en la tienda y su alma se había quedado inmóvil, como si estuviera delante de un arco que no roza las cuerdas secretas de un violín de gran valor, la imagen de Kade había ocupado por completo su mente. Siempre era así, pero en ese instante había deseado verlo lo antes posible y ofrecerle su corazón para que lo rompiera.

Y él lo había roto.

Aun así, no lo odiaba, ella era quien había violado el pacto. Ella era quien había bordado con oro el borde de un retal de tela ordinaria. Él había sido claro y se había atenido al viejo guion. Ella, en cambio, había cambiado las frases y los papeles.

Recordó la fotografía que había encontrado mientras curioseaba. Curioseaba, sí, descaradamente. Se había dicho: «Veamos si tiene preservativos y, así, después de decirle que lo quiero, haremos por fin el amor», pero en realidad había rebuscado para encontrar algo sobre él, sobre su historia. Cualquier cosa que levantara, incluso un poco, la pesada cortina que ocultaba su vida. La imagen descolorida retrataba a dos niños de unos diez años: uno era, sin duda, Kade, el otro su hermano. Era casi idéntico a él, solo que más esbelto y sonriente. Tenía dos ojos de color verde bosque como los de su hermano. Los dos eran guapísimos, tenían una melena larga y castaña y cada uno rodeaba los hombros del otro con un brazo, como si se sujetaran, creando una especie de muro. A pesar de ser muy pequeños, la foto emanaba una melancolía que no debería herir nunca la infancia. Detrás de la imagen había unas frases trazadas por una mano adulta: «A pesar de que Dios se ha cruzado en mi camino, tú serás siempre mi superhéroe. Josiah».

Josiah. Un hermano muerto, desde luego. No sabía mucho de Kade, pero estaba segura de que estaba solo en el mundo. En una ocasión había dicho que era el único superviviente de su

familia. Superviviente, como en una guerra, una epidemia o una persecución.

«No, no está solo, me tiene a mí. Siempre lo protegeré.»

Desechó ese pensamiento irracional. ¿Estaba delirando? ¿No le había bastado la manera en que la había tratado? Kade no merecía sus cuidados, su protección No los necesitaba, sabía cuidar de sí mismo, solo pensaba en sí mismo y, sobre todo, era un cabrón sin una pizca de corazón. Quizá la muerte de su hermano —¿cuándo, cómo, por qué?— se lo había desintegrado y le había dejado vacía la caja torácica. Ahora, allí dentro, solo había un sólido agujero negro.

Sorbió por la nariz sin hacer ruido. No quería que su madre la oyera. Ya era bastante nerviosa y suspicaz. Mira no quería sufrir el peso del consabido reproche: «Te lo dije».

En ese momento, su móvil, que no era, precisamente, el último modelo, sonó. Un mensaje de un número desconocido. De nuevo, su alma ciega y desprevenida la engañó haciéndole pensar que podría ser Kade, a pesar de que él le había dicho varias veces que no tenía móvil, ni siquiera un viejo armatoste. De nuevo, la realidad la decepcionó: Henry.

> Le pedí tu número a Charlize, espero que no te moleste. ¿Tan poco ha significado para ti volver a verme? Me has parecido indiferente. ¿No me has perdonado?

Le respondió de forma instintiva, sin pensárselo dos veces. Ese día no lograba dominar la sinceridad, ni siquiera contra sí misma.

> Si no te hubiera perdonado, no me habría mostrado indiferente sino rencorosa.

> ¿Sabes que lo habría preferido? Casi parecía que estuvieras deseando deshacerte de mí.

La respuesta sucesiva la escribió de golpe, pero la borró antes de enviarla. No era tan incauta.

> ~~Eres muy intuitivo. De hecho, quería que te esfumases, porque estaba esperando al hombre que quiero. Lo quiero, lo quiero, lo quiero. Me falta el aire, me falta el aire, me falta el aire. Pero pasa de mí. No es una novedad, por lo general, todos pasáis de mí, ¿verdad? Quizá pasar de mí sea el deporte favorito de Noweetna, creo que incluso más que el hockey.~~

> Me alegré mucho de verte, pero mi madre está enferma y quería volver a casa para ver cómo estaba. Tú, en cambio, estás estupendo.

> ¿Te apetece ir a tomar algo en el pub de Ethan? Nos sentaremos en nuestro sitio de siempre y te invitaré a un chocolate caliente con corteza de naranja caramelizada.

> Ahora el chocolate caliente me gusta con ron y en nuestro sitio de siempre Ethan puso los servicios.

No puedes oírme, pero me estoy riendo. No te recordaba tan mordaz. Pero eso me consuela: significa que estás un poco enfadada conmigo, de manera que no te resulto del todo indiferente.

~~No estoy enfadada contigo, sino con Kade, pero es cierto, soy más mordaz que antes.~~

Ok, nos vemos en el pub de Ethan. Prepárate para el asalto. Aquí no es como en Los Ángeles. Un divo del cine llama la atención.

Supongo que no tardarán en cansarse. Soy el Henry de siempre.

No eres el Henry de siempre. Eres más adulto, más rico y famoso. Un imán para las chicas.

Pero ¿no para ti?

~~No para mí. No siento nada, nada, nada, ni siquiera nostalgia. Solo quiero a ese pedazo de cabrón. También ahora. También después. Lo querré incluso después y, dentro de ocho años, si vuelvo a verlo, lo odiaré porque no podré mostrarme indiferente. Quiero que llame a la puerta, ahora, enseguida, y me pida que vaya con él donde tenga que ir en primavera. Mejor dicho, quiero que tire abajo la puerta, que me abrace, me estreche y me diga que su demonio se siente solo sin mí. Así que no, no eres un imán para mí. He cambiado, cambiado, cambiado. Quiero sus manos y su cuerpo y su voz y las cosas que aún desconozco. Las quiero todas. Y quiero dormir hasta que pase el dolor.~~

Sé que bromeas. Apuesto a que coquetearás con todas las chicas del pueblo. Nos vemos en el pub de Ethan, ¿ok?

No coquetearé con ninguna. He vuelto solo por ti. ¿Nos vemos mañana por la noche? Si llego antes, pediré chocolate con ron para dos.

Ok, hasta mañana.

Trata de dominar el entusiasmo, me vas a ahogar.

Mi entusiasmo es como el sol de Alaska en invierno. Existe, pero apenas se ve. Hasta mañana.

En realidad, comparado con su entusiasmo, el sol era un astro resplandeciente, tan ardiente como el africano.

—¡Mira! —La voz de su madre fue, como siempre, una bofetada.

Hizo ademán de enjugarse las lágrimas, pero habían cristalizado como granos de sal. Salió de su habitación, fue al cuarto de baño y metió la cara bajo el chorro de agua fría unos segundos. Después se dirigió hacia el dormitorio de Adele.

Su madre estaba en la cama. Se levantaba muy poco y con gran esfuerzo, debido al peso. Solo para ir al cuarto de baño, para lavarse o para que Mira cambiara las sábanas. El resto del tiempo lo pasaba hundida en su mecedora o varada bajo las mantas.

Le dio una serie de órdenes que padecían la enfermedad de todas sus órdenes: una perentoriedad vírica. Coge. Lleva. Haz. No hagas. Sobre todo, no hagas.

—No te dejes camelar de nuevo por ese —le dijo, de hecho—. La señora Barrington me ha dicho que ya ha llegado. ¿Qué quiere? ¿Qué hace en el pueblo? Ahora que está acostumbrado a la gran ciudad y a la moda de los pervertidos debe de vernos como unos provincianos un poco salvajes.

—¿Cuál es la moda de los pervertidos?

—La señora Barrington me ha enseñado unas revistas. Bebe. Fuma. Siempre está con chicas diferentes. Incluso puede que se drogue. Nunca ha sido un buen chico, pues, de ser así, no se habría comportado como se comportó, pero ahora es un vicioso, desde luego. ¡No te relaciones con él!

—La señora Barrington es muy quisquillosa, pero sabe más que yo. ¿Esas revistas no son publicaciones sobre pervertidos para pervertidos?

—¡Para enfrentarse al enemigo hay que conocerlo!

—Henry no es un enemigo. Solo es un chico que ha venido a ver a su madre por Navidad.

—¡Su madre! ¡Puede, pero antes de que hubiera pasado una hora de su llegada ya estaba en la tienda tratando de seducirte!

Mira agradeció a la señora Barrington que de noche durmiera más que un oso en letargo, porque, de no ser así, su madre habría descubierto cuántas veces Kade y ella habían hecho el amor.

«Follado. Hemos follado.»

—Nadie me seducirá, tranquila, pero no porque lo hayas dicho tú, sino porque no tengo ganas de que me seduzcan.

«Y porque otro me ha seducido por completo.»

—Todos los hombres son iguales. Fingen que son buenos y fieles y después corren detrás de las mujerzuelas.

—¿Significa eso que me conviene convertirme en una de ellas?

Las mejillas de su madre, que solían estar pálidas, se tiñeron de un rojo furioso.

—¡Eso no lo digas ni en broma! No debes convertirte en nada. Lo único que debes hacer es no fiarte de los hombres, nunca, digan lo que digan o hagan lo que hagan. ¿Quieres acabar como yo? Mírame, ¿quieres acabar como yo?

—¡Tú acabaste así porque quisiste! Papá se marchó, es cierto. No sé por qué, pero, por lo que me has contado, sin hablar nunca del todo claro, intuyo que lo hizo por otra mujer. Sí, se comportó como un cabrón, pero ¿por qué no podemos superarlo? ¡Ódialo, mamá, ódialo con todas tus fuerzas, pero levántate de la cama! Si no quieres curarte para perdonarlo, cúrate para vengarte. La nieve no es tu enemiga, no puede hacerte nada. Tú eres tu peor enemiga, tú eres la que te haces daño. ¡Si toda la energía que empleas para nutrir ese rencor la empleases en darte una posibilidad de vivir, ahora estarías viajando por el mundo!

Por unos instantes, dio la impresión de que Adele se iba a abalanzar sobre su hija para

pegarle. A pesar de su mole, saltó fuera de las sábanas y se puso milagrosamente en pie. Por lo general, tardaba casi un cuarto de siglo en realizar cada movimiento, pero en esta ocasión se movió como un colibrí dejando así a Mira asombrada.

No obstante, el movimiento audaz tuvo una vida breve. Fue como si se le hubieran secado las fuerzas o como si ella hubiera reflexionado y hubiera llegado a la conclusión de que nada valía un esfuerzo similar.

—Has cambiado —le dijo a Mira muy seria.

—Lo sé.

—No sé cómo acabarás.

—Yo tampoco.

Adele volvió a la cama y se refugió en ella como si fuera un agujero en la pared.

—Mamá —susurró Mira—. No te provoco para hacerte daño. Lo único que quiero es que reacciones.

—Y yo quiero una hija más obediente.

—Detesto la palabra obediente. Lo siento, pero nunca estaré a la altura de lo que quieres.

—Ni yo —sentenció la madre y, a continuación, se tumbó bajo las mantas.

Mira la observó con aire de resignación. Suspiró e hizo amago de salir del dormitorio, pero, justo antes de que pudiera hacerlo, la voz de su madre la retuvo de nuevo.

—¿Has tenido la regla? —le preguntó con la voz ahogada por las mantas.

Mira palideció.

—¿Qué?

—No has puesto el asterisco en el calendario del cuarto de baño. Debería haberte bajado anteayer, pero no has puesto el asterisco. ¿Se te ha retrasado?

—No… yo… Me olvidé de marcarlo, eso es todo. Con todo lo que tengo que hacer…, pero ahora voy… voy a fregar los platos. Buenas noches, mamá.

Salió con el alma en vilo. ¿Tenía un retraso y se había olvidado? ¿Había perdido la cuenta del tiempo y de su vida?

Jamás le había sucedido.

Seguro que la causa era la ansiedad, la efervescencia rayana en la pasión, la inapetencia que esta había generado. Comía y dormía poco y no lograba pensar en otra cosa. Estaba llena de Kade.

Tembló al pensar en esa plenitud de forma no solo metafórica.

Como era de esperar, Henry estaba rodeado de un grupo de jovencísimas admiradoras, pero a él no parecía gustarle el pequeño asalto. Sonreía a todas, firmaba autógrafos y respondía a las preguntas con el tono de un hombre de mundo, pero parecía distraído.

En otro momento de su vida, con menos pensamientos angustiosos en su cabeza —entre los que se encontraba la posibilidad de estar embarazada de un hombre que no pensaba en ella mucho más que en la suela de sus zapatos—, Mira se habría sentido halagada. En ese momento, sin embargo, se limitó a esperar a que el grupo se fuera disolviendo.

Mientras se marchaban, las jóvenes la miraban con envidiosa admiración: todas sabían que Henry y ella habían sido novios y, con toda probabilidad, se preguntaban cómo había sido posible ese noviazgo.

Se sentaron a una mesa, uno frente a otro.

—Confieso que temía que no vinieras —comentó Henry—. Te has retrasado un poco. Habría

ido a tu casa, pero me han dicho que a tu madre no le gustan las visitas.

—Sobre todo la tuya —bromeó Mira, a pesar de no tener ganas de bromear. Le contó a grandes rasgos lo que le había sucedido a su familia en los últimos seis años—. Tengo la impresión de que ya lo sabías todo: la fuga de mi padre, la locura de mi madre y la historia de la pobre Mira. Parece el argumento de una película aburridísima, pero háblame de ti.

—¿Qué quieres saber? ¿Quieres que te hable de películas aburridísimas?

—¡No! —Mira soltó una carcajada—. ¡Jamás diría algo así!

—Pero lo piensas. ¿Has visto mis películas?

—No todas. Solo… solo *Cumbres borrascosas.*

—¿Y qué te pareció? ¿Un tostón? No, no finjas que no lo pensaste. De hecho, esa no es mi mejor interpretación. Al principio me amargaron las críticas negativas, pero luego comprendí que tenían razón. En ese mundo, entre el éxito y el dinero, que, además, gané muy deprisa, me había vuelto un engreído. Estaba convencido de ser el mejor. Pero a esa interpretación le faltaba corazón, solo era una bonita fachada. Lo pasé mal una temporada, luego mi psicoanalista me aconsejó que recuperara mi pasado, los sentimientos verdaderos, las emociones profundas. Dijo que solo así podré ser un actor convincente. Ahora llevo entre manos una historia extraordinaria que he escrito yo mismo, con la que podré demostrar lo que valgo. ¿Quieres leer el guion? Aún es un borrador, pero la idea está ahí.

—Yo… Sí, claro, por supuesto que me apetece leerlo. ¿De qué se trata?

—Es la historia de un joven de origen humilde, pero muy ambicioso, que huye del pueblo donde nació para buscar fortuna. Y la encuentra. Se hace rico y famoso, pero de repente comprende que le falta algo. Le faltan sus raíces, su verdadero ser, su alma. Todo eso ha quedado en el lugar de donde ha escapado, así que vuelve para recuperar lo que perdió.

—¿Los aspectos autobiográficos son puramente casuales?

Esta vez le tocó a Henry reírse.

—No, es evidente que no. Le conté mi vida a una guionista fantástica y a ella le pareció mejor que una película. La historia es sencilla, pero intensa, profundamente dramática, pero llena de esperanza. Ha añadido que el protagonista está enfermo, para que resulte más conmovedor, pero no temas por mi salud, yo estoy de maravilla. —Alargó el brazo por encima de la mesa y le agarró una mano—. Entonces, ¿qué me dices? ¿La leerás? Tú fuiste mi primer amor, mi único amor, Mira. A pesar de lo que ocurrió, siempre estaremos unidos. A pesar de mis decisiones equivocadas. He pensado en ti y últimamente aún más. Me gustaría recuperar el tiempo perdido.

Mira vio sus dedos entre los suyos y recordó que antaño también le acariciaba la mano con dulzura. Por aquel entonces, las mariposas bailaban enloquecidas en su estómago.

En ese momento, también estaban alteradas, pero por otro motivo.

Kade acababa de entrar en el *pub* acompañado. Mary Grandall, ataviada con un largo abrigo de piel, iba cogida de su brazo como si los dos fueran buenísimos amigos o amantes perfectos. Él parecía aún más sombrío y pérfido al lado de la coqueta y alegre explosión de color rosa de ella. Debajo del abrigo de Mary, que esta se apresuró a desabrochar, se entrevía un escote digno de una playa, no de un pueblo minúsculo en Alaska. Mira se preguntó por qué esa furcia nunca enfermaba de pulmonía, pero, por encima de todo, se preguntó qué hacían juntos.

La pareja se detuvo en la barra y pidió algo.

«El muy cabrón me ha visto, pero ha desviado la mirada, como si fuera invisible.»

Apretó la mano de Henry con más fuerza de la que, en realidad, deseaba.

—A mí también me gustaría —le respondió.

Henry siguió contándole la película y Mira fingió que lo escuchaba atentamente, incluso

participó en la conversación, pero su cabeza estaba en otra parte. Estaba al lado de la barra, donde Mary había apoyado una mano en un muslo de Kade mientras él apuraba un vaso de algo, con el aire tenebrosamente sexi que convertía el mundo en un lugar demasiado ardiente donde vivir. No apartó la mano de Mary, al contrario, de repente le aferró la muñeca y, sin la menor prudencia o temor, la acercó a su bragueta. Después la miró de una forma que anunciaba inminentes placeres.

Mira sintió que su corazón implosionaba.

—¿Va todo bien? —le preguntó Henry—. Te has puesto pálida.

—Sí, solo que… debo ir un momento al cuarto de baño.

Se levantó tambaleándose, con náusea. El pánico que le había causado la repentina certeza de estar embarazada estuvo a punto de abrumarla. Se dirigió hacia el servicio, balanceándose como si el *pub* fuera una balsa en medio de un mar agitado.

Permaneció dentro unos instantes, tragando para no vomitar. El terror fluía por sus venas en lugar de la sangre. Terror líquido.

Estar embarazada por un error de alguien que te considera un pasatiempo.

Había cambiado mucho, pero no hasta el punto de considerarse afortunada por el *alegre* acontecimiento.

Cuando salió, sus mejillas tenían el color de unos harapos cubiertos de nieve.

—¿Qué coño te pasa?

Se sobresaltó tanto que sus dientes chocaron.

Fuera del servicio de mujeres, al lado de la puerta, apoyado en la pared, Kade se estaba encendiendo un cigarrillo.

Mira se quedó inmóvil un instante, mirándolo con los ojos desmesuradamente abiertos, escrutando la punta púrpura del Winston Blue, que se consumía a cada segundo, acortándose con las famélicas aspiraciones de él, y el humo que se expandía por el angosto pasillo.

—¿Qué coño te pasa? —repitió él—. ¿Te has vuelto a emborrachar?

—Eso no es asunto tuyo.

Hizo amago de alejarse, pero su mano le agarró con fuerza una muñeca.

—¿Qué haces, ahora follas con ese idiota?

—No es idiota. En cuanto a lo demás… por supuesto —afirmó, a pesar de no tener la mínima intención de hacerlo. En ese momento, su cuerpo era un cruce entre una cuna y un cubo de la basura y no habría permitido que lo tocara nadie. Casi nadie.

——Si folla como actúa —prosiguió él, cada vez más pérfido—, no será nada del otro mundo. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó pisándolo con una de sus botas. Después se acercó más a ella y la acorraló en un rincón, entre la pared y la puerta. Era tan alto e imponente que Mira se hundió en la oscuridad, una oscuridad de carne sólida. Lo odió con todas sus fuerzas y se odió también a sí misma, porque las mariposas se negaban a cerrar filas como soldados dentro de su pecho. Volaban por todas partes, desordenadas y anárquicas—. ¿Ves cómo tenía razón? —murmuró Kade con el tono del que ha ganado una apuesta y se burla del perdedor—. Todo ese amor… ¿cuánto ha durado? ¿Adónde ha ido a parar? Eres una puta deliciosa. Deliciosa, confirmo, pero puta a fin de cuentas.

Mira alargó un brazo para apartarlo de un empujón. No lo consiguió, pero le demostró que no quería tenerlo cerca. Kade, sin embargo, no se movió un milímetro.

Por unos instantes, no sucedió nada. Él se quedó quieto. Una montaña eclipsando una brizna de hierba. Mudo, inmóvil, tan duro como su corazón.

—Una puta que podría llevar dentro un hijo tuyo —dijo Mira, aparentemente fría, como si

esa complicación la trajera sin cuidado.

La reacción de Kade no fue, desde luego, fría.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó apartándose y devolviendo la luz al rincón. La miró como si le hubiera revelado un secreto terrible, capaz de hundir imperios.

—Digo que tengo un retraso de tres días y que es la primera vez que me sucede.

—¡Hostia! —continuó él retrocediendo un poco más, como si quisiera verla mejor para asegurarse de que no se estaba burlando de él, de que no estaba borracha ni era una mentirosa—. Dijiste que…

—El cálculo de los días parecía jugar a mi favor, pero no es una ciencia exacta. Quizá…

—¿Te has hecho uno de esos test?

Mira negó con la cabeza. Si hubiera vivido en una ciudad normal, habría aclarado enseguida esa duda, pero Noweetna no era una ciudad normal y, debido a una prohibición explícita de su madre, no vendía cosas tan *escandalosas* en la tienda. En su opinión, las mujeres casadas iban al médico y no necesitaban esos artilugios. En la farmacia los vendían, claro, el problema era que el farmacéutico era una especie de señora Barrington, de manera que, si se le ocurría ir, la noticia no tardaría en llegar a los oídos, ya de por sí suspicaces, de Adele.

—No puedo ir a comprarlo. En menos de media hora todo el pueblo sabría que estoy embarazada. Lo último que quiero es llamar la atención, al menos hasta que pueda evitarlo.

Él la escrutó guiñando los ojos, frunciendo con ferocidad el ceño.

—Yo lo compraré.

—¿Qué?

—Yo lo compraré. Me importa un comino lo que diga esa pandilla de capullos.

—Entonces, todos pensarán que Mary está embarazada. —Al decirlo, sintió un retortijón de disgusto. Y de celos. Sentía unos celos feroces al pensar que esa bruja y Kade…

—¿Se te ocurre algo mejor?

No, no se le ocurría nada mejor. No podía pedírselo a Charlize, porque su amiga la habría expuesto también al chismorreo. Quizá pudiera hablar con Cara, la única que estaba casada, pero no tenía tanta confianza con ella como para revelarle semejante secreto. Además, si lo hubiera hecho, Cara se lo habría reprochado: no aprobaba las relaciones ocasionales y sin protección.

—De acuerdo —dijo al final—, cómpralo mañana y tráemelo a la tienda en cuanto puedas.

—No, vendrás al barco por la tarde.

—No, no iré… No quiero volver a ir.

—¿Tienes miedo de que nos acostemos otra vez? ¿O lo que te da miedo es justo lo contrario?

—No quiero tener nada que ver contigo.

—¿Porque me quieres demasiado y yo no? —La pregunta sonó provocadora y cruel.

—No te quiero, basta ya. Tengo que volver a la mesa o Henry se preocupará.

—Pobre Henry, no le des motivo de preocupación. No sea que se le afloje. Si fuera así, ¿qué harías?

Esa vez, Mira se abalanzó sobre él apuntando con un dedo el centro de su amplio tórax.

—No sé cómo he podido pensar que te quería. Eres insoportable. Espero de todo corazón no estar embarazada para no tener que hablar ya jamás contigo. Para ti la vida solo es sexo y miseria. Todo es arrebatar y romper. Tu corazón es un fósil. ¿Sabes, Kade? Que tú hayas vivido en el fango no te autoriza a enfangar el resto del mundo. Ahí fuera también existe el amor: yo no lo siento, tú tampoco, y, probablemente, nadie lo ha sentido nunca por nosotros, pero, a pesar de todo, quiero seguir creyendo que existe. Y ahora apártate o juro que te daré una patada en los huevos y tendrás que privarte durante un tiempo de la única cosa con la que razonas.

Cuando Henry la acompañó a casa aún seguía nevando.

—No puedes entrar —le dijo Mira.

—Lo sé. Tu madre.

—No le caes muy bien.

—Yo en su lugar pensaría lo mismo.

—Bueno, me marcho. Para mí ha sido una noche agradable.

—La verdad es que has estado triste casi todo el tiempo. ¿Ocurre algo?

—No, todo va bien, solo estoy un poco cansada.

—Lo siento, Mira.

—¿Que esté cansada?

—Por tu vida. Has superado pruebas difíciles. Tu padre, tu madre… Por no hablar de mí. ¿Después volviste a enamorarte?

Mira se mordió los labios antes de responder.

—Puede.

—¿De quién?

—Da igual, he de irme.

—Mañana por la tarde hay un partido amistoso de *hockey*. Yo voy a jugar. ¿Quieres ir?

—Claro que sí, pero dudo que las palabras *hockey* y amistoso puedan coincidir en una misma frase. Recuerdo que siempre acababas con algo roto.

—Y sin haber roto nada.

—Ten cuidado, debes volver entero a Los Ángeles.

—Y yo espero volver fragmentado. No físicamente, claro, necesito la cara, pero sí por dentro. Quiero renacer.

—Ojalá lo consigas, pero ahora he de marcharme y…

—¿Puedo besarte?

Mira no tuvo tiempo de contestarle. Se oyó un portazo y la sospecha de que su madre estuviera al acecho aumentó su necesidad de abandonar aquella romántica escena que parecía un fotograma de una película cursi.

Así pues, le dio un beso apresurado en una mejilla y se refugió en casa.

Una vez dentro, se dio cuenta de que su corazón se había parado. No sentía ninguna emoción especial, ninguna nostalgia del pasado. Henry no le había dejado heridas ni esperanzas.

Kade era la única herida que le dolía a rabiar. Se había marchado con Mary mucho antes que ellos. Y a esas horas estarían juntos. Mira debía olvidarlo. Mira siempre querría recordarlo.

CAPÍTULO 12

KADE

Entro en casa del coronel dando un portazo. Estoy furibundo.

—¿Qué pasa, muchacho? —me pregunta—. Quería invitarte a una copa de coñac, pero creo que será mejor que te prepare una tila.

—¡Le voy a partir la cara a ese capullo! —exclamo sin hacer una cosa tan elemental como pensar antes de vomitar gilipolleces.

—¿Quién es el capullo? —pregunta de nuevo él impasible.

Yo no estoy impasible, al contrario.

Después de haberse pasado la noche alargando las manos, el rubito estaba a punto de meterle la lengua en la boca. Y esa furcia se lo permitía. Enamorada de mí una mierda. Solo quiere la polla y le parece bien cualquiera que tenga una. Es una niñata y una puta.

Niñata, niñata, niñata.

—¿Qué pasa, Kade? —insiste el coronel—. ¿Con quién estás enfadado? Parece que vas a matar a alguien.

Debo calmarme, maldita sea. Debo calmarme. Si le dijera cuál es el problema, lo malinterpretaría. Si le dijera que el problema es que he visto a Mira con ese actor de mierda, se inventaría teorías absurdas para justificar que ella me gusta más de lo que quiero reconocer. Si le dijera que, en lugar de perder los estribos porque la muy imbécil podría estar embarazada, he perdido el juicio solo porque ese tipo le ha cogido una mano, le ha hablado a un centímetro de su boca y quiere, a todas luces, acostarse con ella, diría gilipolleces como que estoy celoso o algo por el estilo.

No estoy celoso.

Además, ¿de quién?

¿De ese adefesio?

Me cabrean las mentiras, eso es. Me irritan las mujeres que no llaman a las cosas por su nombre, las mujeres que deben inventarse coartadas para joder, las que hablan de amor porque si no se sienten putas, porque se la han metido por todas partes.

¿Qué se inventará ahora? ¿La vieja llama que vuelve a encenderse? ¿A qué excusa se aferrará para justificar el simple deseo carnal?

Bueno, se invente lo que se invente, si folla con él, juro que la estrangularé.

Juro que…

—¿Kade?

—¿Qué quieres?

—Saber por qué has venido a mi casa a esta hora.

«Porque seguí a Mira cuando salió del *pub*. Porque si no hacía algo, habría matado a palos a ese tipo. Porque necesito beber para dejar de pensar en esa imbécil.»

—Sí, dame un poco de coñac —digo dejándome caer en un sofá.

Me sirve un vaso y me escudriña como si fuera un fenómeno circense.

—¿Cómo va todo? —me pregunta.

—De maravilla.

—La verdad es que tienes cara de estar de maravilla.

—Siempre tengo esta cara.

—Quizá te consuele saber que el juicio se adelantará a febrero.

Por un instante, el recuerdo del juicio y la noticia de que muy pronto ya no estaré aquí, de que ya no veré a Mira y seré por fin libre, me hace muy infeliz. Una punzada de dolor me atraviesa la garganta como un pedazo de cristal. Pero pasa. Pasa enseguida. Pasa, coño.

—No necesito que me consueles —digo, más oscuro que la oscuridad—. Se trata de una buena noticia, así me marcharé antes de lo previsto. Esta oscuridad perenne me está volviendo loco. ¿Cómo puedes vivir aquí? ¿No se te reblandece el cerebro?

—Al contrario, este clima me consuela. Jamás he padecido la depresión que aflige a muchos al vivir aquí. Puede que en otra vida fuera un murciélago, porque la oscuridad me sienta bien. Creía que te gustaba también, no creo que adores el sol resplandeciente.

—Te equivocas. Siempre me ha gustado el sol, pero vosotros me arrojasteis a una oscuridad cenagosa.

—Hay que pagar algún precio en la vida, amigo mío.

—No somos amigos.

—Soy lo más parecido a un amigo que has tenido nunca, pero aún no te has dado cuenta. A propósito, quería invitaros a Mira y a ti a cenar una noche.

—Menuda tontería. ¿Por qué?

Pero, sobre todo, ¿por qué siento un espasmo en el centro del pecho al oír su nombre? ¿Por qué me siento como si estuviera herido en alguna parte?

—¿No estáis juntos?

—Para empezar, nunca hemos estado juntos. Follábamos y ya no follamos más. Pero no temas por su estado mental: Mira no está en absoluto desesperada.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás desesperado?

—¿Yo? ¿Has fumado algo, coronel? ¿Hierba y achicoria?

—Está bien, puede que desesperado no estés, pero histérico sí. Enamorarse no es nada malo, ¿sabes? No es una enfermedad ni una vergüenza. ¡No debes defenderte de todo, Jared!

—Sin duda, no debo defenderme de los peligros imaginarios y no me llames Jared.

—El amor es un peligro real, amigo mío.

—Estás loco. No estoy enamorado de Mira.

—En ese caso, ¿quién era el capullo al que querías partirle la cara hace poco?

—Nadie. ¿No tienes una bebida más fuerte?

—Tengo *whisky* para hombres de verdad, el *whisky* que se bebe cuando una desilusión amorosa te deja sin aliento y te vuelve más loco de lo que ya estás.

—En ese caso, no es para mí. Y para ti y tus insinuaciones de mierda tampoco.

—No insinúo nada. Te digo las cosas sin pelos en la lengua. Sientes algo por Mira. Me doy

cuenta de todo. Qué quieres, será por deformación profesional, de la época en me dedicaba a mis *asuntos*. Además, me he dado cuenta de otra cosa: Mira no es la única que no te quita ojo cuando cree que no la ves, tú haces lo mismo. La miras como un imbécil con el cerebro fundido.

—El único capullo eres tú. Puede que no estés deprimido, pero chocho sí, desde luego. No miro a nadie de la manera en que lo imagina tu fantasía galopante. Deberías follar un poco más. Cuando quieras te presto el agujero donde me estoy metiendo ahora.

Me observa con aire sarcástico y una mueca en la boca.

—¿Me prestas a Mira? ¿Puedo tirármela con tu permiso? No se me había ocurrido, pero quizá…

No sé qué guía mis pasos y las acciones de mi cuerpo. Sé que me levanto y que le doy un puñetazo que lo tira al suelo. El vaso con el coñac se hace añicos al caer, salpicando gotas de licor por todas partes. Me observa desde abajo, con un chorro de sangre en la barbilla. El muy cabrón se está divirtiendo. ¿Acaso me está provocando?

—Me refería a Mary —digo, mejor dicho, gruño—. Ahora follo con ella.

Sin añadir nada más, me doy media vuelta.

No quiero que me mire a la cara. Por mucho que me esfuerce por ocultarle la verdad, la verá de todas formas.

Verá todo y me enredará con más palabras absurdas.

Verá a Mary abalanzándose sobre mí dentro de su coche, a la salida del *pub*.

Verá mi polla, que no quiere saber nada de ella.

Verá a Mary hecha un basilisco ante la enésima demostración de cuánto me repugna.

Verá mis ojos viendo a Mira salir del local con ese tipo, mis manos, que apartan a Mary como si fuera un saco lleno de mierda, y mis piernas, que saltan fuera del coche para seguirlos.

«Yo siguiendo a una niñata. Yo siguiendo a una niñata sintiendo el corazón en un puño.»

Es imposible, esta ridiculez debe terminar.

Estoy pensando en irme sin decir nada a nadie: pediré a Otto Bryan que me lleve en coche a Anchorage y desapareceré. Llamaré al coronel dentro de unos meses, para el juicio.

O quizá no lo llame nunca.

Quizá desaparezca del todo y a tomar por culo.

La compra del maldito test no pasa inadvertida. En la farmacia me miran como si vendiera heroína a los niños. Correrá la voz e irán a dar el pésame al alcalde.

O quizá lo feliciten.

Seguro que pensarán en todas, salvo en Mira.

Mira.

Vete de esta cabeza.

Vete.

Vete.

Vete.

Es mi último día en Noweetna. Me he puesto de acuerdo con Otto y esta noche me esfumo. También es el último día en que viaja él: mañana habrá tormenta y los vuelos quedarán cancelados durante un tiempo. Nadie sabe nada y esta vez la perspicacia del coronel no le bastará para intuir mi próximo paso.

No sé cómo terminaré. Solo sé que quiero marcharme de aquí. La posibilidad de que Mira esté embarazada no me condiciona. No puedo ni quiero ocuparme de eso. Quiero librarme de ella

y de la rabia que me está destrozando.

Cuando entro en la tienda, Mira está atendiendo a una clienta. Alza la mirada, me ve. Sus mejillas se ponen tan rojas como las manzanas del cesto de mimbre del mostrador. ¿Por qué? ¿Por deseo o por rabia?

La observo mientras habla, observo su boca mientras finjo que me interesan unos tarros de conserva. Cuánto me gustaría morderla. Esta penosa escasez de mujeres me está volviendo loco. Cuando me marche, quiero remediarlo. Además quiero estar al sol, nada de nieve y hielo al menos por un siglo.

Uno de mis sueños secretos, antes de que dejara de tenerlos, era asentarme en Tailandia, en Koh Tao. Cuando éramos niños Josiah y yo vimos un documental sobre esa isla llena de tortugas, bañada por el sol. Después hablamos muchas veces de ese sueño: él pensaba ocuparse de las tortugas, les enseñaría a nadar y rezaría para que no se ahogaran; yo pescaría, repararía los barcos, haría *souvenirs* de madera en forma de tortuga, conquistaría a todas las chicas de la isla y construiría una casa en un árbol donde vivir.

Pues bien, en cuanto me marche de aquí, buscaré un lugar como ese… o ese lugar. Muy lejos, libre, luminoso. Sí, lo haré. Me haré con documentación falsa y me eclipsaré como un espectro.

Cuando la clienta se marcha, me acerco al mostrador.

—¿Y bien? —le pregunto sin más preámbulo.

—¿Y bien qué?

—¿Te ha bajado la regla? —Mueve la cabeza, baja la mirada, sus párpados cubren lentamente los ojos—. Vale, ten.

Saco el paquete que contiene el famoso artilugio y lo dejo, con cierta brusquedad, lo reconozco, en el mostrador.

—¡No, así no! ¡Alguien puede verte!

—¡Hostia, Mira, no te estoy pasando un paquete de cocaína! Agarra esta mierda y ve al cuarto de baño.

—No, ahora no. Quiero… quiero estar sola. No estoy preparada.

—¿Qué significa que no estás preparada? ¿Qué esperas? ¿Una zarza ardiendo? ¿Una lluvia de ranas?

Esta vez me mira a los ojos, irritada.

—No lo sé, pero este no es el momento. Lo haré cuando te marches. Me irrita que estés aquí.

—¿Y, como mear encima será muy poético, quieres hacerlo con una bonita música de fondo y una docena de velas encendidas?

—Eso no es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío?

—¡Por supuesto que no!

—De manera que, si estás embarazada, ¿no es asunto mío?

—Así es.

—¿Me estás pidiendo que pase de todo?

—Te ordeno que pases de todo.

Por un instante, nuestras miradas se asestan unos cuantos puñetazos. Con aire arrogante, doy la vuelta al mostrador y la empujo contra una pared de estanterías altas llenas de tarros de cerámica.

Después la muerdo como hace tiempo deseaba hacer. Mi lengua viola sus labios cerrados, pero el obstáculo dura un abrir y cerrar de ojos: el muro se convierte enseguida en una vorágine y

su lengua en una suave ola.

¿Por qué quiero a esta niñata? ¿Por qué no puedo marcharme? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué más me da si está embarazada o no?

Nos besamos durante un tiempo infinito, odiándonos infinitamente.

Al cabo de un rato, decido tener la última palabra. Me separo de sus labios y le hablo a la distancia de un beso:

—De acuerdo, en ese caso, paso de ti. Apáñate sola. Adiós.

Me muevo, me alejo, el atrapasueños de conchas suena al abrir la puerta y desaparezco con el corazón en un puño.

Antes tenía frío, ya no. He bebido como un condenado —cerveza, *whisky* y media botella de ginebra— y ahora parezco un jodido zombi. No me he destrozado por completo, no parezco un cadáver, como habría querido, pero no logro formular pensamientos coherentes y no sé exactamente cómo me llamo ni dónde estoy.

Creo que estoy en el barco. Sí, debe de ser el barco. Creo que he pateado el pequeño mundo que me rodea: debe de haber sido así, porque todo está patas arriba. Incluso a Lobo le ha asustado mi cólera: a pesar de no ir dirigida a él, el estruendo y el olor a rabia deben de haberlo ahuyentado. Por lo general, lo oía raspar en cubierta y, de cuando en cuando, ulular: ahora solo siento un dolor de cabeza que deja mi alma al descubierto.

Duermo un poco, tomo dos aspirinas, fumo y vuelvo a dormir. El sol sale y se pone, apresurado, canalla.

De repente, oigo que llaman a la puerta de la escotilla. Un solo nombre relampaguea en mi mente, en medio de un montón de escombros.

Mira.

Debería ignorarla, pero la primera y única cosa que hago es abrirle. Saboreo una sensación de victoria: Mira ha tenido que ceder, seguro que está aterrorizada y que no todo es «no te necesito, te ordeno que te esfumes, no te concierne, me las arreglaré sola».

Sonrío pérfidamente al abrirle. Después, pierdo la sonrisa.

No es Mira, es esa gran puta insatisfecha de Mary.

Baja moviendo el culo en mi cara. Viste una cazadora corta, de color rosa náusea. También su perfume me produce arcadas.

—Qué coño quieres —le digo, no le pregunto. Los puntos interrogativos requieren un esfuerzo excesivo. Dedicarle una sílaba más, incluso un acento, es una pérdida de tiempo.

Se vuelve y me dedica una mirada que solo logro describir como «híspida». Híspida, espinosa, ruda y sucia como el pelo de un animal ensangrentado.

Mira alrededor. Nunca ha estado aquí. Nadie ha estado aquí. Solo Mira. Después de echar un vistazo despectivo, Mary vuelve a clavarme los ojos en la cara y me pregunta:

—Dime, ¿te estás acostando con Mira Kendall?

La primera tentación es escupirle. Me domino: esa rubia solo ensuciaría el escupitajo. La segunda tentación es más factible, de forma que me apresuro a ponerla en práctica: la empujo con violencia y la cabrona pierde el equilibrio y cae torpemente al suelo. Querría hacer muchas más cosas, por ejemplo, arrojarla a Lobo para que la devore, pero el animal no está acostumbrado a engullir porquería. Es un lobo delicado, no come putas a mediodía.

—Yo estaba equivocada —comenta ella mientras se levanta—. No solo te acuestas con ella. Vi cómo reaccionaste en mi casa cuando oíste su voz. Parecías un marido que teme ser

descubierto por su mujer. Y en el *pub* de Ethan, por poco no mataste a Henry Mayor. Por no hablar de cuando no se te puso dura en mi coche y me plantaste allí para correr detrás de ella. ¿Tan bien folla? Jamás me lo habría imaginado. En cualquier caso, todo esto es muy cómico: tú grande y grueso, con cara de asesino, embobado por una insignificancia así. ¿Y sabes qué es lo más divertido? En el pueblo todos piensan que me has dejado embarazada, porque fuiste a comprar un test a la farmacia, pero nosotros sabemos la verdad, ¿me equivoco? Lo único que no entiendo es cómo has podido dejarte enredar por una insignificancia como esa.

Sí, me marcharé de Noweetna dentro de seis horas dejando a mis espaldas el cadáver de esta zorra. La estrangularé y la dejaré aquí maloliente. A fin de cuentas, ya huele mal.

Alargo un brazo y le aprieto la garganta con la mano. En un primer momento le gusta, quizá piense que se trata de un jueguecito sádico.

En realidad, no tengo ningunas ganas de jugar. Ella misma se da cuenta de que el apretón va en serio, que no hemos acordado una contraseña para parar y que, si la hubiéramos acordado, no podría pronunciarla. Su respiración es cada vez más superficial. Solo logra boquear.

—¿Te falta el aire, puta? —le pregunto.

No puede responderme, claro está. Dentro de poco los ojos se le saldrán de las órbitas. Puede que a Lobo le gusten.

No obstante, me detengo. Mary jadea, yo aflojo la presión. No quiero matarla de verdad. Aún estoy medio borracho, cansado, confuso, disgustado conmigo mismo, con ella, con la vida que me espera después de este momento y de los momentos que vendrán. Aturdido por los pensamientos que se amontonan en mi mente, la dejo marcharse, la dejo vivir.

Respira de nuevo, hondo, tomando largas bocanadas de aire de forma entrecortada, como un pez en la orilla. Me enciendo un cigarrillo con absoluta indiferencia. Mary no es más importante que la silla que he roto, que la vajilla que yace esparcida por todas partes, que la única promesa que he hecho e incumplido con esta violencia. Mary es un objeto de decoración jadeante.

Por desgracia, al cabo de un rato, el objeto de decoración toma de nuevo la palabra.

—¿La quieres? —me pregunta con la voz menos firme. En realidad, debería decir alterada.

¿Qué les ha dado por pensar a todos que estoy enamorado de esa? ¿Qué enfermedad mental o borrachera apocalíptica los ha convencido de que he podido perder la cabeza por semejante tía? En muchos años nunca, nunca, nunca, he sentido nada por ninguna mujer, ni siquiera por error, ni siquiera bebido, ni delirando, ni colocado de marihuana, y ahora resulta que me quedo embobado aquí, en un pueblo de mala muerte, por una muchachita de tres al cuarto? ¡Y medio loca! Pero, ¿qué es esto? ¿Un virus que hace escupir idioteces?

Me estalla la cabeza. Me estalla, maldita sea. Y no solo me estalla porque he empinado el codo y me veo obligado a oír un montón de disparates, sino porque muchos de esos disparates juegan al escondite con mis pensamientos. Se asoman, lanzan cuchillos y esconden las manos, me hacen recordar cosas, me hacen desear cosas. Me hacen desearla a ella.

¡Pero yo no la quiero!

No quiero a nadie.

Soy libre.

Solo me necesito a mí mismo.

Ninguna persona, ninguna mujer, esa en especial, puede permitirse el lujo de hacer que me sienta como si alguien me hubiera pisoteado el corazón.

Vete.

Vete.

Vete.

De esta manera, víctima de la resaca y encolerizado, me acerco a la zorra y le ordeno que se vuelva y se baje los pantalones. Estoy listo en un abrir y cerrar de ojos. Rabiosamente listo. No estoy excitado, estoy furibundo.

—Yo no quiero a nadie, solo follo —le digo.

La tomo por detrás, la invado con violencia. La cerda gime y goza. Mando los pensamientos al infierno, el mismo infierno en el que vivo y en el que viviré.

No dura tanto como para que vaya a parar definitivamente al infierno. Cinco minutos de repugnancia salvaje. Un orgasmo viscoso que huele a vómito inminente. Todo el mundo huele a orina podrida. Me separo de la furcia como si su culo tuviera dientes.

—Desaparece —le ordeno con tanta vehemencia que mi voz casi la dobla hacia detrás.

Sube la escalera, emboca la escotilla. Poco antes de salir, me mira con aire cínico y divertido.

—En cualquier caso, puedes estar tranquilo. Estáis empatados. Está loca por Henry Mayor. Ella solo ha follado contigo, igual que tú. Si está embarazada, se deshará del niño, seguro.

Después se marcha a toda prisa, cerrando la escotilla y dejándome con el eco de sus palabras. Y con las patadas, las enésimas, que doy a lo que me rodea, reduciendo el interior del barco a lo más parecido a la desesperación que quepa imaginar.

CAPÍTULO 13

Mira vagó toda la tarde por las proximidades del río helado y del barco varado como un gran juguete, pero, en cualquier caso, mantuvo una distancia de seguridad. Llevaba el test en un bolsillo, el test que aún no había podido utilizar.

No dejaba de pensar en la manera en que Kade se había despedido de ella, en su adiós frío y cínico. Se le había quedado dentro la sensación de algo definitivo, no de una despedida de circunstancias, sino de una despedida grave, el último adiós, como si de verdad pensara marcharse. No solo lejos de ella y del problema que representaba su probable embarazo, sino de mucho más. De Noweetna, sin duda.

«No volveré a verlo.»

Eso era, desde luego, lo mejor, pero no lograba afrontar esa verdad de la manera en que la tierra acoge la lluvia después de varios meses de aridez. No lograba considerarla buena. Más bien se sentía como si le hubieran lanzado una ráfaga de cuchillos.

Se encogió de hombros: el frío se recrudecía. La tormenta que habían anunciado para la noche del día siguiente ya se cernía sobre el pueblo. Lobo no estaba por allí ni se oía su aullido a lo lejos. A saber dónde estaba. Seguro que no estaba en el barco: lo veía perfectamente desde su escondite detrás del árbol y la cubierta estaba vacía.

Mientras pensaba en poner punto final a esa emboscada patética, ya fuera marchándose o acercándose a él, una molesta ráfaga de viento gélido coincidió con la llegada de algo aún más fastidioso. Mejor dicho, de alguien.

Mary Grandall llegó procedente del pueblo, sin duda directa hacia la única meta posible: el barco de Kade. Sin la prudencia que correspondería a una mujer casada que va a reunirse con un amante, Mary llamó a la puerta metálica. Al cabo de varios segundos, él le abrió, ella saltó dentro y Mira no vio nada más.

Esperó unos minutos: esperó con insensata esperanza de que aquella mujer saliera enseguida, que él la tirase, que Mary volviera al redil humillada, pero el tiempo pasó sin que su voluptuosa figura vestida de rosa chillón destacase de nuevo en el blanco del hielo.

Entonces, Mira hizo acopio de valor.

«No te acerques al barco. No te acerques al barco. No te acerques al barco.»

Se acercó al barco, sumida en un silencio tan perfecto que tenía la impresión de que el hielo se había coaligado con ella para que no emitiera el menor crujido hasta que llegara a la puerta. Ni un solo ruido quebró la quietud cómplice.

Ningún ruido provocado por ella, al menos. Porque debajo de la cubierta, en cambio, se oían unos gemidos inconfundibles.

La escotilla se había quedado abierta y Mira sufrió la maldición de no limitarse a oír.

Además, vio a través del sádico ojo. Vio todo lo que había que ver.

Retrocedió con una mano casi pegada a la boca para ahogar un grito.

Después, escapó como si la persiguiera una manada de lobos.

Solo la luz era más veloz.

Solo una rosa despedazada por un huracán podría haber estado más turbada.

Solo ella podía sentirse tan consternada.

El palacete de hielo tenía un nombre demasiado altisonante. En realidad, se trataba de una pista de patinaje de pequeñas dimensiones rodeada por un recinto de plexiglás, al otro lado del cual una hilera de asientos trazaba una elipse.

Había muchísima gente sentada o de pie al lado de la barrera para ver el partido y, en especial, al atractivo joven que había triunfado en Hollywood y que en ese momento surcaba el hielo como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Mira y Charlize habían podido tomar asiento. Charlize hablaba por los codos, Mira no decía una palabra.

—Por lo visto Kade fue esta mañana a la farmacia para comprar un test de embarazo —le contó su amiga, presa de una gran excitación—. ¿Te imaginas a Mary dando a luz a un niño alto y robusto y a su marido, que, como todos saben, es estéril, gritando «¡Milagro!»?

Mira respondió con un gruñido. Al volver del horrible espectáculo al que había asistido en el barco se había refugiado detrás de una pared cualquiera de una casa cualquiera y había llorado como una estúpida. Después se había pellizcado las mejillas, se había arreglado el pelo, se había dedicado una sarta de insultos y había decidido que la dignidad debía vencer a la humillación. Las campanadas que tocaba su corazón la habían dejado sorda.

En ese momento, debido al estruendo del partido, ya no oía el corazón, pero estaba segura de que aún estaba ahí, más magullado que el disco de goma que los jugadores golpeaban una y otra vez y que lanzaban por todas partes a gran velocidad.

—Últimamente estás muy rara —afirmó Charlize arrancándola con brusquedad del mundo de los pensamientos—. ¿Estás confusa por la vuelta de Henry? ¿Cómo te va con él?

—Normal —contestó Mira encogiéndose de hombros.

—El amor no debería ser normal. Debería dejarte sin aliento, hacerte sentir privada de piernas y brazos, pero con tres docenas de corazones. Ni siquiera lo miras mientras juega, estás sentada en el banco retorciéndote las manos y el pelo. ¿Qué te pasa? ¿Tu madre te está sacando de quicio más de lo habitual?

—Mi madre me ignora. Ha decidido vivir en modalidad «No tengo una hija, solo una criada que me sirve la comida a la que ni siquiera debo preguntar cómo está».

—Deberías olvidarla.

—¿Debería dejar de alimentarla?

—Marcharte. Te lo repito una vez más: vete, tómate unas vacaciones. Si quiere sobrevivir, hará algo por sí misma. No obstante, debes esperar a la próxima semana. Por lo visto, mañana por la noche habrá una tormenta. Las previsiones del tiempo son alarmantes: debemos hacer acopio de leña y comida y no salir. Entretanto, prepárate.

—No puedo, ya lo sabes.

—¿Por qué no? Mi padre dice siempre que Adele explota sus fobias. No tiene problemas de salud, solo exceso de peso. Debería ver a un psiquiatra, pero tú no puedes ser hija, criada y loquera a la vez. Perdóname la franqueza, pero…

En ese momento, Lorna se acercó a ellas volando en picado como un halcón y se sentó en medio.

—He encontrado una cosa interesante sobre Kade —dijo bajando la voz.

Mira tembló al pensar que quizá su amiga también había hecho averiguaciones sobre los tatuajes. Sin embargo, Lorna había ido mucho más lejos.

—La noche del cumpleaños de Charlize le saqué una foto sin que se diera cuenta —murmuró con el tono de un espía ruso confabulando con unos cómplices bajo la estatua de Lincoln en Washington, en plena guerra fría.

Mira sintió rabia, como si la hubiera ofendido a ella. Con lo obsesionada que estaba con los misterios y las intrigas, temió lo que Lorna podía contarles. A pesar de que buena parte del pasado de Kade no merecía perdón y de que su comportamiento actual solo era digno de furioso desprecio, no quería que los demás lo supieran.

—Hice una búsqueda de imágenes en Google —prosiguió Lorna—, pues con su nombre era imposible encontrar algo. Al principio parecía que no había nada, me pasé varios días buscando, examinando fotos de tipos similares, que al final no eran del todo iguales. Estaba a punto de tirar la toalla, pero esta mañana tuve un golpe de suerte. Vi un artículo de crónica de hace varios meses sobre un homicidio en Nueva York. La víctima era un sacerdote joven, que murió en un tiroteo. No me digáis que no se parece a Kade.

Toqueteó el móvil hasta mostrar su búsqueda.

El artículo, del verano anterior, describía el tiroteo que había tenido lugar en Staten Island entre dos bandas enemigas. Por lo visto, un párroco joven, un tal J. Hudd, muy estimado por sus feligreses y muy combativo, se había entrometido para tratar de detener la pelea. Había muerto prácticamente en el acto. El texto no añadía mucho más, pero iba acompañado de dos fotografías. La primera, de autor desconocido, había sido sacada durante un partido de fútbol y en ella aparecía el atractivo religioso corriendo detrás del balón, con la túnica ondeando al viento y rodeado de un grupo de niños. La segunda era un primer plano y mostraba sus facciones con mayor claridad. El periodista debía de haber dado mucho valor a las imágenes, porque el sacerdote, además de ser una especie de héroe, poseía la belleza que, por lo general, se suele atribuir a los divos del cine con una tormentosa vida sentimental, no a los sacerdotes que llevan a cabo su misión en barrios degradados. Casi parecía que, por lo atractivo, su muerte fuese doblemente injusta y merecedora de condena.

Mira comprendió que se trataba de Josiah, el hermano de Kade.

Era más bajo y esbelto, no tenía cicatrices y llevaba el pelo corto, la barba era menos tupida, los ojos eran del mismo color y en la nariz no se veían marcas de puñetazos. Con todo, era casi idéntico… salvo en la expresión: la expresión de Josiah era confiada y dulce.

—No se parece en nada —mintió Mira tratando de conferir a su voz cierta convicción—. Además, estando Henry aquí, Kade me importa un comino. ¿Sabéis que me ha dicho que ha vuelto por mí?

Su intento de desviar la conversación tuvo éxito. Sus amigas se desinteresaron del parecido entre Kade y el cura asesinado y la acribillaron a preguntas. Mira, venciendo su deseo de arrugarse como una hoja seca y ser pisoteada, fingió estar alegre, excitada, casi parecía presumir al repetir sus palabras. Con tal de alejar el tema de Kade de la conversación, aplaudió incluso como una idiota las hazañas de Henry, que patinaba enérgicamente y no dejaba de marcar goles.

El partido le traía sin cuidado.

No veía la hora de que acabara el día y, si la fuga no hubiera levantado las sospechas de sus amigas, habría vuelto enseguida a casa. Se sentía tan aturdida como su madre ante el cruel

candor del hielo.

Por suerte, Cara se unió también al grupo con sus dos pequeños terremotos y los pequeños impidieron que la conversación tomara de nuevo un rumbo peligroso. Mira se cosió la boca, saludó a Henry, que levantó un brazo en dirección a ella cuando terminó el partido, tan radiante y hermoso como un dios normando, y actuó mejor que él en cualquiera de sus películas. Habría merecido que le dieran a la vez un Emmy, un Golden Globe y un Oscar. La mejor ficción cómica en una comedia que nada tenía de romántica.

El alcalde, cuya frustración sexual inspiraba las ideas más extrañas, había organizado una especie de *drive-in* delante del ayuntamiento. Los espectadores no debían asistir a la proyección en mangas de camisa y faldas acampanadas, sino ataviados con cazadoras y sombreros y, en lugar de las filas de coches descapotables, había previstas unas camionetas de tracción integral, pero el resto era como en cualquier pueblo normal sobre el que no se cierne la amenaza de una tormenta.

Todo en honor de Henry. El espectáculo preveía la proyección de sus dos películas en una gran pantalla colgada de la fachada del ayuntamiento. La asistencia era gratuita. Además, el ayuntamiento había pagado también café caliente y pastel de manzana recién horneado para todos.

Cuando, al terminar el partido, Henry invitó a Mira a acompañarlo, ella aceptó. Se había dado cuenta de que Charlize la miraba con suspicacia: quizá su interpretación de la chica feliz había sido un tanto exagerada y, aunque lo pareciera, su amiga no tenía un pelo de tonta.

Así pues, desapareció con Henry antes de que Charlize pudiera detenerla para someterla a un interrogatorio exhaustivo sobre su inusitado humor.

Por suerte, él no la conocía tan bien, de manera que no notó que, detrás de la máscara de falsa alegría, se ocultaba un alma destrozada. Mira lo dejó hablar del partido y, cuando una multitud de admiradores lo secuestró para pedir autógrafos al actor y deportista, se hizo a un lado de buena gana.

En realidad, sentía retortijones en el estómago. Podía ser tanto por el embarazo como por la angustia.

Mientras se lo preguntaba, sintiéndose peor de lo que se había sentido nunca desde la desaparición de su padre, vio que Mary Grandall había vuelto y que se movía entre la gente estrechando manos. De repente, tuvo la impresión de que se iba a acercar a ella y pensó que quizá pretendiera echar también la garra a su Henry. Con toda probabilidad, era el único hombre presente con el que aún no lo había intentado. En cambio, Mary parecía interesada solo en ella. La miró desde lejos, le dedicó una sonrisa forzada y se aproximó. Las piernas de Mira le sugirieron que escapara, pero su orgullo les ordenó justo lo contrario a voz en grito.

«Yo no soy la puta. O quizá sí.»

Cuando Mary le agarró un brazo, Mira tuvo que dominar la imperiosa necesidad de vomitar sobre ella.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó la mujer del alcalde bajando la voz.

—Hasta hace un segundo, bien, gracias.

—Estás muy pálida, ¿sabes? Además, has ganado un poco de peso. Pero bueno, es normal, ¿no? ¿Ya te has hecho el test?

Mira abrió desmesuradamente los ojos y dos llamas gemelas encendieron la palidez de sus mejillas.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—¿Cómo lo sé? Me lo dijo Kade hace un rato. Estábamos en el barco y me contó lo que sabes mejor que yo.

Mira tuvo la impresión de que una cuerda invisible le trituraba la garganta. ¿Kade le había contado todo a esa bruja? No le parecía muy creíble, pero… De no ser así, ¿cómo podría haberlo averiguado?

En ese momento, Henry se acercó a ellas. Mira temió que Mary hiciera algún comentario delante de él a propósito de su posible embarazo, pero la mujer del alcalde se limitó a hacer lo que mejor se le daba: la puta. Le dedicó un número exagerado de cumplidos, se pegó casi a su cuerpo, lo invitó a tomar un grog en su casa una tarde y luego anunció que debía volver con su «querido» marido.

Mientras caminaban hacia el coche, guardaron silencio, pero, al entrar, Henry dijo en tono disgustado:

—Mary Grandall es cada vez más repugnante. La verdad es que no sé lo que ven los hombres en ella.

—No lo sabes porque, cuando te marchaste, eras un crío y no tuvo tiempo de concederte el «beneficio» de sus atenciones y ahora que has vuelto estás acostumbrado a las bellezas de Hollywood y no te llama la atención.

Él le acarició con dulzura un larguísimo mechón. Después arrancó el coche y se dirigió hacia la explanada que había delante del ayuntamiento.

—Estar acostumbrado a las bellezas de Hollywood no significa nada, Mira —comentó mientras conducía—. He conocido y estado con mujeres magníficas, pero eso no impide que mi corazón… se altere cuando te veo. Ella, en cambio, es repugnante. Además, si piensas en lo que le hizo a tu madre, resulta aún más repugnante.

Mira gesticuló por un instante en la oscuridad del habitáculo. Se sintió empujada hacia delante, como si él hubiera frenado de golpe.

—¿Qué…? ¿Qué le hizo a mi madre?

—¿Tus padres no se separaron por ella? Creía que tu madre sabía lo de… ellos.

—¿Mi padre y… Mary Grandall? —dijo lanzando un desagradable chillido.

—Fue hace seis años, poco antes de que me marchara, los vi juntos. Ese día nevaba mucho, yo volvía del aeropuerto, donde había ido para arreglar mi partida para el día siguiente, no había casi nadie en la calle y ellos estaban juntos en un coche. Se estaban besando. Yo estaba muy ensimismado con mis cosas, así que no hice mucho caso, pero cuando, al cabo de un tiempo, me enteré de que tu padre se había marchado, pensé que Adele lo había echado de casa por culpa de Mary. ¿No fue por eso?

Mira casi no podía respirar. De repente, tuvo una feroz iluminación: ¿cómo era posible que, a pesar de que siempre había dicho que Mary se acostaba con todos los hombres de Noweetna, nunca hubiera incluido a su padre en la lista? ¿Cómo era posible que hubiera dado por supuesto que él no había cedido a sus encantos? ¿Willem Kendall también formaba parte de su lista de hombres usados y abandonados?

Cuántos golpes para un solo corazón en una noche. La oscuridad jamás le había parecido tan pesada e infinita, jamás había necesitado la luna y las estrellas, la esperanza de que saliese un sol resplandeciente.

—Ella no… Nunca lo habría echado de casa. Siempre ha tenido una visión muy… cómo puedo explicarlo… bíblica del matrimonio. En lo bueno y en lo malo, ¿entiendes? Además, a pesar de que siempre ha sido una mujer fría y poco expresiva, estoy segura de que, a su manera,

lo quería. Seguro que lo quería mucho más de lo que jamás me ha querido a mí. Si hay una excepción a la regla de que se quiere más a los hijos que a cualquier otra persona en el mundo, mi madre es la encarnación de esa excepción. Enloqueció cuando mi padre desapareció. Si hubiera sabido lo de Mary, no lo habría echado de casa. Se lo habría reprochado, le habría echado unos cuantos sermones, le habría desgranado un rosario infinito de faltas imperdonables, pero al final lo habría perdonado. Mi padre se marchó porque quería marcharse.

—¿Y nunca se ha vuelto a saber nada más de él?

—Nunca.

—Creía que estabais muy unidos. Según recuerdo, él no era una excepción a la regla de que se quiere más a los hijos. Creía que, al menos contigo…

—No tengo ganas de hablar de eso. No sabía lo de Mary y me da asco. Qué raro que esa cabrona no lo haya ido contando por ahí, pero supongo que habrá tenido motivos perversos para no hacerlo. Ahora te ruego que hablemos de otra cosa, que veamos la película, nos atiborremos de tarta de manzana y finjamos que aún tenemos diecisiete años.

Él aparcó en la explanada, en la última fila. Se volvió hacia ella y esbozó una sonrisa encantadora.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¡Por los diecisiete años!

El interior del coche olía a café y a tarta de manzana. Las migas y las palabras se habían esparcido por todas partes. Fuera, la película contaba una historia de aventuras en una pantalla que ondeaba con el viento, pero dentro no cabían más historias que las personales.

Mira y Henry llevaban una hora hablando del pasado como si fueran dos centenarios junto a un fuego.

—La psicoanalista me comparó con un cachorro —murmuró Henry—. Dijo que me arrancaron demasiado pronto de mi madre. No se refería a mi madre en sentido literal, sino metafórico. En su opinión, vivir en Alaska y en un pueblo como este supone una formación anormal. Abandoné el nido cuando aún era inmaduro y aún necesitaba impregnarme de él. Eso condicionó mi capacidad de sentir empatía y, en consecuencia, de identificarme con papeles que requieren una carga emocional. Por ejemplo, no sé llorar en el plató. Debo recurrir a las lágrimas de glicerina, pero en los primeros planos se ve que tengo los ojos secos, así que el espectador no puede emocionarse, porque no existe emoción. Cuando le hablé de ti al doctor Abramovich, cuando le dije cómo eras, tan afectuosa y llena de fantasía, y le conté cómo te había dejado de buenas a primeras, a pesar de haber llevado varias semanas planeando la fuga, me explicó claramente que mi comportamiento demostró mi incapacidad para sentir a los demás. A pesar de quererte, te hice daño, porque no sabía sentir un dolor que no fuera el mío. Lo único que contaba era mi satisfacción personal. Quería ser actor y esa necesidad prevalecía sobre la de cualquier otra persona, a tal punto que pisoteé las necesidades que pudieran oponerse a las mías. No me limité a perseguir mis deseos, cosa que el psicoanalista considera del todo legítima, sino que además dejé unos cuantos cadáveres a mis espaldas sin demasiados miramientos, por decirlo de alguna forma. Ahora estoy aprendiendo a considerar las emociones de los demás. Según el doctor, si consigo sentir lo que tú sentiste entonces, podré ser mejor persona y mejor actor.

En otra vida y siendo otra persona, Mira habría arrojado el café a la cabellera rubia de Henry y lo habría dejado solo en el coche con su falsa empatía, dado que solo estaba actuando por enésima vez.

Mientras Henry hablaba, Mira comprendía que nunca lo había conocido de verdad. Estaba

segura de que el cacareado arrepentimiento por la manera en que se había comportado hacía seis años con ella no era tal, sino solo uno de los pasos sugeridos por el doctor Abramovich para tratar de sacar un mínimo de capacidad interpretativa de un actor guapísimo, pero tan expresivo como un bacalao.

Henry había ido a Noweetna para volver a sentir a los demás, pero Mira estaba convencida de que nunca había sentido nada por nadie. Aunque hubiera vivido cuarenta años más en el pueblo, jamás se habría sentido cerca de nadie. Era más fácil encontrar una aguja minúscula en un pajar del tamaño de una pirámide.

Al recordar sus relaciones sexuales, Mira entendió por qué eran tan insatisfactorias: porque ya por aquel entonces Henry solo pensaba en sí mismo. Las poesías, las flores y las dedicatorias en la radio, solo eran simulaciones, a pesar de que él aún era inconsciente de ello. Henry ensayaba para el papel del novio romántico. Se trataba de simples ensayos, sin amor ni pasión. También en ese momento, mientras hablaba como un libro de sabios aforismos, solo parecía sentir pesar por sí mismo y por su incapacidad de llorar sin pelar una cebolla.

En otra vida, ese descubrimiento le habría causado una nueva decepción, pero, como le había dicho a su madre, Mira había cambiado mucho. Que Henry no sintiera nada por ella, salvo el deseo de usarla para salvarse de su falta de sentimientos, una carencia que empobrecía sus dotes interpretativas, no lograba herirla. Estaba segura de que, a su manera, él le tenía algo así como cariño, de que sus intenciones eran buenas, de que sus palabras eran voluntariosas, pero ella solo le servía para mejorar sus dotes en el plató. En pocas palabras, Henry había regresado a Noweetna por prescripción de su médico, más que de su corazón.

Mira estaba demasiado acostumbrada a que la quisieran de forma poco usual, así que no se disgustó. ¿Cómo podía una joven que había sobrevivido a un afecto maternal poco menos que gélido afligirse porque le importara un bledo a su primer amor?

Cuando Henry le preguntó de nuevo si podía besarla, Mira pensó «¿Y por qué no?». Quizá lo ayudara a aprender a fingir un beso romántico en su próxima película. Cuando se viera en dificultades, Henry pensaría en ese día y en ese lugar, y pondría los labios y la lengua de la misma forma.

No fue un mal beso, respetó todas las reglas técnicas y habría merecido un apartado en un manual de arte amatoria, pero en un manual de arte al estilo Henry: irreprochable, pero gélido e imperturbable.

Dentro de Mira nada estalló ni expiró, ni resucitó, no se produjo ninguna reacción exorbitante. Todos y cada uno de los elementos permanecieron en perfecto equilibrio. Lo único discordante fue un hecho: no dejó de pensar en Kade un solo momento. En la manera en que la besaba, en su lengua famélica, en sus manos predadoras, en su cuerpo, que le daba y le hacía cosas furiosas. En su repentina generosidad: jamás tomaba nada sin restituir eso y más. Nunca la dejaba a merced de un placer frustrado. La tocaba íntimamente incluso cuando estaba satisfecho, para regalarle nuevos suspiros. A veces la hacía gozar y parecía gozar con solo mirarla.

Todo en ella estallaba, moría y renacía incluso cuando solo le rozaba una rodilla.

Entonces, por primera vez en aquella velada de revelaciones que habrían reventado planetas, le entraron ganas de llorar. Es curioso como, en ocasiones, resistes a la devastación de un alud y, en cambio, basta una gota de lluvia para que te desmorones.

Henry estaba demasiado concentrado en el beso para darse cuenta de nada, de manera que no notó su derrumbe emocional. No se dio cuenta de que estaba abrazando una muñeca. Lo único que le interesaba era besar bien, una mano en la espalda de ella, otra en una de sus mejillas, moviendo con languidez la lengua, que no debía estar demasiado húmeda ni hundirse del todo,

un cambio en la inclinación de la cabeza de cuando en cuando, alguna que otra parada para respirar y sonreírle en los labios, como si estuviera compartiendo con ella un profundo secreto amoroso. En realidad, no compartía nada, ni siquiera vio las lágrimas ardientes de Mira.

No obstante, de repente, tuvo que emerger de aquella magnífica interpretación.

Sucedió cuando el frío penetró en el habitáculo y con él un brazo más que brusco que, tras abrir la puerta del conductor, le agarró un hombro, luego la pechera de la cazadora y a continuación lo sacó como si fuera un saco de desperdicios.

Mira gritó sorprendida. Antes de comprender lo que estaba sucediendo, pasó por un instante de confusión en el que se preguntó si por casualidad no se habría quedado dormida durante el beso o no habría acabado en el centro de un sueño imposible. Porque en la explanada, al lado del coche, empujando a Henry contra el capó, vio a Kade.

Mira cerró los ojos un segundo exacto y, cuando volvió a abrirlos, seguían allí: Kade moliendo a palos a Henry y Henry tapándose la cara para protegérsela. En la explanada la gente aún no se había dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero esa escena imprevisible no tardaría en llamar la atención.

Mira se apeó del coche con el alma en vilo:

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó a Kade—. ¡No le pegues en la cara! ¡No le pegues, pero, sobre todo, no le pegues en la cara!

Kade se paró y la miró. Sus ojos rebosantes de intensa cólera, sus ojos perversos y resplandecientes anularon el resto del mundo, solo quedaron ellos. El frío, la película, Henry, herido y aturdido, todo y todos desaparecieron, salvo sus ojos odiosos, enloquecidos y despiadados, difíciles de perdonar e imposibles de olvidar.

«¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¿El polvo con Mary te ha vuelto más cabrón de lo que ya eras? Vete. Vete. Vete. … Espera.»

Mira se acercó a Kade y le dio un empujón. Un ademán que no lo movió un milímetro, pero que sirvió para expresar lo que pensaba. Kade soltó la pechera de la cazadora de Henry con desprecio y Henry trató de mantener el equilibrio. Jadeando entre el aire y el coche, al final logró mantenerse en pie sin parecer el último bolo que cae después de un *strike*.

—¿Te ha hecho daño? ¿Te ha roto algo? —le preguntó Mira sin dejar de concentrar en Kade todo su odio.

Henry se palpó la nariz, las mejillas, la cabeza, los labios.

—No… Creo que no. ¡Espero que no! ¡Dios mío, qué daño! Pero ¿quién…? ¿Quién eres? —preguntó a Kade sorprendido. Después se dirigió a Mira—. ¿Es tu novio? ¡Podías habérmelo dicho!

—¡No es mi novio! —protestó ella—. ¡No conozco a ese cabrón!

Por toda respuesta, el cabrón desconocido le agarró una muñeca e hizo amago de llevársela a rastras de allí.

—Vamos —dijo en tono autoritario.

—¿Vamos? —repitió ella, casi inconsciente debido al estupor—. No vamos a ninguna parte, ¡suéltame!

Kade se le acercó a la cara con tanta violencia que casi parecía que iba a morderla.

—No he pedido tu opinión.

Así pues, siguió arrastrándola hacia un destino ignoto. No tardaron en abandonar la explanada, en alejarse de las escenas de la película que aún chispeaban en la pantalla. La reacción más obvia habría sido pedir auxilio, pero lo único que salió de los labios de Mira fue un gruñido: «Cabrón», mientras el brazo de él la manejaba como si ella fuera algo que debía mover

y no una persona a la que debía llevar a alguna parte. Con todo, no se volvió, no trató de averiguar cómo estaba Henry ni comprobar si alguien había presenciado aquella conflictiva despedida. Lo único que podía hacer era contemplar el perfil de Kade que, mientras tiraba de ella sin descanso, parecía víctima de una extraña y gélida locura. Con todo, la locura de Mira no era menos elocuente: también ella había sido abandonada por la lógica, la prudencia y el sentido común, dado que se dejaba arrastrar sin oponer resistencia. Lo seguía sin más, se movía tras su rastro oscuro, observaba su perfil como habría observado el norte y lo detestaba con todas sus fuerzas, tanto, que estaba convencida de que lo quería con igual intensidad, ya que, a pesar de que lo habría matado en ese momento, no deseaba estar en otro lugar.

Empezó a nevar cuando llegaron a la pista de *bush flying*. En una placa de hielo, el avión que pilotaba Otto Bryan parecía estar esperando a alguien. Mira abrió los ojos asombrada, como si acabara de divisar un oasis en el desierto y temiera que fuera un espejismo.

—¿Tú también vienes, Mira? —preguntó Otto—. Creo que nunca has volado conmigo, ¿o me equivoco? ¿No has traído equipaje?

Por un instante, Mira se quedó paralizada. Había llegado el momento de decirle a Otto que Kade la había obligado a ir allí, que no tenía equipaje porque no pensaba ir a ninguna parte, que pretendía volver enseguida. Además, ¿podría llamar al *sheriff*, por favor?

Había llegado el momento, sin duda.

Sin embargo, dijo:

—No, no he traído nada, pero vayámonos de todas formas.

Jamás había volado. Jamás se había alejado de Noweetna. Jamás había escapado con un hombre. Jamás había hecho nada que pudiera matar a su madre.

Al final, lo había hecho todo a la vez.

Y estaba aterrorizada.

No puedes haber vivido veintitrés años en el mismo lugar, cruzando sus límites solo con el pensamiento, y no sentirte perdida cuando te encuentras en la estrecha cabina de una avioneta, en compañía de un hombre del que te separa todo. Le temblaban las piernas, pero prefería morir a dejar que se notara.

Kade, sin embargo, no le hacía demasiado caso: sentado al lado de la minúscula ventanilla, miraba fuera con una expresión que parecía tallada en el mármol, como si, a pesar del escándalo de antes, su presencia lo dejara indiferente.

De repente, el avión perdió altura y Mira lanzó un grito ahogado. Apretó los puños debajo de las mangas, presa de visiones catastróficas de aviones precipitando, y luego se llevó una mano al pecho, a la altura de la medallita que parecía latir con su corazón. Kade se movió en ese momento. No se volvió. Siguió contemplando la oscuridad y la nada que había al otro lado del ojo de buey, con el mismo ceño inexpresivo. No obstante, rozó los dedos contraídos de Mira con una mano el tiempo necesario para contar hasta cinco.

Mira lo escrutó y sintió que un sinfín de preguntas se agolpaban en su boca, pero las contuvo al sentir que recuperaban altura.

—Te odio —le dijo de buenas a primeras en medio del estruendo de los motores.

—Lo sé —contestó Kade y eso fue lo único que obtuvo de él hasta la llegada.

Al llegar a su destino los recibió una copiosa nevada.

El avión aterrizó con una maniobra audaz en una pista parcialmente limpia en la que los copos se iban depositando cada vez a más velocidad.

Mira no sabía dónde estaban ni por qué habían ido allí. Se movía a tientas en una oscuridad tan densa como la negrura de ciertas noches especialmente nubosas de Noweetna. Poco antes de salir del avión, Kade le aferró una mano y dijo con firmeza:

—No te alejes.

—Me alejaré lo que me dé la gana.

—Ya no estamos en ese agujero del culo, la ciudad es peligrosa.

—¿Dónde estamos?

—En Anchorage. ¿Has estado alguna vez aquí? —Ella negó con la cabeza mientras miraba alrededor. Más allá del pequeño hangar entreveía unas luces urbanas que jamás había visto, como si un millón de Noweetnas se hubieran reunido para darle la bienvenida o para despedirse de ella.

—No te alejes, Mira —repitió Kade.

—¿Qué es esto, un secuestro?

—Llámalo como quieras, pero no te apartes de mi lado.

—Yo vuelvo enseguida.

—Eso es justo lo que he pensado.

—¿Qué…?

—Mientras estábamos en el avión, lo pensé. He hecho una gilipollez. El problema es que Otto volverá dentro de tres días.

—¿Tres días? —Mira abrió desmesuradamente los ojos, cada vez más sorprendida—. ¡Mi madre se va a volver loca!

—Creía que ya estaba loca.

Mira lo fulminó con la mirada.

—¿Ahora te diviertes contando chistes?

—No puedes regresar por ahora —prosiguió él—. Tendrás que esperar a que pase la tormenta. Tu madre se las arreglará sola.

—¿Tú no piensas volver?

—No.

—El coronel dijo que te marcharías en primavera.

—Las cosas cambian.

—Estás escapando, ¿verdad?

—Tú qué sabes de…

—No sé qué haces en Noweetna, pero… estoy segura de que estás escapando de algo y de que el coronel no sabe nada. ¿Me has cogido como rehén? ¿Piensas matarme?

—Los rehenes deben vivir para ser útiles.

—¿Me matarás cuando ya no te sirva?

Él no le respondió enseguida. La miró con inquietud, como si ella hubiera dicho algo alarmante.

—El problema es precisamente ese.

—¿Cuál?

Kade se ensombreció. La miró de nuevo con aire de desafío.

—No sé si dejarás de servirme.

CAPÍTULO 14

KADE

Estoy loco, así que no es extraño que haga locuras.

Fui a buscar a Mira. Al principio no quería hacer lo que hice.

Solo quería mirarla.

No quería despedirme de ella, solo mirarla.

Me marcho dentro de una hora y un último vistazo no se niega a nadie.

Quizá quisiera olfatearla también para sentir el aroma de su miel, para quitarme de la nariz el hedor del retrete donde me metí por pura rabia.

Solo eso, lo juro.

No le habría pedido ni un beso, los besos son para las despedidas entre personas que se han querido y yo no quiero a nadie, aún menos a ella. Me resultó útil durante un tiempo, pero ahora me marcho y todo lo que ha sucedido quedará reducido a una sombra de cosas que le ocurrieron a alguien, pero no a mí.

Después la vi con ese. En su coche. Ella se estaba bebiendo su jodida lengua.

Así que mandé a tomar por culo la idea de limitarme a mirarla.

«Tú no la tocas, cabrón.»

Su lengua es mía, su coño es mío, sus muslos, su espalda, su pelo y su maldito aroma.

Josiah me lo habría echado en cara con esas maneras afables suyas que te hacían sentir peor que un reproche altanero.

Me habría dicho que nadie es de nadie. Me lo decía sobre las cosas que robaba porque no podía tenerlas, así que ya imagino lo que habría dicho a propósito de las partes del cuerpo de otro ser humano. Me apuesto los huevos a que habría dicho: «Ella no es tuya solo porque ha sido tuya, no lo será hasta que no le concedas la libertad de elegir lo que quiere».

No le concederé ninguna libertad, una mierda.

Ella se viene conmigo y seguiré diciendo que es mía hasta que se hunda el mundo.

En el avión, Mira tiembla como una de esas hojas tiernas de color verde pálido que acaban de brotar en lo alto de una rama y que parece que vayan a caerse con el primer soplo de viento pero resisten, porque, por frágiles que parezcan, son jóvenes y fuertes.

Ella es así: una hoja suave y trémula, pero no me da el gusto de mostrarse asustada. Es evidente que el vuelo la atemoriza, creo que nunca ha subido a un avión. Creo que nunca ha ido a ninguna parte, ni siquiera a pie. Noweetna es el círculo cerrado en cuyo centro ha vivido. Creo

que, a pesar de su coraza, está muerta de miedo.

Luego el avión pierde altura y la toco de manera instintiva. Querría decirle que no sucede nada. No sucede nada, no tengas miedo. Apenas lleguemos te obligaré a regresar. No sucede nada, deja de temblar.

Pero mentiría, porque ya ha sucedido todo.

Mira las cosas como quien las ve por primera vez después de veintitrés años de ceguera. Una cosa es ver el mundo en la pantalla de un ordenador y otra sumergirse en una ciudad que, comparada con el pueblo de trescientas almas del que procede, parece un titán al lado de una mosca. Intento agarrarle una mano: no es un ademán romántico, no estoy tan atontado, no quiero que se pierda. Está aquí por mi culpa, no quiero que le ocurra nada malo. Nada más, al menos. A pesar de que mi conciencia se mueve peor por ciertas calles que la suya, sospecho que, si le sucediera algo, volvería a salir del maldito baúl donde la he tenido siempre encerrada y me atormentaría hasta la muerte.

Así pues, no me separo de ella mientras, tras salir del hangar, nos sumergimos en un mundo nevado, pero tan iluminado que casi parece que sea de día. En las ciudades no se conoce la oscuridad. En parte, después de tres meses de luces tenues y de noches negras como la boca de un lobo, a mí también me deslumbra. Imagino cómo debe de sentirse ella.

¿Qué piensas, niñata?

¿Por qué no dices nada, ni siquiera para mandarme a tomar por culo?

¿Por qué, cuando Otto te preguntó dónde estaba el equipaje, le mentiste?

¿Por qué viniste conmigo sin tratar de impedírmelo?

¿Por miedo o por otra razón?

—¿Quieres comer? —le pregunto de repente.

Me mira con despecho, como si hubiera olvidado algo fundamental: su nombre, por ejemplo, o el simple hecho de que podría estar embarazada.

—No tengo hambre, tengo náuseas —contesta, de hecho, con ironía—. Y no, no me ha bajado la regla ni he hecho el test, así que deja de preguntarme sin parar cuál es el resultado.

Una sensación de alarma me oprime la garganta, pero no por la razón que debería ser. No porque de repente haya recordado la espada de Damocles que cuelga sobre mi cabeza, sino porque no he dejado de pensar en ella un solo instante y, en lugar de marcharme como había decidido y dejarla sola en ese caldo cenagoso, preguntándose «y ahora qué hago», apreté con más fuerza las esposas y me metí también en ese caldo cenagoso.

La he traído conmigo.

Ahora ya no pregunta «¿qué hago?», sino «¿qué hacemos?».

¿Cuántas gilipolleces puede hacer un hombre en su vida?

Muchas, muchísimas, pero es la primera vez que hago una de este tipo. Una gilipollez que, en lugar de liberarme, me esposa. Una gilipollez que, en lugar de reforzar mi independencia, me hace sentir que necesito a alguien.

En pocas palabras, una gilipollez que jamás habría imaginado que haría y que repetiría tal cual.

—Hola.

—¿Kade? Mierda, ¿dónde coño estás? —El coronel no parece muy contento de oírme, de hablar conmigo, y es probable que tampoco esté muy contento de que exista. Suelta el mayor número de palabrotas que le he oído decir desde que lo conozco—. ¿Cómo está Mira? ¿Te das cuenta del lío que has organizado? ¡Vuelve enseguida a Noweetna! Supongo que sabrás que tengo que informar al departamento.

—No lo hagas, te llamo por eso. No llames a nadie. Volveré dentro de tres días y… fingiremos que no ha ocurrido nada.

—¡Eso es imposible! No te imaginas lo que está sucediendo aquí. El *sheriff* quiere mandar tus datos a todos los cuarteles de policía de Alaska, acusado de secuestro de persona. ¡No debías llamar la atención, hostia! ¿Por qué has hecho una idiotez así?

—No lo sé.

Guardamos silencio unos minutos.

—¿No estás bien, Kade? ¿Va todo bien? ¿Estáis seguros? Me preocupa mucho que no me hayas mandado al infierno cuando te he dicho que has hecho una idiotez.

—Porque lo es. No me asusta la verdad.

—Pegar hasta hacer sangrar a un actor bastante famoso no es la mejor manera de pasar inadvertido, ¿sabes?

—Volvería a hacerlo. La idiotez a la que me refiero no es esa.

—En ese caso, ¿a qué te refieres?

—A Mira.

—¿A qué, en concreto?

—A todo.

—Estás muy raro, Kade. Pareces… pareces nervioso por algo.

Por supuesto que estoy nervioso. Y estoy nervioso porque no entiendo lo que me está pasando. No comprendo cómo me siento ni por qué me siento así. No puedo impedir que Mira clave clavos en mi cabeza, que siembre flores que nunca había visto, que ponga las estacas de una tienda de campaña, de una casa, de una idea que me niego a aceptar, pero sin la que creo que dejaría de respirar.

—¿Dónde está ahora? —pregunta, probablemente intuyendo que nunca le contaré uno solo de mis pensamientos.

—En el cuarto de baño.

—¿Estáis en un hotel?

—Sí.

—¿La estás forzando, Kade?

—¡No! Si piensas que puedo hacerle daño, no has entendido una mierda.

—Dile que llame a su madre o a una amiga antes de que se interrumpan las comunicaciones. Mañana hay prevista una buena tormenta. Que diga que no la raptaste, que se marchó contigo porque quiso. Siempre y cuando eso sea cierto, claro. Si toda Noweetna debe hablar de ello, que, al menos, imagine una fuga pasional en lugar de un secuestro. Esa es la única manera de evitar que la cosa se nos vaya de las manos. Luego, en cuanto pase el mal tiempo, quiero que vuelvas con tu culo aquí. Si cambias de idea y no vuelves, si abandonas el programa de protección de testigos, no solo te expones al riesgo de que tus enemigos te den caza, sino que además se te considerará prófugo. La inmunidad va unida a tu testimonio. Si no declaras como testigo, el FBI se convertirá en tu peor enemigo, muchacho.

CAPÍTULO 15

La voz de Charlize al teléfono era una mezcla de excitación y resentimiento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —se apresuró a preguntar, antes de que Mira hiciera cualquier comentario—. No niego que algo sospechaba, te conozco como la palma de mi mano y nunca me he tragado la historia de que Henry y tú os habíais vuelto a enamorar, pero jamás habría imaginado que habíais llegado tan lejos. Quiero decir, era evidente que le gustabas, pero no pensaba que fuera tan celoso.

Mira no trató siquiera de corregir esa interpretación de los hechos: debía sostener la versión de una fuga acordada para evitarle problemas a Kade. No quería que lo acusaran de ser un secuestrador o algo incluso peor. Por eso, dejó que Charlize aceptara la teoría de los celos causados por un amor irracional. Si quería que los demás lo hicieran, Charlize debía creerse dicha versión.

—¿Alguien puede ocuparse de mi madre hasta que vuelva?

—Por supuesto, pero es imposible ocultarle la verdad, ¿sabes? No le puedo decir que te has quedado encerrada en la tienda y que no hay ningún herrero que pueda sacarte de allí. Sé que la señora Barrington ya la ha visitado, así que supongo que le habrá dicho lo otro. Lo que, por desgracia, ha contado a todos.

—¿Lo otro? —Al hacer la pregunta, la respuesta brilló en su cabeza antes de que Charlize tuviera tiempo de decírsela.

—Que Kade compró un test de embarazo en la farmacia. Y, después de lo sucedido, esa bruja chismosa duda que el test fuera para Mary. La mujer del alcalde se toma la píldora, lo saben hasta los postes de la luz, a los que se tira de vez en cuando. Así pues, ha sacado la conclusión de que…

—Ha sacado la conclusión correcta —sentenció Mira con brusquedad.

—Así que estás…

—No lo sé, aún no lo he hecho, pero creo que no.

—¿Has vivido todas esas cosas, esas emociones, y no me has contado nada?

—Sucedió muy deprisa, fue arrollador, no entendía nada. Él… me vuelve loca. Me basta con pensar en él, pronunciar su nombre o pensar en su nombre para que el corazón me estalle. —Eran las primeras palabras sinceras que decía. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, tan agresivas como las mariposas que estaban devorando su corazón.

—¡Qué historia tan maravillosa! ¡Parece una novela! Pero, entonces, ¿por qué saliste con Henry?

—Nosotros… Kade y yo habíamos reñido, así que… hice una estupidez.

—¡Si querías ponerlo celoso, lo conseguiste, desde luego!

—Oye, hazme un favor. Dile a Wyatt que Kade no me ha secuestrado y que deje de comportarse como un justiciero. Bueno, no le digas eso, sé que lo hace por mi bien, pero… yo sé cuál es mi bien mejor que él. Quiero estar donde estoy, me marché por voluntad propia, regresaré pronto, pero, hasta entonces… dejad que la señora Barrington chismorree, pero que no nos persiga más gente.

—No te preocupes por eso. Dime solo que eres feliz.

—Soy feliz —afirmó Mira cruzando los dedos detrás de la espalda, como si su amiga estuviera allí, en el cuarto de baño de la habitación del hotel y pudiera verla.

No era feliz, en absoluto. Kade apenas le había dirigido la palabra. La miraba con aire cáustico, pero guardaba silencio. Casi parecía que la locura que había cometido al llevarla hasta allí —con su complicidad de pobre ilusa—, lo hubiera agarrado por la pechera de la cazadora y lo hubiera pateado, igual que había hecho él con Henry. Parecía arrepentido de haberle hecho creer que era importante para él. En definitiva, parecía que la odiase.

Permaneció dentro, sentada en el borde de la bañera, durante un tiempo considerable hasta que, de repente, resopló a la imagen pálida y desconcertada de sí misma que reflejaba el espejo. No tenía sentido estar encerrada allí como una prisionera. Abrió la puerta con aire resuelto.

Kade estaba fuera, en el estrecho balcón que daba a un panorama de luces que parecían estrellas caídas. Más allá de esas luces y del puerto, la bahía de Cook parecía un gigantesco diamante en bruto. Aquel conjunto resplandeciente no podía compararse ni mínimamente con la belleza de una aurora boreal, pero también resultaba fascinante. Lástima que ella solo pudiera mirar la espalda de un cabrón que estaba demasiado cerca, fumando e ignorándola.

Se encogió de hombros y se reunió con él. Kade apenas se volvió hacia ella.

—¿Todo bien? —tuvo la suma bondad de preguntarle.

—¿Por qué me has traído aquí? —le preguntó ella sin titubear.

—Tú elegiste el hotel. —En efecto, lo había elegido ella, casi al azar, entre los muchos que había por el puerto.

—No me refiero al hotel, lo sabes de sobra, aunque finjas que no. Me refiero a Anchorage, al viaje, a todo. ¿Por qué? Y no me digas que fui yo la que quiso irse, que habría podido decirle a Otto que no y que ahora estaría en Noweetna.

—Y te respondo precisamente eso. ¿Por qué no te negaste?

«¡Porque te quiero con locura, cabrón!»

—Porque tenía ganas de viajar. Jamás había salido de mi pueblo y he aprovechado la ocasión.

Él hizo una mueca apretando el cigarrillo con la boca. Casi parecía una mueca de dolor, pero eso era imposible, lo más probable es que fuera de disgusto.

—¿Así que te he hecho un favor?

—Al menos, cuando mi madre me acuse de ser una hija indigna y una furcia, podré echarle la culpa a otro. —«Nunca lo haré, nunca, nunca. Quiero protegerte, ¿recuerdas? Quiero cuidar de ti»—. Estoy esperando tu respuesta, Kade. ¿No tuviste suficiente por hoy con Mary y querías completar la velada con la segunda puta de tu vida en el hielo?

Él frunció el ceño: su expresión, ya de por sí sombría, se tornó siniestra. Alejó el cigarrillo de su cara y lo sujetó a un lado.

—¿Qué…?

—Te vi con Mary en el barco. La próxima vez cierra la puerta. En cualquier caso, te lo

repito, ¿qué quieres de mí?

Kade dio la enésima calada al cigarrillo sin suavizar el ceño, en el que no había ni rastro de sentimiento de culpa Al contrario, acentuó su mirada acusatoria, como si él fuera la única víctima de esa historia, poco importaba de qué historia se tratara.

—Había bebido —fue su concisa respuesta.

—A ver si lo entiendo. ¿Estabas borracho cuando te acostaste con Mary o estabas borracho y por eso montaste la escena delante del ayuntamiento?

De nuevo el silencio, de nuevo el cigarrillo en sus labios y el humo flotando a su alrededor como una cinta suelta.

—Las dos cosas —contestó, por fin, en tono ausente, como si no estuviera en el balcón ni en la ciudad, sino en otra parte, en compañía de pensamientos secretos de los que ella estaba a todas luces excluida.

—Entiendo. Estabas borracho e hiciste una gilipollez.

—Dos gilipolleces.

—Me refería solo a lo que sucedió en el *drive-in*, el resto es asunto tuyo. No me concierne, ¿no?

Si la Mira de antaño llena de sueños de colores habitase aún en su cabeza, se lo habría imaginado recorriendo el balcón con paso apresurado, acelerado por un ardor que le impedía soportar otro metro más de espacio y otro segundo más de tiempo entre ellos. Lo habría visto llegando a su lado, abrazándola y diciéndole cosas que solo guardan relación con el amor.

Pero la Mira presente había colgado las ilusiones a un clavo.

—No lo sé, dímelo tú —dijo Kade mientras apagaba el cigarrillo en la piedra del alféizar.

Mira trató de hacer acopio de toda la frialdad que podía en ese instante y a continuación declaró como cabrona a la que no le tiemblan las piernas:

—Lo único que me queda por decirte te lo diré dentro de unos minutos. —Rebuscó en su pequeño bolso de lana y sacó el test de embarazo. Aún estaba allí, metido en un bolsillo interno —. Aquí está —prosiguió—. Voy al cuarto de baño y vuelvo.

—Mira. —Su voz, repentina, la hizo vibrar. Se volvió y lo escrutó con aire interrogativo—. Nada —dijo él. Sacudió la cabeza, se volvió, espiró como una persona que se está ahogando y no añadió una palabra.

Kade estaba sentado en el borde de un sillón cuando Mira salió del cuarto de baño. Inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en los muslos, se había recogido su larguísima melena y se retorcía la barba con fuerza, como si quisiera arrancársela de la cara.

—Tranquilízate —le dijo enseguida—. Negativo al cien por cien. He hecho los dos. No estoy embarazada, solo se trata de un retraso.

—De acuerdo —comentó él, pero no dejó de frotarse las manos con ensañamiento, pasándose incluso los dedos por los párpados.

—Y, ahora, ¿vamos a comer algo a algún sitio? No he traído dinero. Tú me secuestraste, así que tú me invitas a cenar.

—De acuerdo —repitió Kade.

—Haz un esfuerzo y saca otras palabras del horno. Deja de comportarte como si estuvieras a punto de matar a alguien para defenderte. No es necesario que te preocupes por lo que dirán en Noweetna, no tengo un padre que pueda obligarte a casarte conmigo por el escándalo y mi madre loca como mucho tendrá uno de sus ataques de pánico y me dirá que soy una degenerada, digna

hija del degenerado de mi padre. Los chismosos del pueblo hablarán de nosotros una temporada, pero, pobres, después de tantos años se habían quedado sin tema de cotilleo: les hemos dado savia nueva. ¿No te alegras de haber hecho algo bueno por esos desgraciados, que ya no tenían nada sobre lo que chismorrear en sus tristes noches, exceptuando a Mary y su costumbre de abrirse de piernas con todos los hombres? —Mientras hablaba se puso de nuevo el abrigo, la bufanda y los guantes—. Si, cuando se te pase la castaña, te das cuenta de que no me soportas y quieres ir a la tuya, eres libre de hacerlo. Prefiero estar sola que en compañía de alguien que no habla y me mira como si me odiase.

—Ni hablar.

—¿Qué?

—No saldrás sola. Tú estarás conmigo. Y no te odio.

—Ah, ¿no?

—No, por desgracia no. No parto la cara a los tipos que meten la lengua en la boca a las tías a las que odio. Ni siquiera cuando estoy borracho.

Mira lo escrutó con los labios entreabiertos. Le dolía el corazón, como si estuviera dando puñetazos a su pecho desde dentro.

—No me gustó —le dijo sin saber por qué—. El beso de Henry no me gustó.

Kade guiñó los ojos, como si estuviera tratando de ver con claridad una escena nebulosa.

—Vaya —dijo en tono cortante—. Pues no lo parecía. Daba la impresión de que le estabas lamiendo las anginas.

Mira sintió un impulso de rabia y una tristeza tan inmensa como el mundo que desconocía.

—Ha hablado el hombre que se tiró a Mary como un animal. Apuesto a que a ti te gustó.

Esperaba una respuesta vulgar, sin duda sarcástica, pero Kade afirmó:

—Para nada —dijo con el tono del que parece realmente disgustado por algo repugnante.

—Ya me imagino cuánto sufriste, pobre —ironizó Mira, ya más rabiosa que triste—. ¿Pediste un castigo a los dioses por todo ese horror?

—A veces el castigo por haber hecho algo es haberlo hecho. —La miró tan serio que parecía haberse puesto la máscara de la melancolía. Después le aferró una mano y la atrajo hacia sí, con un gesto que parecía un paso de danza y un asalto brusco al mismo tiempo—. No me gustó, Mira, hablo en serio. Últimamente solo estoy bien dentro de ti. —Tras decir esas palabras, la sacó de la habitación.

¿Por qué no dejaba su mano entregada a la soledad? ¿Por qué, en las calles de la ciudad que recorrieron a pie, indiferentes a la nieve que, comparada a la nieve de Noweetna, era una nada blanda, Kade seguía apretando sus dedos con tanta fuerza?

Anchorage parecía querer festejar el evento. Por todas partes brillaban luces navideñas, las tiendas estaban abiertas y los locales abarrotados de gente. Era todo tan ruidoso, estaba tan poblado e iluminado que resultaba desconcertante y magnífico a la vez.

No obstante, de repente sucedió algo muy extraño. Mira sabía que el comportamiento de Kade era inescrutable: podía ser taciturno y sarcástico, sombrío y agresivo, lo único que no podía decirse de él era que tuviera miedo.

Pero, mientras se acercaban a una plaza en la que habían erigido un árbol de Navidad altísimo, que, según un cartel, era el más grande de todo Alaska, Kade le apretó la mano con tanta fuerza que Mira lanzó un grito. Después, la hizo entrar de golpe en un callejón.

—¡Caramba! —exclamó.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella atónita.

—Malditos periodistas.

Mira vio entonces a un grupo de reporteros de un canal de televisión que estaban entrevistando a varios transeúntes en el centro de la plaza.

A pesar de que la reacción le parecía excesiva, no ironizó sobre ella. Se limitó a decirle:

—Volvamos.

Entraron en un local próximo al hotel y se dirigieron hacia una mesa que había al fondo. Una vez allí, retomando las preguntas directas, le dijo:

—¿Te busca la policía?

—Aún no —le contestó él después de haber elegido el asiento que estaba contra la pared, desde el que se podía ver la sala, como si quisiera controlar en todo momento lo que sucedía a su alrededor. Se comportaba con cautela, como si el mundo fuera una boca dentada que pudiera morderle en cualquier momento.

—Entonces, ¿de quién huyes? ¿De alguien que te busca para dejarte seco?

Por primera vez desde que había iniciado aquel insólito viaje, Kade sonrió. Fue una sonrisa hiriente, más que divertida, pero al menos ya no le había mostrado el ceño fruncido de siempre.

—Vaya lenguaje de dura —comentó—. ¿Lo aprendiste en alguna película?

—¿Es eso? ¿Alguien quiere hacerte daño?

—Puede.

—¿Por eso viniste a Noweetna? Pero… una vez se te escapó que no lo habías elegido tú. Dijiste «me han mandado». —Se detuvo, como si estuviera dándole vueltas a esa idea. Un camarero se acercó a ellos, le pidieron salmón y tarta de frambuesas. Cuando se marchó, Mira le explicó la conclusión a la que había llegado en esos minutos de incansables reflexiones—. ¿Eres uno de esos… testigos… esos que protege el gobierno, que cambian de identidad y cambian por completo de vida? —Él no respondió ni comentó su deducción—. Entiendo, no piensas confirmármelo ni negármelo, pero sé que es así. Eso significa que Kade no es tu verdadero nombre.

—No me preguntes más, Mira. No pienso contestarte.

—¿Por qué? Porque, si no sé nada, no puedo traicionarte en caso de que me torturen, ¿por eso?

—No digas memeces.

—Nunca se sabe. Estás escapando, de manera que dejarán de protegerte y los malos pueden encontrarte primero.

—Yo también soy malo. Sea como sea, me buscarán a mí, no a ti. Nadie te torturará jamás.

—Salvo tú con tus cabronadas, ¿verdad? Con tus silencios, tu rabia, la manera en que me confundes, haciéndome creer todo y lo contrario de todo en un santiamén, dándome cosas que quizá solo veo yo, tomando cosas que no ves… ¿Acaso eso no es tortura?

—Confundir al adversario forma parte del arte de la guerra.

—No soy tu adversaria, Kade, o como demonios te llames, pero supongo que para ti todos han sido siempre enemigos. Salvo Josiah. —Le habló de las averiguaciones que había hecho Lorna y del artículo que había encontrado sobre el guapísimo sacerdote con el corazón de oro. La mirada de Kade se enturbió, parecía barro denso.

—Maldita entrometida.

—Si puedo darte un consejo, la próxima vez elabora una historia, cuenta alguna mentira, deja que la gente chismorree sobre aquello que hayas inventado. En caso contrario, las personas tratarán de satisfacer su curiosidad de otra forma y quizá den con informaciones auténticas que

prefieres que no salgan a la luz.

El camarero llegó con los platos e interrumpió la conversación. Comieron en absoluto silencio, sin mucho apetito, como si estuvieran ejecutando una tarea. A Mira le habría gustado hacerle un sinfín de preguntas, pero sentía ya el sabor áspero de los monosílabos que habrían flotado en el aire, truenos lejanos de una lluvia que nunca llega a caer.

Kade bebió un extraño vino de ruibarbo, Mira un chocolate caliente. Fuera, la nieve caía en copos tan ligeros como el polvo.

De repente, él ordenó callar al silencio y le preguntó a bocajarro:

—¿Has follado con él?

Mira lo fulminó con la mirada.

—Solo te lo diré si me cuentas algo sobre ti. Del auténtico Kade, me refiero.

Él dejó unos billetes en la mesa y se levantó apresuradamente.

—No me interesa saberlo hasta ese punto. ¿Has terminado? Vamos.

Mira bebió un último sorbo. Cuando se levantó, él la observó como si hubiera visto algo espantoso en su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Mira tocándose una mejilla, como si esperara notar algo extraño en ella—. ¿Vas a hacer algún comentario desagradable sobre mi cara? ¿No tiene las proporciones perfectas como la de tu querida Mary? Seguro que ella se ajusta a las medidas de la regla áurea de la belleza y…

Kade alargó un brazo y le pasó un dedo por el labio superior.

—Una mancha de chocolate.

Mira contuvo un débil gemido.

—O… Vale —balbuceó.

—Vamos.

—Vamos. —Le habría gustado añadir «donde quieras», pero se detuvo a tiempo y se cosió los labios con un hilo invisible de amor propio.

Mira se detuvo delante de la puerta cerrada de la habitación que, con inesperada galantería, Kade le había concedido, tras elegir para sí el sofá del minúsculo salón tapizado de moqueta. Cuando lo había dejado al otro lado de esa puerta interior, que, más que nunca, le parecía una señal intermitente de peligro, se había sentido como si hubiera abandonado un pedazo de sí misma.

Tenía todos los motivos del mundo para guardarle rencor, pero el amor propio no puede hacer mucho contra el amor.

Se apretó el cinturón del albornoz del hotel, se retorció el pelo con rabia, pensó en un millón de cosas, tembló y se movió inquieta. Estaba, como poco, aterrorizada, pero ¿qué es el valor si el miedo no se transforma y enseña las garras?

De manera que, sin concederse más dudas, abrió la puerta.

Y tropezó con el cuerpo de Kade al otro lado del umbral.

Con el pelo suelto, descalzo, los pantalones y nada más, salvo su piel tatuada, parecía la encarnación de una tentación fatal. Había cerrado las ventanas y la habitación en penumbra, iluminada exclusivamente por un aplique en forma de media luna, las cortinas, la moqueta, el sofá de terciopelo y una radio escondida, que susurraba un blues, resultaba sugerente, suave y cálida. No obstante, los claroscuros, más oscuros que claros, hacían que su mirada pareciera casi siniestra.

—¿A qué estás jugando, Mira? —le preguntó enseguida con dureza—. ¿Dónde has puesto los test que hiciste? No están en el cuarto de baño, la camarera no ha limpiado la habitación y no tiraste nada cuando salimos. ¿Qué significa esto?

Mira sintió un calor repentino, mucho más ardiente que el que justificaba la tibieza que emanaba de un enorme radiador.

Sin darle tiempo a responder, Kade entró en la habitación con el paso de un tanque furibundo y rebuscó en los bolsillos del abrigo de Mira. De nada sirvió tratar de impedírselo: en un abrir y cerrar de ojos tenía en las manos las dos barritas. Las miró, luego la miró a ella. Sus ojos la mordieron.

—¡Aquí dice «embarazada», hostia!

Mira tuvo la impresión de que una escotilla se había abierto bajo sus pies y de que caía, caía, caía.

—Podría ser un falso positivo —dijo, consciente de que debería haberle dicho la verdad. No obstante, antes, cuando había aparecido la palabra nítida y sin posibilidad de duda, precisa incluso en el tiempo, pues indicaba entre dos y tres semanas, como si ese artilugio la hubiera estado espiando, había tenido miedo. Un miedo racional, lógico, fundado en reglas exactas. Él no la quería y ella tendría que afrontar sola el peso de las decisiones que había que tomar. ¿Qué sentido tenía decírselo? ¿Para asustarlo también a él? ¿Para que escapara aún más deprisa?

—¡No me interesa lo que pueda ser! —prosiguió Kade encolerizado—. Positivo o negativo, ¡deberías habérmelo dicho! ¿O tenías algún plan diabólico? ¿Querías guardar el test, dejar pasar unos días y luego contarle a ese imbécil que estás embarazada de él? Seguro que podría pasarte un montón de dinero, podrías ir a vivir a California con él y…

El sentimiento de culpa de Mira se transformó en una rabia furibunda.

—No te lo dije, precisamente, porque eres capaz de pensar esas cosas de mí. Porque crees que soy una puta oportunista. No quiero compartir nada con un hombre que tiene esa consideración de mí. Además, ¿por qué debería habértelo dicho? ¿Para ver el pánico en tu cara? Me bastó con verlo en la mía. ¡No entiendo por qué te cabreas! ¡Deberías agradecérmelo! ¡La verdad es que no sé qué quieres de mí!

Kade se acercó a ella en dos pasos. Su tono era bajo, pero no por eso menos temible.

—¿Qué quiero yo? ¡Qué quieres tú, más bien! ¡Desde que apareciste en mi vida solo pretendes cosas!

—¡Tú estás loco! ¿Qué se supone que he pretendido?

Los dos ojos de Kade parecían negros en ese momento. Él parecía negro por dentro. Mira no retrocedió, no pensó ni por un instante que pudiera hacerle daño, pero cualquier otra persona así lo habría pensado. Alargó un brazo hacia ella, en un ademán que parecía el inicio de un golpe.

Pero solo fue el inicio de un tormentoso abrazo.

—Niñata —le dijo—. Niñata. —La besó en los labios—. Niñata. —Le mordió un lóbulo—. Niñata. —Y le lamió la garganta. Después la alzó en brazos, la tumbó en la cama, abrió su cuerpo, devoró su carne suave y luego le dijo—: Córrete en mi boca. —Y la saboreó hasta el último instante.

CAPÍTULO 16

KADE

No sé qué hacer con ella, pero, sobre todo, no sé qué hacer conmigo. La miro mientras duerme, desnuda, con el pelo esparcido por mi cuerpo, como ella, aferrada, suave, mía, y no sé qué hacer. Hemos follado de todas las maneras posibles, sin hacer caso de cosas banales, como usar preservativo, porque ya no tiene remedio.

El daño.

«Has dañado mi vida o… puede que hayas dañado la armadura que la envolvía y la convertía en un reino perfecto desde el que podía odiar al mundo.»

No he dejado de odiar al mundo, pero mi armadura ha recibido algún rasguño, seguro. Seguro que, en alguna parte, una lanza me ha cortado la piel, los músculos, los huesos. No veo la herida, pero sé que existe, porque me duele de forma espantosa.

Malditos espasmos.

Como si unas serpientes se estuvieran desenrollando entre mis costillas.

Sentir el corazón, comprender que existe, percibirlo, cuando antes lo daba por supuesto. Antes era un órgano como cualquier otro y hacía lo que debía hacer. Ahora logro distinguir cada latido, como cuando no tienes sueño y cuentas los tañidos de todas las horas durante toda la noche.

Además, huelo el aroma.

Nos penetramos de una forma que nada tenía que ver con una danza real, follamos hasta arrancar un grito a la cama y, pese a todo, en la habitación flota el aroma a miel. Al menos en mi nariz y mi cerebro.

Y sigo sin saber qué hacer.

Y sigo mirándola, sin pegar ojo, extenuado. La idea de que es la última vez, de que después no volveré a verla, porque no puedo quedarme con ella, porque es demasiado arriesgado, porque pondría en peligro su vida un sinfín de veces, transforma mis entrañas en víboras que se muerden.

¿Por qué has destrozado mis pocas y viles certezas, niñata?

Me adormecí y por fin he dormido como si no lo hubiera hecho en varios siglos. Probablemente era así.

Cuando abro los ojos no veo a Mira.

Salto de la cama, mi mirada la busca en vano en la penumbra de la habitación. Me levanto,

echo un vistazo en el cuarto de baño. No la encuentro. Entonces, me visto a toda prisa, furioso sin saber por qué: por qué tanta prisa, pero, sobre todo, por qué tanta furia.

Cuando me dispongo a salir de la habitación sin rumbo fijo, la veo en el balcón, envuelta en una manta, sentada en el suelo, con la espalda apoyada a la pared, la cabeza en las rodillas, cubierta por la melena.

Me siento a su lado sin decir una palabra. Levanta la cara, me ve, sonríe. Sonríe, pero tiene lágrimas en la boca.

—Mira —susurro—. Hace frío, entra.

Entra.

Hace frío.

Me preocupo porque tiene frío.

Me preocupo por sus lágrimas.

Me preocupo por cualquier cosa o cualquier persona que pueda hacerle daño.

Sobre todo yo.

—Es la primera vez que veo una ciudad tan grande —dice con un hilo de voz—. Quiero mirarla mucho antes de volver a Noweetna. ¿Adónde irás tú?

—No lo sé —le respondo bruscamente.

No la toco, me gustaría hacerlo, pero no la toco. Anoche la toqué por todas partes, pero, si lo hiciera en este momento, sería el final de algo. De mí mismo, quizá. Así pues, mantengo cierta distancia, sin secundar la necesidad que tiene mi mano de apretar la suya.

—¿No tienes a nadie en el mundo? —insiste.

—No.

—Voy a decir algo terrible, pero… a veces también me gustaría estar sola en el mundo. Sé que es una idea monstruosa, lo sé, pero mi madre me está volviendo loca. Me gustaría tener el valor de marcharme.

—Marcharte será más fácil que matarla.

Una sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

—¿Mataste a tu padre? —me pregunta.

No sé por qué motivo, necesito hablar con ella. Nunca lo he hecho con nadie, pero es como si ante este panorama, con los rascacielos, la bahía y la nieve, no lograra seguir callado.

—No —contesto—, murió de cáncer.

—Me dijiste que una vez intentó pegarte, pero que después se le fue el vicio.

Saco un cigarrillo del bolsillo de la cazadora, lo enciendo y doy una larga calada. De forma instintiva, lo sujeto con la mano que está más lejos de Mira. El humo es tan denso que parece posible aferrarlo y cortarlo.

«Está embarazada, debes tener cuidado. ¿Debo tener cuidado?»

—Siempre se lo hacía pagar todo a mi madre —cuento para ahogar pensamientos, más turbadores que los recuerdos—. Ella no lo mandó a la mierda ni una sola vez. Se desinfectaba las heridas y decía que todo iba bien. Lo quería de una forma malsana. Hasta que, un día, mi padre la golpeó con más violencia. Josiah intervino y él lo pateó. Entonces perdí los estribos: el muy cobarde intentó pararme, tenía unos nudillos de hierro y me golpeó en la cara y en un ojo, pero yo le devolví los golpes con intereses: le rompí la mandíbula, las costillas, los dientes y muchas cosas más. No murió, pero se marchó. ¿Puedes creer que mi madre casi me odió por eso?

Me mira con expresión horrorizada.

—En lugar de darte las gracias… ¿te acusó de que tu padre se hubiera marchado?

—Algo así.

—¿Y él regresó?

—Lo intentó, pero comprendió que no volvería a salir de casa por su propio pie y volvió a desaparecer. Al cabo de un par de años nos enteramos de que había muerto de cáncer de hígado.

—Y, entretanto, tu madre ¿qué…?

—Se encerró en una habitación. Comía poco, vivía sumida en los recuerdos, bebía y me odiaba. Tampoco la maté, si es lo que estás pensando. Murió de infarto mientras dormía.

—Es terrible cuánto se parece a mi vida —comenta estremeciéndose bajo la manta—. Cuando mi padre nos abandonó, mi madre también se convirtió en una especie de larva rencorosa. La diferencia es que ella lo odia a él, no a mí. O, al menos, no directamente. Digamos que me odia porque no lo odio bastante. ¿No es raro que, a pesar de ser tan diferentes, tengamos tantas cosas en común?

—Tú no entraste en una banda —comento entre una calada y otra.

—En Noweetna escasean las bandas —bromea—. En cualquier caso, a veces pienso con crueldad en mi madre. Me gustaría dejarla. Marcharme. Liberarme del peso de su odio. Obligarla a que cuide sola de sí misma. ¿Soy muy mala?

—Malísima —corroboro en tono irónico.

Callamos por un instante. Después Mira me pregunta por Josiah. Quiere saber cómo era mi hermano y, al ver que no digo una palabra, me lo describe de forma tan precisa, a pesar de no haberlo conocido, que me pregunto cómo lo hace, si siempre ha estado, si ha tenido un contacto directo con mi memoria, si algo conecta su corazón con el mío. Miro hacia abajo, hacia mi pecho, como si esperara ver un cordón, un hilo, una cadena, una cinta, algo que nos une, aunque no lo sepamos.

No sé cómo sucedió, no sé exactamente cuándo comenzó, no sé por qué. Lo único que sé es que si me arrancaran la piel y el esqueleto, dentro encontrarían un espacio vacío con su forma. Puede que como está ahora, acurrucada contra la pared, con el pelo suelto y la piel de las mejillas perlada.

No se lo digo, no le cuento estos pensamientos, que me hacen sentir débil y fuerte al mismo tiempo. No le digo que Josiah, el condenado ángel obsesionado por las memeces emocionales, se estará riendo en los prados celestiales al oír mi corazón, porque late tan fuerte que seguro que el eco lo alcanza.

No obstante, le hablo de él, de nosotros, de cuando éramos niños, de los sueños que teníamos, de aquellos que se rompieron. Le hablo de cómo murió, tratando de aplacar los ánimos en una pelea. Le hablo de la promesa de erradicar la violencia de mi vida o, al menos, de no volver a matar a nadie.

—Temí que mataras a Henry —comenta con voz triste.

¿Por qué triste?

¿Por lo que le acabo de contar o por el recuerdo de la cara ensangrentada de ese imbécil?

Apago el cigarrillo en los ladrillos, miro a Mira como si quisiera arrancarle sus pensamientos, además de su piel, su esqueleto, para descubrir si ella también tiene mi forma dentro.

—¿Follaste con él?

—Te quiero —murmura contemplando las luces de Anchorage—. No quiero obligarte a que tú sientas lo mismo, pero te quiero es mi respuesta a tu estúpida pregunta. —Hace una breve pausa antes de continuar—. ¿Y a ti? ¿De verdad no te gustó… hacerlo…con Mary?

Le acaricio la cara con un pulgar. No puedo ser completamente sincero, no puedo decirle todo lo que pienso y siento, porque me da miedo. Me siento como un antiguo explorador en el preciso momento en que descubre que la tierra no termina en el horizonte. Más allá hay mucho

más: más allá está todo. Demasiadas certezas mandadas a tomar por saco. Pero no puedo decírselo, no puedo explicarle que Mary no cuenta y que hablar sobre ella es una pérdida de tiempo. No puedo decirle que nada es como antes. No puedo decirle que la necesito y que, si un día estuviera lo suficientemente loco como para dar un sabor a las palabras, amor, esperanza y confianza, sabrían a ella.

—De verdad —respondo de manera lapidaria.

Se levanta, puede que decepcionada por mi respuesta seca, quizá lo bastante intuitiva como para comprender que mi «de verdad» significa mucho más que un «de verdad» cualquiera y, ya de pie, veo que, exceptuando los zapatos, está desnuda bajo la manta.

—¡Coño, Mira, te vas a congelar! ¡No creo que sea bueno para el niño! —La cojo en brazos, mientras ella me mira como si acabara de hablar en un idioma extraterrestre. La llevo a la habitación y luego al cuarto de baño—. Date una ducha caliente.

Dejo correr el agua, le quito la manta y, al hacerlo, su piel blanca vuelve a hacer el maldito hechizo. La deseo como si nunca la hubiera tenido.

Me quito la ropa y la abrazo debajo del chorro caliente. La abrazo con tanta fuerza que el agua resbala por nuestros cuerpos y cae en el plato de cerámica con un estruendo de canicas de cristal. Entro en ella, me muevo como si su cuerpo fuera aire, agua, tierra y fuego. Deliro y estallo en su carne. Después nos enjabonamos el uno al otro, nos lavamos. De repente, me empuja contra una pared, se arrodilla y me observa y, en sus ojos, cientos de estrellas encienden su sonrisa. No desvío la mirada mientras me lame. No alzo la mirada para disfrutar solo del placer y olvidar a quien me lo da. La miro a ella mientras ella se regala a sí misma tomándome sin olvidar una sola molécula. Como si cada parte de mí fuera fundamental. Como si lo deseara todo.

La miro a ella, que me hace sentirme nuevo y limpio.

Y no es una consecuencia natural del agua caliente y la espuma.

Es porque, simplemente, respira.

Jamás he estado tan silencioso como cuando el avión de Otto sobrevuela las montañas.

Los tres días han volado a mucha más velocidad que este trasto, que hace acrobacias arriesgadas para evitar cimas escondidas y corrientes de aire en contra. Tres días en los que hemos comido, dormido y hablado poco, en los que nos hemos dedicado al resto. No me queda una gota de esperma en el cuerpo. Se lo he dado todo a ella.

La observo mientras mira afuera.

De vez en cuando baja los párpados, como si la luz la deslumbrara, a pesar de que la habitual oscuridad lo engulle todo. La tormenta ha pasado, pero la primavera no ha llegado milagrosamente. El cielo está oscuro, la nieve próxima. La noche es, como siempre, eterna.

Pero no para mí, porque diviso una luz.

He tomado una decisión, pero no se lo he dicho.

Su respuesta me da miedo.

Me da miedo que el *te quiero* que me ha repetido una, otra y otra vez, ante el cual he guardado el silencio propio de quien no cree o de quien quizá tema creer demasiado, no signifique nada. Tengo miedo de que solo fueran sílabas dichas en circunstancias especiales, pero destinadas a morir cuando la vida vuelve a su camino habitual.

El avión hace un estruendo increíble, Otto está concentrado en el intento de dominar esta cáscara de nuez y no nos presta la menor atención.

Así pues, me acerco a ella y le hablo al oído.

—Mi verdadero nombre es Jared —le digo, como si esa revelación tuviera que ver con algo que está sucediendo ahora.

En realidad, es así, algo está ocurriendo en mi cabeza, pero ella no puede saberlo.

Tiembla, no por el nombre en sí, sino por la confianza, la revelación, porque le he regalado algo más que poder conservar. Sonríe al instante.

—Es un nombre precioso —comenta—. Siempre recordaré a Kade y a Jared.

Inspiro hondo, le estrecho una mano, hago acopio de valor y prosigo:

—¿Quieres venir conmigo? —le pregunto a bocajarro.

Esta vez, su estremecimiento es casi un sisma.

—¿Qué…?

—Se lo diré al coronel. Podrás tener una nueva identidad. Después de que declare en el juicio desapareceremos juntos. Siempre que tú… que tú quieras.

Me mira como si fuera algo raro o imposible, una flor de color arcoíris, un animal extinguido, un hombre con los ojos de oro.

—¿Hablas… en serio? ¿De verdad quieres que vaya contigo?

—Quiero que vengáis los dos.

Lo he dicho. Lo he dicho. No es como decir te quiero, pero quizá sea más que eso. Para mí es más. Para mí es todo.

«Para mí eres todo.»

—Sí —se limita a decir. Un sí que me excita como una frase mucho más intrépida. ¿Basta una simple palabra para ponerme duro y hacerme feliz?

—Piénsatelo bien, porque luego será difícil, por no decir imposible, volver atrás.

—No he dejado de pensarlo desde que te conocí —replica. Jadea, como después de hacer el amor. En sus ojos hay ahora millones de estrellas—. ¿Y el FBI lo permitirá?

—No será la primera vez que el programa de protección de testigos se extiende a la mujer y a los hijos.

Mira abre los labios, me mira con sincero asombro.

—¿Quieres…? ¿Quieres casarte conmigo?

Otto hace una maniobra temeraria, que interrumpe nuestro diálogo. Noweetna está a nuestros pies, más nevada que nunca. Pienso instintivamente en Lobo, espero que siga vivo y me pregunto si será posible hacerlo pasar por un perro y llevárnoslo con nosotros.

Con nosotros.

«Nosotros.»

Desde ahora, no solo yo.

Somos nosotros.

—Sí —le susurro a mi vez, mientras el avión desciende.

No puedo negar que estoy aterrorizado, pero si negara que, además, estoy exaltado sería un jodido mentiroso.

Mira se ha marchado con Charlize. Su amiga la ha recogido en la cima de la montaña donde aterriza el avión. Su madre está enferma y la han ingresado. Tienen que hablar, sin duda discutirán. Se aleja en el coche, pero yo me quedo, no quiero que me lleve Charlize en su coche, porque no quiero que me acribillen a preguntas chismosas. A pesar de que casi ha anochecido, prefiero ir a pie, es menos de un kilómetro.

Veo alejarse a Mira y enseguida la echo de menos, la añoro. El antiguo Kade ha tocado a su fin, he llegado a un punto en el que ya no hay siquiera una encrucijada, solo hay un camino: el camino que lleva a ella.

Mientras tanto, tengo que hablar con el coronel, tengo que decirle cuáles son mis intenciones. *Nuestras intenciones*. Contestaré las preguntas del fiscal, como acordamos, pero entretanto Mira y yo nos casaremos y recibiremos una nueva identidad. Soy egoísta, lo sé. Debería pensar en su seguridad, pero solo pienso que la quiero y no admito peros. Sé que el coronel pondrá unas cuantas objeciones, pero cuando sepa la verdad alzará los brazos y las armas.

Cuando sepa que estoy enamorado de ella.

A Mira no se lo he dicho y no sé si se lo diré. Me siento devorado por unas sensaciones que no guardan mucha relación con nada pasajero, precario e inseguro. He entrado en un mundo nuevo, un mundo terrible y sorprendente, porque hasta un gigante se queda indefenso en ese mundo. Cuando Josiah deliraba sobre el amor eterno, el sexo que sabe a música, esperanza e infinito, se refería sin duda a Mira. Nunca he sido un poeta y nunca lo seré, pero a veces, cuando estoy dentro de ella, tengo la impresión de que estar dentro de una mujer va mucho más allá del sexo. Tengo la impresión de que forma parte de una especie de dibujo con flores en el viento, cielos con nubes que cambian de forma, olas marinas que se persiguen y caballos que galopan en libertad por unas praderas verdísimas. Tengo la impresión de que el sexo puede quitarme la sed y el hambre incluso después, cuando se ha terminado.

«Creo que me he convertido en un jodido poeta. Josiah se estará partiendo de risa.»

Sonrío como un idiota, consciente de que soy un idiota, mientras llego al pueblo.

«Prepárate para recibir un sermón. Hasta es posible que el coronel te dé un derechazo.»

Después veo el ángel muerto. La enorme escultura de hielo que hizo hace unos días yace en el suelo. Más que derretida o derruida por el viento, parece que la hayan molido a palos.

A pesar de que las razones por las que la escultura se encuentra en este estado pueden ser muchas, por ejemplo, la tormenta de los últimos días, sé que solo hay una razón. Mi instinto animal se enciende. Huelo a sangre y a guerra.

Han llegado. Ellos han llegado.

Están en las inmediaciones, en algún lugar, preparados para despellejarme.

Los nuevos sentimientos que experimento no han atenuado mi atención, al contrario, la han intensificado. Me muevo con lentitud en la oscuridad que envuelve la casa, en parte tranquilo, porque Mira está lejos de aquí. La clínica está al otro lado del pueblo, espero que se quede un buen rato allí. Si tuviera móvil, la llamaría para decirle que no se mueva. Seguro que el coronel tiene uno.

Pero no pienso entrar en su casa desarmado. Podrían haberlo descubierto también y estar esperándome dentro. Me estarán esperando en todas partes.

¿Cuántos serán?

No creo que sean muchos, no querrán llamar la atención.

Serán tres o cuatro, los más cabrones y letales.

Cuanto antes los mate, mejor para todos.

Así pues, moviéndome sigilosamente, voy a la tienda. Sé dónde esconde Mira la llave. Entro y estrangulo el atrapasueños, pregonero de muerte. En el trastero encuentro el fusil, lo cargo y cojo más municiones.

Después vuelvo a casa del coronel.

La puerta abierta confirma mis sospechas.

La casa no es grande y la conozco bien, la recorro con una lentitud felina. Esperaba una

emboscada, pero no es así: está desierta.

Quizá me haya equivocado. Quizá la tormenta destrozara de verdad al ángel, el coronel haya salido dejando la puerta abierta, como siempre, y yo solo sea un paranoico.

Pero de repente oigo un ruido procedente de un lugar insólito: la enorme nevera que el coronel puso en la cocina, donde amontona cantidades industriales de la comida exótica que le gusta, cara y, con frecuencia, repulsiva.

La abro de golpe, apuntando el interior con el fusil, y veo al dueño de la casa reducido a una máscara de sangre, medio congelado. Está doblado de una manera extraña, puede que le hayan roto las piernas.

Lo saco, lanza un gemido, parece hecho de cristal. Con el poco aliento que le queda, silabea algo en voz baja. Me gustaría tener tiempo para ceder a la turbación, pero estoy acostumbrado a reaccionar deprisa y a no dejar que la angustia me domine ni siquiera en los momentos más trágicos: si quiero sobrevivir, debo mantenerme cínicamente lúcido incluso ante este espectáculo penoso, porque, sin duda, me dispongo a combatir una guerra.

—Lo saben —susurra como un moribundo. Añade—: Saben todo sobre ti y Mira. Como ves, también sobre mí.

—¿Qué?

Me acerco a su oreja.

«Cuéntame todo, no te mueras ahora.»

—Alguien compartió la fotografía en Facebook.

—¿Qué fotografía?

—La noche que… la noche que os marchasteis, cuando moliste a palos a ese chico… alguien sacó una foto y la publicó. Y, como él es famoso, ha dado la vuelta al mundo en un santiamén. Intenté… intenté llamar a Mira al móvil, pero siempre estaba apagado. Estaba seguro de que vendrían. Llegaron nada más terminar la tormenta. Saben que no será fácil cogerte.

—Será imposible.

—Pero ellos… no te buscan a ti. Al menos, no directamente. Buscan a Mira. Ella también aparecía en la foto. La exnovia de Henry Grandall, escribieron. «Presa de los celos, un desconocido le pega hasta a hacer sangrar al actor.» Saben que venderán cara su piel, por eso… por eso van a por ella, para obligarte a deponer las armas. Quieren a Mira. La encontrarán enseguida. Puede que ya la hayan encontrado.

No lo escucho más.

Ya no estoy con él.

Estoy fuera de casa, armado con la ira más aterradora que he sentido en mi vida.

Lo siento, Josiah, pero debo romper la promesa.

El hielo blanco está a punto de convertirse en un lago de sangre.

El Dragón ha vuelto.

CAPÍTULO 17

—¡Así que estás embarazada! —exclamó Charlize.

—¡No frenes tan bruscamente o dejaré de estar embarazada enseguida! Conduce con cuidado.

Su amiga, que se había parado de golpe, haciendo que las dos sufrieran una sacudida, se disculpó, pero siguió mirándola como si estuviera drogada y completamente loca. Después escudriñó la carretera que tenía delante, como si debiera descifrar unos enigmas ocultos en la oscuridad. Al final, soltó una carcajada.

—¡La verdad es que cuando haces algo, lo haces a fondo! Nada de medias tintas, ¿eh? ¡Todo o nada! —dijo divertidísima—. No te preguntaré cómo es posible, porque lo sé. ¡Con Kade te entran ganas de hacerlo en cualquier sitio, víctima de la más desenfrenada incapacidad de usar un cerebro que funcione! Sí, lo sé, ahora es tu novio, no debería decir esas cosas, debería considerarlo un ser asexuado que no me despierta ningún pensamiento ni de lejos pecaminoso, pero ¡dame un poco de tiempo para que entre en el papel de amiga sabia y leal que no volverá a mirarle el culo! Por el momento estoy en la fase «cuéntame cómo es, cómo lo hace, cuánto dura, etcétera, etcétera».

—No te contaré nada de nada, salvo que vamos a casarnos.

—¿En serio? ¿Quieres decir que… que vas a ser la mujer de ese… de ese… de ese bombón que jamás me hará pensar en nada lujurioso? A tu madre le va a encantar. Te deshereda o se muere de golpe.

Mira, que había arrinconado a la fuerza el recuerdo de su madre, suspiró con resignada indulgencia.

—¿Cómo está? Cuéntame todo.

—Sufrió una crisis. Por suerte, la señora Barrington estaba con ella, así que la ingresaron enseguida. No obstante, creo que la presencia de la señora Barrington fue justo lo que le dio el golpe de gracia. Yo le iba a contar una mentira, fui a verla con las mejores intenciones y preparada para contarle una historia medianamente aceptable, pero esa cabrona se me adelantó y le contó lo que había ocurrido en el *drive-in* y que, además, se rumoreaba que estabas embarazada. Lo único que no sabe es el lío de Facebook, porque cuando ocurrió ya la habían sedado. En cualquier caso, creo que eso es lo de menos. Lo que la hizo estallar fue el test de embarazo.

—¿Qué lío de Facebook?

Charlize le contó que una chica le había sacado una fotografía a Kade pegándole a Henry y que la imagen se había hecho viral.

—Ahora tú también eres famosa. Está empezando a llegar gente para entrevistar a la exnovia

de Henry Grandall. He visto hombres deambulando por Noweetna. Jamás los había visto, deben de ser periodistas, claro. Llegaron al amanecer con otro piloto. Vaya unas prisas, ¿no? Casi no han dado tiempo a que pase la tormenta.

Mira alargó una mano y la posó en un brazo de Charlize.

—Bajo aquí.

—¡Si aún no hemos llegado a la clínica!

—Lo sé, pero antes tengo que hacer una cosa.

—Tienes una cara terrible. ¿Qué pasa?

Mira ignoró la pregunta. En su mente las ideas rodaban y chocaban como piezas de cristal dentro de una caja que golpea sin cesar una pared. No sabía qué hacer, qué decisión debía tomar, si debía pedir ayuda, llamar a alguien, respirar. Sí, por encima de todo debía respirar. Dio una profunda bocanada de aire, tratando de dominar el pánico. Seguro que ya estaban buscando a Kade, aquellos hombres eran sus viejos amigos, ahora letales adversarios. Su objetivo era impedir que declarara como testigo.

«Respira, respira, respira. Si mueres, no podrás ayudarlo. Piensa en algo.»

—¿Puedo pedirte una cosa? Avisa al *sheriff* de que lo vamos a necesitar. Que reúna a toda la gente que pueda. Y que busque armas, muchas armas. Hay que ir al barco de Kade. Puede estar en peligro.

—¿Kade? ¿En peligro?

—Dudo que sean periodistas, Charlize. Quieren matarlo. No puedo explicártelo ahora, pero haz lo que te he dicho y luego refúgiate en tu casa.

Tras decir esas palabras, se apeó del coche. Caminó apretando el paso por el hielo, en dirección al río. El crujido que hacían sus botas recordaba el gemido sutil de un gato. De nada sirvió que su amiga la llamara. No oía más palabras que las de su corazón y no sentía más que la necesidad desgarradora de encontrar a Kade para advertirlo.

Había dicho que quería ir a buscar a Lobo para asegurarse de que aún estaba vivo. Kade estaría allí y esos hombres lo habían…

Algo gritó *no* con desesperación en su mente, que en esos momentos era una maraña de alucinaciones. Kade no era un novato, estaba acostumbrado a combatir, era el más fuerte de todos y…

—Tú debes de ser la puta que estamos buscando —dijo una voz de repente, emergiendo de la oscuridad. Una linterna le iluminó la cara y la deslumbró—. Sí, eres la tía de la foto. El gran amor de Henry Grandall y del misterioso desconocido que lo molió a puñetazos. Misterioso para el que no sabe quién se esconde detrás de esa mierda de barba. Vendrá a buscarnos y lo hará arrastrándose.

A pesar de que esas palabras no habrían consolado a nadie, sí calmaron a Mira. Aún no lo habían encontrado. Querían usarla a ella como anzuelo.

«Bien, muy bien. En ese caso, no me dispararán si escapo. Me seguirán. O, al menos, eso espero.»

Echó a correr mientras los tipos seguían hablando. Rápido, rápido, rápido.

—¡Párate, puta! ¡Te cogeremos de todas formas!

—¡No dispares, imbécil! ¡Con esta oscuridad malgastarás municiones o la dejarás seca enseguida y el Dragón no se tragará que sigue viva!

Mira siguió corriendo como si de su fuga no dependiera solo su vida y la de Kade, sino la del universo entero.

Los hombres, dos tipos tan grandes y robustos como Kade, la siguieron obstinados. No

disparaban para no llamar la atención. No le disparaban porque sabían que, sin un rehén, una cortina de humo, una trampa, Kade les arrancaría los brazos antes de que ellos pudieran arrancárselos a él.

Lo llamaba el Dragón.

Su voz era intimidatoria, pero también cautelosa. A pesar de que tenían la arrogancia propia del que está acostumbrado a matar, sabían que se enfrentaban a una bestia feroz, aún más experta que ellos en esas lides.

—¿Adónde vas, cretina? ¡Te agarraremos de todas formas! Por aquí no hay nada, ¿dónde coño piensas esconderte?

Mira ignoró las voces y perseveró en lo que, a primera vista, parecía una retirada cobarde.

Pero no lo era. No escapaba de ellos, se dirigía hacia un lugar preciso. Curiosamente, no tenía miedo, ya no. No estaba sola.

Contaba con la complicidad de un viejo amigo.

El hielo.

Cuando divisó el lago, se acercó con valor.

«Ayúdame. Ayúdame. Ayúdame.»

Por un instante, debido a quién sabe qué alucinación provocada por la carrera, la falta de aliento y oxígeno, tuvo la impresión de ver una sombra en la superficie helada, como si ya hubiera alguien en ella.

Pero no había nadie, solo el reflejo alargado de los árboles en las orillas.

Sin embargo, en ese instante, le había parecido que el perfil que le hacía una señal, como si quisiera enseñarle un alce o una misteriosa reverberación en la capa helada, no era una mezcla banal de los distintos matices de oscuridad y reflejos plateados, sino que… era el reflejo de su padre.

Él hacía eso. Cuando era niña, le enseñaba el recorrido perfecto y luego se plantaba en el centro del lago y la llamaba.

«Pasos lentos, pequeña, pasos lentos y ligeros. En cuanto te equivoques, te diré *stop* y tú te debes parar. Debes aprender sola. El hielo solo será tu amigo si aprendes. Respeta la naturaleza y ella te respetará siempre. No molestes a las osas cuando están con sus oseznos. No irrites a los lobos ni a los linces. Si cortas un árbol, planta otro. No quemes nada. No mates, a menos que sea para sobrevivir. Este mundo era suyo antes de que llegáramos nosotros. Nosotros somos sus huéspedes.»

Se movió como un huésped cortés, siguiendo el camino que tan bien conocía.

A su espalda oía una respiración entrecortada y la sarta de maldiciones que sus dos perseguidores lanzaban, obligados a aquella carrera extenuante. Alcanzó el centro del lago sin darles tiempo a aprender el recorrido o, al menos, a intuir que había que aprender un recorrido.

Los dos hombres caminaban deprisa, sin prestar atención a los crujidos y sin ver las grietas de la superficie aparentemente sólida. El agua era de color gris óxido y la capa tenía un espesor de dos centímetros como mucho. Unas cuantas zancadas más y la hundirían.

En ese momento, en el otro lado de la cuenca del lago, retumbó un disparo. En la orilla, Kade corría empuñando un fusil. Uno de los dos hombres, el que llevaba la linterna y que, por tanto, era un blanco más fácil, resbaló hacia un lado y Mira vio salir un chorro de sangre de su garganta.

Al caer la linterna se apagó o él la ocultó con su cuerpo. El paisaje quedó sumido en la

oscuridad, como envuelto en una colada de alquitrán. El cielo estaba cubierto y, salvo la nada, no se veía nada.

Mira, más acostumbrada que los demás a esos colores, no perdió de vista al segundo hombre. Divisaba su perfil y, cuando vio que se agachaba detrás de un arbusto que se erigía en el hielo, se sintió feliz y asustada a la vez. Feliz porque el hombre se encontraba en el punto más frágil del lago y asustada porque desde esa posición podía disparar a Kade sin correr peligro.

Sus pensamientos, presas del pánico, estuvieron a punto de ahogarla.

Kade estaba en peligro por dos razones: el hombre que se había escondido podía afinar la puntería con más facilidad que él. Además, Kade no recordaba el camino. Si no se paraba, si no dejaba de golpear el hielo con tanta fuerza, este se lo haría pagar.

Mira no era paranoica, su miedo se basaba en consideraciones precisas y no tardó en quedar demostrado: el hombre que acechaba a Kade detrás del arbusto le disparó dos veces. Un grito ronco llegó a oídos de Mira y una extraña luz, similar a la explosión de una estrella de sangre líquida, resplandeció en la noche. La joven gritó también, tapándose la boca con las manos, no para ahogar la voz, sino para dominar una náusea asesina, pero el cuerpo de Kade se mantuvo en pie y Mira volvió a respirar sin temor a vomitar hasta el alma en el hielo. El disparo le había dado, pero la herida no era fatal. Esa no. La próxima podía serlo.

Kade había dejado de disparar, quizá por temor a darle a ella. El desconocido, en cambio, seguía descargando el arma a todo su alrededor, como si pretendiera matarlo todo, con la esperanza de atinar el codiciado blanco con esa caza torpe.

Mira lo pensó en el tiempo que se tarda en chasquear dos dedos. Fue una idea fulminante y chispeante. Loca. Definitiva.

Recorrió los diez metros en un abrir y cerrar de ojos, llegó al arbusto y luego hizo lo que debe hacerse cuando en tu corazón solo hay un nombre y quieres mantener la promesa secreta de protegerlo y de cuidar de él para siempre.

Golpeó el hielo con violencia.

Por unos instantes casi tuvo la impresión de que el lago observaba boquiabierto la escena, como un hombre contempla incrédulo la navaja que su mejor amigo le ha clavado en las costillas. La reacción del desconocido fue casi idéntica: se volvió hacia ella y la observó, pero no tuvo tiempo de atacar, porque el lago se le adelantó haciendo lo que hacen los lagos cuando se sienten traicionados.

Se abrió.

Mira trató de retroceder para alcanzar un tramo de suelo más seguro, pero el hombre, un instante antes de ser engullido, le agarró una pierna y la arrastró consigo. Tuvo la impresión de que la escena se producía al ralentí, como si Dios hubiera pulsado un botón para obligar al mundo a moverse en unos fotogramas lentos y fluctuantes. Incluso la voz de Kade le llegó como un sonido que se propaga en un líquido. Gritaba algo con todas sus fuerzas, pero no entendió de qué se trataba, salvo su nombre, que pronunció como si tuviera mucho más que cuatro letras. Solo pensaba en hundirse en esa boca trastornada.

La invadió un frío despiadado y por un segundo se preguntó si el lago no estaría lleno de tritones armados con lanzas porque sentía pinchazos por todas partes. Lo único caliente en ese cruce de pinchazos y movimientos cada vez menos agitados y cada vez más similares a la caída de las piezas de leña de una máquina hidráulica eran sus minúsculas lágrimas.

Pensó en Kade, que no tardaría en ser engullido por otra trampa de hielo fino y en el niño que llevaba en sus entrañas y que, quizá, ya hubiera dejado de existir, y siguió llorando sal. Todos los sueños, las esperanzas, el futuro… Todo el futuro estaba ahora bajo el agua, todo el futuro

agonizaba. Pero volvería a hacer lo mismo: no era un error —una elección impulsiva sí, desde luego—, pero no era un error. Dos vidas a cambio de una.

A su lado, el hombre que había caído en primer lugar jadeaba, tratando de agarrarse a pedazos de hielo que le rehuían a cada intento. De repente, el cabrón se atrevió incluso a usarla como agarradero flotante.

—Es-ta-te-quie-ta-pu-ta —masculló.

Pero fue el primero que se detuvo. Algo lo golpeó desde arriba y lo hundió. Una capa de hielo le cortó la yugular como una navaja de afeitar. Al mismo tiempo, la luz también hendió la oscuridad, de forma que Mira, cada vez más inmóvil, se quedó deslumbrada dos veces: por el resplandor de la linterna en los ojos y porque bajó los párpados exhausta, inmersa en un mundo frío y fluido que, sin embargo, debido a quién sabe qué hechizo, olía intensamente a chocolate.

CAPÍTULO 18

KADE

Al primero lo dejo seco al lado del barco. Blanco perfecto a la altura de la arteria femoral. Siempre me ha divertido disparar ahí, porque la muerte es lenta y muy dolorosa. Si das en la cabeza a un hijo de puta, muere en el acto. Así, en cambio, tiene tiempo de pensar en quien lo ha jodido.

El segundo está escondido detrás de un árbol. Me acerco a él por la espalda y le golpeo las lumbares con el mango del fusil. Se desploma al suelo lanzando un gemido que parece un eructo antes de darle una patada para girarlo. Me mira como se mira a la muerte.

—¿Cuántos sois? —le pregunto a la vez que le hundo un costado.

No contesta: sabe que, de todas formas, lo voy a matar. Tanto si habla como si calla, al final le dispararé en la boca. Y escupirá palabras de dolor. Una cosa es morir enseguida, otra morir agonizando.

—Si hablas, te dispararé en la cabeza —digo—. ¿Cuántos sois?

—Suficientes para hacértela pagar —contesta con voz ahogada.

—¿De verdad así lo crees? Eres más imbécil de lo que recordaba.

—Hay muchas maneras de hacértela pagar, mierda.

Le planto el cañón del fusil detrás de una oreja.

—Habla o pasaré de la información. —Acompaño la invitación con una patada en los huevos. Se retuerce y me manda a tomar por culo una media docena de veces.

—No serás el primero en morir —dice de repente—. Primero irá la puta. La follaremos por turnos mientras nos miras sin poder hacer nada para impedirlo.

El golpe del fusil cae sobre sus dientes con tanta violencia que tengo la impresión de oír también que su cráneo se agrieta. La mera idea de que alguien pueda hacer daño a Mira enciende en mi interior la cólera de un ser primitivo mucho más peligroso que un dragón. Le asesto una paliza tal que le rompo todos los huesos sin que verse una sola gota de sangre. Debajo de la piel morada debe de estar hecho añicos.

«No la nombres siquiera, cabrón.»

Después me vuelvo para buscar a los demás, para ir a buscar a Mira. No me limito a confiar en que siga en la clínica: lo pretendo, imploro al cielo, suplico a Dios, maldigo a Dios y a mí mismo por haberla metido en esta situación.

Oigo el clic del gatillo de una pistola y siento un cañón frío en mi nuca.

—Aquí estás, cabrón.

¿Cuántos son? ¿Han mandado a todo el jodido ejército?

—Tira el fusil y todo lo que tengas —ordena—. Si lo haces, a la puta solo me la follaré yo. Si te opones, nos la follaremos todos a turnos. Tira el fusil, Dragón, o eres hombre muerto. Si te mueves un solo milímetro, te pulverizaré el cerebro y seguiré con la segunda parte del plan. La verás llorar desde el infierno mientras nos divertimos abriéndola en canal.

Tiro el fusil, pedazo de mierda, pero no por el motivo que piensas. No me estoy rindiendo, no estás ganando, pero, por encima de todo, las tuyas son las últimas palabras de quien está a punto de morir de forma muy dolorosa.

Tiro el fusil para que no te des cuenta de que ya no estamos solos en medio de la nieve. Además de tu peste a moribundo y a mi rabia mortal, hay alguien detrás de ti. Escucha un poco más el mundo y menos tus gilipolleces, cabrón.

El fusil cae al suelo y se hunde en la nieve.

Lobo se abalanza sobre él en un abrir y cerrar de ojos y lo hunde más que el fusil.

El cabrón grita mientras recupero el fusil y apunto hacia él. Su pistola ha caído al hielo, la agarro y me la meto en un bolsillo. Lobo, con los caninos clavados en su cuello, lo mantiene inmovilizado en el suelo, mientras averiguo si tiene más armas escondidas. Nada más que su arrogancia de cabrón. Golpea a Lobo con los puños, tratando de zafarse de él.

Le doy una patada en la cara, que le hace saltar los dientes y le desplaza por completo el tabique de la nariz. Se acurruca como un pañuelo mojado. El olor a sangre estimula el lado salvaje de Lobo: se ensaña con su garganta como si no esperara otra cosa para volver a ser sí mismo.

Mi amabilidad había aplacado su lado animal. El odio que siente por ese hijo de puta lo ha hecho resurgir.

Mejor así: esa es la única posibilidad que tiene de sobrevivir cuando me vaya.

—¿Te ocupas tú, amigo? —le pregunto—. Tengo que buscar a Mira.

Alza el hocico y me mira: en sus ojos amarillos está la promesa de que entre nosotros siempre será igual y de que siempre estará dispuesto a arriesgarse por mí. Tengo la impresión de que me está diciendo: «Pero yo también soy esto, ¿ves?».

Lo veo y lo sé.

Lo entiendo.

Pero, Lobo, yo también soy *esto*. No soy mejor que el cabrón que tienes entre los dientes. Estos últimos días viví un momento de esperanza, un momento en el que me engañé pensando que podía hacer algo que no echara mano de la violencia y la muerte, pero en mi historia no hay espacio para una luz verdadera. Soy como Alaska y su jodida noche infinita. Merezco desaparecer como un ratón en la oscuridad.

No obstante, antes debo encontrar a Mira. Si alguien la toca, desencadenaré el infierno.

Cuando diviso una luz en el lago, echo a correr como un oso encolerizado. Enseguida me topo con uno de esos cabrones: tiene la linterna encendida y parece estar pidiendo a gritos que le dispare. Le disparo. El problema es que ahora no veo nada. Si encendiera mi linterna, me convertiría también en un blanco demasiado fácil. Así pues, avanzo en la oscuridad, tratando de distinguir los contornos. Espero que el hielo no se abra bajo mi culo de buenas a primeras, porque no recuerdo el camino que hay que seguir para evitar las zonas en que es menos espeso.

Después, de repente, retumba un disparo. Por un instante temo que haya alcanzado a Mira, pero al instante siento que el herido soy yo. La cazadora se ha abierto sobre la piel abierta y la piel deja al descubierto los músculos y deja manar la sangre, no sangraba así desde hacía tiempo.

Es como si el frío hubiera congelado el dolor, porque no siento nada. Solo oigo disparos que parecen dispuestos a matar al mundo, hechos al azar, y alguno me roza de nuevo. No puedo devolverlos. Está muy oscuro y podría dar a Mira.

Me tiro al suelo y entrecierro los párpados. Permanezco así unos segundos, mientras las ráfagas de proyectiles pasan por encima de mí silbando.

Cuando abro los párpados, el negro parece menos negro.

Ahora la veo.

Está a unos metros de distancia de ese pedazo de mierda, que se ha escondido detrás de una maraña de ramas. Miro rápidamente alrededor, tengo la impresión de que no queda ninguno más.

De acuerdo, imbécil, estás casi muerto.

Hago ademán de empuñar el fusil cuando ella se mueve.

¿Adónde coño vas, Mira?

¡No te muevas!

Corro, me precipito, resbalo. El hielo permanece íntegro bajo mis pies pero debajo de ella se ha resquebrajado. Ahogo al cabrón que está intentando ahogarla. Sumerjo los brazos en el hielo metálico, tiro de ella hacia arriba: Mira es pequeña, está fría, tiembla, está tan pálida que casi parece luminiscente.

—¿Por qué lo has hecho? —grito—. ¡No cierres los ojos, no te duermas! ¡No te duermas! ¡Debes señalarme el camino para regresar!¡ He llegado hasta aquí por pura suerte, pero ahora te necesito! ¡Te necesito, Mira! ¡Abre los ojos!

Los abre, me reconoce, sonríe.

—Allí —murmura.

Sigo la dirección de su débil mirada.

Lobo está a unos metros de nosotros. Tiene le hocico ensangrentado, pero sus ojos son unos topacios que rebosan corazón.

—Síguelo a él —susurra de nuevo Mira—. Él lo sabe por instinto.

A continuación apoya la cabeza en mi hombro y no sé si se ha desmayado, si ha muerto, si muero yo y el mundo se termina.

Con la angustia de quien busca a un niño que se ha caído a un pozo, busco su carótida. El corazón le sigue latiendo. Lento, lentísimo, pero late. Recupero la respiración y la esperanza. Debo regresar y ponerla a salvo.

—¡Ve, Lobo! —digo con el tono que emplearía un general al dirigirse a un soldado—. ¡Indícame el camino!

Y Lobo va, como si me hubiera entendido y hablara mi idioma desde siempre. Recorre el lago siguiendo un camino seguro y secreto que solo conocen Mira y él. Lo sigo con ella en brazos y mi sangre, que cae del hombro herido, nos sigue a nosotros, formando un rastro de manchas oscuras en el hielo, mientras la nieve vuelve a caer y yo rezo, como jamás había hecho, a un Dios que, hasta hace un instante, deseaba asesinar con mis propias manos.

Cuando mi padre murió, yo no estaba presente y nunca me ha importado.

Cuando mi madre murió, yo estaba vendiendo *crack* en un local del Bronx.

Cuando Josiah murió, yo le cerré los ojos con las manos manchadas de sangre.

Cuando muere mi hijo, el diminuto que había en la barriga de Mira, no puedo cerrarle los ojos, porque no tiene párpados, pero su sangre me resbala igualmente hasta los dedos.

Sacan la bala, me dan unos puntos y me curan el hombro sin que yo pronuncie siquiera una

sílaba. Después me llevan al despacho del *sheriff*, que me vigila con mirada vacilante, dudando si soy una víctima y seguro de que soy un asesino. Sigo sin hablar, no tengo nada que decir a estos tipos. Solo quiero saber cómo está Mira. En la clínica oí palabras, palabras, palabras que se filtraban a través de las puertas y las paredes, pero que nunca iban dirigidas a mí. No me dejaron entrar en su habitación. Había sufrido hipotermia y una parada cardiaca, la reanimaron y le suministraron medicación por gotero. Charlize debió de decirles que estaba embarazada, porque le hicieron una ecografía, pero el corazón del embrión ya no latía, así que tendrán que operarla para sacarlo.

El médico no dejó de mirarme como si fuera un violador infantil. La amiga de Mira, su auxiliar de enfermería, no dejó de llorar un solo momento. Entreví a la madre de Mira, de espaldas, tiesa e inmóvil como quienes jamás lloran ni sollozan.

No sé si mi corazón sigue latiendo. Tengo la impresión de que mis costillas están vacías.

Solo tengo su nombre en mi cabeza, lo repito sin interrupciones.

De repente, entra otro policía. Dice algo al *sheriff* en voz baja.

—El FBI está viniendo hacia aquí para recogerte. Han llevado al coronel a Anchorage. No creo que sobreviva, estaba muy mal. Le amputaron una pierna. Antes de subir al avión nos dio un número de teléfono al que debíamos llamar. —Me informa el *sheriff* poco después.

Si supiera que por más esposas que me pusieran podría estar ya lejos de aquí, no fanfarronearía tanto, pero he prometido que no volveré a derramar más sangre si ella se salva, así que me quedo donde estoy, me porto bien y me callo. Casi.

—Quiero saber cómo está Mira.

No sé qué ve en mí: en el reflejo de mi cuerpo en una vitrina atestada de trofeos de todo tipo, entreveo un perfil alterado, desgreñado, casi animalesco, con la cazadora rota y manchado de sangre por todas partes. No es, lo que se dice, la imagen de la bondad.

Sin embargo, este *sheriff* de comedia, con una estrella de latón prendida en el pecho y una cazadora aún más resplandeciente que la estrella, debe de notar algo en mí de lo que no soy consciente, algo en mis ojos, en el pliegue de mi boca, en los puños, tan apretados que mis brazos parecen barras de hierro, y también en mi silencio, porque me contesta y su voz ya no tiene el tono de quien se enfrenta a una fiera.

—Aún está inconsciente, pero han dicho que se recuperará. La hipotermia no le ha causado daños cardiacos ni neurológicos. Solo le ha causado un daño, que creo que ya sabes. Me refiero al… niño. No han podido hacer nada por él —murmura, casi con pudor—. Ahora quiero que me lo cuentes todo. ¿Quién eres? ¿Quiénes eran esos muertos? ¿Qué me dices del coronel? Los hombres del departamento han sido más bien escuetos, pero creo que tengo derecho a saber qué ocurre en mi pueblo.

El alivio que siento al saber de Mira me afloja la lengua. La idea de que se recuperará hace inútil cualquier resistencia sobre mi vida. Me importa un comino que sepa quién soy, qué soy. A fin de cuentas, solo hay un epílogo posible.

Por eso, le cuento lo que quiere saber. Le hablo del programa de protección de testigos, del coronel, que era el contacto con el FBI, de la foto en Facebook, de que esos cabrones vinieron para matarme, pero de Mira no le digo una palabra. No le cuento nada sobre este amor imprevisto, sobre mi corazón, que antes era blanco y negro y que después se tiñó de colores incluso chillones, tampoco le cuento nada sobre las noches que pasamos muy juntos sin saber aún que ese poco era todo, sobre la luz que trajo a mi oscuridad, sobre lo mucho que echo de menos su mirada generosa tachonada de estrellas.

—Fea historia —comenta el *sheriff* al final—. Aun así, no es justo que me lo ocultaran todo.

—¿Te habría gustado acabar como el coronel? —replico.

Hace una mueca, como si solo ahora comprendiera los posibles efectos colaterales de estar al corriente de todo.

Durante unos minutos nos limitamos a compartir la habitación, como cosas apoyadas en un mueble. Después, digo:

—Necesito papel y bolígrafo.

Asiente con la cabeza y, a pesar de vacilar, me da lo que le he pedido.

—Escribe con las esposas —dice.

Escribo con las esposas.

> No puedo permitir que vuelva a suceder. Conmigo a tu lado serás siempre una posible presa. Esos tipos seguirán buscándome incluso después. Lo mejor es que me vaya solo.
> P.D: De verdad quería casarme contigo.

Releo las cuatro frases, nada profundas, incapaces de transmitir esperanza a nadie. Pero Mira sabrá leer entrelíneas, a pesar de mi aparente frialdad, irá más allá de las frases escuetas, del exceso de puntos y del hielo, que dejaría congelado a cualquiera que no fuera ella. Comprenderá que me siento roto, turbado, inútil y solo. Comprenderá que estoy renunciando a ella para protegerla y que la quiero, coño, la quiero, la quiero, la quiero. Y se sentirá aún peor porque no podrá odiarme.

Rompo el folio y me lo meto en el bolsillo. Hago un esfuerzo para pensar en cualquier otro mensaje, algo así como «de casarme contigo nada, niñata, follé contigo y basta y ahora me marcho, no me faltarán mujeres», pero no logro mentir ni siquiera así. Me niego.

Así que, al final, no escribo nada.

Me marcho sin pronunciar una sola sílaba de despedida, ni te echaré de menos ni a tomar por culo.

Las manos me tiemblan, como cuando murió Josiah.

La nostalgia me mata más que la herida.

Pero es la única solución.

Así que, sin darle más vueltas, adiós.

CAPÍTULO 19

Qué raro y misterioso es cómo se puede resquebrajar el valor por un simple detalle.

Había sido un compañero audaz durante todos esos meses, casi un dictador apuntando con un dedo mientras daba la orden terminante de no morir de dolor y, de repente, se había quitado el velo y se había mostrado tal y como era: una miserable ficción.

En esa soleada mañana de mayo, en efecto, fue suficiente un detalle durante la boda de Cecily para tener la certeza de que se desmayaría en medio de la ceremonia. Y no porque estuviera mal, al menos no se encontraba mal físicamente no. Esa noche de mediados de diciembre casi se había quedado aterida y solo había sufrido un daño imborrable: la muerte de una pequeña criatura aún informe en su vientre. No era siquiera un niño, solo era una idea confusa de un niño, un cuadro abstracto, un garabato inocente. Había sido algo por poquísimo tiempo y luego se había transformado en nada.

Mira había sobrevivido a la pérdida y a todo lo ocurrido. Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses y la oscuridad había dejado paso a la luz. Había sido más fuerte de lo que jamás habría imaginado que podía ser ante semejantes pérdidas. Unos agujeros tan profundos que estremecerían al abismo. En cierto sentido, la desaparición de su padre la había preparado para una evolución semejante: la conciencia de no ser nada para tus padres te prepara a no ser nada para cualquiera.

Pero en ese momento estaba a punto de fallar por algo en apariencia fútil: un banal arco nupcial esculpido por un carpintero canadiense.

Al mirarlo se sintió como si se hubiera vuelto de papel y alguien la estuviera rompiendo por la mitad. Si mantuvo la sonrisa fue solo por el cariño que la unía a Cecily: pero, una vez más, en lo más profundo de su pecho sintió la tristeza atroz y el vacío sideral que había sentido esa mañana, hacía cinco meses, cuando se había despertado y había descubierto que el niño ya no estaba, que Kade ya no estaba y, en cierto sentido, que parte de ella ya no estaba tampoco.

Los invitados a la boda aplaudieron mientras los novios se besaban bajo aquel arco en la plaza del ayuntamiento. Mira se levantó de forma mecánica, tan lenta como una anciana señora, con una mano apoyada en el cuerpo del elegante vestido que lucía, no para acariciar sus delicadas costuras, sino para dominar los latidos de su corazón.

Charlize, que había viajado a Noweetna para la ocasión, se había teñido un mechón de verde para animar la excesiva gravedad del traje de abogado que le obligaban a llevar en el bufete donde trabajaba como pasante. Las botas de ante de color amarillo canario obedecían al mismo motivo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó inclinándose hacia ella—. Te has puesto pálida de repente.

Mira esbozó una sonrisa.

A veces le dolía mucho sonreír. Muchísimo. Ciertos días tenía la impresión de que cada pliegue voluntario de los labios que movía para tranquilizar a los que se mostraban preocupados por ella era una navaja clavada en la espalda, un nudo vengativo en el estómago y la firme intención de sus piernas de balancearse para tirarla al suelo. Como si su cuerpo se negara a ser cómplice de su fingimiento.

—Sí —le respondió—. Creo que he recibido un sms de mi madre.

—Creía que había dejado de atormentarte.

En cierto sentido, eso era cierto. Adele había dejado de quejarse y de hablar como si rezumase veneno. A pesar de que lo ocurrido la había afectado visiblemente, no hablaba de nada que hiciera referencia a Mira, a Kade, al niño muerto y a un misterioso tiroteo, de forma que le había ahorrado nuevos sermones y advertencias. En pocas palabras, se había encerrado en sí misma con trescientas llaves, en lugar de las tres que usaba antes.

Mira había apreciado mucho ese retroceso: tampoco ella tenía ganas de hablar del asunto. De esta forma, en la relación con su madre ya no había tanta rabia, sí mayor distancia.

Tampoco la atormentaba si salía de casa y era falso que le hubiera mandado un mensaje. Pero algo tenía que decir para poder ausentarse un momento: no hubiera sido educado romper a llorar delante de la novia.

—Está más tranquila, desde luego, sobre todo en esta estación, pero de vez en cuando aún se hunde un poco. Será mejor que vaya a verla. Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Charlize le apoyó una mano en un brazo.

—Sabes que puedes contármelo todo, ¿verdad?

—Claro que lo sé.

—Pero seguirás sin contarme nada.

—No puedo contarte nada que no sepas ya. Simplemente… de vez en cuando yo también me hundo un poco y quiero afrontarlo sola, eso es todo.

—¿Aún lo quieres?

La respuesta de Mira fue sencilla y directa:

—Sí.

—En ese caso, ¿por qué no vas a buscarlo?

—No pienso buscar a alguien que ha mostrado tan a las claras que no me quiere. Además, aunque decidiera ir contra mi inteligencia y su voluntad, el mundo es un pajar demasiado grande.

Lo había pensado, claro que lo había pensado. Marcharse, tratar de encontrarlo, decirle «aquí estoy, te quiero más que antes, ¿qué hacemos?». Pero, además de la locura de salir a la caza de alguien en un espacio demasiado grande para encontrarlo en una sola vida, había desechado la idea por otro motivo: no habría podido soportar que la rechazara de nuevo.

Aunque estuviera rota, su alma había conseguido recomponerse de alguna forma: el orgullo y el instinto de supervivencia unían las piezas. En ciertas ocasiones eran más resistentes, en otras parecían dientes a punto de despegarse de las encías, pero, en cualquier caso, componían una especie de puzle remendado que le permitía respirar.

Si aquello se volvía a repetir, moriría, sin duda.

Por eso había borrado todo, incluso los recuerdos. Y su mente la había ayudado protegiéndola con una especie de extraña amnesia: extraña porque si se hubiera concentrado solo un momento, lo habría recordado todo, pero su cerebro reaccionaba como un niño que, frente a algo que no le gusta, se tapa las orejas, cierra los ojos y grita para no oír nada.

Lástima que en los momentos como ese bastara un arco nupcial para silenciar al niño y hacer

emerger la memoria.

—Mañana te vienes conmigo —prosiguió Charlize—. Vuelvo a Anchorage, nos marcharemos y pasaremos tiempo juntas. Cuando tenga que estudiar, podrás quedarte en mi piso o dar una vuelta.

La llegada de Lorna salvó a Mira de la obligación de responder como solía hacer. Su amiga, que había estado sentada unas filas más adelante que ellas hasta ese momento, tomó asiento a su lado, las besó en las mejillas y luego sacó algo de un bolsito adornado con un sinfín de cuentas de cristal. Se trataba de una página recortada de una revista.

—Leed esto, por lo visto Henry se ha liado con la guionista de su próxima película. Espero que sea más inteligente que guapa, porque, de no ser así, ha hecho un pésimo negocio. —En la fotografía de la revista aparecía un Henry muy cambiado: llevaba melena larga y barba y a su lado se veía a una mujer diez años más mayor que él, completamente diferente de las bellezas rellenas de silicona, típicas de Hollywood, que solían acompañarlo.

—Quizá el doctor Abramovich y ella obren el milagro y Henry aprenda por fin a actuar —dijo Mira.

Sus amigas se quedaron perplejas al oír ese comentario, pero después se echaron a reír.

—Puede que sí —dijeron divertidas, pero enseguida cambiaron de tema, como si se hubieran dado cuenta de que el tema de Henry evocaba otros menos alegres para Mira.

Cara dio un ulterior giro a la conversación. Se acercó al grupo con su barriga de seis meses y Mira aprovechó su llegada para escabullirse. Seguro que pensarían que se marchaba porque el embarazo de su amiga le recordaba el suyo y que no le pedirían que se quedara con la delicadeza de quien se mueve con cuidado para no hacer caer un vaso que está en el borde de una mesa. A veces Mira pensaba que Cara metía la barriga para no molestarla. Le había dicho que estaba embarazada hacía apenas un mes, cuando ya no le quedaba más remedio que contárselo.

No sabían hasta qué punto se equivocaban.

«Habría sido una madre pésima, porque apenas sufrí por el niño. Quizá murió porque sabía que no habría pensado demasiado en él. Las cosas suceden como deben suceder: si el riesgo es que repita las grandes hazañas de mis padres, es mejor que siga siendo soltera y estéril hasta el final de mis días.»

Se alejó del ayuntamiento caminando lentamente sobre sus tacones.

Quería estar un rato sola.

Últimamente solía pararse en el antiguo jardín del coronel, aún sin propietario, pues la casa estaba deshabitada desde hacía varios meses: desde que, al igual que Kade, se había desvanecido en la nada. Mira no sabía si aún estaba vivo: lo dudaba, lo último que había sabido era que sus heridas eran muy graves y que era casi un moribundo. La casa había estado cerrada desde entonces, la nieve se había derretido haciendo desaparecer el ángel asesinado y en ese momento todo era tan diferente que no le recordaba nada. Por eso podía estar bajo los abedules sin correr el riesgo de que el pánico la ahogara.

No obstante, ese día el pánico le puso la zancadilla.

Sucedió cuando oyó unos ruidos dentro de la casa y vio que una de las puertas acristaladas estaba entornada.

Su corazón se aceleró hasta causarle el mismo efecto que aquel niño que no dejaba de chillar y le impedía pensar con claridad. De hecho, no pensó: entró en la casa por la puerta entreabierta sin pensárselo dos veces.

Cuando llegó al salón, lanzó un pequeño grito.

El coronel estaba delante de una caja fuerte de pared, oculta por un cuadro, y a su lado había

una bolsa abierta.

Se volvió de golpe y apuntó a Mira con una pistola.

Su expresión feroz se transformó enseguida en una sonrisa.

—Eres tú, pequeña —dijo con dulzura.

Había adelgazado mucho y parecía más bajo. Se había cortado su abundante cabellera castaña, entrecana en las sienes, y lucía un bigote que no le favorecía nada, pero lo que más le impresionó fue lo que le faltaba: la pierna izquierda. Apoyadas en una pared había dos gruesas muletas.

De nuevo sin reflexionar, Mira corrió hacia él y lo abrazó. Se echó a llorar como hacía tiempo que no había hecho, como no había llorado en todos esos meses, sometida, como había estado a la obligación moral de mostrarse valiente y de no ceder al desaliento. Pero llorar es el mejor remedio para el dolor, porque lo hace emerger, y solo lo que sale a flote puede recogerse y tirarse.

El coronel le acarició el pelo durante un rato, hasta que Mira le preguntó sin rodeos:

—Kade… —Calló, después decidió llamarlo por su verdadero nombre—. ¿Cómo está Jared?

—Te lo contó todo, ¿eh? Yo… creo que está bien.

—¿Crees? —repitió ella alarmada mirándolo con los ojos brillantes.

—Hace meses que no he tenido noticias de él. Sé que en febrero declaró por fin como testigo y que gracias a eso condenaron a un buen número de peces gordos, luego desapareció con una nueva identidad. Pero, si vas a preguntarme cuál es, te digo ya que no tengo la menor idea.

—De manera que… ¿de manera que esos hombres podrían volver a hacerle daño?

—Me temo que sí, aunque por otro motivo. Antes querían impedir que declarara, ahora lo harían por venganza. No dejarán de darle caza, niña mía, pero él sabe cómo sobrevivir y no volverá a cometer los mismos errores.

Mira sintió el peso de una lágrima, como si fuera de plomo.

—¿Cuáles?

—Enamorarse de alguien, por ejemplo.

—No estaba enamorado de mí.

El coronel esbozó una sonrisita irónica.

—Ah, ¿no?

Mira se encogió de hombros, las malditas lágrimas le estaban estropeando el maquillaje.

—Se marchó sin despedirse siquiera de mí.

—Reconozco que marcharse sin despedirse es toda una declaración de intenciones —comentó el coronel en tono mordaz—. Apuesto a que lo odias por eso.

—Creo que jamás podré odiarlo —reconoció Mira, que en esos meses había experimentado muchos sentimientos superpuestos, confusos y sofocantes, salvo el odio.

—Pobre muchacho, falló en su intento.

—¿Qué intento?

—Que lo odiaras para que pudieras olvidarlo antes. No me lo dijo, pero… Ven, no puedo estar mucho tiempo de pie sin un apoyo.

Se dirigió a pequeños saltos hacia un sillón polvoriento y se sentó con asombrosa agilidad. Mira se quedó de pie en el centro de la estancia.

—¿Pero? —insistió.

—Estuvo en Vermont una temporada, en otro lugar seguro, vigilado. Unas semanas antes del proceso, quiso visitarme en el hospital donde estuve ingresado un mes. Estaba turbado. Quería saber cómo estabas, quería que alguien le informara sobre ti, incluso había tomado la decisión de

no declarar e ir a la cárcel si los del FBI no le aseguraban que te vigilarían estrechamente. ¿Has notado un ir y venir de caras nuevas en los últimos meses?

—Un equipo de la televisión mexicana estuvo filmando por aquí un documental…

—Digamos que vinieron para filmarte a ti, pequeña. Algo irregular, no lo niego, pero él había pedido imágenes tuyas, algo que demostrara que estabas bien, porque, en caso contrario, los mandaría a todos a tomar por culo.

—¿Él quiso… quiso fotos mías? ¿Vídeos sobre mí?

—Sí, cosas pequeñas, banalidades cotidianas, tú saliendo de casa para ir al trabajo, por ejemplo. Te han estado acechando sin que te dieras cuenta.

Mira se quedó boquiabierta, el corazón casi le saltó fuera de la boca, a tal punto le latía vertiginosamente en la garganta.

—Yo no… no me di cuenta y… —Se movió con lentitud hacia el sofá y se dejó caer en él como un cuerpo muerto—. ¿De verdad no sabes dónde está ahora?

—No, te lo juro. Pero, si lo supiera, creo que no te lo diría. Esos hijos de puta seguirán buscándolo, nunca vivirá seguro y por ello tú tampoco lo estarías si te obstinaras en buscarlo. ¿No viste lo que me hicieron? ¿Te imaginas lo que te habrían hecho a ti si te hubieran cogido? Algo peor que la muerte.

—Esto también es peor que la muerte.

—¿Qué?

—Esta vida. Esta nada. Este nudo que me ahoga a diario, incluso mientras duermo. Esta nostalgia, que me parte las piernas. Trato de aplacar el dolor encerrándolo en un saco, pero a veces da codazos y patea, porque quiere salir, y, cuando logra encontrar un resquicio, me siento tan mal que preferiría morir a seguir viviendo así. Yo… soy fragmentos pegados con cola, coronel. Ya no estoy entera, estoy hecha de piezas unidas de cualquier manera. Quiero a Kade, a Jared, se llame como se llame ahora, lo quiero más que a mi vida, ¿entiendes? Preferiría pasar cinco meses con él, huyendo y en peligro, que sesenta años de desesperada seguridad. Yo… lo quise con toda mi alma y lo sigo queriendo. Siempre lo querré. Me lo contó todo sobre su vida, ¿entiendes? Todo, y nunca lo odié ni sentí asco de él, y no dejé de acariciarlo un solo momento. Nosotros estamos hechos para vivir juntos, pero… pero, claro, tú no sabes dónde está o te niegas a decírmelo.

—No lo sé, Mira, te lo juro.

La triste certeza de que el coronel era sincero le produjo un espasmo en el centro del pecho.

—En ese caso, lo encontraré sola.

—¿Cómo? El departamento no te ayudará y, si vas preguntando por él, lo pondrás en peligro.

—Nunca haré nada que pueda dañarlo.

—Entonces, acepta la realidad.

Mira se volvió a levantar. Se sentía exhausta.

—¿Qué has venido a hacer aquí hoy? —le preguntó.

—A recoger unas cosas que me dejé en la casa. Tuve que esperar a que el FBI se olvidara un poco de mí antes de poder salir.

—¿Por qué? ¿Se trata de algo que no quieren que tengas?

—Por supuesto que no.

Mira pasó por un lado del saco y echó un vistazo a su contenido.

—A primera vista me parecen unos pasaportes falsos. ¿Qué identidad tienes, coronel? No creo que el FBI te los haya procurado, pues, de ser así, no los esconderías.

El hombre se rio de buena gana.

—Todos tenemos nuestros secretos.

—¿Conoces a algún falsificador?

—Conozco a un montón de gente, pero ahora… es mejor que te vayas. No cuentes a nadie que me has visto.

—No lo haré.

Se encaminó hacia la puerta acristalada, pero, un instante antes de cruzarla, miró de nuevo al coronel.

—Creo que no volveremos a vernos, pero… Si un día te necesito, si me ocurre algo y tú eres mi única esperanza de salvación, ¿cómo podría encontrarte?

—¿Por qué debe sucederte algo así?

—No lo sé, nunca se sabe.

El coronel se acercó a las muletas que estaban apoyadas en la pared y las aferró con firmeza.

—Puedo estar en cualquier parte y llamarme de cualquier manera, pero siempre responderé a una triste llamada de auxilio a nombre del señor Long John Silver, dirigida a un apartado de correos de Ackworth, Iowa, firmada por Jim Hawkins.

Mira le sonrió por última vez en la vida.

—Te aconsejo que salgas ahora, no hay nadie en los alrededores. Todos están en la boda de mi amiga Cecily y el camino está despejado. Aunque, si alguien te ve, pensará que eres un fantasma. Todos creen que estás muerto.

—Tengo siete vidas, como los gatos. Debo empezar a tener cuidado, porque ya he malgastado cinco, pero no moriré pronto. Y ahora vete, pequeña, y no hagas tonterías que puedan ponerte en peligro.

—A mí me quedan seis vidas y quiero vivirlas plenamente. Aún no sé cómo, no sé qué haré ni adónde iré, lo único seguro es que no moriré en Noweetna.

Cuando salió de la casa del coronel, su humor vacilaba entre la esperanza y una desmesurada melancolía.

«¿Te marchaste así, sin decir una palabra, para protegerme? ¿Aún piensas en mí? ¿Dónde estás? ¿Por qué no vienes a buscarme? ¿Por qué no lo afrontamos todo juntos? Lo conseguimos una vez y lo volveremos a conseguir, siempre.»

Pero quizá… quizá él estuviera bien en alguna parte. Quizá, tras saber que ella había salido con vida de aquella pésima experiencia, se había montado una nueva existencia sin añoranzas. Quizá la había querido y ya la había olvidado.

Mientras esos quizás hacían arder sus pensamientos, Mira asistió a la escena más insólita que había visto en su vida. Incluso más insólita que el regreso del coronel, sin una pierna, para recuperar un sinfín de pasaportes falsos de su caja fuerte.

Adele estaba saliendo de casa.

No se había detenido en el jardín como hacía ya en cualquier estación. No, había superado su espacio vital y había alcanzado la calle.

Mira pensó en llamarla, pero luego comprendió que a un hecho tan extraordinario correspondía una reacción extraordinaria. La siguió procurando que no la viera.

Su madre recorrió toda la calle y salió del pueblo.

«¿Adónde va?»

Cuando empezó a subir en cierta dirección, a pesar de que seguía pareciéndole incoherente, Mira empezó a intuir cuál era su meta.

¿Estaría pensando en marcharse?

Porque, sin duda, Adele se estaba acercando al pico que hacía las veces de pista de aterrizaje de los pequeños aviones que pilotaba Otto Bryan. Se movía con dificultad debido a su mole y de vez en cuando Mira la oía jadear y toser a causa del esfuerzo que parecía abrirle el pecho.

Si Mark Barnaby, el piloto que prestaba el servicio antes de Otto, aún estuviera vivo, quizá Adele hubiera ido a verlo para pedirle noticias de su marido. Mark y él habían sido buenos amigos y era evidente que lo había ayudado a salir de Noweetna cuando había desaparecido. Pero Mark Barnaby había muerto pocos días después de haber acompañado a Willem Kendall. Solía empinar el codo, circunstancia que le había valido no pocas reprensiones y amenazas de revocación del permiso de vuelo. Esa noche, para variar, se había emborrachado en un local de Anchorage y había acabado bajo las ruedas de un coche. Por ello no había podido aclarar nunca el destino de la fuga del padre de Mira.

Claro que habría sido una pregunta absurda, después de tantos años, pero no por eso habría dejado de tener cierto sentido. Después de la muerte de Mark, ya era del todo ilógico.

Además, el avión que pilotaba Otto acababa de despegar y en ese momento cruzaba a toda velocidad el cielo como un poderoso halcón metálico.

Al llegar a la cima, Adele se paró para recuperar el aliento. Se quedó quieta unos minutos, jadeando, con su larga melena ondeando en el viento primaveral, vestida con un abrigo que hacía siglos que no se había puesto y que le quedaba estrecho y calzada con un par de viejas botas de goma. De repente, se acercó tanto al borde de la grieta que Mira tuvo miedo de que quisiera tirarse a ella.

—¿Mamá? —la llamó.

Adele se volvió de golpe, el pánico teñía su cara de carmesí.

Estaba ofuscada, pero no solo por la dureza de la escena. Daba la impresión de que había salido en pleno invierno, cuando el hielo lo enfundaba todo, obligada por alguien, en lugar de haberlo hecho en primavera y por voluntad propia. Parecía presa de uno de sus peores momentos, cuando sentía miedo de verdad, temblaba de verdad y se desmayaba de verdad.

Mira se precipitó hacia su madre, mientras esta se dejaba caer hacia atrás en la hierba. No era la primera vez que Adele enfatizaba sus reacciones, pero esta era diferente. Mira sintió latir con fuerza el corazón de su madre bajo las palmas de sus manos. Parecía que fuera a estallar.

—Respira poco a poco, mamá, como te enseñó el médico. Respira poco a poco.

—¡Él me llamó, oí su voz! —le respondió Adele.

—Cálmate, mamá, cálmate. Nadie te ha llamado. Solo es un mal día, pero ahora se te pasará todo.

Mira empezó a comprender. Su padre había desaparecido hacía unos años justo en esa época. Un día de primavera, cuando la nieve aún competía con el sol, había salido de casa, había ido al pequeño aeropuerto, se había marchado a saber dónde con Mark Barnaby y jamás había regresado. Se había llevado una pequeña maleta que había hecho quién sabe cuándo, a hurtadillas, su documentación y poco más.

—No lo entiendes —insistió su madre, que no lograba tranquilizarse—. ¡Me llamó!

—Quizá tuviste una pesadilla y te despertaste de repente. En esos casos cuesta distinguir el sueño de la realidad. ¿Soñaste con papá?

Era, desde luego, la primera vez que hablaban de esa forma, sin acusarse ni defenderse.

—¡No era un sueño! ¡Él estaba allí! —insistió Adele.

De todas las veces en que su madre había estado mal y le había parecido trastornada, exagerada, turbada, esta era la peor: jamás había visto con tanta claridad que estaba loca. ¿Qué

debía hacer? ¿Llevarla en brazos a casa y llamar al médico? ¿Seguirle la corriente hasta que se calmara?

Optó por la segunda solución.

—¿Él, quién? ¿Papá?

—¡Sí, está allí!

Al decirlo apuntó al cielo.

—Lo sé, se marchó en avión con Mark Barnaby.

—¡No! —La voz de su madre era cada vez más chillona—. ¡No se marchó con el avión! Mark había despegado ya cuando…

—¿Cuando qué?

—Cuando vine.

—No te entiendo.

—Había cogido dos liebres. Vi la maleta en casa. ¡Se iba a marchar! Lo seguí hasta aquí. ¡Me dijo que la quería!

Mira sintió de repente náuseas y un ligero mareo. ¿Qué era todo eso? ¿El relato delirante de una loca? ¿O, quizá, un recuerdo confuso, pero real?

—¿Qué…? ¿Qué te dijo?

—Había venido para ponerse de acuerdo con Mark, debía partir al día siguiente. Le pregunté qué estaba haciendo y me respondió: «Voy a marcharme con mi único amor». Yo… los había visto juntos. Él y esa… puta. Hacía tiempo que sabía que se veían, pero yo fingía que no me enteraba por el bien de la familia. En ciertos casos una mujer debe cerrar un ojo, ¡yo cerré los dos durante meses! Pero ese día…, ese día me negué. ¡Hasta quiso justificarse! Pero no le di tiempo.

Fue como si todo se hubiera detenido. A su alrededor el aire se había quedado inmóvil, como una vieja foto sin colores. A pesar de que la nieve se había derretido casi por completo y de que el cielo estaba azul y límpido, como los ojos de un niño, todo parecía oscuro.

La mente de Mira procesó los datos a una velocidad acelerada, similar a la de su corazón.

¿Su padre pensaba marcharse con Mary Grandall? ¿Esos dos no solo tenían una relación sexual sino que, además, se querían? Su madre lo había descubierto y… ¿qué había ocurrido después? Le daba miedo preguntarlo. Le daba miedo descubrirlo. Olía el peligro, como si hubiera estallado algo allí cerca y el olor a pólvora hubiera impregnado el aire.

—¿Y luego? —Adele le dijo algo, en voz tan baja que sus palabras se confundieron con el silbido del viento—. No… te he… entendido —balbuceó Mira.

—Le disparé.

—¿Qué… hiciste?

—¡No quería hacerlo, en serio! Pero cuando… cuando me dijo que se iba a marchar con esa furcia y que yo no podría impedírselo, porque ya lo había decidido todo, mis manos… mis manos… apretaron el gatillo y él cayó en la grieta.

El silencio llenó el espacio dominándolo todo más que si hubiera habido un estruendo. Mira estaba de pie, a diez pasos de distancia de su madre, había caminado sin darse cuenta, siempre y cuando esos movimientos convulsos, propios de una «muchacha robot» un poco oxidada y un poco muerta, equivalieran a caminar. Parecía más bien un balanceo mecánico.

Después susurró con la voz de alguien que se dispone a exhalar el último aliento:

—¿Y después… después hiciste como si nada? ¿Volviste a casa y escondiste sus cosas para que pareciera que se había marchado? ¿Y si… si Mark Barnaby no hubiera tenido el accidente, si hubiera vuelto y hubiera dicho que papá jamás había subido a su avión? ¿Confiabas en que todos creyeran la teoría de que se había marchado a pie por los bosques?

—Yo no… no lo pensé —masculló su madre, hecha un mar de lágrimas.

No lo había pensado.

Solo había pensado en matarlo y en volver a la vida de siempre.

No, la verdad es que no había sido la vida de siempre, porque, a partir de ese momento, su mente había hecho crac, pero jamás había cedido. Jamás, en todos esos años, había revelado la verdad. Había seguido hablando de su padre con rencor, como si se hubiera marchado realmente, como si no se estuviera pudriendo en esa grieta, sin que el recuerdo de lo que había sucedido gritase a su conciencia que debía confesar.

Salvo ese día. Ese día la última gota había hecho rebosar el cáliz aterrador. Quizá, los acontecimientos de los últimos meses lo habían llenado rápidamente hasta el borde.

Mira observó aquella enorme grieta. Todos la conocían y todos la evitaban. Era peligrosa, pero a los lugareños les resultaba familiar.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, delante de una herida en la roca que se había convertido en una tumba? Fue como si a su alrededor el tiempo transcurriese a más velocidad, como en las escenas de ciertas películas, cuando el protagonista se queda parado y las estaciones cambian en pocos segundos a sus espaldas y en un abrir y cerrar de ojos llega la nieve y se derrite y brotan las flores y se marchitan y el viento y la lluvia las azotan y luego vuelve el sol y después de nuevo el invierno.

Se hundió en los recuerdos de su padre. Nunca se había marchado, a pesar de haber querido hacerlo, pero no de esa forma. Quizá se habría marchado con Mary, pero habría regresado, sin duda. No se habría olvidado de ella, no habría desaparecido. No habría muerto.

La despertó el zumbido del avión que regresaba dibujando circunferencias de humo en el cielo.

Ellas seguían allí: Mira de pie, su madre ovillada como una hoja gruesa mojada por la lluvia. Lloraba y sollozaba como nunca había hecho. Lloraba y se tiraba del pelo y se golpeaba el pecho y acusaba a su marido y le pedía perdón. Una mujer borracha y colocada habría reaccionado de forma menos desmesurada.

Mira se acercó a ella y la ayudó a levantarse. Curiosamente, la cara de Adele estaba mojada y la de Mira seca. Estaba pálida, tensa, llena de ángulos agudos, por la manera en que apretaba la mandíbula, pero no había el menor rastro de lágrimas.

—Volvamos a casa —le dijo. Al hablar comprendió que su tono era idéntico al de Adele cuando le decía que con el pelo suelto parecía una zorra.

Cuando Otto aterrizó, ya se habían alejado por la ladera.

—¿Qué… qué hacemos ahora? —le preguntó su madre.

—No lo sé —contestó Mira en el mismo tono.

—Debía impedírselo, ¿lo entiendes?

—No, no lo entiendo en absoluto.

—Él estaba enamorado de… ¡de esa!

—No elegimos a quién queremos.

—Vosotros… ¡sois todos iguales! Tú también te enamoraste de… ¡de una persona indigna! ¡Y ya viste cómo podías haber acabado! ¡Intentaron matarte!

Mira se detuvo, apuntó sus ojos hacia su madre y apretó con más fuerza el brazo por el que la tenía agarrada.

—¿No será que habrías preferido matarme tú, ya que se te da tan bien? No hables mal de Kade. No es una persona indigna. Y deja de juzgar a todos. Empieza a comprender que el púlpito desde el que predicas está sucio. Volvamos a casa. En el camino espero que guardes silencio y

me dejes pensar. Tengo que comprender qué debo hacer y la decisión no será fácil. En ningún sentido.

Tampoco fue fácil arreglarse un poco e ir al banquete como si no acabara de enterarse de que su padre, además de muerto, había sido asesinado por su madre.

Sentía más náuseas que cuando estaba embarazada. No dejaba de preguntarse si había muerto en el acto o si, en cambio, había sufrido, si había confiado en que alguien lo salvara, si había llorado, si había tenido miedo y había rezado.

El interior del Fat Halibut estaba engalanado para la fiesta y una camarera le tendió una bandeja rebosante de canapés de salmón y caviar. Mira negó con la cabeza y poco faltó para que le vomitara encima.

Se cosió en la boca una de las sonrisas más falsas de su vida, y eso que a lo largo de su vida había esbozado muchas sonrisas falsas, y se reunió con sus amigas. Las miraba charlar y bailar y se sentía como una perla de plástico pegada a una diadema de piedras preciosas auténticas. Temía ensuciar su alegría limpia con el nuevo secreto que llevaba dentro, como si este pudiera rebosar y mancharlas de fango.

De repente, vio que Mary Grandall se dirigía hacia el servicio y la siguió.

Desde que había sucedido lo que había sucedido en diciembre, la mujer del alcalde había dejado de lanzarle puyas. Ahora la ignoraba. Por una extraña razón, había sido una de las pocas personas que no había alimentado el chismorreo ahondando en la tristeza de la joven.

El servicio estaba lleno de señoras peinándose y retocándose el maquillaje. Mary era una de ellas. Cuando Mira entró, Mary estaba pintándose con parsimonia los labios de color carmesí.

Mira esperó a que el servicio se vaciase y luego se lavó las manos con idéntica flema.

No se saludaron ni se dijeron nada, pero Mary debió de notar sus titubeos, sus miradas, la manera de lavarse las manos, demasiado minuciosa y lenta, la respiración de quien quiere decir algo, pero luego recupera el aliento un instante antes de hablar, porque de repente le preguntó:

—¿Qué quieres, Mira Kendall? ¿Preguntarme algo? No has dejado de mirarme en toda la noche, ¿o acaso crees que no me he dado cuenta? Te aconsejo que escupas el bocado amargo antes de que te pongas más verde de lo que ya estás. Tienes una cara espantosa. Si tu pregunta no me gusta, te mandaré al infierno sin pensármelo dos veces, pero te autorizo a hacérmela.

La insolencia de Mary duró poco. Cuando Mira le preguntó, con el valor que da la desesperación, si su padre y ella se querían, la mujer del alcalde palideció y emitió un gemido que expresaba una turbación auténtica.

—¿Qué… cómo… por qué me lo preguntas?

—Sé que erais amantes. Lo descubrí hace poco. Jamás lo había sospechado. Pero ¿había algo más serio entre vosotros? ¿Ibais a marcharos juntos cuando él… cuando él se fue solo?

—Los Kendall sois una extraña familia —observó Mary entornando los ojos, en tono cortante—. Tu madre parece la más loca de todos, pero tú no te quedas corta y en cuanto a tu padre… a su manera, tu padre era un tipo muy extraño. ¿Me estás preguntando si él y yo… si nos queríamos? ¿No si follamos, sino si entre nosotros hubo algo más?

—Sí.

—¿Por qué?

Mira tragó saliva, apurada.

—Quiero entender mejor lo que pasó. Sé que ese día debía marcharse con alguien, no solo. Sé que le dijo a… alguien que iba a emprender un viaje con el único amor de su vida. ¿Quién era

esa persona? ¿Tú?

Mary Grandall se alejó del espejo con el pintalabios en una mano. Apoyó la espalda en uno de los lavabos, como si no pudiera mantenerse en pie. Al final, dijo:

—Sí, nos quisimos. Él… es el único hombre por el que he sentido algo profundo en toda mi vida. El único hombre con el que he hablado. Algunas noches pasábamos el tiempo besándonos sin más en el coche, como dos críos. Nunca me había sucedido, ni siquiera cuando era una cría de verdad. Habría dejado a mi marido por él. Solo que… cometí el error de decírselo y a partir de ese momento comprendí que no me quería tanto como lo quería yo. No iba a dejar a tu madre, a pesar de no sentir ya nada por ella.

—Pero… entonces, ¿por qué debíais marcharos juntos?

Mary se observó sus largas uñas, que parecían garras, y luego se encogió de hombros.

—¿Sabes por qué no quería dejar a Adele? Por ti, porque estaba seguro de que ella habría hecho todo lo posible para impedirle que te viera y vuestra vida habría sido un infierno aún peor. Y así habría sido coherente con su «espléndida» personalidad, ¿no crees? Willen no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Pensaba esperar a que tú fueras mayor de edad para que tu madre no pudiera dar la paliza. Faltaba menos de un año, podía esperar. Yo, en cambio, no estaba dispuesta a posponerlo tanto. Aguardé un poco más y luego lo puse entre la espada y la pared y su respuesta fue…

—¿Cuál?

—Que me había querido mucho, que había querido también a Adele hacía muchos años, pero que tú eras el único amor de su vida. Así pues, quería marcharse contigo. Soñaba desde hacía tiempo con sacarte de aquí. Estaba preocupado porque habías sufrido mucho por culpa de Henry Mayor el año anterior y desde entonces estabas melancólica. Por eso deseaba darte una sorpresa. —Mira contuvo la respiración mirando a Mary como si estuviera esperando una frase que negara esa revelación. Pero Mary permaneció seria, vagamente irritada—. A veces te miro, Mira Kendall, y me gustaría partirte la cara a puñetazos. Siempre tienes esa expresión de «nadie me quiere, estoy sola en el mundo, soy la más desgraciada de la tierra». Mira alrededor, caramba. No niego que tienes una madre penosa, pero te garantizo que muchos llevan sobre sus espaldas la carga de haber tenido un padre de mierda, cuando no han sido los dos. No eres la primera ni la única. Sin embargo, tu padre te adoraba, no entiendo cómo pudo marcharse sin ti, de verdad, no lo comprendo, pero siempre he pensado que… que está muerto.

—¿Qué…?

—Quizá le sucedió algo como… como a ese piloto, Mark Barnaby. Quizá le robaron, luego tuvo un accidente y nadie lo identificó. Me habría gustado decírtelo… pero me caías fatal, así que preferí que pensaras que tu padre pasaba de ti y te había abandonado. Además, ¿quién habría creído en las suposiciones de una puta? Reconozco que de vez en cuando, sobre todo en Navidad, cuando todos somos más buenos, me sentía culpable, pero luego llegó Kade y se me pasó todo.

Mary se irguió, metiendo la barriga y sacando el pecho, se miró de nuevo al espejo y luego se dirigió hacia la puerta. Un segundo antes de salir dijo:

—Estaba loco por ti, me refiero a Kade. Pobre desgraciada «nadiemequiere».

Mira se quedó sola en el cuarto de baño. Observó su imagen en el espejo y se asustó. No tenía fiebre, pero tenía los ojos brillantes y calenturientos. Le dolía la espalda, como si estuviera sosteniendo el peso de un mapamundi de mármol. Estaba cansada, cansada, cansada. Hacía meses que no sonreía de verdad. No, quizá fueran años. Y ese día había puesto a prueba sus fuerzas y los restos de su paciencia.

Se tapó la cara con las manos llorando y se sentó en el suelo de los servicios del Fat Halibut. Tuvo la impresión de que todo se le venía encima, no solo los recuerdos, el amor, el miedo, sino también aquella estancia, el edificio, Noweetna entera.

Debía hacer algo, debía cambiar algo, debía confiar en algo antes de que fuera demasiado tarde.

Charlize entró en ese momento y la vio así, corrió hacia ella como una verdadera madre y se acuclilló a su lado. Antes de que su amiga le hiciera alguna pregunta, Mira susurró:

—Tengo que arreglar unas cosas, pero luego… luego me iré contigo a Anchorage.

Se acercó al barco mirando alrededor.

—¡Lobo! —dijo llamando al animal, pero solo le respondió el viento casi veraniego.

Hacía meses que no iba allí y que no veía a su viejo amigo de ojos amarillos. Le había pedido perdón mentalmente muchas veces, pero no había conseguido llegar hasta allí entera. Cada vez que se aproximaba al confín del pueblo, donde terminaba la carretera asfaltada, se paraba con el corazón en un puño y la sensación de estar perdiendo piezas.

Pero ahora todo era diferente. Muchas cosas estaban a punto de cambiar. No podía irse sin despedirse del que, en parte, le había salvado la vida.

Se sentó en la escalera por la que se entraba en el barco, desenvolvió el bocadillo que había llevado consigo y lo dejó en la hierba.

Esperó más de una hora, siguió llamando al lobo en todas direcciones, hasta que se dio por vencida. Pensó que debía de haber muerto y eso añadió una lágrima más al resto.

Cuando se disponía a marcharse, oyó un crujido entre las hojas de color verde intenso de los abedules. Se volvió de golpe y vio a Lobo. Estaba allí, con aire más prudente que nunca, como si no la hubiera reconocido y estuviera sopesando una compleja trama de pros y contras.

—Soy yo —le dijo—, te he traído esto. ¿Cómo estás, pequeño?

Lobo se acercó a ella y Mira se echo a reír.

Detrás de él trotaban dos lobeznos adorables. Lobo era, en realidad, *Loba*.

—Eres una hembra —exclamó Mira divertida—. Por eso estabas chiflada por Kade.

En la media hora siguiente, mientras Loba devoraba el bocadillo y sus cachorros mamaban y jugaban vivaces en la hierba, Mira le habló sin tapujos. Le contó lo que había ocurrido en los últimos meses, sincera como nunca lo había sido en su vida.

Loba se tumbó a su lado, con los lobeznos hambrientos pegados a ella, y no dejó de mirarla un instante. Quizá lo hiciera solo para vigilarla, pero Mira tuvo la impresión de que la comprendía.

Al final del largo y liberatorio monólogo, Mira le dijo:

—Que tengas cachorros significa que has encontrado un compañero. Puede que una manada, así que ya no estás sola. Te confieso que eso me tranquiliza. A partir de ahora no te acerques al pueblo, protege a tus cachorros y ten cuidado. Y no te olvides de nosotros. Y ahora me marcho. No creo que tus amigos me encuentren simpática.

Se alejó, pensando en todo lo que había ocurrido en ese lugar y en los afectos que quizá estaba dejando para siempre, con la esperanza de que lo que encontrara, si es que encontraba algo, curase las heridas eternas de su alma.

Loba la estuvo observando hasta que desapareció: después reunió a sus cachorros y se esfumó, también para siempre, en el espeso bosque.

CAPÍTULO 20

KADE/JARED/CONNOR

—¡Connor, eh, Connor!

Tiene que repetirlo cuatro veces antes de que me dé la vuelta. Aún no he entrado del todo en el pellejo de mi nuevo yo.

Y eso que mi pellejo aquí está bien a la vista, ya que solo llevo un par de calzoncillos la mayor parte del tiempo, pero mi cerebro se niega a memorizar el enésimo nombre de mi puñetera vida.

Por fin, recuerdo que soy Connor, me vuelvo y hago un ademán de saludo, luego me pongo de nuevo a lijar el fondo del casco del velero que he comprado por un puñado de dólares.

Es un armatoste de madera, pero quiero arreglarlo. Le dedico mucho tiempo libre, cuando no trabajo.

Pues sí, porque si estoy mano sobre mano me vuelvo loco. Tallo también objetos de madera que luego vendo a una tienda de *souvenirs.* Guenda, la dueña, me las paga bien, porque están hechas a mano y porque, según ella, son «tremendamente bonitas», pero creo que toda esa amabilidad se debe a que le gustaría acostarse conmigo.

Por desgracia, me siento muerto por dentro y el cuerpo no colabora. Solo se reanima cuando sueño con ella: entonces me despierto en medio de la noche con el silencio invadido por una tempestad y me masturbo hasta consumirme las manos.

Mira es el fantasma que infesta mi condenado castillo. No logro olvidarla. No logro volver a empezar de cero, de hecho, ni siquiera una idiotez como el nombre me entra en la cabeza. Hago cosas, me entretengo, de vez en cuando charlo con alguien, pero, el resto del tiempo, sigo siendo el mismo oso de los hielos. Con un fardo más, que contrapesa la escasa ropa del oso: los recuerdos que me destrozan el alma.

No he sabido nada más de ella, no sé si está bien, si aún vive en Noweetna, si quiere a alguien, si ha olvidado. Si me ha olvidado.

Es probable que sí.

Han pasado ocho meses desde ese día y, si es cierto que no he olvidado, también lo es que cuando un virus ataca a una persona que no ha tenido siquiera fiebre en su vida, le cambia los equilibrios más que el centésimo malestar a cualquier otra. Ella, por naturaleza, estaba más preparada para amar. Yo no. Yo estaba hecho de odio. Tenía una armadura. Me puse enfermo. Me siento como si tuviera dentro una bacteria que se resiste a morir.

Lo más absurdo de este mal es que no quiero curarme. Esta enfermedad es una de las pocas cosas buenas que me han sucedido en la vida: son emociones que me matan y que han dado un

sentido a la palabra existir y no quiero cancelarlas para volver a chapotear en palabras que no significan nada.

Así pues, dejo que las cosas sucedan, que el tormento me joda la mente, que los sueños me obliguen a despertar sudado y duro y que el recuerdo de ella me acaricie como si fuera de carne. Dejo que los días pasen, que el sol me queme la espalda, y sigo reparando el barco como si mi vida dependiera de este proyecto. Cuando lo termine, se lo regalaré a Guenda y a su hermano Michel, los únicos con los que tengo una relación de vaga amistad, y encontraré otro lugar donde vivir.

La segunda de las cosas increíbles que siento es esta: a pesar de que estoy hecho una mierda, volvería a hacerlo todo de la misma manera. Me marcharía para salvarla, para protegerla de los riesgos de una vida en la que te despiertas al alba sin saber si al anochecer alguien te habrán metido una bala en la espalda. Porque esos cabrones seguirán buscándome: no con la misma perseverancia de antes, pero la venganza no prescribe. Se pueden hacer muchas cosas, incluso desde la cárcel, y nunca faltan esbirros dispuestos a todo para llamar la atención. Matándome subirían mucho en la jerarquía de poderes. Después del juicio, el FBI me dio una nueva identidad, pero dejó de vigilarme. Nadie me protege, salvo yo mismo.

—¿Has terminado esos, Connor? —me pregunta Guenda con insistencia.

No niego que es un bombón. Alta, esbelta, con el pelo negro y unas piernas larguísimas. Su padre es tailandés y su madre francesa. Jared habría follado con ella hasta hacerla llorar. Connor se olvida hasta de existir, así que figúrate si le apetece el sexo. Y Kade, a pesar de que está aquí y de que piensa en el sexo sin parar, no está de verdad aquí y solo piensa en el sexo con Mira.

No respondo, me limito a señalarle una caja que contiene cien tortugas pequeñas de madera.

—Genial, preciosas. Lástima que tú… Pero ¿de verdad no te gusto? —Se acerca a mí mientras lijo la quilla con ferocidad.

—No tanto como para follar contigo —contesto con bastante frialdad.

—¡Eres terrible! —dice riéndose—. Veo que tienes la mirada herida. ¿Alguna capulla te rompió el corazón y decidiste meter los remos en el barco? —Sigo sin decir una palabra. Mis silencios son ya proverbiales. Cualquiera de mis tortugas de madera habla más que yo—. Bueno, casi me he resignado a tu indiferencia. Por suerte, haces lo mismo con todas, porque, en caso contrario, pensaría que el problema soy yo. Además, no tienes pinta de ser homosexual.

He cambiado tanto que esta afirmación me deja impasible. Jared le habría ordenado que se comiera cada palabra y se la habría tirado abriéndole las piernas pegado al barco. A mí me importa un carajo, así que sigo trabajando.

—Está bien —prosigue ella sin dejar de reírse—. Te lo digo solo a título informativo, porque me pediste que te dijera si alguien preguntaba por un tipo como tú en la ciudad.

Esta vez tiene toda mi atención. Me vuelvo de golpe y la miro.

—¿Alguien me está buscando?

—Una chica. Dice que hablasteis un momento en el puerto de Ban Mae Hat hace unos días, que le dijiste que haces esculturas de madera y que antes de marcharse querría que le hicieras algo. Una historia bastante absurda, pero no logra encontrarte en ninguna parte, así que me preguntó a mí, porque sabe que eres el artesano que talla las tortugas que vendo. Es bastante mona: pelo rubio y corto, algo extraña. Michel dice que, si no la quieres tú, tratará de ligársela él.

—Dile que puede follársela con mi bendición.

—No necesita tu permiso, la ha invitado ya a beber algo en su bar. Bueno, ya te lo he dicho. Ahora me llevo las tortugas y… ¿Nos vemos pronto?

—Cuando termine las otras.

—Eres un cabrón adorable, ¿sabes? Estoy segura de que no eres homosexual, pero nunca lo has intentado siquiera conmigo. ¿Eres un personaje del siglo XIX, como Hugh Jackam en la película con Meg Ryan? O, espera, ¿eres un cura de incógnito? Te veo bien con una sotana.

Un chorro de bilis me sube hasta la garganta.

—¿Quieres esfumarte, Guenda? —insisto—. Te lo repito una vez más, no le digas a nadie quién soy, qué hago y dónde estoy.

Ella resopla, enojada.

—No sé quién eres. Eres una estatua magnífica embutida en unos pantalones demasiado ceñidos para la salud de mi corazón, apenas hablas y no quieres ni oír hablar de acostarte conmigo, pero supongo que eso no es saber quién es alguien, ¿verdad? En cuanto a lo que haces, tú se lo dijiste a esa tipa, no yo. Si no quieres tener problemas, empieza a coserte la boca tú.

Hace amago de marcharse, mientras yo sigo lijando con energía. No es la primera vez que, a pesar de que hago de todo para vivir apartado, alguien me ve en alguna parte y trata de pegar la hebra. Si no estuviera *enfermo*, aprovecharía al vuelo todas las ocasiones. Y cuando una chica se acerca a mí y…

Mi mente sufre un breve cortocircuito.

Hace semanas que no voy a Ban Mae Hat.

Además, no le he dicho a nadie que tallo la madera.

No doy tantas confianzas a la gente, ni siquiera a una rubia algo extraña.

Además, dado que tengo un visado turístico, no puedo trabajar. Tallo los objetos de madera para Guenda y Michel por amistad, a cambio de comida y alojamiento, pero no aparezco en ninguna parte como artesano de nada.

De manera que no es posible que le haya contado todo eso a una desconocida, ni siquiera borracho.

¿Qué significa esta historia?

Antes de que suba a su descapotable, llamo a Guenda. Ella se vuelve y me mira sorprendida.

—¿Has dicho rubia? —le pregunto.

—¿Qué?

—La chica del puerto. ¿Has dicho que es rubia?

—Sí, aunque parece teñida. ¿Por qué? ¿Te atraen las tipas oxigenadas?

Vale, Jared, Kade, Connor o como demonios te llames, tranquilízate. No imagines cosas inexistentes. Frena. Estas erigiendo un palacio sobre cimientos de arena. No ha sucedido nada, solo estás cansado y desesperadamente enfermo.

—¿Qué quería que esculpiera? —pregunto de nuevo. De repente, siento un maldito dolor de estómago. El sol calienta demasiado. Estoy demasiado caliente. Tiro al suelo la lija. Me agarro a la quilla, como si me fuera a caer.

—Una cosa muy extraña —responde—, no tiene nada que ver con la isla.

—¿Qué?

—Hoy te encuentro más nervioso de lo habitual.

—¿Qué? ¡Coño!

Su respuesta abre la arena y mi corazón.

—Un copo de nieve.

Cuando me apeo del coche de Guenda me siento como si hubiera estado en apnea durante todo el trayecto.

No tengo treinta y dos años.

Tengo dieciséis.

Soy un jodido crío enamorado.

Mientras entro en el *pub*, me miro como me miraría alguien desde fuera, y veo un hombre medio desnudo, con el pelo despeinado y recogido en una coleta baja y cubierto de sal, que camina con el aire de ser un borracho un poco loco.

El local está lleno, pero veo enseguida a la joven.

Está sentada a la barra, hablando con Michel.

Y tengo la impresión de que no habla: se limita a mirar fijamente algo dentro de un vaso.

Lleva una camisa blanca y larga, arremangada, y calza unas sandalias doradas con unos cordones que le llegan a las rodillas. Tiene el pelo muy corto, rubio sol. Alrededor de un mechón hay tres cuentas de cristal azul.

La miro a hurtadillas.

Su nuca.

Esa es su nuca.

Esas son sus muñecas y sus piernas.

Mira.

«No corras hacia ella, no montes una escena. Delante de esta gente no, o acabarás de nuevo en Facebook. Sobre todo, procura no morir de un infarto.»

Una parte de mí me dice que me vaya enseguida. Si se vuelve, si me mira, si la miro, ya no podré dejarla marchar, pero estar a mi lado es peligroso, se convertiría también en presa de un grupo de cazadores implacables, que no desean otra cosa que hacerle daño para hacérmelo a mí.

Volverme, salir del bar, desandar el camino, dejar que se vaya sin haberme encontrado, son las pocas cosas, pero esenciales que debo hacer.

Lástima que esté demasiado sediento, en medio del desierto y sin poder beber el único sorbo de agua que puede evitar mi muerte.

Lástima que mis piernas avancen en lugar de retroceder.

Así que me acerco a la barra, como si fuera un cliente cualquiera que quiere beber algo. Mi codo roza el suyo, pero ella aún no me ha visto.

Después digo:

—¿Me das una Coca-Cola, Michel?

Mira se estremece como si alguien la hubiera empujado. Casi se cae del taburete. La sujeto. La toco. Soy pura electricidad, podría fulminarla por la cantidad de corriente que circula por mi interior.

—Si no tienes cuidado, te caerás —le digo en un tono forzado de cortesía e indiferencia.

—Sí… —murmura y dos ojos ardientes entran en los míos.

Sus ojos grandes y buenos. Sus ojos que me miran como si yo fuera realmente importante, como si no fuera solo un hombre alrededor de un pene, un brazo armado o un hijo inútil. Sus ojos que recuerdan a los ojos de Josiah cuando veía en mí arcoíris donde yo veía charcos.

«No debes mirarla fijamente, no debes comportarte como si no hubiera nadie más que ella, a pesar de ser ella la única persona que existe en la sala, en la isla y en todo el planeta.»

Bebo Coca Cola, mientras Mira apenas respira a mi lado. No sé si de verdad huele a miel o si mi mente se lo imagina.

Michel le dice algo, ella responde con un vago monosílabo. Michel me escruta como si comprendiera o como si no comprendiera, seguro que le sorprende verme por aquí. No, no suelo venir a su local a esta hora ni cuando está lleno de turistas, pero se sorprenderá aún más cuando

me vea hablar con alguien sin gruñir.

«Sí, ponte la mascara de siempre. Bebe esta bendita Coca Cola. Sal.»

Me marcho y voy a la tienda de Guenda, que queda cerca.

—Préstame el coche —le digo.

—Vale, pero menuda cara tienes. ¿Has visto a la rubia? ¿Te gusta?

Agarro las llaves del mostrador y me encamino hacia la puerta.

Mira está saliendo del *pub* en ese momento. Me busca con la mirada. La luz la deslumbra, parece extraviada.

—Me gusta —respondo mientras salgo—. No sabes cuánto.

CAPÍTULO 21

Mira no sabía cómo sentirse, no porque sus emociones no fueran claras, sino porque la colmaban como un equipaje lleno de cosas que acaban haciendo saltar las costuras.

No lograba apartar los ojos de él, no lograba respirar sin jadear, no lograba articular palabra.

Kade conducía en silencio. Al verla, él no había manifestado ningún sentimiento concreto: en sus ojos se leía un profundo estupor y una turbación infinita, pero podría estar estupefacto y turbado sin que las razones del corazón tuvieran nada que ver.

La vida era demasiado breve y estaba demasiado expuesta a los juegos del destino como para perder tiempo angustiándose, de manera que Mira no tardó mucho en mandar las dudas al infierno y le preguntó:

—¿No te alegras de verme?

Él respondió apoyando una mano en su rodilla. Las ásperas cicatrices que tenía en la palma la estremecieron.

—No, no me alegro.

Mira se retrajo y le apartó la mano.

—En ese caso, para el coche. No quiero ir allá donde me estés llevando.

—Pero vendrás.

—Veo que no has perdido la arrogancia.

—No.

—¿No me vas a preguntar nada? Por ejemplo, cómo supe que…

—Por el momento, eso no es lo que más me urge.

—Entonces, ¿qué es lo que te urge?

Kade frenó el coche. Habían llegado a la playa. A unos treinta metros de la orilla, Mira vio una casita blanca con los postigos azules. A un lado, apoyada en una de las paredes, encima de un alto andamio, había un barco de madera que alguien estaba, a todas luces, restaurando. El azul del mar era deslumbrante.

Kade se apeó del coche y se plantó delante de la puerta del acompañante, observándola con insistencia.

—Baja —le dijo en tono cada vez más apremiante.

—No, me voy.

Él abrió la puerta, le agarró una mano y la sacó del coche. Aferrándola con firmeza, se dirigió hacia la casa dando grandes zancadas, como si corriera, en lugar de caminar.

Mira no pudo evitar observarlo.

El tiempo, el sol, la sal y la ausencia habían hecho que su belleza fuera ahora espléndida. Las líneas sólidas de sus músculos, los tatuajes, la piel dorada, el relieve de las venas en los brazos…

Todo era irresistible.

Pero la belleza no bastaba. Si no la quería, la belleza no significaba nada. Se marcharía, volvería a empezar en otro lado y trataría de olvidarlo, pues hasta ese momento lo único que había sabido hacer había sido olvidarse de olvidarlo.

Había removido cielo y tierra para encontrarlo. Había arriesgado su persona y su vida, sus afectos, las cosas correctas y las incorrectas.

No había denunciado a su madre. Había llamado a una tía lejana que vivía en Texas y le había preguntado si Adele podía ir a vivir con ella. En Texas no nieva.

Había pedido perdón a su padre, por no haber metido en la cárcel a su asesina. Mira sentía que Willem habría estado de acuerdo en ello.

Había vendido la tienda y la casa y había repartido ese dinero entre ella y su madre.

Había gastado bastante dinero en un pasaporte falso. No podía viajar con su verdadero nombre, se arriesgaba a que alguien la siguiera para llegar hasta Kade. Long John Silver, desde el lejano Iowa, había sido muy amable con su viejo amigo Jim.

Se había cortado y teñido el pelo.

Había emprendido un viaje cargado de incógnitas.

Y ahora él…

La invitó a entrar en su casa. Muebles azules por todas partes, piedra encalada y, como fondo, la dulzura de la resaca. Nada más entrar, Kade corrió el cerrojo, echó las cortinas y la miró… como un lobo. Quizá su corazón no se alegrara de verla, pero su cuerpo opinaba lo contrario. El exiguo traje de baño apenas podía ocultar las señales de una «alegría» incontestable.

—No —le dijo Mira retrocediendo—. Me marcho. Si no te alegras de verme, me marcho. Si quieres follar, ahí fuera encontrarás a cien dispuestas a hacerlo.

—Cien son pocas, si quisiera follar encontraría muchas más.

—No has perdido una pizca de arrogancia.

—Soy el mismo cabrón de siempre, pero ahora estoy un poco más moreno.

—Además tienes la barba más corta y el pelo más largo. ¿Y vas siempre por ahí de esa forma? Quiero decir, ¡casi desnudo!

—Así es más fácil desnudarse del todo.

—Ah, claro, así estás siempre listo —gruñó Mira imaginándoselo con docenas de magníficas turistas—. Está bien, adiós. No te preocupes, no te molestaré más y…

Hizo amago de volverse hacia la puerta, las lágrimas le presionaban el dique de los párpados, pero Kade la detuvo. La abrazó mientras ella se debatía como una mariposa iracunda y le dijo al oído:

—Si te dijera que soy feliz, no sería sincero. La felicidad es un sentimiento insignificante comparado con lo que siento. Yo… yo he renacido.

Hizo el amor con su boca, con su lengua, como si no lo hubiera hecho desde hacía siglos, como si no fuera solo un beso, sino un pacto de sangre, un intercambio de juramentos, la primera vez, el primer amor, los primeros pasos, la primera respiración después de una larga apnea. Después la cogió en brazos y la llevó a la cama.

Como había dicho, le resultó muy fácil desnudarse y así, tan hermoso como un coloso de bronce, la desvistió a ella, demorándose en cada gesto, como si ese lento proceso lo excitase al máximo.

También Mira renació en sus brazos, inmersa en un placer que no había vuelto a desear desde que él se había marchado.

Mientras se corría dentro de ella, Kade le dijo con voz ronca:

—Creo que te quiero.

—Creo que yo también —repitió ella, agarrando sus hombros, su espalda, su lengua, que disparaba suaves besos en su boca.

—Debería haberte dicho que te marcharas, que no me importaba nada de ti. Lo intenté hace ocho meses, cuando desaparecí sin decir una palabra, como si lo sucedido me diera igual, pero me temo que soy un jodido egoísta. A mi lado siempre estarás en peligro, ¿lo sabes?

—Corro más peligro sin ti, en todos los sentidos. Tendremos cuidado, no nos encontrará ni el diablo.

—El diablo podría ser yo.

—Oh, no, tú no eres el diablo. Tampoco eres un ángel. Eres un hombre, con su lado oscuro y sus maravillas.

—Mis *maravillas* aún tienen hambre.

—No me refiero a *eso*, tonto. De acuerdo, eres maravilloso en ese sentido, pero yo te quiero por todo, incluso por lo que me cabrea.

—Te estás metiendo en un lío monstruoso.

—Lo sé, pero me he cansado del orden, de la oscuridad, del silencio y de la nada. Quiero que, de ahora en adelante, mi vida sea un lío monstruoso, así que haz lo que puedas para contentarme.

—Lo haré, pero ahora dime una cosa. —Calló y la miró como si fuera a expresar un concepto profundo y trágico—. ¿Por qué narices te has teñido de rubio?

Mira se rio.

—Para que no me reconozcan. ¿No te gusta?

—No me gustas, no me gustas nada, así que creo que voy a follar contigo hasta el amanecer. —Otro abrazo, tierno y fuerte, sus piernas entrelazadas y el mar fuera, cantando melodías de paz —. Y ahora explícame cómo me has encontrado. Creía que era imposible.

—Para todos, salvo para mí. Me hablaste de ti y de Josiah, ¿recuerdas? En Anchorage, durante aquellos días maravillosos. Me contaste todo lo que hablabais cuando erais niños, de vuestros sueños secretos, del documental sobre esta isla en la que os habría gustado vivir. Sí, podría estar equivocada y temí que fuera así. Pensaba que al final habías elegido otro destino, pero, después, en un bar, oí a unas chicas hablar de un tío bueno con el pelo largo, los ojos de distinto color y un demonio tatuado en el pecho. Te habían visto en la tienda de *souvenirs.* Entré y vi las tortugas de madera. Supe que eran tuyas. Después vi a esa chica y quise escapar.

—¿Qué chica?

—Guenda… o como se llame. Pensé que vosotros…

—Guenda piensa que soy homosexual o un sacerdote de incógnito. Saca tú misma las conclusiones.

—De manera que vosotros…

—Hacía ocho meses que no follaba y no me preguntes cómo lo he conseguido, porque no lo sé.

—¿No me preguntas si yo…?

—No, no te lo pregunto, porque si la respuesta no me gusta, el barco que has visto fuera, el que estoy intentando arreglar, podría convertirse en la peor chatarra de la historia.

—Vale, entonces no te lo diré.

Él refunfuñó. Se abalanzó sobre ella, la envolvió, le mordió los labios.

—Quiero saberlo —murmuró en su lengua, tiránico y colérico a la vez—. ¿Ese imbécil volvió al ataque?

—¿Te refieres a Henry? ¡Si hace ocho meses que no lo veo! Por lo visto, después de que lo molieras a palos, se marchó en un avión privado que le mandó su agente para visitar a no sé qué especialista, para ver si le habías desviado el tabique nasal. Además, le rompiste un diente: no podía quedarse en Noweetna en ese estado, ¡alguien podría haber publicado otra foto suya en Facebook sin su sonrisa perfecta!

—Menudo imbécil. Debería haberle roto toda la dentadura. ¿Alguno más?

Mira le acarició su tupida melena, casi envidiando su fluida belleza.

—Yo también he renacido hoy —afirmó.

Se volvieron a abrazar de forma ruda y agresiva, casi sangrienta.

—No permitiré que te vayas, Mira, lo siento —le dijo él.

—No quiero marcharme. Ah, por cierto, ya no me llamo Mira. Ahora soy Bellatrix y nací en Pennsylvania. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas? ¿Con quién he hecho el amor? ¡Qué salida soy!, ¿verdad? Sexo salvaje con alguien que no sé siquiera cómo se llama.

Se estrecharon la mano, como si se estuvieran presentando. Mira le habló del coronel, del pasaporte falso y de todos los adioses que había pronunciado ese último mes.

—¿No volverás a ver a tu madre?

—No lo sé, por el momento prefiero no hacerlo.

—¿Y tu amiga, la chismosa?

—Le hice una promesa.

—¿Cuál?

—Que al principio de cada mes recibirá una carta de un personaje de dibujos animados. Cuando éramos niñas, ella tuvo la escarlatina y pasamos varias semanas sin vernos. Mientras estuvo enferma, nos escribimos fingiendo que éramos, qué sé yo, Betty Boop y Daisy, y mi padre llevaba las cartas. Nos divertimos mucho. Le escribiré siempre, aunque solo sean unas líneas, con un lenguaje que solo sabremos interpretar nosotras, para que sepa que estoy bien. Luego, estoy segura de que un día volveremos a vernos. Mientras sigamos con vida podremos encontrarnos de nuevo.

Hizo una pausa, recuperó el aliento y después le contó que su padre estaba muerto y que jamás volvería a verlo. Lloró, recordando su cuerpo en el fondo de la grieta, solo, ahora más solo que nunca. Kade la abrazó con ímpetu.

—Si existe otro mundo, Josiah sacará a tu padre de allí y le dirá un montón de gilipolleces sobre la belleza del mundo, la bondad de los hombres y sobre lo fuertes que somos nosotros dos aquí abajo.

Mira sonrió imaginándose la escena.

Guardaron silencio un rato. Por la ventana entraba un poco de viento que, dado el color de los muebles, del cielo y de las reflexiones sobre el paraíso, parecía también intensamente azul.

—Ah, olvidaba una cosa —dijo Mira al cabo de unos minutos—. Lobo era en realidad Loba. Tuvo cachorros y encontró una manada.

Kade se rio de buena gana. Su risa le hizo volar por la casa. Seguía siendo un regalo excepcional, ya no único, pero sí bastante raro, y la sorprendía como el primer sol de verdad en la primavera de Alaska.

—No me fijé en sus bajos. Qué quieres, solo quería mirar debajo de tu falda y ahora volveré a hacerlo.

Resbaló por el colchón, besándola por todas partes.

Mientras estaba dentro de ella, con los labios y la lengua, suspendió el delicioso ondear para decirle:

—Debes casarte conmigo.

—¿Es una propuesta?

—Es una orden.

—¿Y quién quiere casarse conmigo, Jared, Kade o Connor?

—Los tres.

—¿Y tú? ¿Con quién te casarás, con Mira o con Bellatrix?

—Me da igual cómo te llames. Los nombres son solo polvo en los muebles. Y ahora calla, quiero comerte sin que me molestes.

Mientras el placer le arrancaba leves suspiros de agradecimiento, Mira cerró los ojos y vio el cielo blanco de la habitación teñida de azul. Era cierto, los nombres eran simples envoltorios, igual que el color del pelo, la ropa y los lugares. Lo que contaba de verdad era lo que permanecía inmutable en esas mutaciones.

«Ser tú. Ser yo. Ser nosotros. Donde sea.»

EPÍLOGO

Queridísima Betty:
En el sobre encontrarás unos granos de arena, un pétalo de flor de loto y un grano de arroz. No sé si te ayudarán a comprender dónde estamos, en cualquier caso, si esta carta cae en manos de quien no debería leerla, cuando la recibas nos habremos marchado ya. Te enviaré un mensaje cada vez que estemos a punto de cambiar de destino.

Fred y yo estamos bien: es un cavernícola y un cabezota, pero lo quiero con locura. No hay día en que, cuando me despierto, no me pregunte cómo es posible que justo yo forme parte de esta historia extraordinaria. ¿Es posible estar tan unido a alguien que hasta hace poco tiempo no conocía y que llegó a mi vida por casualidad? Aunque quizá no sea casualidad, quizá todo lo que nos sucede pertenezca a un dibujo similar a un puzle, cuyo sentido solo comprendes a medida que vas añadiendo piezas. Un puzle infinito o, en todo caso, muy grande, que abarca segundos, horas, días, semanas y meses. Toda la vida.

¿No te parece el argumento de una de las novelas que leía? El pirata y la gitana a la conquista del mundo. Entretanto, me he teñido el pelo de rubio y un mechón de color morado aciano y me he hecho un tatuaje en el final de la espalda: los maravillosos ojos de Fred. ¿Te he dicho ya que lo quiero con locura?

A propósito: pensamos casarnos lo antes posible. Me convertiré oficialmente en Wilma Flintstone. Puede que también tengamos pronto una pequeña Pebbles e incluso un dinosaurio de color malva. No, no estoy otra vez embarazada, pero nunca se sabe: nos tomamos las cosas con tanta ligereza, como si la vida fuera una noche de encuentros en la que puede ocurrir cualquier cosa, de forma que esto también puede ocurrir sin haberlo planeado.

No tenemos planes: nos limitamos a vivir al día. Prestamos ya tanta atención a la única cosa a la que vale la pena prestar atención, es decir, a que nadie nos clave una navaja en la espalda, que afrontamos el resto como si fuera una aventura.

Es probable que, llegado el momento, nos detengamos, pero aún

no ha llegado ese día.

Me traje el mapa que mi padre me regaló y pienso rascar la pintura plateada de todos los lugares. Papá estará contento: quería que viajara por el mundo. Plantaré una semilla en todos los lugares donde vivamos. Espero que todas broten. Quizá un día vuelva y encuentre árboles altos y rosales.

En cualquier caso, el rosal lo tengo en el corazón. Con las espinas de nuestro pasado, los pétalos del presente y el aroma del futuro: un rosal auténtico, en pocas palabras, genuino y salvaje, de los que vencen la guerra contra la grama en lugares donde jamás te imaginarías que pueden crecer flores. Un rosal imperfecto, como nosotros dos.

Pero la imperfección es la patria de la belleza. ¿Quién dijo una vez que las estrellas necesitan el caos para estallar? No recuerdo bien la frase, pero era más o menos así.

Nuestro caos es, sin duda, fermento de cometas.

Mi dulce Betty, no temas, no te he abandonado: iré a verte cuando menos te lo esperes. No te avisaré antes, por obvias razones. Entretanto, conquista el mundo con esas alegres maneras tuyas tan fuertes como un ejército de zorros.

Ahora me marcho, vamos a salir por primera vez con dos amigos en el barco que ha reparado Fred. Me tocará tensar la vela mayor o arriar el foque, a pesar de que no tengo la menor idea de lo que significan esas palabras. Prometo que aprenderé. He aprendido cosas mucho más difíciles que esas.

Por ejemplo, que la vida es bella, a pesar de todo. Que también el dolor tiene sentido y que sin la oscuridad del gélido norte no sería posible ver la aurora boreal. El esplendor anida en todas partes, basta con saberlo buscar.

Te quiero mucho.

Tu Wilma

AGRADECIMIENTOS

Que no se enfaden todas las personas valiosas que me han acompañado durante la escritura, la edición y la publicación de esta novela. Os quiero, os agradezco cada aportación, cada gesto amable, cada coma que pusisteis donde correspondía o cada afectuoso y simbólico tirón de orejas, pero ya he tenido ocasión de daros las gracias y haciéndolo aquí no añadiría mucho.

Aquí, al final de un nuevo viaje, solo quiero dar las gracias a mis lectores. No sabéis lo especiales que sois. Cuánto iluminái s la oscuridad. Cuánto os quiero.

Sois, sin duda, los mejores años de mi vida.